

PATRICK deWITT

*Los hermanos
Sisters*



Lectulandia

Charlie y Eli Sisters viven en Oregon City y trabajan para el Comodoro, un magnate y quizá aspirante a político que mueve muchos hilos en las sombras y tiene múltiples y variados negocios. Los hermanos, todo hay que decirlo, son sus matones y a veces sus verdugos. Y ahora van rumbo a Sacramento, en California, a cumplir un nuevo trabajo para su jefe, acabar con Hermann Kermit Warm, un buscador de oro. Porque la novela transcurre en 1851, en plena fiebre del oro. No se sabe muy bien en qué río aurífero se encuentra Warm, y el comodoro ha enviado por delante a Morris, el dandy, que también trabaja para él y tiene que averiguar su paradero y seguirlo, para entregárselo a los Sisters.

Y la novela no es sólo la historia del encuentro con el excéntrico, sabio y aventurero Hermann Kermit Warm, a quien no saben por qué deben matar, sino que es también el camino, la cambiante relación entre los dos hermanos y los encuentros y aventuras que en esa deriva por el lejano Oeste se suceden: vagabundos, locos, burdeles, putas y hasta una peculiar contable que fascina a Eli, el menor de los hermanos, un moralista transitoriamente amoral a quien a veces le pesan su oficio y su soledad.

Una novela muy seductora, negra y divertida. Los críticos han comparado a su autor con Cormac McCarthy, pero éste es más bien hijo de Faulkner, mientras que deWitt es sobrino de Mark Twain y primo hermano de los hermanos Coen, si de parentescos literarios se trata.

«DeWitt ha escrito una novela del lejano Oeste que subvierte el género, emocionante, divertidísima e inesperadamente conmovedora». —*Publishers Weekly*

«El autor cabalga por un sendero paralelo a la huella de Cormac McCarthy, pero se desvía con frecuencia al territorio de lo cómico para producir una narración salvajemente divertida, estremecedoramente violenta e iluminada a veces por la tristeza». —Ron Charles, *The Washington Post*

«Una escritura soberbia, cada capítulo es un cuento en sí mismo, apoyado en la fascinación por los aforismos de Eli... En Los hermanos Sisters, una diabólica combinación de Laurel y Hardy y Butch Cassidy and the Sundance Kid (con un toque de don Quijote y Sancho Panza, para enfatizar la altísima apuesta literaria), deWitt ha creado otra pareja de ficción inolvidable». —Catherine Taylor, *The Telegraph*

«Un western con una audaz y hermosa estructura de novela picaresca... La novela es a menudo conmovedora, siempre divertida y, sobre todo, muy original». —*New Statesman*

«Estremecedora... algo así como Valor de ley contada por Tom Waits». — Tom Chiarella, *Esquire*

«Bienvenidos al salvaje y estrepitoso Oeste de la chispeante, imprevisible fábula de Patrick deWitt. Exquisitamente original, arrebatadoramente divertida, la novela te seduce desde la página uno y quisieras que la última cabalgata hacia el sol poniente no llegara nunca». —*Boston Globe*

Lectulandia

Patrick deWitt

Los hermanos Sisters

ePub r1.0
GONZALEZ 11.09.16

Título original: *The Sisters Brothers*

Patrick deWitt, 2011

Traducción: Mauricio Bach

Editor digital: GONZALEZ

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi madre

Oregon City, 1851

1. El problema con los caballos

Estaba sentado frente a la mansión del comodoro, esperando a que saliera mi hermano Charlie con noticias sobre el trabajo. Amenazaba nieve, yo estaba congelado y para entretenerme me puse a observar al nuevo caballo de Charlie, Espabilado. Mi nuevo caballo se llamaba Barreño. Nosotros no éramos partidarios de ponerles nombres a los caballos, pero éstos nos los dieron como pago parcial por el último trabajo con sus nombres y todo, así que se los mantuvimos. Nuestros anteriores caballos sin nombre habían sido inmolados, o sea que no es que no necesitásemos estos caballos nuevos, pero yo consideraba que nos deberían haber pagado con dinero para que pudiésemos comprar los que quisiésemos, caballos sin historias, ni hábitos, ni nombres por los que esperaban ser llamados. Le tenía mucho cariño a mi anterior caballo y últimamente en sueños había tenido visiones de su muerte, las patas abrasadas coceando, los ojos desorbitados. Podía recorrer casi cien kilómetros al día como una ráfaga de viento y jamás le puse una mano encima, excepto para acariciarlo o para limpiarlo. Y trataba de no pensar en él ardiendo en ese establo, pero si esa visión me asaltaba de improviso, ¿cómo podía protegerme de ella? Barreño era un animal absolutamente sano, pero habría estado mejor con otro dueño menos exigente. Era corpulento y de lomo bajo y no podía recorrer más de ochenta kilómetros al día. Muchas veces me veía obligado a fustigarlo, algo que hay gente que no tiene ningún reparo en hacer, y de hecho algunos hasta disfrutan, pero que a mí no me gusta; y después Barreño tiene la impresión de que soy cruel y piensa para sus adentros: Qué vida tan penosa, qué vida tan penosa.

Sentí el peso de unos ojos clavados en mí y aparté la vista de Espabilado. Charlie me miraba desde la ventana del piso superior, levantando cinco dedos. Yo no reaccioné y él hizo una mueca para hacerme sonreír; cuando vio que yo no sonreía, relajó el rostro y retrocedió hasta desaparecer de mi vista. Yo estaba seguro de que me había visto mirando su caballo. Ayer por la mañana sugerí que vendiésemos a Barreño y fuéramos a medias para comprar un caballo nuevo y él estaba de acuerdo en que era lo justo, pero después, durante la comida, dijo que mejor lo dejábamos correr hasta haber acabado el nuevo trabajo, lo cual era absurdo, porque el problema con Barreño era que entorpecería el trabajo, así que ¿no sería mejor reemplazarlo antes? Charlie, que tenía restos de grasa de la comida en el bigote, dijo:

—Es mejor después de hacer el trabajo, Eli.

Él no tenía ninguna queja con Espabilado, que era tan bueno o incluso mejor que su caballo anterior, el que no tenía nombre, pero es que él pudo elegir con cuál de los dos se quedaba mientras yo estaba en la cama recuperándome de una herida en la pierna que me había hecho trabajando. A mí no me gustaba Barreño, pero mi hermano estaba satisfecho con Espabilado. Ése era el problema con los caballos.

Charlie montó a Espabilado y partimos en dirección al Pig-King. Sólo habían pasado dos meses desde nuestra última visita a Oregon City, pero conté hasta cinco nuevos negocios en la calle principal, y todos parecían ir viento en popa.

—Una especie astuta —le dije a Charlie, que no contestó.

Nos sentamos en una mesa al fondo del Pig-King y nos trajeron nuestra botella de costumbre y un par de vasos. Charlie me sirvió un trago, cuando lo habitual era que cada uno se sirviese el suyo, así que yo ya estaba preparado para las malas noticias cuando me las comunicó:

—Yo voy a ser el jefe en este trabajo, Eli.

—¿Quién lo dice?

—El comodoro.

Me bebí mi brandy.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que yo estoy al mando.

—¿Y eso cómo se traduce en dinero?

—Yo cobraré más.

—Me refiero a mi dinero. ¿Será la misma cantidad que las otras veces?

—Tú recibirás menos.

—No veo el motivo.

—El comodoro dice que no habría habido tantos problemas con el último trabajo si hubiera habido alguien al mando.

—No tiene sentido.

—Bueno, sí lo tiene.

Me sirvió otro trago y yo me lo bebí. Y dije, tanto para Charlie como para mí mismo:

—Quiere pagar por un jefe, perfecto. Pero es mal asunto recortarle el sueldo al que está a sus órdenes. Me hice una herida en la pierna y mi caballo murió abrasado mientras trabajaba para él.

—También mi caballo murió abrasado. Nos ha proporcionado caballos nuevos.

—Es mal asunto. Y deja de servirme tragos como si estuviese inválido.

Aparté la botella y le pregunté por los detalles del trabajo. Teníamos que ir a California para encontrar y matar a un buscador de oro llamado Hermann Kermit Warm. Charlie sacó del bolsillo de su chaqueta una carta del sabueso del comodoro, un petimetre llamado Henry Morris que solía ir en avanzadilla para reunir información: «He estado vigilando a Warm durante varios días y puedo decir lo siguiente con respecto a sus hábitos y carácter: es en esencia un solitario, pero pasa muchas horas en las cantinas de San Francisco, leyendo sus libros de ciencia y matemáticas o haciendo dibujos en los márgenes. Lleva esos libros atados con una correa, como si fuese un colegial, lo cual provoca burlas. Es bajito, lo cual lo hace todavía más ridículo, pero, cuidado, no se le pueden hacer bromas sobre su tamaño. Le he visto pelear varias veces, y aunque habitualmente pierde, no creo que ninguno

de sus contrincantes quiera volver a pelear con él. Entre otras cosas, por ejemplo, muerde. Es calvo, con la barba pelirroja, brazos largos y desgarrados, y un vientre prominente digno de una embarazada. Se lava muy de tarde en tarde y duerme donde buenamente puede: establos, portales e incluso en la misma calle. Cuando entabla una conversación, sus maneras son bruscas y poco agradables. Lleva una cría de dragón metida en una faja atada a la cintura. No bebe muy a menudo, pero cuando por fin se decide a empinar el codo, lo hace hasta acabar completamente borracho. Paga su whisky con pepitas de oro que guarda en una bolsita de cuero que lleva colgada de un cordel y oculta entre los pliegues de las varias capas de ropa con las que viste. No ha abandonado la ciudad ni una sola vez desde que yo estoy aquí y no sé si planea volver a su concesión, que está a unos quince kilómetros de Sacramento (adjunto mapa). Ayer en la cantina me pidió fuego dirigiéndose a mí con amabilidad y por mi nombre. No tengo ni idea de cómo lo ha averiguado, ya que nunca ha parecido percatarse de que lo seguía. Cuando le pregunté cómo sabía quién era yo, se puso agresivo y opté por marcharme. No me preocupa, aunque hay quien dice que posee una mente inusitadamente privilegiada. Admito que es singular, pero tal vez sea lo más cercano a un piropo que puedo decir sobre él».

Junto al mapa de la concesión de Warm, Morris había dibujado un emborronado retrato del tipo; tan tosco y confuso que si de pronto lo tuviera a mi lado, no lo reconocería. Se lo comenté a Charlie, que dijo:

—Morris nos espera en un hotel de San Francisco. Él nos señalará a Warm y nosotros haremos nuestro trabajo. He oído que es un buen sitio para matar a alguien. Cuando no están ocupados incendiando la ciudad entera, están distraídos con la inacabable reconstrucción.

—¿Y por qué no lo mata el propio Morris?

—Siempre preguntas lo mismo y yo siempre te contesto lo mismo: no es su trabajo, es el nuestro.

—No tiene ni pies ni cabeza. El comodoro me recorta el salario pero le paga a ese inepto sus honorarios y sus gastos sólo para que Warm se percate de que lo están vigilando.

—No puedes llamar a Morris inepto, hermano. Es la primera vez que comete un error, y lo ha reconocido abiertamente. Creo que el hecho de que lo haya descubierto dice más de Warm que de Morris.

—Pero ese tipo pasa la noche en la calle. ¿Qué le impide a Morris pegarle un tiro mientras duerme?

—¿Qué te parece el pequeño detalle de que Morris no es un asesino?

—¿Y entonces para qué lo envía allí? ¿Por qué no nos envió a nosotros hace un mes?

—Hace un mes nosotros estábamos con otro trabajo. Te olvidas de que el comodoro tiene muchos intereses y preocupaciones y sólo puede hacerse cargo de ellos de uno en uno. Un trabajo precipitado es un mal trabajo, son sus propias

palabras. Sólo tienes que admirar su éxito para darte cuenta de que está en lo cierto.

Me enfermaba oírle citar al comodoro con tanto entusiasmo. Dije:

—Nos llevará semanas llegar a California. ¿Para qué hacer el viaje si no tenemos por qué?

—Pero tenemos que hacerlo. Ése es nuestro trabajo.

—¿Y qué pasa si Warm no está allí?

—Estará.

—¿Y si no está?

—Maldita sea, estará.

Cuando llegó el momento de pagar, señalé a Charlie:

—El jefe paga.

Normalmente íbamos a medias, así que eso no le gustó. Mi hermano siempre ha sido un tacaño, un rasgo heredado de nuestro padre.

—Sólo por esta vez —dijo.

—El jefe y su salario de jefe.

—Nunca te ha caído bien el comodoro. Y tú a él tampoco.

—Cada vez me cae peor —aseguré.

—Eres libre de decírselo, si se convierte en una carga insoportable.

—Ya te enterarás, Charlie, si la carga se me hace insoportable. Ya te enterarás, y él también.

La discusión podría haber continuado, pero dejé a mi hermano y me retiré a mi habitación del hotel, justo enfrente de la cantina. No me gusta discutir, y menos con Charlie, que tiene una lengua viperina. Esa noche, más tarde, le oí hablando con unos tipos en la calle, y escuché para asegurarme de que no estaba en peligro, y no lo estaba. Los tipos le preguntaron cómo se llamaba y él les dijo que le dejaran en paz. Yo hubiese acudido en su ayuda, y de hecho me estaba ya calzando las botas cuando los tipos se marcharon. Oí que Charlie subía por las escaleras y salté a la cama para hacerme el dormido. Él asomó la cabeza por la puerta de la habitación y me llamó, pero no respondí. Cerró, se metió en su cuarto y yo seguí echado a oscuras, pensando en los problemas familiares, en lo disparatadas y retorcidas que pueden llegar a ser las historias de una estirpe.

Por la mañana llovía, un goteo frío y constante que convertía los caminos en una sopa de barro. A Charlie el brandy le había producido dolor de estómago y fui al boticario a por un remedio para las náuseas. Me dio unos polvos inodoros y del tono azulado de un huevo de petirrojo que disolví en el café. No sé cuáles eran los ingredientes de aquel preparado, sólo que lo sacó de la cama y lo puso sobre Espabilado, y que lo espabiló tanto que lo sacó de quicio. Nos detuvimos a descansar a treinta kilómetros de la ciudad, en un claro del bosque sin vegetación que el verano pasado había ardido a causa de un rayo. Habíamos acabado de almorzar y nos estábamos preparando para reanudar el viaje cuando vimos a un hombre que caminaba tirando de un caballo a unos cien metros al sur de donde estábamos. Si hubiera ido montado no creo que lo hubiéramos comentado, pero resultaba extraño verlo avanzar de ese modo.

—¿Por qué no te acercas a ver qué hace? —sugirió Charlie.

—Una orden directa del jefe —dije.

Él no respondió y yo pensé: La broma está empezando a dejar de tener gracia. Decidí que no volvería a hacerla. Cabalgué a lomos de Barreño hasta el caminante. Cuando lo adelanté por la espalda y di la vuelta para encararlo descubrí que lloraba y desmonté para hablar con él. Soy un tipo alto, fornido y con pinta de duro, y vi un gesto de alarma en su rostro; para tranquilizarlo, le dije:

—No voy a hacerle daño. Mi hermano y yo estamos almorzando. He preparado demasiada comida y he pensado que quizá tendría hambre.

El hombre se secó las lágrimas con la palma de la mano, mientras aspiraba con fuerza y temblaba. Trató de responderme —al menos abrió la boca—, pero no logró articular palabra o sonido alguno; estaba tan afligido que la comunicación resultaba imposible.

—Veo que está usted sumido en el dolor y probablemente prefiere seguir viajando solo —dije—. Disculpe que le haya molestado, y espero que las cosas le vayan mejor a partir de ahora.

Monté a Barreño y estaba a mitad del camino hacia nuestro campamento cuando vi que Charlie se ponía en pie y apuntaba con la pistola hacia mí. Me volví y vi al llorón cabalgando rápido en mi dirección; no parecía que tuviese intención de hacerme daño y le hice una señal a Charlie para que bajara el arma. Ahora el llorón y yo cabalgábamos uno junto al otro y el tipo me dijo:

—Voy a aceptar su oferta.

Cuando llegamos al campamento, Charlie se hizo cargo del caballo de aquel tipo y le comentó:

—No debería usted acercarse a nadie de ese modo. Pensé que perseguía a mi hermano y casi le pego un tiro.

El llorón hizo un gesto desdeñoso con las manos, dando a entender que el comentario le parecía irrelevante. Eso pilló a Charlie por sorpresa; me miró y me preguntó:

—¿Quién es este personaje?

—Está afligido por algo. Le he ofrecido un plato de comida.

—Lo único que queda son unas galletas.

—Entonces cocinaré un poco más.

—No lo harás. —Charlie miró al llorón de arriba abajo—. ¿Éste es el desconsolado?

Aclarándose la garganta, el llorón tomó la palabra:

—Es de muy mala educación hablar de alguien como si no estuviese presente.

Charlie no sabía si reírse o arrearle un puñetazo.

—¿Está loco? —me preguntó.

—Le sugeriría que moderase sus palabras —le dije al desconocido—. Hoy mi hermano no se encuentra muy bien.

—Estoy perfectamente —afirmó Charlie.

—Su paciencia está a punto de agotarse —dije.

—Parece enfermo —comentó el llorón.

—He dicho que estoy bien, maldita sea.

—Sí que está enfermo, pero sólo ligeramente —dije. Vi que la paciencia de Charlie había llegado a su límite. Cogí un puñado de galletas y se las puse en la mano al llorón. Él las miró durante un largo rato y entonces empezó a llorar de nuevo, tosiendo, sorbiéndose los mocos y temblando lastimosamente.

—Cuando lo encontré estaba así —le expliqué a Charlie.

—¿Qué le pasa?

—No me lo ha dicho. —Y le pregunté al llorón—: Señor, ¿qué le pasa?

—¡Se han ido! —berreó—. ¡Se han ido todos!

—¿Quién se ha ido? —preguntó Charlie.

—¡Se han ido sin mí! ¡Ojalá me hubiera ido yo! ¡Quiero irme con ellos! —Dejó caer las galletas y se marchó caminando con su caballo. Daba diez pasos, echaba la cabeza hacia atrás y gimoteaba. Lo hizo tres veces antes de que mi hermano y yo nos diéramos la vuelta para levantar el campamento.

—Me pregunto qué le pasó —dijo Charlie.

—¿Algún tipo de desconsuelo que lo ha vuelto loco?

Cuando montamos los caballos el llorón ya había desaparecido de nuestra vista, y el origen de su pesadumbre sería para siempre un misterio.

Cabalgamos en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Charlie y yo teníamos el acuerdo tácito de no lanzarnos al galope justo después de comer. El tipo de vida que llevábamos implicaba no pocas penurias y nos permitíamos esos pequeños placeres. Para mí aportaban algo suficientemente grato como para seguir adelante.

—¿Qué ha hecho ese Hermann Warm? —pregunté.

—Se ha apropiado de algo que pertenecía al comodoro.

—¿De qué se ha apropiado?

—Eso lo sabremos cuando sea el momento. Ahora de lo que se trata es de matarlo.

Se adelantó con su caballo y yo le seguí. Hacía tiempo que quería hablar de eso, incluso desde antes del último trabajo.

—¿Nunca te ha parecido raro, Charlie? ¿Todos estos tipos tan chiflados como para robarle al comodoro? Siendo como es un hombre tan temido.

—El comodoro tiene dinero. ¿Qué otra cosa iba a atraer a un ladrón?

—¿Y cómo consiguen el dinero? Sabemos que el comodoro es muy cauteloso. ¿Cómo logran todos esos tipos acceder a sus riquezas?

—Hace negocios en todos los rincones del país. Un hombre no puede estar en dos lugares al mismo tiempo, mucho menos en cien. No resulta extraño que pueda ser víctima de actos criminales.

—¿Víctima de actos criminales? —dije.

—¿Cómo llamarías al hecho de que un hombre se vea obligado a proteger su fortuna con gente como nosotros?

—¡Víctima de actos criminales! —Me parecía verdaderamente gracioso. En honor del pobre comodoro, canté una sensiblera balada—: *Sus lágrimas tras un velo de flores, las noticias llegaron de la ciudad.*

—Oh, ya vale.

—*Su virgen fue vista junto a un cenador campestre, en brazos de dorado vello.*

—Estás enfadado conmigo porque hago de jefe.

—*Su corazón tomó por ternura la sonrisa de ella, y ahora paga por su error.*

—Ya hemos hablado de eso.

—*Su mujer hundida en el pecado, su adorado amor sin límites se ha perdido.*

Charlie no pudo evitar sonreír.

—¿De dónde has sacado esa canción?

—La escuché en algún lado.

—Es triste.

—Todas las grandes canciones son tristes.

—Eso decía mamá.

Guardé silencio unos instantes y respondí:

—De hecho las canciones tristes no me ponen triste.

—En muchos aspectos eres como mamá.

—Tú no. Y tampoco eres como papá.

—No soy como nadie.

Dijo eso por decir algo, pero era el tipo de comentario que zanjaba la conversación, que la mataba. Se adelantó y contemplé su espalda, y él sabía que le estaba observando desde atrás. Espoleó las costillas de Espabilado con los talones y se alejaron al galope, mientras yo los seguía a distancia. Sólo cabalgábamos como de costumbre, a nuestro ritmo habitual, pero tuve la sensación de que lo estaba persiguiendo.

Estábamos a finales del invierno y los días eran cortos; nos detuvimos en una quebrada seca y levantamos un campamento para pasar allí la noche. Es un escenario que aparece a menudo en las novelas de aventuras por entregas: dos jinetes patibularios frente a una hoguera, contando sus historias subidas de tono y entonando desgarradoras canciones de muerte y seductores encajes. Pero puedo aseguraros que, después de todo un día cabalgando, lo único que deseo es echarme y dormir, que es justo lo que hice, sin siquiera tomar una cena decente. Por la mañana, al calzarme las botas, sentí un dolor punzante en el dedo gordo del pie izquierdo. Le di la vuelta a la bota y golpeé en el talón, esperando que cayese una ortiga, cuando una enorme araña peluda cayó al suelo panza arriba, con sus ocho patas moviéndose en el aire gélido. Se me aceleró el pulso y sentí un leve mareo, porque me dan mucho miedo las arañas, las serpientes y cualquier tipo de bicho que se arrastre, y como Charlie lo sabe, vino a socorrerme y lanzó el monstruo al fuego con ayuda de su cuchillo. Vi cómo la araña se retorció y moría, echando humo como si fuese una bola de papel, y su sufrimiento me hizo feliz.

Un frío intenso recorría mi tibia de abajo arriba como si fuera escarcha, y dije:

—Qué animalito tan fuerte, hermano.

Repentinamente me entró fiebre y me vi obligado a echarme. Mi palidez empezó a preocupar a Charlie; cuando me di cuenta de que ya no podía ni hablar, él avivó el fuego y cabalgó hasta la ciudad más próxima en busca de un médico, al que trajo hasta mí en contra, o parcialmente en contra, de su voluntad. Yo estaba como en una nebulosa, pero recuerdo que el hombre maldecía cada vez que Charlie se apartaba y no lo oía. Me dio algún tipo de medicina o antídoto, alguno de cuyos componentes me llevó a un estado de júbilo y aturdimiento semejante a cuando me emborrachaba, y lo único que quería era perdonar a todo el mundo por todo y también fumar tabaco sin parar. No tardé en caer en un sueño profundísimo del que fue imposible arrancarme durante todo ese día, la noche y la mañana siguiente. Cuando desperté, Charlie seguía junto al fuego, me miró y sonrió.

—¿Te acuerdas de lo que estabas soñando ahora mismo? —me preguntó.

—Sólo de que me confinaban en alguna parte —dije.

—No parabas de decir: «¡Estoy en la tienda de campaña! ¡Estoy en la tienda de campaña!».

—No lo recuerdo.

—«¡Estoy en la tienda de campaña!».

—Ayúdame a levantarme.

Me ayudó y me puse a dar vueltas al campamento con las piernas todavía adormecidas. Sentía una ligera náusea, pero ingerí una buena comida a base de beicon, café y galletas, y me las arreglé para no vomitarla. Decidí que estaba lo suficientemente restablecido para reemprender el camino y cabalgamos sosegadamente durante cuatro o cinco horas antes de volver a acampar. Charlie me preguntaba una y otra vez cómo me encontraba y yo intentaba responderle en cada

ocasión, pero la verdad es que no estaba muy seguro. Fuese por el veneno de la araña o por el antídoto del coaccionado médico, no me acababa de encontrar bien. Pasé la noche con fiebre y despertándome cada dos por tres, y por la mañana, cuando me di la vuelta para recibir los buenos días de Charlie, él me miró y lanzó un alarido de pánico. Le pregunté qué pasaba y me alcanzó un plato de latón para que lo usase como espejo.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Es tu cabeza, amigo. —Se apoyó sobre los talones y silbó.

Tenía la parte izquierda de la cara grotescamente hinchada, desde la coronilla hasta el cuello, que me caía sobre el hombro. El ojo era una mera hendidura, y Charlie, recuperando su sentido del humor, dijo que parecía medio perro, y lanzó un palo para ver si podía atraparlo. Busqué el origen de la hinchazón hasta llegar a los dientes y encías, y al presionar con un dedo la parte inferior izquierda de la mandíbula un dolor punzante recorrió mi cuerpo de arriba abajo y de abajo arriba.

—Debe haber un galón de sangre circulando por esa hinchazón —opinó Charlie.

—¿Dónde encontraste a ese médico? Deberíamos hacerle otra visita para que me hiciese una incisión.

Charlie negó con la cabeza y dijo:

—Será mejor que no lo busquemos. Se produjo un desagradable episodio con respecto a su tarifa. Estaría encantado de volver a verme, eso es cierto, pero dudo que se mostrase muy dispuesto a atendernos. Mencionó otro asentamiento varios kilómetros hacia el sur. Creo que esa elección es más apropiada, si te ves capaz de llegar hasta allí.

—Me temo que no tengo alternativa.

—Como en tantas otras cosas en la vida, me temo que no la tienes.

Fue una marcha lenta, pese a que el camino era fácil: una ladera de pendiente suave en un terreno firme y con vegetación. Me sentía extrañamente feliz, como disfrutando de una diversión menor, cuando Barreño dio un traspié y se me cerró la boca de golpe. Solté un alarido de dolor, pero al mismo tiempo me reía por lo ridículo de la situación. Me coloqué un taco de tabaco entre las dos hileras de dientes para amortiguar las sacudidas. Eso me llenó la boca de saliva marrón, pero no podía escupir, porque resultó ser demasiado doloroso, así que me limitaba a inclinarme hacia delante y dejar que el líquido gotease de mi boca sobre el cuello de Barreño. Atravesamos una fugaz tormenta de nieve; mi cara agradecía el frescor de los copos. La cabeza se me torcía hacia un lado y Charlie dio una vuelta a mi alrededor para observarme con atención.

—Se nota incluso desde detrás —dijo—. Incluso el cuero cabelludo está hinchado. Tienes hasta el pelo hinchado.

Pasamos de largo el pueblo del médico que no había cobrado y localizamos el siguiente asentamiento unos kilómetros más allá, un lugar sin nombre de una extensión de medio kilómetro, en el que vivían unas cien personas o incluso menos.

Pero la suerte estaba de nuestro lado y encontramos a un dentista llamado Watts fumando su pipa delante de su consulta. Mientras me acercaba, el tipo sonrió y dijo:

—Vaya profesión la mía, para que me alegre de ver a alguien tan desfigurado.

Me condujo hasta su pequeño y bien organizado lugar de trabajo y me indicó una mullida silla de cuero que crujió y suspiró de lo nueva que estaba cuando me senté. Mientras el dentista acercaba una bandeja con reluciente instrumental, me hizo preguntas sobre mi historial dental a las que no pude responder satisfactoriamente. De todos modos, tuve la impresión de que tanto le daban las respuestas y que simplemente se sentía orgulloso de hacer esas preguntas.

Le comenté mi teoría de que mi problema dental estaba relacionado con la mordedura de la araña o con el antídoto, pero Watts me aseguró que no había ninguna base médica para respaldar esa teoría. Y me dijo:

—El cuerpo es realmente un milagro, ¿y quién puede diseccionar un milagro? Puede haber sido la araña, es cierto, o puede haber sido una reacción al presunto antídoto del médico, o puede no haber sido ninguna de las dos cosas. Pero, en realidad, ¿qué importa cuál ha sido la causa de que esté usted así? ¿No tengo razón?

Dije que suponía que sí la tenía. Y Charlie añadió:

—Le estaba diciendo a Eli, doctor, que apuesto a que hay un galón de sangre en la hinchazón de su cabeza.

Watts desenfundó un impoluto bisturí plateado. Se echó hacia atrás y observó mi cabeza como si fuese un monstruoso busto.

—Vamos a averiguarlo —dijo.

La historia de Reginald Watts era la historia de un tipo desafortunado que había negociado con todas las variantes de fracaso y catástrofe, aunque él hablaba de ello sin amargura ni pesar, y de hecho parecía encontrarle el lado humorístico a sus innumerables tropiezos.

—He fracasado en los negocios legales. He fracasado en mis iniciativas criminales. He fracasado en el amor. He fracasado en la amistad. Diga algo y seguro que también he fracasado en eso. Adelante, diga alguna cosa. Cualquier cosa.

—La agricultura —dije.

—Fui propietario de una granja de remolacha azucarera a unos ciento sesenta kilómetros al noroeste de aquí. Jamás gané un centavo. Apenas vi crecer una remolacha. Un fracaso devastador. Diga alguna otra cosa.

—La navegación.

—Compré una participación en un vapor que transportaba mercancías por el Mississippi con un margen de beneficio inmoral. Un negocio muy provechoso hasta que aparecí yo. Durante el segundo viaje que hizo con mi dinero invertido, se hundió en el fondo del río. No estaba asegurado, lo cual fue idea mía para ahorrarnos unos dólares en los gastos generales. Y también había instigado un cambio de nombre, de *Bígaro*, que me parecía una frivolidad confeccionada a medida, a *Abeja Reina*. Un fracaso sin paliativos. Mis colegas en la inversión, si no me equivoco, pretendían lincharme. Clavé una nota de suicidio en mi puerta y me largué de la ciudad con una precipitación bochornosa. Y además abandoné allí a una buena mujer. Tantos años después todavía sigo pensando en ella. —El dentista guardó silencio unos instantes y negó con la cabeza—. Diga alguna otra cosa. No, no lo haga. Estoy cansado de hablar de esto.

—Ya somos dos —sentenció Charlie, que estaba sentado en un rincón, leyendo el periódico.

—Parece que ahora su suerte está cambiando, doctor —dije yo.

—A duras penas —respondió—. Es usted mi tercer cliente en tres semanas. Parece que la higiene bucal ocupa un lugar muy bajo en la lista de prioridades de los habitantes de esta parte del mundo. No, sospecho que también fracasaré como dentista. Un par de meses más así y el banco me cerrará el negocio. —Blandió una aguja larga y goteante muy cerca de mi cara—. Vas a sentir un buen pellizco, hijo.

—¡Ay! —grité.

—¿Dónde estudió para dentista? —preguntó Charlie.

—En una academia muy prestigiosa —respondió. Pero asomaba una sonrisilla en sus labios que no me gustó.

—Tengo entendido que son varios años de estudio —dije.

—¿Años? —dijo Watts, y se rió.

—¿Cuánto tiempo entonces?

—¿En mi caso concreto? El tiempo que me llevó memorizar el esquema de la ubicación de los nervios. El tiempo que tardaron esos idiotas en enviarme el

instrumental a crédito.

Miré a Charlie, que se encogió de hombros y volvió a su lectura. Levanté el brazo para comprobar la hinchazón de la mejilla y me quedé perplejo al comprobar que tenía toda la cara insensibilizada.

—¿No es fantástico? —dijo Watts—. Podría haberle arrancado todos los dientes y no hubiese notado ni el más mínimo dolor.

Charlie miró por encima del periódico.

—¿De verdad no sientes nada?

Negué con la cabeza y él le preguntó a Watts:

—¿Cómo se consigue eso?

—No se puede, a menos que se ejerza esta profesión.

—Para usted debe resultar fácil conseguirlo. ¿Qué me dice de vendernos un poco?

—No lo entregan en barriles —dijo Watts.

—Lo pagaremos a buen precio.

—Me temo que la respuesta es no.

Charlie me lanzó una mirada inexpresiva. Su rostro desapareció detrás del periódico.

Watts me punzó la cara en tres sitios diferentes y los coloridos fluidos empezaron a salir goteando. Quedaba un poco de líquido en la cabeza, pero Watts dijo que iría bajando por sí solo y que lo peor ya había pasado. Extrajo los dos dientes culpables de todo y yo me reí de la indolora violencia del proceso. Charlie empezó a sentirse incómodo y se fue a la cantina de enfrente.

—Cobarde —comentó Watts.

Cosió el orificio hasta cerrarlo y me llenó la boca de algodones. Después me condujo hasta una piletta de mármol y me enseñó un estilizado cepillo de mango de madera con una cabeza rectangular de cerdas grisáceas.

—Un cepillo de dientes —me informó—. Mantendrá los dientes limpios y el aliento fresco. Mire, observe cómo lo hago yo.

El dentista me hizo una demostración del correcto uso del instrumento y después me echó su aliento con aroma a menta. Me ofreció un cepillo nuevo, idéntico al suyo, y también un paquete de los polvos dentales que habían producido la espuma mentolada, y me dijo que eran para mí. Los rechacé, pero me dijo que el fabricante le había enviado una caja de muestras gratuitas. Le pagué dos dólares por la extracción dental y él trajo una botella de whisky para brindar por lo que llamó nuestra mutuamente beneficiosa transacción. Al final, el tipo me pareció bastante encantador y tuve mala conciencia cuando Charlie volvió a entrar en su consulta con la pistola desenfundada, apuntando al buen dentista.

—Intenté llegar a un trato con usted —dijo, con el rostro enrojecido por el brandy.

—Me pregunto cuál será mi próximo fracaso —dijo Watts desolado.

—Ni lo sé ni me importa. Eli, coge la medicina que adormece y agujas. Watts,

busque un trozo de cuerda, y rápido. Si hace cualquier gesto sospechoso le hago un agujero en el cerebro.

—Hay veces que tengo la sensación de que ya tengo uno. —Y, dirigiéndose a mí, añadió—: Estoy harto de tratar de conseguir dinero y comodidades. Cuida de tus dientes, hijo. Mantén una boca sana. Tus palabras sonarán más dulces, ¿no crees?

Charlie golpeó a Watts junto a la oreja y acabó con su discurso.

Cabalgamos toda la tarde hasta el anochecer, cuando yo me mareé hasta el punto de temer caerme de la silla de montar. Le pedí a Charlie que nos detuviésemos para pasar la noche y él aceptó, pero sólo si encontrábamos un lugar a cubierto para acampar, porque amenazaba lluvia. Olió un fuego en el aire y seguimos el rastro hasta dar con una choza de una única habitación, de cuya chimenea emergía un tenue hilillo de humo blanquecino y en cuya única ventana se veía danzar una luz mortecina. Una anciana envuelta en guata y trapos respondió a nuestros golpes en la puerta. De la barbilla le colgaban largos pelos grises y la boca entreabierta mostraba una dentadura irregular y negruzca. Charlie, con el sombrero en la mano, le contó nuestras recientes penurias con un timbre dramático de actor teatral. Los ojos como ostras de la mujer se posaron sobre mí y yo sentí un repentino frío. Se apartó de la puerta sin decir palabra. Oí el chirrido de las patas de una silla arrastradas por el suelo. Charlie se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Tú qué opinas?

—Sigamos nuestro camino.

—Nos ha dejado la puerta abierta.

—Hay algo raro en ella.

Charlie le dio una patada a un montoncito de nieve y dijo:

—Sabe cómo hacer un fuego. ¿Qué más quieres? No vamos a echar raíces.

—Creo que deberíamos seguir nuestro camino —insistí.

—¡La puerta! —gritó la mujer.

—Un par de horas en una habitación caldeada me sentarían fenomenal —dijo Charlie.

—Soy yo el que está enfermo —protesté—. Y quiero largarme.

—Yo voto por quedarnos.

La sombra de la mujer se arrastró por la pared del fondo y ella se plantó de nuevo ante la entrada.

—¡La puerta! —chilló—. ¡La puerta! ¡La puerta!

—Ya ves que quiere que entremos —dijo Charlie.

Sí, pensé, por su boca hasta el estómago. Pero me sentía demasiado débil para seguir oponiéndome y, cuando mi hermano me agarró del brazo para entrar en la cabaña, no me resistí.

En la estancia había una mesa, una silla y un colchón no precisamente limpio. Charlie y yo nos sentamos ante la chimenea de piedra en los tablones arqueados del suelo. El calor me acarició la cara y las manos y por un momento me sentí feliz en aquel nuevo ambiente. La mujer estaba sentada a la mesa sin decir palabra, el rostro semioculto entre los pliegues de sus trapos. Delante de ella había un montón de abalorios o piedras rojas y negras sin brillo; las manos emergieron de entre las capas de ropa y con gran destreza cogió las piedras una por una y las fue ensartando en un alambre fino para montar un collar largo u otra elaborada pieza de joyería. Sobre la mesa había un candil que daba una trémula y mortecina luz entre amarilla y

anaranjada, y de la punta de la llama emanaba un hilillo de humo negro.

—Le estamos muy agradecidos, señora —dijo Charlie—. Mi hermano no se encuentra bien y no está en condiciones de dormir al aire libre.

Al ver que la mujer no respondía, Charlie me dijo que debía de estar sorda.

—No estoy sorda —rebatí ella. Se llevó un trozo de alambre a la boca y lo mordió una y otra vez hasta partirlo.

—Por supuesto —dijo Charlie—. No pretendía ofenderla. Ya veo que es usted muy hábil, muy lista. Y tiene una casa estupenda, si me permite decirlo.

Ella dejó los abalorios y el alambre sobre la mesa. Volvió la cara para mirarnos, pero sus rasgos siguieron ocultos entre sinuosas sombras.

—¿Creéis que no sé qué tipo de gente sois? —preguntó, señalando con un dedo que parecía roto nuestras cartucheras—. ¿Qué fingís ser, y por qué?

Charlie cambió de actitud, o volvió a ser él mismo.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué somos según usted?

—¿No os calificaríais de asesinos?

—¿Sólo por nuestras pistolas lo supone usted?

—Yo no supongo nada. Lo sé por los muertos que caminan detrás de vosotros.

Se me erizó el vello del cogote. Resultaba ridículo, pero no me atreví a volverme.

El tono de Charlie era neutro:

—¿Teme que la matemos?

—No le temo a nada, y aún menos a vuestras balas y vuestras palabras. —Me miró y me preguntó—: ¿Temes tú que yo os mate?

—Estoy muy cansado —fue mi pobre respuesta.

—Quédate con la cama —me ordenó.

—¿Dónde dormirá usted?

—No dormiré. Tengo que terminar mi trabajo. Por la mañana, ya casi me habré ido.

El rostro de Charlie se endureció.

—Esta cabaña no es suya, ¿verdad?

Al oír esto, ella se puso tensa y parecía que hubiese dejado de respirar. Retiró los trapos que le cubrían la cabeza y vi que prácticamente no había cabello, tan sólo unos pocos mechones blancos aquí y allá, y tenía el cráneo abollado, con algunas zonas que parecían blandas y se hundían como partes de una pieza de fruta podrida.

—Cada corazón tiene su tonalidad —le dijo a Charlie—, como la tiene cada campana. Y escuchar tu corazón resulta muy agobiante, jovencito. Hiere mis oídos, y tus ojos hieren los míos si los miro.

Siguió un largo silencio mientras Charlie y la vieja bruja se miraban fijamente. Yo no podía entender por la expresión de ninguno de los dos en qué estaban pensando. Finalmente la mujer volvió a cubrirse la cabeza y retomó su trabajo, y Charlie se echó en el suelo. Yo no me subí a la cama, sino que me tumbé junto a él, porque la mujer me daba miedo y pensé que era más seguro para nosotros dormir pegados. Estaba tan

débil que, a pesar de mi inquietud, no tardé en sumirme en un sueño en el que imaginé la estancia tal como era, pero en la que yo estaba de pie contemplando mi propio cuerpo dormido. La vieja se levantó y se acercó a nosotros; mi cuerpo empezó a inquietarse y sudar, pero el de Charlie estaba tranquilo y quieto, y la vieja se inclinó sobre él y le abrió la boca con ambas manos. De las sombras de sus pliegues brotó un denso y pesado líquido negro, que goteó en la boca de Charlie, y yo —no el que dormía, sino el que miraba— empecé a gritar que le dejara en paz. Entonces el sueño se interrumpió abruptamente y me desperté. Charlie estaba a mi lado, mirándome con los ojos abiertos, pese a que estaba dormido, tal como era su inquietante costumbre. Detrás de él estaba sentada la anciana, con la pila de abalorios claramente reducida, lo cual quería decir que había pasado un buen rato. Seguía en su mesa, pero con la cabeza girada, mirando la oscura esquina más alejada de ella. No sé qué le había llamado la atención, pero mantuvo la mirada fija tanto tiempo que dejé de pensar en ello y volví a apoyar la cabeza en el suelo. En un instante volví a sumirme en un sueño profundo.

Por la mañana me desperté en el suelo, y Charlie no estaba a mi lado. Oí pisadas detrás de mí y al volverme lo vi de pie delante de la puerta abierta, contemplando el campo que había frente a la cabaña. El día era luminoso y a lo lejos vi a los caballos, atados a la raíz de un árbol muerto que seguía en pie. Espabilado olisqueaba el suelo helado en busca de un bocado de hierba. Barreño temblaba con la mirada perdida.

—La mujer se ha marchado —dijo Charlie.

—Me parece estupendo —comenté, ya de pie.

La estancia apestaba a ceniza y carbón, y los ojos, irritados, me escocían. Tenía que orinar y me acerqué a la puerta de la cabaña, pero Charlie me bloqueó el camino, con el rostro cansado y tenso.

—Se ha marchado —me dijo—, pero nos ha dejado algo como recuerdo.

Señaló y yo seguí la dirección de su dedo. La mujer había colgado el collar de abalorios de las jambas de la puerta. *Ya casi me habré ido*, recordé que había dicho, casi, pero no completamente.

—¿Qué crees que es esto? —pregunté.

—No es decoración —respondió Charlie.

—Podríamos bajarlo —dije, acercando la mano al collar.

Él me la cogió.

—No lo toques, Eli.

Nos apartamos para considerar nuestras opciones. Los caballos habían oído nuestras voces y nos miraban desde el campo.

—No vamos a pasar por debajo de eso —dijo Charlie—. Lo único que podemos hacer es romper la ventana y saltar por ella.

Palpándome la cintura, que es y siempre ha sido generosa, dije que no creía que fuese a pasar por aquel pequeño agujero. Charlie comentó que merecía la pena probarlo, pero la idea de fracasar —de tener que recular a medio camino con el rostro congestionado— no era algo por lo que me apeteciese pasar, así que dije que yo no iba a probarlo.

—Entonces me colaré yo —dijo Charlie— y volveré con alguna herramienta para agrandar el agujero.

De pie sobre la inestable silla de la anciana, rompió el cristal con la culata del revólver y yo lo empujé hacia arriba para que pasase por la ventana. Después nos mirábamos desde los lados opuestos de la puerta. Él sonreía y yo no.

—Aquí te quedas —me dijo, mientras se sacudía las esquirlas de cristal de la barriga.

—No me gusta el plan —protesté—. Meterte en el bosque con la esperanza de encontrar algún alma caritativa dispuesta a prestarte sus herramientas. Vas a cabalgar sin rumbo mientras yo aguardo intranquilo en esta casucha. ¿Y qué pasa si vuelve la vieja?

—Nos ha dejado sus malas noticias y no tiene ningún motivo para volver.

—Eso para ti es muy fácil de decir.

—Creo que es cierto. Y, además, ¿qué otra cosa puedo hacer? Si tienes otro plan, ahora es el momento de exponerlo.

Pero no. No tenía ninguno. Le pedí que me trajese mi alforja con la comida y contemplé cómo se alejaba en dirección a los caballos.

—No olvides una sartén —le grité.

—¿Qué almacén?

—¡Una sartén! ¡Una sartén!

Gesticulando imité el gesto de cocinar con una sartén y él asintió con la cabeza. Volvió y me pasó mis enseres por la ventana, deseándome un agradable desayuno antes de montar a Espabilado y alejarse cabalgando. Me sentí fatal cuando se marcharon y me quedé contemplando el claro entre la hilera de árboles por el que habían desaparecido. Tuve la inquietante premonición de que no volverían a pisarlo.

Agrupé todas mis provisiones y decidí convertir la cabaña en un hogar temporal. No había leña cortada ni astillas disponibles, pero las brasas y el carbón seguían ardiendo, así que rompí la silla de la vieja balanceándola y estampándola contra el suelo. Apilé las patas, el asiento y el respaldo en la chimenea formando una V al revés y vertí una parte del petróleo del quinqué por encima del montón. Transcurrieron unos instantes y de pronto la silla quedó envuelta en llamas. Su resplandor y el olor que desprendía me animaron. Era de madera maciza de roble y ardería bien. «Pequeñas victorias», solía decir mi madre, y en ese momento yo lo repetí en voz alta.

Me quedé unos minutos de pie ante la puerta, mirando el mundo exterior. No se veía ni una nube y era uno de esos días de un azul purpúreo en los que el cielo parece más alto y más profundo que de costumbre. Del tejado goteaba la nieve derretida formando pequeñas cascadas y yo cogí una taza de hojalata y la sostuve a través de la ventana para llenarla. Noté cómo la hojalata se enfriaba y en la superficie del agua flotaban pequeñas islas de hielo translúcido que me aguijonearon los labios mientras bebía. Fue un alivio poder sacarme de la boca el repugnante sabor a ataúd de la sangre rancia del día anterior. Calenté el gélido líquido sobre la lengua y lo hice circular por la boca con la esperanza de limpiar la herida. Me asusté cuando noté que algo sólido se soltaba y golpeaba por todos lados en mi cráneo lleno de agua. Creyendo que el objeto era un trozo de piel, lo escupí en el suelo. Al aterrizar produjo un ruido nauseabundo y me acuclillé para inspeccionarlo de cerca. Era cilíndrico y negro, y al verlo noté cómo se me aceleraba el corazón: ¿el doctor Watts me había deslizado una sanguijuela en la boca sin que yo me enterase? Pero cuando toqué suavemente esa cosa con el pulgar, el misterio quedó resuelto y recordé el algodón que me había colocado junto a la encía. Lo lancé al fuego y se deslizó junto a una pata de la silla en llamas, burbujeando, sacando humo y dejando un rastro de sangre y saliva.

Mientras contemplaba el vapor que emanaba del prado, sentí la alegría de haber sobrevivido a la reciente sucesión de acontecimientos. La araña, la cabeza hinchada,

la maldición evitada. Me llené los pulmones de todo el aire frío que pude aspirar.

—¡Barreño! —grité en dirección a la pradera—. ¡Estoy prisionero en la cabaña de la malvada bruja gitana! —Levantó la cabeza, sin dejar de masticar un bocado de crujiente hierba—. ¡Barreño! ¡Ayúdame ahora que lo necesito!

Me preparé un modesto desayuno a base de beicon, sémola de maíz y café. Se me metió un trozo de cartílago del beicon en el agujero de los dientes arrancados y me costó no pocos esfuerzos sacarlo de allí, de modo que me irrité la herida y volvió a sangrar. Entonces recordé el cepillo de dientes y lo rescaté del bolsillo del chaleco junto con los polvos, y los deposité sobre la mesa al lado de la taza de latón. Watts no me había explicado si debía esperar a que la herida de la extracción se me curase por completo antes de utilizar el instrumento, pero decidí que iba a hacerlo, aunque con precaución. Humedecí las cerdas y con unos golpecitos eché encima una pizca de polvos.

—Arriba, abajo, a un lado y al otro —recité las palabras del dentista.

La boca se me llenó de una espuma de aroma mentolado y me cepillé la lengua. Me encaramé a la ventana y escupí el agua sanguinolenta sobre el barro y la nieve. El resultado fue un aliento fresco y agradable, y quedé muy gratamente impresionado con la cosquilleante sensación que me había dejado ese cepillo de dientes. Decidí que lo utilizaría a diario, y estaba dándome golpecitos con el instrumento en el puente de la nariz, sin pensar en nada, o pensando en un montón de ideas difusas al mismo tiempo, cuando vi a un oso saliendo del bosque y avanzando pesadamente en dirección a Barreño.

Era un grizzly. Era enorme pero delgado y probablemente acababa de despertar de la hibernación. Barreño lo vio o lo olió y empezó a corcovear y saltar, pero no pudo desatarse de la raíz del árbol. Casi cruzando la puerta, apunté con la pistola y disparé seis veces muy seguidas, pero lo hice presa del pánico y ninguno de los tiros dio en la diana. Al oso el ruido de los disparos no le impresionó lo más mínimo y siguió a lo suyo; cuando logré desenfundar mi segunda pistola ya se había alzado frente a Barreño. Disparé dos veces, pero fallé y él arremetió contra Barreño y lo tiró al suelo, propinándole un brutal zarpazo en el ojo. Ahora estaba parapetado detrás de Barreño y yo no tenía un ángulo claro para disparar sin poner al caballo en peligro, así que no me quedaba otro remedio que contemplar cómo era masacrado mi animal. Crucé el umbral maldito y corrí amenazante y gritando tan alto como fui capaz. El grizzly se percató de mi avance y se quedó desconcertado; ¿debía continuar con la matanza del caballo en la que estaba enfrascado, o debía enfrentarse a ese nuevo y ruidoso animal de dos patas? Mientras se lo pensaba, le metí dos tiros en la cabeza y otros dos en el pecho, y cayó muerto al suelo. No fui capaz de dilucidar si Barreño estaba muerto o no. No parecía respirar. Me volví para encarar la boca negra de la cabaña. Un inusitado temblor me invadió las manos y músculos de las piernas. Me zumbaba todo el cuerpo.

Regresé a la cabaña. Estuviese o no maldito, no me pareció razonable informar a Charlie de las novedades. Evalué mi estado de salud, pero no pude identificar ningún síntoma concreto salvo el zumbido, que deduje que era debido a los nervios y que al menos iba aminorando. Barreño seguía inmóvil y yo estaba convencido de que había muerto cuando un diminuto trepador azul se posó sobre su orificio nasal y él se incorporó bruscamente, sacudió la cabeza y jadeó. Me aparté de la puerta y me eché en la cama. Estaba húmeda, el colchón era un saco de bultos y olía a tierra. Rasgué la tela para inspeccionar el interior y descubrí que el relleno era de hierba y tierra. Tal vez algún tipo de predilección típica de las brujas. Decidí dormir en el suelo junto a la chimenea. Me desperté al cabo de una hora. Mi hermano gritaba mi nombre y estaba rompiendo el marco de la ventana con un hacha.

Me deslicé por el agujero, nos alejamos de la cabaña y nos sentamos en el suelo, cerca del oso muerto.

—He visto a este caballero aquí tendido y te he llamado, pero no me has contestado. Entonces he echado un vistazo por la puerta y te he visto tumbado boca arriba en el suelo. Eso de querer entrar en una casa pero no poder hacerlo produce una sensación desagradable.

Me preguntó qué había sucedido y le respondí:

—No hay mucho que contar. El oso salió del bosque y tiró a Barreño al suelo. Yo apunté con precisión y lo maté.

—¿Cuántos disparos hiciste?

—Vacié los cargadores de las dos pistolas y le di dos veces con una y dos veces con la otra.

Charlie examinó las heridas del oso.

—¿Disparaste desde la ventana o desde la puerta?

—¿A qué vienen tantas preguntas?

—A nada en particular. —Se encogió de hombros—. Buenos disparos, hermano.

—Ha sido cuestión de suerte.

Y con la esperanza de cambiar de tema le pregunté sobre el hacha.

—Buscadores de oro que se dirigían hacia el sur —dijo. Tenía la piel levantada en uno de los nudillos y le pregunté cómo se había herido—. Los tipos dudaban sobre si prestarme su equipo. Bueno, ahora ya no necesitarán el hacha.

Regresó a la cabaña y entró por el boquete que había abierto. En un primer momento yo no sabía qué estaba haciendo, pero de pronto vi humo saliendo del interior. Y lo siguiente fueron mi bolsa y mi sartén saliendo disparadas por la ventana y Charlie inmediatamente después con una sonrisa de oreja a oreja. Mientras nos alejábamos cabalgando, la estructura de la cabaña se había convertido en un tornado de silbantes llamas y el oso, al que Charlie había rociado con el petróleo del candil, también ardía; era una escena impresionante, pero también triste, y yo sentía alivio por dejar atrás aquel lugar. Pensé que yo había cruzado el umbral por un caballo que no quería pero Charlie no había hecho lo mismo por su propio hermano. Pensé que la vida estaba llena de contrastes.

El ojo de Barreño estaba enrojecido, hinchado y parecía muerto, y él se comportaba de un modo extraño, girando hacia la derecha cuando yo le tiraba con la brida hacia la izquierda, parándose y arrancando por su cuenta, y caminando de lado.

—Creo que la zarpa del oso le ha causado algún tipo de daño cerebral a Barreño —le dije a Charlie.

—Lo más probable es que simplemente esté momentáneamente aturdido —opinó Charlie. Barreño se fue de cabeza hacia un árbol y se puso a orinar ruidosamente—. Eres demasiado amable con él. Clávale las espuelas en las costillas. Eso le hará centrarse.

—Mi último caballo no necesitaba ser espoleado de ese modo.

Charlie meneó la cabeza y dijo:

—No volvamos a sacar ese tema, gracias.

—Mi último caballo era más listo que muchos hombres adultos que he conocido.

Charlie meneó la cabeza; no iba a volver a hablar del tema. Llegamos al campamento de los buscadores de oro muertos, o de los aspirantes a buscadores de oro, o de los que ya no iban a ser aspirantes a buscadores de oro. Conté cinco cadáveres boca abajo en el suelo, ninguno de ellos pegado a otro. Charlie me contó la historia mientras vaciaba sus alforjas y bolsillos de objetos de valor.

—Este gordo era el bravucón. Intenté razonar con él, pero quería montar un espectáculo para sus amigos. Le pegué un tiro en la boca y los demás salieron corriendo. Por eso están todos diseminados y con un tiro en la espalda, ¿lo ves? —Se acuclilló ante un cadáver menudo—. Este de aquí yo diría que no puede tener más de dieciséis años. Bueno, debería habérselo pensado mejor antes de viajar con esa panda de exaltados.

Yo guardé silencio. Charlie me miró en busca de una reacción y me encogí de hombros.

—¿Qué significa eso? —preguntó—. Tú también has tenido tu papel en esto, no lo olvidemos.

—No sé cómo puedes decir eso. Recuerda que yo no quería pasar la noche en la cabaña de la vieja.

—Pero fue tu estado lo que nos obligó a detenernos allí.

—Una araña se metió en mi bota, ésa es la causa de mi estado.

—¿Me estás diciendo que pretendes echarle la culpa a la araña?

—No pretendo echarle la culpa a nadie. Eres tú quien ha sacado el tema.

Hablándoles a los muertos allí reunidos, Charlie dijo:

—Mis queridos muchachos, una araña tiene la culpa de la precipitada desaparición de vuestro grupo. Una araña peluda y panzuda que buscaba calor; he aquí la causa de vuestra muerte.

—Lo único que digo, hermano —maticé—, es que es una pena que hayan tenido que morir. Y realmente lo es. Eso es todo.

Le di la vuelta al chico empujándolo con la bota. Tenía la boca entreabierta y un

par de dientes de conejo sobresalían de sus labios.

—Vaya tío guapo —comentó Charlie con ironía. Pero yo notaba que sentía remordimientos. Escupió al suelo y se sacudió el polvo del hombro—. Toda esta gente que va en busca de fortuna en California haría mejor en quedarse donde está y trabajar su propia tierra.

—Yo los entiendo. Van en busca de aventura.

—Estos tipos han encontrado la suya —sentenció, mientras les desvalijaba los bolsillos—. Éste tiene un buen reloj con su leontina. ¿Lo quieres? Toma, mira cómo pesa.

—Déjale su reloj a este hombre —dije.

—Me sentiría mejor si te quedases algo.

—Y yo me sentiría peor. Deja el reloj o quédatelo tú, yo no lo quiero.

También había matado a sus caballos. Yacían en el fondo de un barranco detrás del campamento. Normalmente no me hubiese importado, pero dos de los animales eran magníficos, muy superiores a Barreño. Se lo comenté a Charlie, que se indignó y me dijo:

—Sí, y llevan las marcas bien visibles para quien quiera verlas. ¿Serías tan estúpido como para montar el caballo de un tipo asesinado hasta California, donde lo estarán esperando?

—Nadie está esperando a estos hombres. Y sabes tan bien como yo que no hay mejor lugar en el mundo para esconderse que California.

—No pienso volver a discutir sobre tu caballo, Eli.

—Si crees que el tema va a quedar zanjado, estás equivocado.

—Entonces no pienso volver a discutir sobre tu caballo hoy. Y ahora repartámonos el dinero.

—Es tu matanza, así que quédatelo tú.

—He matado a estos tipos para liberarte de la choza maldita —se quejó. Pero yo no estaba dispuesto a aceptar las monedas, así que añadió—: No creas que voy a obligarte. De todos modos, necesito ropa nueva. ¿Crees que tu destrozado y descerebrado caballo será capaz de llegar hasta el próximo pueblo sin caerse por un precipicio? ¿Qué pasa? No te estarás riendo, ¿verdad? Estamos en plena riña y bajo ningún concepto debes reírte. —No me estaba riendo, pero entonces empecé a hacerlo, levemente—. No —dijo Charlie—, no debes reírte cuando te peleas. No es correcto, y apuesto a que sabes que no está bien. Tienes que indignarte y odiar y recordar todos los desaires que te hice cuando éramos niños.

Montamos para marcharnos del campamento. Le clavé las espuelas en las costillas a Barreño, que se desmoronó y quedó tumbado cuan largo era en el suelo.

Ya había oscurecido cuando llegamos al siguiente pueblo y la tienda local no parecía abierta al público. Pero la puerta no estaba cerrada con llave y salía humo de la chimenea, así que llamamos y entramos. El local estaba caldeado y silencioso, y el olor de mercancías recién llegadas me impregnó los orificios nasales; pantalones, camisas, camisetas, calcetines y sombreros llenaban los estantes en ordenadas pilas. Charlie golpeó en el suelo con el tacón de la bota y un inquieto anciano vestido con una holgada camiseta emergió de detrás de una pesada cortina de terciopelo negro. No respondió a nuestro saludo, sino que fue de un lado a otro encendiendo los quinqués del mostrador con una delgada ramita de pino cuya punta resplandecía y se balanceaba en su mano. El local quedó bañado por un resplandor dorado y el anciano apoyó las manos en el mostrador, parpadeando y sonriendo inquisitivamente.

—Necesito ropa nueva —dijo Charlie.

—¿De arriba abajo? —preguntó el anciano.

—Principalmente necesito una camisa nueva.

—Su sombrero está destrozado.

—¿Qué camisas me puede ofrecer? —preguntó Charlie.

El anciano estudió el torso de Charlie, calculando sus medidas con ojo experto, se dio la vuelta, se subió a toda velocidad a una escalera que tenía detrás y fue sacando de los estantes una pequeña pila de camisas dobladas. Bajó y colocó la pila delante de Charlie; y mientras mi hermano les echaba un vistazo, me preguntó:

—¿Y usted, señor?

—Esta noche no busco nada.

—Su sombrero también está destrozado.

—Me gusta mi sombrero.

—Parece que viajan juntos desde hace tiempo, a juzgar por los círculos de sudor.

Se me ensombreció la cara y dije:

—Es de muy mala educación hablar así del atuendo de los demás.

El tipo tenía los ojos negros y acuosos, y me hizo pensar en un topo o en algún otro tipo de animal excavador: rápido y preciso, resolutivo.

—No pretendía ser grosero —se disculpó—. Es deformación profesional. Siempre que me encuentro con un hombre con el atuendo en mal estado, me dejo arrastrar por el impulso de ayudarlo. —Abrió mucho los ojos, con expresión inocente, pero mientras hablaba sus manos, que seguían trabajando de forma independiente, depositaron tres sombreros nuevos sobre el mostrador.

—¿No me ha oído? He dicho que no quiero nada —dije.

—¿Qué daño le va a hacer probarse uno? —preguntó, sosteniendo un espejo—. Así pasa el rato mientras su amigo elige las camisas. —Los sombreros eran de color negro, chocolate y azul oscuro. Deposité el mío junto a ellos y tuve que admitir que comparativamente estaba en muy mal estado. Dije que me probaría uno y de repente el viejo pegó un grito—: ¡Trapo! —Y una chica embarazada y escandalosamente fea salió de detrás de la cortina con un paño humeante en la mano. Me lo lanzó y

desapareció por donde había venido sin decir una palabra. Yo me quedé allí plantado, lanzando el trapo de una mano a otra para enfriarlo, y el viejo me dio la explicación —: Señor, si no le importa limpiarse las manos y la frente... No podemos permitir que la mercancía se manche cada vez que un cliente entra en el local. —Mientras yo me limpiaba, el tipo dedicó su atención a Charlie, que se estaba abrochando trabajosamente una camisa negra de algodón con botones perlados a presión—. Vaya, le sienta muy bien —aseguró el viejo. Charlie se colocó frente a un espejo de cuerpo entero, moviéndose de un lado a otro para contemplar la camisa desde todos los ángulos. Se volvió hacia mí y señaló la prenda, con las cejas ligeramente arqueadas.

—Es realmente bonita —opiné.

—Me la llevo —dijo Charlie.

—¿Y qué le parece su amigo con esto? —le preguntó el viejo mientras me colocaba el sombrero color chocolate en la cabeza.

Charlie observó meditabundo mi perfil y pidió ver cómo me quedaría el negro. Cuando el viejo los intercambió, Charlie asintió y dijo:

—Si buscaras un sombrero nuevo, éste sería el adecuado. No encontrarás nada mucho mejor que esto. Y creo que me gustaría probarme el azul, aprovechando que los ha sacado usted.

—¡Trapo! —pidió el viejo, y de nuevo la chica embarazada emergió para lanzar un paño humeante sobre el mostrador, y de nuevo volvió a desaparecer sin decir palabra. Mientras se pasaba el trapo por la frente, Charlie sonrió.

—¿Es su mujer, viejo?

—Sí, lo es —respondió él, orgulloso.

—¿Y el niño que lleva en el vientre es suyo?

El viejo frunció el ceño y respondió:

—¿Duda de la calidad de mi semilla?

—No tengo intención de discutir sobre su semilla.

—Eso es impertinente.

Charlie levantó las manos en son de paz y dijo:

—Estoy impresionado con usted, eso es todo. No pretendía ofenderle, y les deseo a los dos una larga y feliz vida juntos.

De este modo logró zanjar el asunto y cualquier tipo de resentimiento que quedase fue aparcado por nuestras compras. Yo compré el sombrero y también una camisa, y Charlie, en un arrebatado consumista, se aprovisionó de la cabeza a los pies. El viejo se acostó esa noche cuarenta dólares más rico y feliz de haber sido despertado de su sueño y haber atendido nuestras necesidades. Mientras nos marchábamos con nuestras mejores galas, le comenté a Charlie:

—Un negocio muy pulcro.

—Más pulcro que el asesinato —coincidió Charlie.

—Creo que podría llevar una vida así. A veces pienso en tomármelo con más calma. ¿No te parece muy agradable? ¿Encender los quinqués? ¿El olor de toda esa

ropa nueva?

Charlie meneó la cabeza y respondió:

—Me volvería loco de aburrimiento. La muda saldría por enésima vez de su agujero y le pegaría un tiro. O me lo pegaría a mí mismo.

—Me ha parecido un trabajo muy relajado. Apuesto a que ese viejo duerme plácidamente por las noches.

—¿Tú no duermes bien por las noches? —me preguntó Charlie con tono serio.

—No —respondí—. Y tú tampoco.

—Yo duermo como un tronco —protestó.

—Gimoteas y lloriqueas.

—¡Ja ja!

—Es verdad, Charlie.

—Ja —dijo, desdeñoso.

Se detuvo para analizar mis palabras. Yo sabía que quería comprobar si eran sinceras, pero no se le ocurría una manera de preguntármelo sin parecer demasiado preocupado. Entonces la alegría se esfumó de su rostro y durante un buen rato evitó cruzar su mirada conmigo. Pensé: A todos pueden herirnos y nadie está completamente a salvo de las preocupaciones y la tristeza.

Nos alojamos en un hotel de construcción asimétrica y lleno de corrientes de aire en el extremo sur del pueblo. Sólo quedaba una habitación libre, así que Charlie y yo nos vimos obligados a compartirla, cuando lo habitual era que durmiésemos en cuartos separados. Sentado ante la jofaina, saqué el cepillo de dientes y los polvos, y Charlie, que era la primera vez que los veía, me preguntó qué hacía. Se lo expliqué, le mostré el uso correcto del artilugio y después me di golpecitos en la cara y aspiré profundamente.

—Te refresca mucho la boca —le informé.

Charlie reflexionó un instante y dijo:

—No me convence. Me parece un disparate.

—Piensa lo que quieras. Nuestro querido doctor Watts dice que no se me pudrirán nunca los dientes si uso el cepillo de forma regular.

Charlie siguió mostrándose escéptico. Me dijo que con la boca llena de espuma parecía un animal con rabia. Le respondí que prefería parecerlo durante unos minutos al día a oler como uno durante toda mi vida, y eso puso fin a nuestra conversación sobre el cepillo de dientes. Mi mención de Watts le recordó la medicina adormecedora que había robado y sacó la botella y la aguja de sus alforjas. Quería probarlo él mismo, dijo, y contemplé cómo se inyectaba una buena dosis en la mejilla. Una vez que la medicina hizo efecto, empezó a pellizcarse y estirarse la cara.

—¡Que me parta un rayo! —dijo.

Me pidió por señas que le abofetease, cosa que hice, con suavidad.

—No siento nada —aseguró.

—La cara te cuelga como una tortita.

—Pégame otra vez, pero más fuerte —me ordenó, y lo hice—. Sorprendente —comentó—. Vuelve a pegarme una última vez, pero hazlo con todas tus fuerzas, por favor.

Eché el brazo hacia atrás y le arreé un bofetón tan fuerte que me quedó la mano dolorida.

—Éste lo has notado. Se te ha movido todo el pelo. Te he visto el dolor en los ojos.

—He retrocedido por el golpe, pero no he notado dolor —dijo asombrado—. Un tipo listo podría sacarle partido a esto.

—Quizá puedas ir de un pueblo a otro invitando a ciudadanos frustrados a aporrearte la cara gratis.

—Hablo en serio. Tenemos en esta botella algo que hace posible lo imposible. Se le puede sacar partido a esto de algún modo.

—Ya veremos lo que te parece esta pócima milagrosa cuando se pasen los efectos.

Tenía la boca inerte y le caía un hilillo de baba por la barbilla.

—Me hace babear —dijo, sorbiéndose la baba. Se encogió de hombros, guardó la botella y la aguja, y dijo que le apetecía ir a la cantina que había al otro lado de la

calle. Me invitó a acompañarlo y aunque yo no tenía muchas ganas de ver cómo perdía los papeles con el brandy, tampoco me apetecía quedarme solo en la habitación del hotel, con el papel de pared combado, las corrientes de aire, el polvo y el olor de los huéspedes anteriores. El chirrido de los muelles de una cama sufriendo bajo el peso de un hombre inquieto es el sonido de la soledad.

Me desperté al alba con un persistente dolor de cabeza, debido no tanto al brandy como al cansancio, aunque el alcohol no había ayudado a mejorar mi estado. Me remojé la cara con el agua de la jofaina y me cepillé los dientes, de pie junto a una ventana abierta para sentir la brisa en el rostro. En el exterior hacía fresco, pero el aire estaba impregnado de calidez; era un primer aviso de que llegaba la primavera, lo cual me hizo sentirme feliz, me transmitió una sensación de dignidad y orden. Atravesé la habitación para comprobar la adaptación de Charlie al contraluz, que resultó ser bastante más pobre que la mía.

—Yo tampoco me encontraba muy bien —le dije—, pero ahora ya estoy mejor. Creo que estos polvos dentales tienen algún tipo de poder curativo.

—Pídeme un baño —graznó, oculto entre el edredón y las sábanas—. Dile a la encargada que quiero el agua hirviendo.

—Un baño cuesta veinticinco centavos —le informé. Lo sabía porque lo había visto en un cartel en la recepción. Se lo comenté porque en casa un baño cuesta cinco centavos. Pero a Charlie le daba igual el precio.

—Aunque costase veinticinco dólares me daría igual. Me salvará la vida, si es que todavía estoy a tiempo de salvarla. Quiero que el agua esté caliente como para cocinar un pajarillo. Y te voy a pedir que me traigas una medicina del boticario.

—No sé qué opinaría el comodoro de un líder al que el alcohol le deja machacado tan a menudo.

—Basta de cháchara —rogó—. Ve a buscar a la encargada. Pídele que esté hirviendo.

—Volveré después de ir al boticario.

—Date prisa, por favor.

Encontré a la mujer abajo, en la recepción, sentada detrás del mostrador, remendando una funda de almohada con hilo y una aguja larga. Había reparado en ella vagamente cuando nos registramos, pero ahora me fijé en que era más o menos guapa, joven, pálida, regordeta y fuerte. Tenía el cabello pegado a la frente por el sudor y su brazo trabajaba con rapidez, extendiéndose al máximo cuando tiraba de la aguja. Di unos golpecitos en el mostrador y sus ojos se posaron sobre mí con indisimulado fastidio.

—Mi hermano tiene resaca y necesita un baño con agua hirviendo.

—Treinta centavos —dijo ella monótonamente.

Miré el cartel colgado encima de ella, en el que todavía ponía veinticinco centavos, pero antes de que pudiese decir nada, me aclaró:

—Ayer eran veinticinco. Hoy son treinta. Algún día, dentro de poco, serán treinta y cinco.

—Una época próspera para los dibujantes de carteles —dije. Pero la mujer se limitó a seguir cosiendo. Yo insistí—: Mejor pago ahora, antes de que el precio se ponga por las nubes.

La atareada doncella del hotel apenas esbozó una sonrisa. Para acabar de

molestarla, le pagué con una moneda de veinte dólares. Contempló la pesada moneda durante largos segundos antes de metérsela en el mugriento bolsillo del vestido y sacar de allí el cambio. No hizo el menor esfuerzo por disimular el desagrado que yo le producía y pensé que era prudente advertirle:

—Mi hermano no tiene tanta paciencia como yo, señorita, y esta mañana está de mal humor. Ha pedido un baño con el agua hirviendo y más vale que lo tenga. No es alguien a quien se pueda contrariar impunemente, hágame caso.

—Estará hirviendo —aseguró.

Se colocó la almohada debajo del brazo y se dio la vuelta para cumplir con sus obligaciones. Cuando desaparecía detrás de la cortina de cuentas que separaba la recepción de la cocina y las calderas, me fijé en que un pliegue del vestido se le había metido entre las nalgas. Se lo sacó con un suave tirón; una acción inconsciente y automática por su parte, pero me sentí muy afortunado de haber sido testigo y me puse a silbar una animada y desenfadada melodía.

Salí del hotel para buscar afanosamente un boticario o un médico, pero me sorprendí a mí mismo pensando en las mujeres y el amor. Nunca había estado con una mujer más de una noche, y siempre había sido con putas. Y aunque en todos esos encuentros fugaces intenté mantener una relación cariñosa con las chicas, sabía que en el fondo era falsa, y después siempre me sentía frío y derrumbado. Desde hacía aproximadamente un año había dejado por completo las relaciones con prostitutas, convencido de que era mejor vivir sin esa pantomima de cariño. Y aunque no era realista para un hombre en mi situación pensar esas cosas, no pude evitarlo: vi mi gruesa figura reflejada en los escaparates de las tiendas frente a las que caminaba y me pregunté: ¿Cuándo logrará este hombre ser amado?

Localicé la botica y compré una botellita de morfina. Al volver al hotel, me crucé con la mujer, que bajaba por la escalera. Llevaba una cuba de hojalata vacía bajo el brazo y el costado mojado por el agua del baño. Se detuvo un instante; pensé que quería saludarme, así que me quité el sombrero y le ofrecí mi versión de una sonrisa. Pero entonces reparé en que jadeaba y que albergaba cierta amargura o infelicidad. Cuando le pregunté qué le sucedía, declaró, elevando mucho el tono, que mi hermano era un pagano y que las más ardientes aguas del infierno no lograrían purificarlo. Le pregunté qué había hecho, pero no me respondió, se limitó a echarme a un lado para seguir su camino hacia la recepción. Oí el ruido de sus cortinas de cuentas y el estruendo de la cuba al estrellarse contra la pared. Permanecí un rato en la escalera, escuchando los sonidos del hotel que flotaban a mi alrededor, los invisibles pasos y crujidos del suelo, las puertas que se abrían y cerraban, risas y conversaciones apagadas, el llanto de un niño. Me percaté de la presencia de una vela apagada en la pared de la escalera que tenía delante. La encendí, apagué con un soplo la cerilla y la dejé junto a la vela. Al mirar hacia el final de la escalera, vi que la puerta de la habitación que compartía con Charlie estaba entornada; a medida que me aproximaba, me sorprendió oírlo hablar, y se dirigía a mí, aunque yo no estaba allí.

Hablaba en voz alta en el baño, un hábito que tenía desde la infancia. Me acerqué sigilosamente hasta la puerta y escuché:

—Pero yo soy el líder. Sí. Bueno, lo soy. ¿Tú? Tú no eres capaz de dirigir a tu caballo sin ayuda. Y además eres enfermizo. Sí, lo eres. Atraes a la enfermedad y las preocupaciones. Si no fueras un pariente consanguíneo, hubiera prescindido de ti hace tiempo. De hecho, el comodoro me lo pidió, pero me negué. Admiró mi fidelidad. Parece que gané puntos ante él. «La fidelidad será correspondida con fidelidad», me dijo. Tiene fe en mí. Sí, la tiene, hermano. Vale, ríete. Te ríes de todo. Pero te hago esta pregunta, y es una pregunta seria: ¿a quién conoces que tenga fe en ti?

Se detuvo para mojarse y frotarse el cuerpo. Llamé a la puerta mientras la abría, avancé con pisadas absurdamente ruidosas y me aclaré la garganta.

—Charlie —dije—. Te traigo la medicina.

Cogí aire para lograr que mi voz sonase natural, pero el tono reflejaba el dolor que me habían producido los hirientes comentarios de mi hermano. Cuando entré en el baño, estaba inclinado, con medio cuerpo fuera de la bañera, la piel tan enrojecida de cintura para abajo que parecía que llevase pantalones. Estaba vomitando en una escupidera y vi los espasmos que movían sus costados cada vez que expulsaba su bilis envenenada. Levantando un dedo y jadeando, me pidió:

—No te muevas de aquí.

Siguió con sus arcadas y yo cogí una silla para sentarme cerca de él. Me temblaban las rodillas y pensé, dolido, que ojalá no hubiese oído sus palabras. Finalmente, decidí que no podía permanecer en la habitación con él. Me puse en pie, dejé la morfina encima de la silla y señalé la puerta, como si una tarea urgente me esperase al otro lado. Creo que no se percató de mi marcha, ocupado como estaba con su vomitona y su malestar.

No tenía adónde ir y no quería que nadie me viera por miedo a que descubriese mi tristeza, así que durante varios minutos permanecí de pie en la recepción, cambiando mi peso alternativamente de una pierna a otra, respirando y tratando de borrar de mi mente cualquier pensamiento reconocible. Vi que la vela que había encendido volvía a estar apagada. Supuse que una corriente de aire había apagado la llama, pero al observarla de más cerca vi que la cerilla había desaparecido; repetí la operación de prender la mecha y depositar la cerilla ya apagada junto a la vela, en la palmatoria de metal negro. Tuve la sensación de estar manteniendo un diálogo, aunque no sabía con quién, probablemente la mujer del hotel. ¿Podía dejarle una nota secreta? Pero no tenía ni papel ni tinta y, a fin de cuentas, ¿qué iba a decirle? *Querida señorita: Ojalá se lavase usted la cara y fuese amable conmigo. Tengo dinero. ¿Lo quiere? Nunca sé qué hacer con él.*

Me senté en las escaleras durante otros veinte minutos antes de volver a la habitación. Charlie estaba sentado en su cama, con su camisa nueva pero sin pantalones. Sostenía en las manos una de sus botas nuevas, que acariciaba y admiraba. Se había bebido un tercio de la morfina y ya le había hecho efecto; tenía los ojos hundidos y parecía feliz como un cerdo en vacaciones.

—¿Se te ha pasado el dolor de cabeza, hermano?

—No, sigue ahí, pero la medicina hace que no me importe. —Y mientras le daba la vuelta a la bota para estudiar su interior, dijo con tono solemne—: La destreza y paciencia empleadas para fabricar esta bota me dan una lección de humildad.

En ese momento Charlie me pareció repulsivo.

—Menudo aspecto tienes.

Sus párpados subían y bajaban como un par de persianas que alguien subiera y después dejase caer. Se encogió de hombros y dijo:

—Hay días en que nos sentimos más fuertes... que otros.

—¿Cuándo quieres que nos marchemos?

—No puedo viajar en este estado —me respondió con los ojos cerrados—. No pasará nada porque nos quedemos un día más en este pueblo. La mujer mencionó que habría un duelo por la mañana. Nos iremos justo después.

—Lo que tú digas.

Entreabrió los ojos y dijo:

—¿Qué te pasa? Te comportas de un modo diferente.

—Estoy como siempre.

—Me has oído hablar en el baño, ¿verdad? —No respondí y él abrió por completo los ojos—. Ya me ha parecido oírte por ahí fuera. Éste es el sino de los figones y los que escuchan a hurtadillas. —De pronto se inclinó hacia delante y un hilillo de bilis amarillenta manó de su boca hasta el suelo. Cuando se reincorporó todavía le goteaba; arqueó los labios aún húmedos formando una sonrisa diabólica y exclamó —: ¡Casi vomito en la bota! ¡He estado a punto de vomitar en la bota! ¿Te imaginas cómo me hubiese cabreado?

—Te veré después —le dije.

—¿Qué? —preguntó—. No, quédate aquí conmigo. No me encuentro bien. Lo siento si antes te he molestado. Lo decía sin pensarlo.

—No, me gustaría estar solo. Bébete tu morfina y échate a dormir.

Me volví para dirigirme hacia la puerta, pero él, porque no se percató o porque hizo como si no estuviese sucediendo, siguió hablándome:

—Creo que había algún veneno en ese brandy. —Se provocó más arcadas—. Nunca me había sentido tan mal por el alcohol.

—Yo bebí el mismo brandy y no me he envenenado.

—No bebiste tanto como yo.

—No tiene sentido discutir con un borracho sobre quién tiene la culpa de su malestar.

—Así que ahora soy un borracho.

—Ya te he aguantado bastante por hoy. Tengo que curarme los puntos y las heridas. Ya nos veremos más tarde, hermano. Te aconsejo que mientras tanto te mantengas alejado de la cantina.

—No sé si seré capaz, puesto que soy un borracho vicioso.

Sólo quería pelearse y cultivar su enfado conmigo, para así aliviar su mala conciencia, pero yo no pensaba seguirle el juego. Volví a la recepción (la vela, me fijé mientras bajaba, seguía encendida y nadie había tocado la cerilla), donde me encontré a la mujer detrás del mostrador, leyendo una carta y sonriendo. Al parecer esa carta traía buenas noticias, ya que gracias a ella estaba de mejor humor y me saludó, si no cálidamente, al menos sin tanta frialdad como antes. Le pedí unas tijeras y un espejo, a lo que no me respondió, pero se ofreció a cortarme el pelo por cincuenta centavos, asumiendo que ése era el motivo por el que le pedía esos instrumentos. Decliné su oferta agradeciéndosela y le expliqué lo de los puntos que llevaba; me preguntó si podía acompañarme a la habitación y ser testigo de la sangrienta operación. Cuando le dije que prefería pasar un rato sin ver a mi hermano, ella comentó:

—Eso lo puedo entender.

Y me preguntó dónde planeaba llevar a cabo mi pequeña intervención quirúrgica; cuando admití que no lo había pensado, me invitó a entrar en sus aposentos.

—¿No tiene ningún otro asunto urgente? —le pregunté—. Esta mañana no disponía usted de un minuto.

Se ruborizó y me explicó:

—Le pido disculpas si he sido brusca con usted. Mi criada desapareció la semana pasada y he perdido horas de sueño intentando mantenerlo todo en funcionamiento. Además, una persona de mi familia enfermó y he estado preocupada esperando noticias. —Dio unos golpecitos a la carta con los dedos y asintió.

—¿Entonces todo ha ido bien?

—No del todo, pero casi.

Dicho esto, me invitó a pasar al otro lado de su sagrado mostrador y yo la seguí a

través de la cortina de cuentas hacia su mundo privado. Las cuentas resbalaron suaves y cosquilleantes sobre mi cara y sentí un estremecimiento de felicidad al notarlas. Es cierto, pensé, estoy disfrutando de la vida.

Su habitación no era como yo la habría imaginado, si hubiera tenido tiempo para imaginarla, pero no lo tuve. No había ni flores ni toques de buen gusto, ni sedas ni perfumes, ni rastro de detalles femeninos dispuestos por la elegante mano de una damisela; no había volúmenes de poesía, ni tocados y cepillos; no había almohadas con fundas de encaje decoradas con alentadores proverbios destinados a sosegar el espíritu en momentos de aflicción o a ayudarnos a soportar la monotonía de días inacabables y superfluos con sus palabras y consignas de aliento. No, su habitación era una carbonera de techo bajo, sin ventanas ni atisbo de luz natural, y como estaba situada junto a la cocina y la lavandería olía a grasa, agua sucia y mohoso jabón en polvo. Debió de notar mi cara de consternación, porque sufrió un acceso de timidez y dijo con voz queda que suponía que yo no estaba impresionado con su alcoba; eso lógicamente me hizo cambiar por completo mi actitud y alabar la habitación, de la que le dije que transmitía una sensación de seguridad al ser impenetrable y además resultaba absolutamente privada. Me dijo que era un comentario muy amable por mi parte, pero innecesario. Ella era consciente de que la habitación era exigua, pero tendría que aguantar en ella poco tiempo, ya que gracias a la masiva llegada de buscadores de oro el negocio iba viento en popa.

—Seis meses más y me mudaré a la mejor habitación del hotel.

El tono en que lo aseguró me dejó claro que para ella esa era una ambición importante.

—Seis meses es mucho tiempo —le dije.

—He esperado más por menos.

—Ojalá tuviese el modo de acortar su espera.

Mi comentario la desconcertó.

—Qué cosa más rara para decirle a una desconocida —dijo.

Me condujo hasta una pequeña mesa de madera de pino y me puso un espejo delante. Vi reflejada mi cara todavía hinchada, que observé con la habitual mezcla de curiosidad y lástima. Me trajo unas tijeras que yo cogí, sosteniendo las hojas entre las palmas de las manos para calentarlas. Ladeé el espejo para poder verme mientras trabajaba, corté los puntos y empecé a sacarme el hilo negro de la boca. No dolía, pero producía una vaga quemazón, como cuando una cuerda resbala entre tus manos. Era demasiado pronto para retirar los puntos y el hilo apareció empapado de sangre. Amontóné los trozos de hilo a mis pies y después los quemé, porque desprendían un olor repugnante. Una vez terminada la operación, decidí mostrarle a la mujer mi nuevo cepillo de dientes y los polvos, que llevaba en el bolsillo del chaleco. La propuesta le entusiasmó, ya que también ella era una reciente conversa al método y corrió a buscar sus instrumentos para que pudiéramos cepillarnos juntos. Así que nos situamos uno al lado del otro frente a la jofaina, con las bocas llenas de espuma, sonriendo mientras nos cepillábamos los dientes. Al acabar, se produjo un momento incómodo durante el que ninguno de los dos sabía qué decir; y cuando me senté en la cama, ella empezó a mirar hacia la puerta como si desease que me marchara.

—Ven a sentarte a mi lado —le propuse—. Me gustaría hablar contigo.

—Tendría que volver al trabajo.

—¿No soy un huésped? Tienes que atenderme o escribiré cartas llenas de reproches a la cámara de comercio.

—Oh, de acuerdo. —Se recogió el vestido con las dos manos mientras se sentaba, y me preguntó—: ¿De qué te gustaría hablar?

—De cualquier cosa. ¿Qué tal de la carta, de esa que te ha hecho sonreír? ¿Quién estaba enfermo en tu familia?

—Mi hermano, Pete. Una mula le coceó en el pecho, pero me cuentan que se está curando muy bien. Mi madre dice que se puede distinguir la marca de la pezuña claramente.

—Ha tenido suerte. Podría haber muerto de la manera más indigna.

—Qué más da cómo muera uno.

—Te equivocas. Hay muchos tipos de muertes. —Las contó con los dedos—. Muerte rápida, muerte lenta. Muerte temprana, muerte tardía. Muerte heroica, muerte cobarde.

—En cualquier caso, está débil. Enviaré una carta invitándolo a trabajar conmigo.

—¿Estás muy apegada a tu hermano? —pregunté.

—Somos gemelos —respondió—. Siempre hemos tenido un vínculo muy fuerte. A veces pienso en él y es como si estuviese conmigo en la habitación. La noche en que recibió la coza, me desperté con una marca roja en el pecho. Supongo que suena raro.

—Sí, así es.

—Imagino que debí golpearme yo misma mientras dormía —me explicó.

—Oh.

—¿Ese hombre de arriba es realmente tu hermano?

—Sí.

—Sois muy diferentes, ¿verdad? —comentó—. Creo que no es malo. Quizá simplemente es demasiado perezoso para ser bueno.

—Ninguno de los dos es bueno, pero es cierto que él es perezoso. Cuando era un niño, no se lavaba hasta que mi madre literalmente rompía a llorar.

—¿Cómo es tu madre?

—Era muy lista, y muy triste.

—¿Cuándo murió?

—No ha muerto.

—Pero has dicho que «era» lista.

—Supongo que sólo quería decir..., bueno, si te soy sincero, no quiere vernos. No le gusta lo que hacemos, y dice que no nos dirigirá la palabra hasta que hayamos encontrado otro modo de ganarnos la vida.

—¿Y a qué os dedicáis?

—Somos Eli y Charlie Sisters.

—Oh —dijo—. Oh, caramba.

—Mi padre está muerto. Lo mataron, y merecía que lo mataran.

—De acuerdo —dijo, poniéndose de pie.

Le cogí la mano.

—¿Cómo te llamas? Supongo que ya tienes un hombre. ¿Sí o no?

Pero ella ya se estaba dirigiendo hacia la puerta y dijo que no podía perder ni un minuto más. Me levanté y me acerqué a ella, preguntándome si podría robarle un beso, pero insistió en que tenía prisa. La presioné para que me detallase sus sentimientos hacia mí, si es que albergaba alguno; respondió que no me conocía lo suficientemente bien como para tenerlo claro, y admitió su preferencia por los hombres delgados, o al menos no tan corpulentos como yo. No lo decía por ser cruel, pero sus palabras me escocieron y después de que ella se escabuliese, permanecí un buen rato de pie frente a su espejo, contemplando mi perfil, mi presencia en este mundo de hombres y damas.

Evité a Charlie durante toda la tarde y la noche. Regresé a nuestra habitación después de cenar y me lo encontré durmiendo, con la botellita de morfina volcada y vacía en el suelo. Por la mañana desayunamos juntos en la habitación, o más bien él desayunó, ya que yo había decidido dejar de engullir con tanta glotonería para reducir mi volumen hasta tener una talla y un peso más adecuados. Charlie estaba grogui pero contento, y quería reconciliarse conmigo. Señalándome con el cuchillo, me preguntó:

—¿Recuerdas cómo te salieron las pecas?

Negué con la cabeza. No estaba preparado para reconciliarme.

—¿Sabes los detalles del duelo? —inquirí.

Asintió y me explicó:

—Uno de los tipos es abogado y, según todas las versiones, totalmente fuera de su elemento en este combate. Se llama Williams. Se enfrenta a un peón de rancho con un historial funesto, un tipo llamado Stamm. Todos dicen que sin duda Stamm matará a Williams.

—¿Pero cuál es el motivo de la riña?

—Stamm contrató a Williams para que le ayudase a cobrar unas pagas que le debía un ranchero de la zona. El asunto llegó a los tribunales y Williams perdió. En cuanto se dictó sentencia, Stamm desafió a Williams a un duelo con pistolas.

—¿Y el abogado no tiene ninguna experiencia como tirador?

—Se oye hablar de caballeros pistoleros, pero yo todavía no me he encontrado con ninguno.

—No parece un enfrentamiento muy equilibrado. Yo me largaría de aquí cuanto antes.

—Si lo prefieres... —Charlie sacó un reloj del bolsillo. Me fijé en que era el del buscador de oro al que había matado—. Son las nueve pasadas. Puedes adelantarte con Barreño y yo ya te alcanzaré en cuanto acabe el duelo, dentro de una hora.

—Creo que lo haré —dije.

La mujer del hotel llamó a la puerta y entró para recoger los platos y tazas. Le di los buenos días y ella respondió amablemente, rozándome la espalda con la mano al pasar. Charlie también la saludó, pero ella simuló no haberle oído. Cuando me afeó que no había tocado mi plato, me palmeé el estómago y le dije que quería adelgazar por temas del corazón.

—¿En serio? —dijo ella.

—¿De qué hablas? —quiso saber Charlie.

El vestido manchado de la mujer había desaparecido, sustituido por una blusa roja de lino escotada para mostrar el cuello y la clavícula. Charlie le preguntó si iría a ver el duelo y ella respondió afirmativamente y nos dijo:

—Haríais bien en daros prisa para encontrar un buen sitio para verlo. Aquí las calles se llenan enseguida y la gente se resiste a dejar su sitio.

—Quizá me quede —dije.

—¿Ah, sí? —preguntó Charlie.

Fuimos los tres juntos hasta el escenario del duelo. Mientras me abría paso entre la multitud, me complació notar el brazo de la mujer rodeando el mío. Me sentí triunfal y caballeroso. Charlie cubría la retaguardia, silbando una canción llamativamente ingenua. Encontramos un lugar entre la multitud y, tal como la mujer nos había anunciado, la lucha por los mejores sitios era feroz. Amenacé a un tipo que la empujó, y Charlie advirtió:

—Cuidado con el caballero rabioso, queridos lugareños.

Cuando llegaron los duelistas, alguien situado detrás chocó contra mí una vez y luego otra. Me volví para quejarme y vi que era un hombre con un niño de siete u ocho años sobre los hombros; el niño me había estado golpeando con su bota.

—Le agradecería que su hijo no me diese patadas en la espalda —le dije.

—¿Le estaba dando patadas? —preguntó el tipo—. No lo creo.

—Lo estaba haciendo, y si vuelve a suceder, le echaré a usted la culpa.

—¿Es una amenaza? —dijo, poniendo una cara que transmitía su impresión de que yo estaba siendo poco razonable o haciendo demasiado teatro. Traté de clavarle la mirada para dejarle claro el peligroso terreno al que le estaba conduciendo su actitud, pero él no me miró, dirigió la mirada por encima de mi hombro para ver el lugar donde se iba a desarrollar el duelo. Me di la vuelta nervioso, la mujer me cogió del antebrazo para tranquilizarme, pero mi irritación iba en aumento y me volví para encararme otra vez con el tipo:

—En cualquier caso, no entiendo por qué deja usted que el chico sea testigo de tanta violencia a su edad.

—Ya he visto matar —me dijo el niño—. Vi cómo rajaban a un indio con un puñal, se le salieron las tripas como si fueran una serpiente roja y gorda. También vi a un hombre ahorcado en un árbol a las afueras del pueblo. Tenía la lengua hinchada colgando así. —El niño puso una cara horrible.

—Sigo pensando que no es adecuado —le comenté al padre, que no dijo nada. El niño seguía poniendo esa cara y yo me volví para ver a los duelistas colocándose en sus posiciones en la calle. Resultaban fáciles de identificar: el peón, Stamm, llevaba ropa de cuero y algodón desgastado, el rostro curtido y sin afeitar. Estaba solo, sin un padrino que le ayudase, contemplando a la multitud con mirada inexpresiva, los brazos colgando inertes en los costados. El abogado, Williams, llevaba un traje gris hecho a medida, el cabello peinado con raya en medio, el bigote engominado e impecablemente recortado. Su padrino, con un aire de dandy similar, le ayudó a quitarse el abrigo y la multitud contempló cómo Williams hacía una serie de ejercicios preparatorios consistentes en flexionar las rodillas. Después apuntó a Stamm con una pistola fantasma e imitó el retroceso del arma. Estas pantomimas provocaron algunas risitas sofocadas entre los congregados, pero el rostro de Williams permaneció serio y solemne. Pensé que Stamm estaba borracho o lo había estado hasta un momento antes.

—¿Quién querrías que ganase? —le pregunté a la mujer del hotel.

—Stamm es un bastardo. No conozco a Williams, pero también tiene pinta de bastardo.

El tipo con el niño sobre los hombros lo oyó y dijo:

—El señor Williams no es un bastardo. El señor Williams es un caballero.

Me volví lentamente y le pregunté:

—¿Es amigo suyo?

—Me enorgullece poder decir que sí.

—Espero que se hayan despedido. Dentro de un minuto estará muerto.

Negó con la cabeza y dijo:

—No tiene miedo.

Era un comentario tan estúpido que me reí.

—¿Y qué si no lo tiene?

El tipo me hizo callar gesticulando con la mano. Pero de todos modos el niño me había oído y me miró con cara asustada.

—Tu padre quiere que veas violencia y hoy la verás —le dije.

El hombre permaneció inmóvil unos instantes, maldijo en voz baja y se marchó, abriéndose paso a empujones entre la muchedumbre para ver el duelo desde otro sitio.

Oí al padrino de Williams diciéndole a Stamm:

—¿Dónde está su padrino, caballero?

Williams y su padrino intercambiaron unas palabras en privado. El padrino asintió y le preguntó a Stamm si podía inspeccionar su pistola. Stamm dijo que no le importaba y el padrino cogió la pistola para comprobarla. Asintió dando su aprobación y le preguntó a Stamm si quería comprobar la pistola de Williams, a lo que éste respondió que no. Williams se acercó y él y Stamm permanecieron mirándose cara a cara. Pese a la muestra de arrojo, no parecía que Williams deseara continuar con la pelea; en efecto, le susurró algo a su padrino y éste le dijo a Stamm:

—Si quisiera usted pedir disculpas, el señor Williams se daría por satisfecho.

—No quiero —replicó Stamm.

—Muy bien —dijo el padrino.

Colocó a los dos contendientes espalda contra espalda y les indicó que serían veinte pasos. Empezó a contar y los duelistas echaron a andar al mismo tiempo. A Williams la frente le brillaba por el sudor y la pistola le temblaba en la mano, mientras que Stamm parecía que estuviese caminando en dirección al escusado, dada la indolencia que demostraba. Al llegar a veinte, se volvieron y dispararon. Williams erró el tiro, pero la bala de Stamm impactó de pleno en el pecho de Williams. El rostro del abogado se transformó en una ridícula máscara de dolor y sorpresa y, me pareció, también de ofensa. Tambaleándose de un lado a otro, apretó el gatillo y disparó hacia la multitud de espectadores. Se oyeron varios gritos; la bala había impactado en la espinilla de una joven que yacía en el suelo retorciéndose y

agarrándose la pierna. No sé si Williams llegó a ser consciente o no de su lamentable error; cuando volví a mirarlo yacía muerto en el suelo. Stamm se alejaba en dirección a la cantina, con la pistola enfundada y los brazos de nuevo inertes a los costados. El padrino permaneció solo en el escenario del duelo, mirando impotente a derecha e izquierda. Eché un vistazo a la multitud, buscando al tipo con el niño a los hombros para lanzarle una mirada de desprecio, pero no di con él.

La mujer tenía trabajo pendiente y se disculpó mientras yo hacía el equipaje para marcharnos. La busqué por todo el hotel para despedirme pero no logré dar con ella, así que le dejé cinco dólares como regalo, escondiendo la moneda entre las sábanas para que al pensar en mí me asociase con la idea de un lecho marital, o en cualquier caso un lecho. Charlie me vio hacerlo y me dijo que admiraba el gesto, pero que mi plan fallaba porque las sábanas estaban sucias cuando llegamos y continuarían acumulando suciedad porque la mujer no tenía el menor interés en mantener el negocio bien cuidado.

—Será como darle el dinero al próximo tipo que duerma en esta habitación.

—Ella lo encontrará —dije.

—No lo hará, y además cinco dólares es demasiado. Déjale un dólar en el mostrador de recepción. Podrá dar a lavar el vestido y le sobrará para beber hasta embriagarse.

—Estás celoso porque no tienes una chica.

—¿Ese putón es tu chica? Felicidades. Es una pena que no podamos presentársela a mamá. Estaría encantada de conocer a tan delicada flor.

—Si las posibilidades son hablar con un idiota o no hacerlo, me inclino por la segunda.

—Escupe en el suelo, se limpia la nariz con la manga. Sin duda, una dama muy especial.

—No voy a hablar —dije, y lo dejé recogiendo sus cosas. Salí a la calle para buscar a Barreño. Le saludé y le pregunté cómo se encontraba. Parecía más despierto que el día anterior, aunque seguía con el ojo fatal y me mostré comprensivo con el animal. Al menos tenía capacidad de recuperación. Quise acariciarlo, pero cuando la mano aterrizó en su cara se sobresaltó; me apenó que estuviese tan poco habituado a recibir una caricia. Decidí intentar demostrarle que la vida podía ser más agradable y me hice una promesa personal al respecto. Al salir del hotel, Charlie se mofó de la tierna escena.

—Aquí tenemos al amante de todos los seres vivos —dijo—. ¿Le dejará a su defectuosa bestia dinero en el morral? Le creo muy capaz, amigos. —Se acercó y chasqueó los dedos a ambos lados de la cabeza de Barreño. Las orejas del caballo se movieron y Charlie, satisfecho con la prueba, fue a hacerse cargo de Espabilado—. Estaremos al raso todo lo que queda de viaje —comentó—. Se acabó el haraganear en habitaciones de hotel.

—A mí me da igual —le dije.

Se detuvo un instante y añadió:

—Lo que quiero decir es que si sufres otra de tus maldiciones o enfermedades, tendré que seguir sin ti.

—¿Maldiciones o enfermedades? Mira quién fue a hablar. De momento ya nos hemos retrasado dos veces por culpa de tu afición a empinar el codo.

—Vale, de acuerdo, digamos simplemente que hemos tenido mala suerte y hemos

dado una pobre imagen de nosotros mismos. Lo pasado pasado está, pero no volveremos a caer en eso, ¿estamos de acuerdo?

—No volveremos a hablar de maldiciones o enfermedades.

—Me parece muy bien, hermano.

Montó a Espabilado y contempló la calle, más allá de los escaparates de las tiendas, hacia el campo abierto. Oí el golpeteo de algo metálico sobre una superficie de cristal y vi a la mujer del hotel en la habitación que habíamos ocupado Charlie y yo en la segunda planta, con la moneda de cinco dólares entre los dedos golpeando contra el vidrio de la ventana, y requerí la atención de Charlie, que me miró con frialdad y desconsideración; espoleó a Espabilado y se alejó cabalgando. Saludé a la mujer con la mano y ella, exagerando el movimiento de los labios, me dijo algo que no logré descifrar, pero supuse que eran palabras de agradecimiento. Me volví para seguir a Charlie, pensando en la voz de la mujer en la habitación vacía en la que trabajaba y sufría, y me sentí satisfecho por haberle dejado el dinero que esperaba que la pudiese hacer feliz, aunque fuese sólo un poco. Decidí perder diez kilos de grasa y escribirle una carta de amor y lisonjas, contándole que podía ayudarla a mejorar su vida en este mundo con mi devoción por ella.

Teníamos una tormenta a nuestras espaldas, la última tormenta fuerte del invierno, pero nos las arreglamos para mantenernos por delante de ella durante toda la tarde hasta que cayó la noche. Montamos el campamento en una gran cueva cuyo techo estaba ennegrecido por el hollín de los fuegos de otros viajeros. Charlie preparó una cena a base de judías, cerdo y galletas, pero yo sólo me comí las judías y le di el resto a escondidas a Barreño. Me fui a dormir con hambre, me desperté en plena noche y vislumbré un caballo sin jinete en la boca de la cueva, respirando fuerte y balanceándose sobre sus patas. Era negro y estaba empapado en sudor; cuando empezó a temblar, me acerqué a él y le cubrí el lomo con mi manta.

—¿Qué sucede? —preguntó Charlie, incorporándose sobre el codo junto al fuego.

—Un caballo.

—¿Dónde está el jinete?

—No veo a ningún jinete.

—Si aparece el jinete, despiértame. —Se dio la vuelta y siguió durmiendo.

El caballo medía unos diecisiete palmos y era todo músculo. No tenía ningún hierro marcado, ni silla de montar, ni herraduras, pero la crin estaba limpia y no se apartó cuando lo acaricié. Le di una galleta, pero no tenía hambre y se limitó a mordisquearla.

—¿Adónde te diriges, cabalgando de este modo en plena noche? —le pregunté. Traté de conducirlo hacia donde estaban Barreño y Espabilado, para que se diesen calor todos apiñados, pero él se zafó y volvió a la boca de la cueva, donde lo había encontrado—. Pretendes dejarme sin manta, ¿no es así? —Volví a meterme en la cueva para avivar el fuego y me acurruqué cerca para recibir el calor, pero no era capaz de conciliar el sueño sin algo para taparme adecuadamente, así que me pasé el resto de la noche reescribiendo mentalmente olvidadas peleas del pasado, alterando los acontecimientos para salir victorioso. Cuando empezó a salir el sol por la mañana, ya había decidido quedarme el caballo. Le comuniqué mis planes a Charlie mientras le pasaba el café, y él asintió.

—Puedes ponerle herraduras en Jacksonville. Y quizá consigamos un buen precio por Barreño, aunque lo dudo; probablemente lo enviarán al matadero. Bueno, puedes quedarte con el dinero que consigas por él. Lo has pasado mal con Barreño, no lo niego. Ha sido una feliz coincidencia que apareciese este caballo. ¿Cómo lo vas a llamar? ¿Qué tal Hijo de Barreño?

—Yo diría que algún granjero pagaría a gusto por los servicios de Barreño —aventuré—. Todavía le quedan algunos buenos años.

—Yo no le daría muchas esperanzas. —Se volvió hacia Barreño y añadió—: ¿Estofado de carne? ¿O un bonito prado junto a la hija de culo caído del granjero? —Y me susurró al oído—: Estofado de carne.

El caballo negro aceptó sin protestar la brida y la silla de montar. Barreño bajó la cabeza cuando le lancé la cuerda alrededor del cuello y evité su mirada. Habíamos cabalgado tres kilómetros cuando encontramos al indio muerto en el suelo.

—Éste debía de ser el propietario —dijo Charlie. Le dimos la vuelta para echar un vistazo. El cuerpo estaba rígido y deformado, el cuello partido y la boca muy abierta en un gesto de extremo sufrimiento.

—Pero es raro que un caballo indio haya aceptado la brida y la silla de montar — dije.

—Será que se lo había robado a un blanco —sugirió Charlie.

—¿Pero el caballo no tiene ni herraduras ni está marcado con hierro?

—Es un misterio —admitió Charlie. Y, señalando al indio, añadió—: Pregúntaselo a él.

El indio no tenía heridas que explicasen su fallecimiento, pero era extremadamente corpulento y pensamos que quizá había sufrido un ataque repentino, se había caído del caballo y se había roto el cuello.

—El caballo simplemente siguió cabalgando —aventuró Charlie—. Probablemente se dirigían a la cueva. Me pregunto qué habría hecho si nos hubiese encontrado a los dos allí durmiendo.

El caballo negro inclinó la cabeza sobre el indio, lo olisqueó y lo golpeó suavemente. Al mismo tiempo, yo notaba que Barreño me miraba a mí. Decidí que lo mejor era volver a ponernos en marcha. Al principio el caballo negro no quería marcharse, pero una vez que nos hubimos alejado un poco galopó muy bien a pesar de lo irregular que era el terreno y de llevar a remolque a Barreño. Empezó a llover torrencialmente, pero ya no hacía frío; yo sudaba, igual que el nuevo caballo, y su olor y calidez me resultaban agradables. Cada uno de sus movimientos era fluido y elegante, y resultó que galopaba a la perfección; y aunque no me sentía muy bien al pensar en ello, sabía que sería un gran alivio librarse de Barreño. Me volví para mirarlo y lo observé mientras el animal hacía lo que podía por seguir el ritmo. El ojo, inyectado en sangre, le lloraba, y mantenía la cabeza alzada y hacia un lado, como si tratase de no ahogarse.

Cuando llegamos a Jacksonville, me pregunté si Charlie mantendría su promesa de dormir al raso; supe que no lo haría cuando vi cómo lanzaba una penetrante mirada a las resplandecientes ventanas de la primera cantina junto a la que pasamos. Dejamos los caballos en un establo para que pasaran allí la noche. Le pedí al mozo que le pusiese herraduras al caballo negro y que me hiciese una oferta por Barreño. El tipo sostuvo el farol cerca del ojo herido de Barreño y me dijo que me daría un precio por la mañana, cuando pudiese mirarlo mejor. Charlie y yo nos separamos en el centro del pueblo. Él quería beber y yo quería comer. Señaló un hotel como nuestro futuro punto de reunión y yo asentí.

La tormenta había pasado; la luna llena y baja y las estrellas brillaban en el cielo. Entré en un restaurante modesto, me senté junto a la ventana y me miré las manos sobre la mesa sin mantel. Estaban inmóviles y tenían un tono marfileño a la luz de los planetas, y no sentí ningún particular vínculo personal con ellas. Se acercó un chico y dejó sobre la mesa una vela que arruinó el efecto; leí la carta que había colgada en la pared. Había desayunado poco, pese a haberme acostado con el estómago vacío, y las tripas me rugían de hambre. Pero la comida que ofrecían me pareció de lo más grasienta, así que cuando el camarero se situó a mi lado, haciendo una medio reverencia y con el lápiz preparado, le pregunté si tenía alguna otra cosa que no fuese tan pesada.

—¿No tiene hambre esta noche, señor?

—Me muero de hambre —le dije—. Pero me gustaría algo menos pesado que cerveza, ternera y patatas con mantequilla.

El camarero dio unos golpecitos con el lápiz en su libreta y preguntó:

—¿Quiere comer pero no quiere quedar lleno?

—Sólo quiero saciar mi apetito —dije.

—¿Y cuál es la diferencia?

—Quiero comer, pero no quiero comer esa comida tan pesada, ¿no lo entiende?

—Para mí —dijo—, comer consiste en llenarse por completo el estómago.

—¿Me está diciendo que sólo tienen lo que está anotado en la carta?

El camarero estaba perplejo. Se disculpó y fue a la cocina a buscar a la cocinera, que estaba desbordada de trabajo y se enojó por la interrupción.

—¿Qué problema hay, señor? —preguntó, limpiándose las manos en las mangas.

—Nunca he dicho que hubiese un problema. Sólo me preguntaba si hay algo más ligero que los platos apuntados en la carta.

La cocinera miró al camarero y después otra vez a mí, y me preguntó:

—¿No tiene hambre?

—Si no tiene hambre, podemos prepararle media ración —propuso el camarero.

—Ya le he dicho que sí tengo hambre. Me muero de hambre. Pero me gustaría algo que no llene tanto, ¿me comprende?

—Cuando como, lo que quiero es quedar llena —dijo la cocinera.

—¡Para eso sirve comer! —añadió el camarero.

—Y cuando uno acaba, se da una palmada en el estómago y dice: «Estoy lleno».

—Todo el mundo lo hace.

—Miren —dije—, tomaré media ración de ternera, sin patatas, y vino. ¿Tienen alguna verdura? ¿Algo verde?

Pensé que la cocinera se me reiría en la cara, pero respondí:

—Creo que hay algunas zanahorias en las conejeras.

—Pues tráigame un manojo de zanahorias como guarnición de la ternera, peladas y hervidas. Pueden cobrarme el precio de la ración entera por las molestias, ¿les parece bien?

—Lo que usted diga —respondió la cocinera.

—Ahora mismo le traeré el vino —dijo el camarero.

Cuando me trajeron el plato, estaba colmado de zanahorias recocidas y muy calientes. La cocinera había pelado los tallos, pero había dejado las hojas verdes que los coronan; un descuido intencionado, pensé. Me tragué media docena, pero era como si desapareciesen antes de llegar a mi estómago, así que empecé a buscar con cierta desesperación la ternera. Di con ella debajo de la montaña de zanahorias y saqué cada bocado, pero se acabó demasiado rápido y me sentí abatido. Apagué con un soplo la vela y volví a contemplar mis espectrales manos. Cuando empecé a sentir en ellas un cosquilleo, recordé la maldición de la casucha de la bruja gitana. ¿Cuándo se materializaría, si es que lo hacía alguna vez? ¿De qué modo se produciría? El camarero volvió para retirar el plato y señaló las zanahorias que quedaban:

—¿No se va a acabar las verduras? —preguntó con aire cándido.

—Ya he acabado —dije—. Lléveselo.

—¿Más vino?

—Otro vaso.

—¿Quiere algún postre?

—¡No! ¡Maldita sea!

El abrumado camarero se alejó rápidamente.

Por la mañana eché un vistazo a Charlie y no me sorprendió comprobar que se encontraba mal y no estaba en condiciones de reemprender el viaje. Empecé a recitar mi desganada reprimenda, pero fue innecesaria; sabía tan bien como yo que no podíamos pasarnos otro día sin una larga cabalgada, así que prometió que estaría listo en una hora. Yo no tenía ni idea de qué tipo de magia pensaba utilizar para rehacerse de su lamentable estado en tan poco tiempo, pero decidí no iniciar una conversación al respecto y le dejé con su nebulosa y su malestar, y volví al restaurante de la noche anterior para tomarme un desayuno que mi estómago pedía a gritos. No estaba el mismo camarero, pero en su lugar había un muchacho que se le parecía y que di por hecho que era su hijo; sin embargo, cuando pregunté: «¿Dónde está tu padre?», el chico se apretó las manos y dijo: «En el cielo». Comí una ración pequeña de huevos con judías, pero seguía teniendo mucha hambre cuando me la acabé. Me quedé sentado, contemplando el plato grasiento y francamente me vinieron ganas de lamerlo, pero el decoro me impidió hacerlo. Cuando el muchacho vino a retirar el plato, observé cómo lo llevaba en la mano por todo el comedor hasta la cocina, fuera ya de mi campo de visión. El chico volvió y me preguntó si deseaba algo más antes de pagar la cuenta.

—Tenemos tarta recién hecha esta mañana —me ofreció.

—¿De qué es la tarta? —pregunté. Y pensé: Por favor, que no sea de cerezas.

—De cerezas —me informó el chico—. La acaban de sacar del horno. Se termina muy rápido. La verdad es que es famosa. —Debí de cambiar de expresión, porque me preguntó—: ¿Se encuentra bien, señor? Parece que le duela algo.

En mi frente aparecieron gotas de sudor y me temblaban las manos. Deseaba esa tarta de cerezas con toda mi alma. Me sequé el sudor con la servilleta y le dije al muchacho que estaba bien, tan sólo cansado.

—¿Tarta sí o no? —preguntó.

—¡Nada de tarta! —respondí. Dejó la cuenta sobre la mesa y volvió a la cocina. Después de pagar, fui a reponer las reservas de comida para Charlie y para mí, canturreando una cancioncilla que celebraba mi disciplina. Un gallo se interpuso en mi camino, buscando pelea; lo espanté con el sombrero y salió disparado saltando por encima de los charcos, todo músculos, plumas y estupidez.

Como mis polvos dentales iban menguando, le pregunté al dueño de la tienda si tenía y me señaló una pequeña hilera de cajas, cada una anunciando un aroma o sabor diferente: salvia, pino, menta e hinojo. Cuando me preguntó qué sabor buscaba, le dije que seguiría con el de menta, ya que hasta entonces estaba satisfecho con ese sabor, pero el hombre, muy seguro de sí mismo, insistió en que probase los otros.

—Es lo que da sabor a la vida —dijo, y aunque a mí no me impresionó lo más mínimo su actitud satisfecha, me producían curiosidad esos otros sabores, así que me los llevé hasta una jofaina en la trastienda, cuidando de no torcer o estropear las cajas, para no verme obligado a comprar una que no me gustase. Las probé una tras otra. Y al volver a la tienda le dije al propietario:

—El de pino está bien. Deja en la lengua un regusto agradable y limpio. El de salvia me quema la garganta; no me ha gustado mucho. El de hinojo es absolutamente repugnante. Me llevaré el de menta, como dije antes.

—Siempre es mejor asegurarse —dijo, una afirmación obvia y un tanto idiota a la que no me molesté en responder. Además de los polvos dentales, compré una libra de harina, una libra de café, media libra de azúcar, dos libras de judías, dos libras de cerdo en salazón y dos libras de fruta seca; mi estómago ya protestaba con insistencia. Me bebí un gran vaso de agua y caminé hasta el establo, sintiendo un chapoteo en mis tripas a cada paso que daba.

El mozo del establo justo acababa de poner las herraduras al caballo negro cuando entré.

—Le daré seis dólares por ese animal de lomos hundidos —dijo—. Le cobraré un dólar por el herraje, así que lo dejamos en cinco dólares.

Me acerqué a Barreño y posé la mano sobre su hocico.

—Buenos días —le saludé. Tuve la sensación de que me reconocía, me miró con franqueza, sin asomo de miedo o malicia. El mozo se mantuvo detrás de mí.

—Probablemente perderá el ojo —me dijo—. ¿Podrá siquiera tirar de un carro? Le daré cuatro dólares.

—He decidido no venderlo —dije.

—Le daré en total seis dólares, incluidos los herrajes.

—No, he cambiado de opinión. Hablemos del caballo negro.

—Siete dólares es mi última oferta por este animal de lomos caídos.

—¿Cuánto me daría por el caballo negro?

—No puedo permitirme el caballo negro. Le daré ocho dólares por el otro.

—Hágame una oferta por el negro —dije.

—Veinticinco dólares.

—Vale cincuenta.

—Treinta dólares con la montura.

—No sea tan desconsiderado. Aceptaré cuarenta sin la montura.

—Le daré treinta y cinco dólares.

—¿Treinta y cinco sin la montura?

—Treinta y cinco, sin la montura y un dólar menos por los herrajes.

—¿Espera que pague por los herrajes de un caballo que no voy a quedarme?

—Usted me pidió que lo herrase. Ahora debe pagar por el servicio.

—Usted le hubiese puesto herraduras de todos modos.

—Eso no significa nada.

—Treinta y cuatro dólares —dije.

El mozo desapareció en sus habitaciones para buscar el dinero. Le oí discutiendo con una mujer sobre el negocio. Hablaba entre dientes y aunque yo no entendía las palabras exactas, capté el tono general: ¡Cállate! ¡El tipo que espera ahí fuera es un chiflado! Charlie entró en ese momento en el establo, con un aspecto lamentable,

pero intentando ocultarlo. Cuando reapareció el mozo con el dinero, también trajo una botella de whisky para brindar por el trato. Le ofrecí un trago a mi hermano y le dio un soponcio. Estaba tan distraído con sus propios padecimientos que no se percató del negocio que yo acababa de hacer hasta que estábamos a quince kilómetros del pueblo.

—¿Dónde está el caballo negro? ¿Por qué sigues montando a Barreño?

—Cambié de opinión y he decidido quedármelo.

—No te entiendo, hermano.

—Ha sido un animal muy leal conmigo.

—No te entiendo. Ese caballo negro era de los que no se encuentra más que uno entre un millón.

—Hace unos días —dije—, tú me insistías en que no vendiese a Barreño. Sólo cambiaste de opinión cuando apareció como de la nada, totalmente gratis, un sustituto apropiado.

—Siempre estás revolviendo viejas discusiones, pero el pasado pasado está y por lo tanto es irrelevante. La Providencia te regaló ese caballo negro. ¿Y qué futuro le espera al hombre que rechaza los dones de la Providencia?

—La Providencia no pinta nada en esta conversación. Un indio comió demasiado y la palmó, ése fue el origen de la buena fortuna. Lo que yo estoy diciendo es que a ti sólo te pareció bien que me deshiciera de Barreño cuando te resultó económicamente conveniente.

—¿Así que resulta que soy un borracho y además un tacaño?

—¿Quién está revolviendo el pasado ahora?

—Un borracho tacaño. Éste es mi lamentable destino.

—Siempre llevas la contraria.

Charlie simuló tambalearse como si le hubiera alcanzado una bala, y dijo:

—¡Un borracho tacaño que lleva la contraria! ¡Cómo quemán esas palabras tan despiadadas! —Se rió entre dientes. Repentinamente se quedó pensativo y me preguntó—: En cualquier caso, ¿qué hemos sacado por el caballo negro?

—¿Hemos? —dije, y me reí en su cara.

Aceleramos el paso de nuestros animales. El malestar de Charlie persistía y en un par de ocasiones vi cómo escupía una considerable cantidad de bilis por el camino. ¿Podía haber algo peor que cabalgar a lomos de un caballo con las tripas revueltas por el brandy? Debo admitir que mi hermano asumía su castigo sin protestar, pero sabía que no sería capaz de mantener ese ritmo más de un par de horas, y estoy convencido de que estaba a punto de pedir un descanso cuando divisamos a lo lejos un grupo de carromatos formando un círculo en el fondo de un desfiladero. Encabezó la marcha en su dirección, cabalgando con determinación, con un aire de concentrada gravedad, pero yo sabía que estaba contando los segundos que faltaban para que pudiese desmontar y dejar descansar a sus torturadas tripas.

Rodeamos con los caballos los tres carromatos, pero no vimos ningún signo de vida, salvo un pequeño fuego en el centro. Charlie gritó un saludo, pero no hubo respuesta. Desmontó y se disponía a entrar en el círculo saltando por encima de los enganches de dos de los carromatos pegados uno al otro, cuando silenciosamente, como una víbora, asomó el cañón de un grueso rifle del interior de uno de los carros. Charlie alzó la mirada hacia el arma, con sus ojos bizqueando ligeramente.

—Bien —dijo.

El cañón subió hasta su frente y un chico de unos quince años o menos nos observó atentamente. Tenía la cara cubierta de mugre, con ampollas en los orificios de la nariz y en la boca, y una expresión de permanente desprecio; mantenía el pulso firme y se sentía cómodo con el arma; me pareció que estaba muy familiarizado con ella. Su mirada era de absoluta desconfianza y desprecio; en resumen, era un jovencito de lo más desagradable y a mí me preocupaba que pudiese matar a mi hermano si él y yo no lográbamos comunicarnos, y rápido.

—No queremos hacerte ningún daño, hijo.

—Eso es lo que me dijeron los últimos —respondió el chico—. Y después me golpearon en la cabeza y se llevaron todas mis tortas de patata.

—Nosotros no queremos tortas de patata —dijo Charlie.

—Entonces perfecto, porque ya no me queda ninguna.

Me di cuenta de que el muchacho estaba famélico y le dije que si tenía hambre podíamos compartir nuestro cerdo.

—Lo he comprado esta mañana, en el pueblo —le dije—. Y también harina. ¿Te gustaría, chico? ¿Un festín de cerdo y galletas?

—Eres un mentiroso —respondió—. No hay ningún pueblo por aquí cerca. Mi padre se marchó en busca de comida hace una semana.

Charlie me miró y dijo:

—Me pregunto si sería el hombre que encontramos por el camino ayer. Tenía prisa por volver y dar de comer a su hijo, ¿recuerdas?

—Es cierto. Y además iba en esta dirección.

—¿Montaba una yegua gris? —preguntó el chico, con una expresión que ahora era de lastimera esperanza.

Charlie asintió y respondió:

—Sí, era una yegua gris. Nos dijo lo buen chico que eras, lo orgulloso que estaba de ti. Nos dijo que estaba muy preocupado, que se moría de ganas de verte.

—¿Papá dijo eso? —preguntó el chico con suspicacia—. ¿De verdad?

—Sí, estaba contentísimo de estar ya de regreso y a punto de llegar. Lástima que tuviésemos que matarlo.

—¿Q... qué?

Antes de que el chico pudiese recuperarse, Charlie le quitó el rifle y le arreó con fuerza en la cabeza con la culata. El chico cayó hacia atrás en el interior del carromato y quedó en silencio.

—Preparemos un poco de café en este fuego —dijo Charlie, saltando por encima de los enganches.

A Charlie le estimuló esta última aventura —el acelerón del bombeo de sangre había hecho desaparecer su malestar, me dijo— y se puso a preparar la comida con un entusiasmo poco habitual. Aceptó hacer de más para el chico, pero sólo después de que yo comprobase su estado, porque todo parecía indicar que el golpe lo había matado. Asomé la cabeza en el interior del carromato y vi que seguía vivo, se estaba incorporando y al verme se apartó.

—Estamos cocinando un poco de comida —le dije—. No tienes que comer con nosotros si no quieres, pero mi hermano te está preparando un buen plato.

—Bastardos, habéis matado a mi padre —dijo el chico, ahogando las lágrimas.

—Oh, eso ha sido una treta para quitarte el rifle.

Se volvió y me miró. El golpe le había abierto una brecha en la frente y un hilillo de sangre iba ganando volumen sobre su ceja.

—¿Lo dices de verdad? ¿Lo juras por Dios?

—Eso no significaría nada para mí, así que no me molestaré en hacerlo. Pero te lo juraré por mi caballo, ¿qué te parece?

—¿No os cruzasteis con un hombre en una yegua gris?

—No lo hemos visto.

El chico recuperó la calma y se acercó a mí saltando por encima de los bancos del carromato. Le cogí de la mano para ayudarlo a bajar; noté que le fallaban las piernas al acompañarlo hasta el fuego.

—Mira quién ha regresado de entre los muertos —comentó Charlie alegremente.

—Quiero mi rifle —dijo el chico.

—Pues mejor que te prepares para una decepción.

—Te lo devolveremos cuando nos vayamos —le dije al chico. Le ofrecí un plato de cerdo con judías y galletas, pero no comió, se limitó a contemplar con aire afligido la comida, como si el propio almuerzo le pusiese de algún modo triste—. ¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Estoy harto —respondió—. Todo el mundo me golpea siempre en la cabeza.

—Tienes suerte de que no te la volase con una bala —dijo Charlie.

—No te volveremos a pegar —le aseguré—, mientras no intentes pasarte de listo. Y ahora cómete el cerdo antes de que se enfríe.

El chico dejó el plato limpio, pero al poco rato lo vomitó todo. Llevaba demasiado tiempo sin ingerir comida sólida y su estómago no estaba preparado para recibir tanta cantidad de golpe. Se quedó allí sentado, contemplando su comida a medio digerir desparramada por el suelo, supongo que preguntándose si debía recogerla e intentarlo de nuevo.

—Chico —dijo Charlie—, como la toques te pego un tiro.

Le ofrecí al muchacho la mayor parte de mi plato y le expliqué que tenía que comer poco a poco y después tumbarse y respirar aire fresco en abundancia. Lo hizo y los siguientes quince minutos transcurrieron sin ningún incidente, pese a que sus tripas rugían a todo volumen. El chico se incorporó y me preguntó:

—¿Y tú no te vas a quedar con hambre?

—Mi hermano ayuna por amor —dijo Charlie.

Me sonrojé y no dije nada. No sabía que mi hermano se hubiera percatado de que estaba a dieta. Evité su irónica mirada.

El chico me miraba esperando una explicación, y me preguntó:

—¿Tienes novia? —Yo seguí callado—. Yo también tengo —me contó—. Al menos era mi novia cuando papá y yo nos marchamos de Tennessee.

—¿Y cómo has acabado solo con los tres carromatos, sin caballos y sin comida? —preguntó Charlie.

—Éramos un grupo de personas que nos dirigíamos a buscar fortuna en los ríos de California. Mi padre y yo, sus dos hermanos, Jimmy y Tom, un amigo de Tom y la esposa de ese amigo. Ella fue la primera en morir. No conseguía retener la comida en el estómago. Papá decía que había sido un error traerla, y creo que lo fue. La enterramos y seguimos adelante, pero entonces el amigo de Tom decidió volverse a casa, nos dijo que podíamos quedarnos con su carromato y su equipo, porque se le había roto el corazón y quería regresar para iniciar su duelo. El tío Tom le pegó un tiro cuando se había alejado más o menos medio kilómetro.

—¿Justo después de que la esposa de ese hombre hubiese muerto? —pregunté.

—Fue un par de días después de que ella muriese. Tom no pretendía matarlo, sólo asustarlo. Un poco de diversión, lo llamó.

—No fue muy amable por su parte.

—No. El tío Tom no hizo nada amable en su vida. Fue el siguiente en morir, en una pelea en una cantina. Le clavaron un cuchillo en la barriga y la sangre creó un charco que parecía una alfombra a su alrededor. La verdad es que todos nos alegramos bastante de que muriese. No era nada agradable tener a Tom cerca. Me golpeó en la cabeza más que nadie. Ni siquiera necesitaba un motivo, para él era un pasatiempo.

—¿Y tu padre no le pedía que dejase de hacerlo?

—Papá no hablaba mucho. Era lo que podrías llamar un tipo reservado.

—Sigue contando la historia —pidió Charlie.

—De acuerdo —dijo el chico—. Así que como Tom había muerto, vendimos su caballo e intentamos vender su carromato, pero nadie lo quiso porque estaba muy mal equipado. O sea que teníamos dos bueyes tirando de tres carros y ¿qué creéis que pasó a continuación? Los bueyes mueren, de hambre y de sed, con heridas de latigazos en el lomo, y ya sólo quedamos papá, el tío Jimmy y yo, y ponemos a los caballos a tirar de los carros y cada vez nos queda menos dinero y por lo tanto menos comida, y nos miramos unos a otros y los tres pensamos lo mismo: Maldita sea.

—¿El tío Jimmy también era malo?

—El tío Jimmy me caía bien hasta que se largó llevándose todo el dinero. De eso hace dos semanas. No sé si fue hacia el este o el oeste o el norte o el sur. Papá y yo nos quedamos aquí clavados, sentados y pensando qué hacer. Él se marchó, como he

dicho, hace una semana. Espero que vuelva pronto. No sé por qué se retrasa tanto. Os estoy agradecido por compartir vuestra comida conmigo. Ayer casi conseguí matar un conejo, pero es difícil acertarles y no me queda mucha munición.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó Charlie.

—Murió.

—Lo siento.

—Gracias. Pero siempre ha estado muerta.

—Cuéntanos algo de la chica —le pedí.

—Se llama Anna y tiene el cabello de color miel. Es el cabello más limpio que he visto nunca y tan largo que le llega a mitad de camino del suelo. Estoy enamorado de ella.

—¿Y el sentimiento es recíproco?

—No sé qué significa esta palabra.

—¿Ella también está enamorada de ti?

—No, creo que no. He intentado besarla y abrazarla, pero me aparta. La última vez me dijo que haría que su padre y sus hermanos me dieran una paliza si lo volvía a hacer. Pero cambiará de opinión cuando vea que vuelvo con una fortuna. En esos ríos de California las pepitas de oro bajan saltando como si fuesen ranas, y lo único que tienes que hacer es estar atento y atraparlas con tu cedazo.

—¿Eso crees? —preguntó Charlie.

—Es lo que dicen en el periódico.

—Pues me temo que vas a tener un duro despertar del sueño.

—Lo único que quiero es llegar allí. Estoy harto de estar aquí sentado, sin nada que hacer.

—Ahora no estás lejos —le dije—. Detrás de ese desfiladero de allí está California.

—Papá se fue en esa dirección.

Charlie se rió.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó el chico.

—Nada —respondió Charlie—. Probablemente haya ido hasta allí corriendo para atrapar unas libras de oro saltarín. Estoy convencido de que estará de vuelta a la hora de cenar con un fajo de billetes.

—No conoces a mi padre.

—¿Tú crees que no?

El chico hizo un gesto de desprecio y se volvió hacia mí.

—No me has contado nada de tu novia. ¿De qué color tiene el pelo?

—Castaño.

—Color barro —dijo Charlie.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté. Pero él no respondió.

—¿Cómo se llama? —quiso saber el chico.

—Eso tendré que averiguarlo —dije.

El chico dibujaba en el suelo con un palo.

—¿No sabes su nombre?

—Se llama Sally —dijo Charlie—. Y si sientes curiosidad por saber cómo es que yo sé su nombre y mi hermano no, él también debería sentirla.

—¿Y esto qué significa? —pregunté con brusquedad. Él no respondió. Me puse en pie y le clavé la mirada—. ¿Qué diablos significa?

—Sólo te lo comento para ponerte sobre la pista —dijo Charlie.

—¿La pista de qué?

—De que yo conseguí gratis lo mismo por lo que tú pagaste cinco dólares y aun así no conseguiste.

Empecé a responderle, pero me callé. Recordé que me había encontrado con la mujer en las escaleras del hotel. Ella había estado en la habitación de Charlie, llenando la bañera, y estaba muy alterada.

—¿Qué le hiciste?

—Ella me lo ofreció. Yo ni siquiera lo había pensado. Cincuenta centavos por un manual, un dólar por una mamada, cincuenta centavos más por el completo. Opté por el completo.

La cabeza estaba a punto de estallarme. De pronto me sorprendí a mí mismo cogiendo una galleta.

—¿Y por qué estaba tan alterada?

—Si quieres que te diga la verdad, el servicio me pareció muy poco satisfactorio. Mi pago fue un reflejo de esa insatisfacción, o más bien debería decir mi impago, y ella se ofendió. Quiero que sepas que no hubiese tocado a la chica de haber sabido lo que sentías por ella. Pero me encontraba mal, ¿recuerdas?, y necesitaba consuelo. Lo siento, Eli, pero en ese momento, hasta donde yo sabía, esa mujer estaba disponible.

Me comí la galleta en dos bocados y cogí otra.

—¿Dónde está la manteca de cerdo?

El chico me pasó la lata y metí la galleta entera.

—Permití que dejases los cinco dólares —continuó Charlie—, pero no quiero ver cómo te matas de hambre sin motivo alguno.

La sangre me bombeaba a toda velocidad celebrando la llegada de comida pesada, mientras el corazón me palpitaba anonadado por las novedades sobre la personalidad de la mujer del hotel. Volví a sentarme, masticando, cavilando y meditando melancólicamente.

—Puedo cocinar un poco más de cerdo —ofreció Charlie en son de paz.

—Haz más de todo —dije.

El chico sacó una armónica del bolsillo de su camisa y la golpeó contra la palma de la mano.

—Tocaré una canción de almuerzo.

2. California

El chico dijo que tenía un caballo escondido entre unos árboles cercanos y nos preguntó si podía acompañarnos hasta la frontera de California. Charlie estaba en contra, pero yo no veía ningún problema y le dije al muchacho que tenía cinco minutos para recoger sus cosas. Se marchó y regresó con el caballo, un animal pequeño y de aspecto enfermizo, sin silla de montar ni bridas, y con calvas en la piel que dejaban a la vista la carne y las costillas. En respuesta a nuestra cara de preocupación, el chico replicó:

—Ya sé que no parece gran cosa, pero Suertudo Paul puede subir esas escarpadas colinas como una araña trepa por una pared.

—¿Hablas tú con él o lo hago yo? —me preguntó Charlie.

Le dije que ya lo haría yo y Charlie se apartó. No sabía muy bien por dónde empezar, pero decidí abordar el problema desde el punto de vista práctico.

—¿Dónde está tu silla de montar, chico?

—Tengo una manta y mi propia almohadilla. —Se palmeó el trasero.

—¿No tienes brida, ni riendas?

—El tío Jimmy se las llevó. Quién sabe por qué. Pero da igual. Suertudo Paul sabe qué camino tomar.

—No te vamos a esperar —le dije.

Él, mientras le daba una galleta al caballo, respondió:

—No lo entendéis, pero lo entenderéis. Está bien alimentado, descansado y preparado para cabalgar un buen trecho.

Su confianza era sincera y yo tenía la esperanza de que Suertudo Paul fuese el buen trotador que el chico aseguraba que era, pero no era así y los perdimos de vista al instante. El caballo no tenía el menor interés en subir por el desfiladero; cuando miré hacia atrás vi al chico aporreándolo en la cabeza y el cuello. Charlie casi se cae de lomos de Espabilado del ataque de risa que le dio, y a mí tampoco me pasó desapercibida la gracia del episodio, pero la diversión perdió rápidamente atractivo y nos pusimos a cabalgar en serio, de modo que llegamos a la cumbre nevada en unas cuatro horas. Pese a la herida en el ojo, Barreño no dio ni un solo traspie, y por primera vez tuve la sensación de que nos conocíamos y nos entendíamos; percibí en él una voluntad de mejorar, lo cual tal vez fuese absurdo o quimérico por mi parte. Pero ésas son las cavilaciones de un viajero.

El otro lado del desfiladero era un terreno más favorable y al anochecer ya habíamos descendido por debajo de la zona nevada, y acampamos para pasar la noche. Por la mañana dormimos hasta tarde y nos adentramos en California cabalgando a un ritmo moderado. A última hora de la tarde nos metimos en un denso bosque de pinos altos y dimos con un pequeño y serpenteante arroyo, que contemplamos en silencio. Ante nuestros ojos estaba aquello que había inducido a miles de hombres y mujeres anteriormente inteligentes a abandonar a sus familias y sus hogares para siempre. Los dos nos lo quedamos mirando sin decir palabra. Finalmente Charlie no pudo contenerse; desmontó, se acuclilló junto al arroyo y sacó

un puñado de arena húmeda en la que hurgó con los dedos.

Divisé una tienda en el extremo más alejado del arroyo, a medio kilómetro hacia el norte. Un rostro solitario, con barba y extremadamente sucio, observaba agazapado detrás; levanté la mano a modo de saludo y el rostro se ocultó.

—Creo que allí tenemos a un auténtico buscador —dije.

—Demasiado alejado del meollo para estar trabajando, ¿no crees?

—Eso parece. ¿Vamos a saludarlo y así vemos qué tal se las arregla?

Charlie tiró la arena al río y sentenció:

—Hermano, en este río no hay nada.

—¿Pero no sientes curiosidad?

—Si quieres hacerle una visita, ve, mientras hago mis necesidades. Pero yo no voy a malgastar el tiempo con cada bicho raro que nos encontramos.

Se metió en el bosque y yo cabalgué con Barreño río arriba, saludando desde el otro lado del arroyo, pero no había ni rastro del tipo de la barba. Vi un par de botas delante de la tienda y un pequeño fuego encendido en un hoyo; también una silla de montar en el suelo, pero no había ningún caballo a la vista. Volví a gritar, pero de nuevo no hubo respuesta. ¿El hombre había preferido meterse corriendo descalzo en el bosque antes que intercambiar noticias sobre desconocidas riquezas? Pero no, la visión del desolado campamento me dejó claro que el buscador no estaba teniendo éxito. Ahí teníamos a un hombre que codiciaba oro pero no tenía el valor suficiente para afrontar el nido de avispas que era el meollo de California. Allí no encontraría nada, pasaría hambre, deliraría y expiraría; yo ya veía su cuerpo desnudo picoteado por los cuervos.

—Una de estas frías mañanas —dije.

Oí el ruido de un rifle amartillado a mis espaldas.

—¿Qué mañanas frías? —preguntó la voz. Levanté las manos y el buscador de oro empezó a reírse, regodeándose en la situación—. Un túnel por debajo del río —dijo—. No habías pensado en eso, ¿verdad? —Me golpeó con fuerza en el muslo con el cañón del rifle y yo empecé a darme la vuelta—. Mírame. Te voy a volar la cabeza, bastardo —dijo entre dientes.

—No hay ninguna necesidad —le aseguré—. No pretendo hacerle daño.

Volvió a golpearme en la pierna.

—Quizá yo te lo voy a hacer a ti, ¿has pensado en eso? —Su risa era muy aguda y melancólica, y pensé que probablemente se había vuelto loco o iba camino de ello. Tuve que reconocer con fastidio que Charlie había hecho bien en dejar al tipo en paz—. Eres cazador, ¿verdad? —preguntó—. ¿Estás buscando a una osa de pelo rojizo?

—No sé nada de una osa de pelo rojizo —dije.

—Hay una osa de pelo rojizo por los alrededores. Mayfield ofreció cien dólares a quien la matase y hay un montón de cazadores buscando como locos su trofeo. Ayer por la mañana la vi a tres kilómetros al norte del campamento. Traté de abatirla, pero no me pude acercar lo suficiente.

—No estoy interesado en absoluto en este asunto y no conozco a nadie llamado Mayfield.

Volvió a golpearme en la pierna y dijo:

—¿No estabas con él hace un momento, hijo de perra? ¿Y no estaba él comprobando la arena de mi meandro?

—Ése era mi hermano, Charlie. Nos dirigimos hacia el sur desde Oregón. Nunca hemos estado por aquí y no conocemos a nadie en esta zona.

—Mayfield tiene mucho poder por aquí. Manda a sus hombres a destrozar mi campamento cuando estoy en el pueblo comprando provisiones. ¿Seguro que no era él hace un minuto? Me pareció ver su estúpida cara sonriente.

—Era Charlie. Se ha metido en el bosque para hacer sus necesidades. Vamos hacia el sur para trabajar en los ríos.

Oí cómo se movía alrededor de Barreño y después volvía a su posición.

—¿Y dónde está vuestro equipo? —preguntó—. Dices que vais a trabajar en los ríos pero no lleváis ningún equipo.

—Lo compraremos en Sacramento.

—Pues sois tontos, vais a perder dinero. Sólo un idiota compra el equipo en una ciudad.

No se me ocurrió qué responderle a eso. Me golpeó en el muslo y dijo:

—Te estoy hablando.

Yo no dije nada y él volvió a golpearme.

—Deje de darme golpes.

Volvió a golpearme y dijo:

—No te gusta, ¿verdad? —Y volvió a hacerlo.

—Le digo que pare de una vez.

—¿Te crees que me importa lo que digas?

Me golpeó y mantuvo el cañón del rifle apoyado contra mi dolorida pierna. Se oyó el chasquido de una rama a lo lejos y noté que la presión del arma en mi pierna se aflojaba y el buscador de oro se volvía para echar un vistazo. Agarré el cañón del rifle y se lo arranqué de las manos. El tipo salió corriendo hacia el bosque, yo me volví y apreté el gatillo, pero el rifle no estaba cargado. Estaba desenfundando mi revólver cuando Charlie salió de detrás de un árbol y con indiferencia disparó al buscador de oro en cuanto cruzó ante él. Fue un tiro en la cabeza y la parte trasera del cráneo salió volando como si fuese un sombrero arrastrado por el viento. Desmonté y fui cojeando hasta el cuerpo en el suelo que aún se movía espasmódicamente. La pierna me escocía terriblemente y estaba rabioso. El cerebro del tipo estaba pintado de sangre violácea y una espuma burbujeante emergía de los pliegues; levanté la bota, dejé caer el talón sobre el agujero de la bala y al presionar lo hundí en lo que quedaba de cráneo, aplastándolo de tal modo que aquello ya no se parecía en nada a la cabeza de un hombre. Cuando retiré la bota fue como si la despegase de barro húmedo. Me alejé del cadáver sin saber adónde dirigirme y sin otro motivo que la necesidad de huir de

mi propia rabia. Charlie me llamó, pero no me persiguió, porque sabía que cuando estoy así es mejor dejarme solo. Caminé casi un kilómetro y me senté bajo un gran pino, tensando y destensando el cuerpo, con las rodillas contra el pecho. Pensé que me iba a romper la mandíbula de tanto apretarla y opté por morder la funda de cuero de mi cuchillo.

Me puse de rodillas y me bajé los pantalones para comprobar el estado de mi pierna. Estaba enrojecida y se veía perfectamente dibujada la forma circular del cañón, o una serie de cañones, media docena de ceros; al verlos, me sentí de nuevo rabioso y deseé que el buscador de oro pudiese volver a la vida para matarlo con mis propias manos, lentamente. Me puse en pie, pensando en regresar para seguir mutilando su cadáver, para vaciar el cargador de mi revólver en su estómago, pero al cabo de un momento decidí que no lo haría, gracias a Dios. Seguía con los pantalones bajados y después de tranquilizarme me agarré el miembro para aliviarme. De muchacho, cuando el mal humor me jugaba malas pasadas, mi madre me enseñó a hacerlo como medio para calmarme, y desde entonces siempre me ha parecido una práctica muy útil. Una vez aliviado, me encaminé de vuelta al río, sintiéndome vacío y frío por dentro, pero ya no rabioso. No puedo entender los motivos de un bravucón, simplemente es como es; y esto es lo que me saca de quicio.

Localicé el túnel, o lo que él llamaba túnel, del buscador de oro muerto. Había imaginado un sendero subterráneo de la altura de una persona con vigas de madera y lámparas colgadas, pero su tamaño sólo daba para arrastrarse por él, y como estaba localizado en la parte más estrecha del arroyo, tenía apenas unos metros. Arrastramos al buscador de oro hasta el agujero y lo metimos allí. Pasé con Barreño por encima, cruzando el arroyo de un lado a otro, para hundir el túnel. Cuando previamente lo registramos, comprobamos que apenas llevaba pertenencias encima: una navaja, una pipa y una carta, que enterramos con él y en la que se leía:

Querida madre:

Me siento solo y los días aquí son largos. Mi caballo ha muerto y para mí era un buen amigo. Pienso en tu comida y me pregunto qué estoy haciendo aquí. Creo que volveré pronto a casa. He reunido cerca de doscientos dólares en polvo de oro. No es la cantidad que esperaba conseguir, pero de momento es suficiente. ¿Qué tal está Sis? A ella no la echo tanto de menos. ¿Se casó con aquel tipo gordo? ¡Espero que se la llevase bien lejos! Tengo permanentemente metido en la nariz el olor a humo y hace tanto, tanto tiempo que no me río. ¡Madre! Creo que me marcharé de aquí pronto.

Te quiere,

Tu hijo

Pensándolo a posteriori, supongo que hubiese sido mejor enviar la carta. Pero, como he dicho, cuando me dejo arrastrar por la ira todo se vuelve negro y estrecho

para mí y en ese momento no pensé en esa posibilidad. Es triste pensar en un esqueleto sin cabeza bajo las frías aguas de ese arroyo. No lamento que el tipo esté muerto, pero sí me hubiera gustado controlar más mis emociones. Perder los papeles no me asusta tanto como me avergüenza.

Una vez oculto el cadáver del buscador de oro, Charlie y yo nos pusimos a buscar su oro. No fue difícil dar con él. Lo había escondido a unos veinte metros del campamento y había marcado el lugar con un crucifijo hecho con ramas. No parecía que aquello tuviese un valor de doscientos dólares, pero yo nunca había vendido oro en polvo y pequeñas láminas, así que no podía estar seguro. Lo dividimos en dos mitades y guardé la mía en una bolsita de tabaco que encontré al fondo de mis alforjas.

Charlie pasó la noche en la tienda; yo lo intenté, pero no pude soportar el persistente olor de los cadáveres del buscador de oro y de su caballo, que había descuartizado y cuya carne reposaba sobre un improvisado estante de secado al fondo de la tienda. Preferí dormir junto al hoyo del fuego antes que tener que soportar esos efluvios y pasé la noche bajo las estrellas. Hacía frío, pero era un frío que no tenía lo que había oído llamar «el peso del invierno»; te helaba la piel, pero no los músculos y los huesos. Charlie salió de la tienda media hora después del amanecer, con aspecto de haber envejecido diez años y también mucho más sucio. Se palmeó el pecho para mostrarme la nube de polvo que se levantaba y decidió que un baño matutino entraba dentro de lo razonable; cogió uno de los cazos del buscador de oro, fue a la orilla del arroyo para llenarlo y lo colocó sobre el fuego. Después localizó una zona profunda en el arroyo, se desnudó y entró en el agua dando saltos y pegando gritos por lo fría que estaba. Yo, sentado en la orilla, observaba cómo salpicaba agua y canturreaba; la noche anterior no había tenido ninguna bebida alcohólica al alcance de la mano ni había habido nadie a su alrededor que pudiese alterar su voluble carácter, y yo me sorprendí poniéndome sentimental por ese inhabitual espectáculo de inocente felicidad. Cuando era más joven, Charlie solía estar de buen humor y canturreaba, pero cuando empezamos a trabajar para el comodoro su actitud se hizo más cautelosa y dura, así que de algún modo producía cierta melancolía verlo retozar en las aguas titilantes de ese arroyo, con la alta y nevada montaña al fondo. Volvió a ser el de antes, pero sólo durante un rato, y yo estaba seguro de que no tardaría en volver a su actual encarnación. Vino corriendo desnudo hasta la orilla para estar cerca del fuego. Tenía los genitales arrugados e hizo una broma sobre cómo nadar siempre le devolvía a la infancia. Cogió el cazo del fuego y se tiró el agua caliente por la cabeza, lo cual produjo otra tanda de gritos y bramidos de felicidad.

Después de desayunar, aproveché su buen humor y le convencí para que probara mi cepillo de dientes.

—Así —le indiqué—. Arriba y abajo. Y ahora restriégate la lengua.

Al aspirar, percibió el sabor mentolado en la lengua y le impresionó la sensación. Al devolverme el cepillo y los polvos, me dijo:

—Es una sensación muy agradable.

—Llevo tiempo diciéndotelo.

—Es como si me hubiera limpiado toda la cabeza.

—Podemos comprar un cepillo para ti en San Francisco.

—Sí, creo que deberíamos hacerlo.

Estábamos preparándonos para reemprender la marcha cuando vi al chico y a Suertudo Paul saliendo del bosque al otro lado del arroyo. El muchacho tenía sangre aún fresca por toda la cara y la cabeza y parecía medio muerto. Al verme, me saludó levantando la mano antes de caerse del caballo y quedó tendido en el suelo, inmóvil. Suertudo Paul no se inmutó por el incidente y se acercó al río para beber.

Mojamos al chico en el arroyo y recobró el conocimiento sobresaltado. Estaba contento de vernos y se mostró entusiasmado mientras se incorporaba:

—Nunca había visto un río de cerca. —Tocó la superficie del agua con la palma de la mano—. Dios mío, está fría.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté.

—Al entrar en el bosque me topé con un grupo de tramperos a caballo, eran cuatro y me dijeron que buscaban a una osa de pelo rojizo. Cuando les dije que no la había visto, me pegaron en la cabeza con una cachiporra. Caí al suelo y ellos se largaron riéndose. Cuando me recuperé del mareo, volví a montar al viejo Paul y él me condujo hasta aquí, hasta vosotros.

—El caballo simplemente ha cabalgado hacia donde había agua —le aclaró Charlie.

—No —dijo el chico, acariciando y palmeando la cabeza de Suertudo Paul—. Ha pensado en mí y ha hecho lo que debía.

—Ya pareces mi hermano con su caballo Espabilado —dijo Charlie, y se volvió hacia mí—: Tú y este chico deberíais unirlos y formar un comité o asociación de algún tipo.

—¿Hacia dónde fueron esos hombres? —le pregunté al chico.

—Los Protectores de Animales Idiotas —propuso Charlie.

—Oí que decían que volvían a Mayfield —me respondió el chico—. ¿Eso es un pueblo? Quizá es donde está mi padre.

—Mayfield es el jefe por aquí —le expliqué, e informé a Charlie de lo que había dicho el buscador de oro sobre la recompensa de cien dólares por la piel de la escurridiza osa. Charlie dijo que cualquiera que pagase esa cantidad por la piel de una osa estaba loco. El chico, mientras se lavaba la sangre de la cara y el pelo, dijo que con cien dólares podría comprar todo lo que necesitaría para el resto de su vida. Señalé el campamento al otro lado del arroyo y le dije que podía aprovechar el fuego y quedarse allí un tiempo. Al oírlo, se quedó desconcertado:

—Pensaba que iba a seguir con vosotros.

—Oh, no —dijo Charlie—. Ha sido divertido por una vez, pero ya se ha acabado.

—Ahora que ya hemos dejado atrás el desfiladero, Suertudo Paul os demostrará lo que vale.

—La última vez dijiste que era perfecto para subir colinas.

—Se desliza como la grasa en los llanos.

—No, ni hablar —dijo Charlie.

El chico me imploró clemencia con una expresión afligida, pero le dije que debía seguir su camino. Rompió a llorar y Charlie se acercó para golpearlo. Se lo impedí y se fue al campamento para recoger las cosas. No sé qué es lo que tenía aquel chico, pero con sólo mirarlo te venían ganas de arrearle un tortazo. Tenía una cabeza que invitaba a la violencia. Ahora estaba berreando en serio, le salían burbujas de mucosidad de la nariz y en cuanto se le reventaba la burbuja de la fosa nasal derecha

ya se le empezaba a formar otra en la izquierda. Le expliqué que nosotros, en nuestra situación, no podíamos hacernos cargo de un niño, que nuestro viaje era rápido y peligroso, pero la explicación no sirvió de nada, ya que el chico estaba tan absorto en su tristeza que creo que no escuchó mis palabras. Finalmente, temiendo que acabase arreándole si no cesaba en su lloriqueo, conduje al chico hasta el campamento del buscador de oro y saqué la bolsita de tabaco de mis alforjas. Le enseñé el oro y le dije:

—Esto te llevará de regreso a tu casa, y a tu novia, si logras evitar que te arranquen la cabeza de los hombros a golpes. En esa tienda hay carne de caballo. Sugiero que tú y Suertudo Paul comáis y descanséis esta noche. En cuanto amanezca quiero que emprendas el camino de regreso, sigue el mismo camino por el que viniste.

Le entregué la bolsita y se quedó allí plantado, contemplándola sobre la palma de su mano. Charlie había visto la transacción por el rabillo del ojo y se acercó a nosotros.

—¿Qué haces? —me preguntó.

—¿Me das esto? —dijo el chico.

—¿Qué crees que estás haciendo? —insistió Charlie.

—Vuelve por el desfiladero y mantén dirección norte —le dije al chico—. Cuando llegues a Jacksonville busca al sheriff y explícale tu situación. Si te parece de fiar, pídele que te cambie el polvo de oro por dinero contante y sonante.

—¡Guau! —exclamó el chico, haciendo botar la bolsa en su mano.

—Estoy en contra de esto —dijo Charlie—. ¡Estás tirando el dinero!

—Es dinero desenterrado del suelo y ninguno de los dos lo necesitamos —le respondí.

—¿Simplemente desenterrado del suelo, así sin más? Pero me parece recordar que ha llevado cierto trabajo añadido además del de escarbar diligentemente en el suelo.

—Bueno, le he dado al chico mi parte, no la tuya.

—¿Y a qué viene hablar de mi parte?

—Entonces no te preocupes.

—¿Quién ha dicho que lo haga?

—No te preocupes. —Y, volviéndome hacia el chico, le dije—: Una vez que el sheriff te abone el dinero del polvo de oro, quiero que te compres ropa nueva, ropa que te haga parecer más mayor. Creo que sería inteligente comprarte el sombrero más grande que encuentres, para que lleves la cabeza a cubierto. Y también necesitarás un caballo nuevo.

—¿Y qué hago con Suertudo Paul? —preguntó el chico.

—Deberías venderlo por lo que te quieran pagar. Si no encuentras un comprador, te sugeriría que lo abandones.

El chico negó con la cabeza y dijo:

—No voy a dejarlo.

—Entonces nunca llegarás a casa. Te retrasará hasta que se te acabe el dinero y los dos moriréis de hambre. Intento ayudarte, ¿lo entiendes? Si no me haces caso, te quitaré el oro.

El chico guardó silencio. Eché un poco más de leña al fuego y le dije que secase su ropa bien antes de que anocheciese. Él se desnudó pero no colgó la ropa; la dejó amontonada en el suelo, entre el barro y la arena, y se quedó de pie frente a nosotros, desnudo y lleno de granos, rebosante de indignación y frustración. Con la ropa puesta ya era una criatura nada atractiva; desnudo pensé que parecía una cabra. Se puso a llorar de nuevo, situación que yo aproveché para romper nuestros lazos. Mientras montaba a Barreño le deseé que tuviese buen viaje, aunque eran palabras vacías, ya que estaba claramente sentenciado y había sido un error regalarle el oro, pero ahora no podía quitárselo. Se quedó allí llorando y viendo cómo nos marchábamos, mientras detrás de él Suertudo Paul entró en la tienda del buscador de oro y la derribó, y yo pensé: He aquí otra miserable imagen mental que tendré que catalogar y a la que tendré que hacer un hueco.

Nos dirigimos hacia el sur. Las orillas eran arenosas pero el terreno era compacto y cabalgamos tranquilamente cada uno a un lado del arroyo. El sol atravesaba las copas de los árboles y nos calentaba la cara; el agua era transparente y truchas de casi un metro nadaban río arriba o se limitaban a dejarse mecer por la corriente, perezosas y gordas. Charlie me comentó a gritos que estaba impresionado con California, que había algo en el aire, una energía fortuita, fue la frase que utilizó. Yo no la notaba, pero entendía a qué se refería. Era la sensación de que algo tan pintoresco como este arroyo podía ofrecerte no sólo solaz estético sino también riquezas doradas; la sensación de que la propia tierra se hacía cargo de ti, estaba allí para ayudarte. Tal vez ésa era la verdadera raíz de la histeria que rodeó a lo que se acabó conociendo como la Fiebre del Oro: hombres que ansiaban la sensación de riqueza; multitudes de desafortunados que tenían la esperanza de acariciar o tomar prestada la suerte de otros, que tenían la suerte como meta. Una idea seductora, ante la que siempre pensé que había que mantener cierta cautela. Para mí la suerte era algo que o bien te ganabas o bien te inventabas con tu fortaleza personal. Tenías que llegar a ella honradamente, no podías usar trucos o faroles para alcanzarla.

Pero entonces, como si California quisiese llevarme la contraria en este punto, cuando nos detuvimos para beber agua, la osa de pelo rojizo emergió del bosque y atravesó el arroyo a menos de treinta metros de nosotros. Era una hembra adulta y su piel, que yo había imaginado que sería de un amarillo jengibre, era de hecho de un rojo manzana. Nos miró con curiosidad y, con su caminar pesado, se metió de nuevo en el bosque. Charlie comprobó sus revólveres y se dispuso a seguirla; como yo no me moví, me preguntó a qué estaba esperando.

—No sabemos dónde vive Mayfield —le dije.

—Sabemos que vive río abajo.

—Hemos estado cabalgando río abajo toda la mañana. ¿Y si ya hemos dejado atrás su casa? No me gusta nada la perspectiva de subir colinas y montañas cargando con una osa muerta atada a mi caballo.

—A Mayfield sólo le interesa la piel.

—¿Y quién va a despellejarla?

—El que la mate no la despelleja. —Se separó de Espabilado—. ¿De verdad no vienes conmigo?

—No veo por qué tengo que hacerlo.

—Pues entonces ve preparando tu cuchillo —me dijo, y salió disparado hacia el bosque. Me quedé allí plantado un rato, contemplando las truchas que pasaban, observando el ojo de Barreño, que empeoraba, y esperando contra toda esperanza no escuchar el disparo de Charlie. Pero era un fino rastreador y un tirador infalible y cuando oí el disparo de su revólver cinco minutos después acepté mi destino y me encaminé con el cuchillo hacia el lugar de donde había venido la detonación. Encontré a Charlie sentado junto al animal abatido. Estaba resollando y riendo, y golpeó el vientre de la osa con la bota.

—¿Sabes cuánto son cien dólares? —me preguntó. Le dije que no y respondió—: Son cien dólares.

Coloqué a la osa boca arriba y hundí el cuchillo en el centro del pecho. Siempre he tenido la sensación de que las entrañas de un animal son sucias, más que las de un hombre, lo que ya sé que no tiene ningún sentido cuando piensas en los venenos que nos metemos en el cuerpo, pero era una sensación que no podía evitar, así que me resistía a seguir y me indignaba tener que despellejar a la osa. En cuanto Charlie recuperó el aliento, se marchó en busca del cuartel general de Mayfield diciendo que unos kilómetros atrás había visto unas huellas que llevaban más allá del arroyo, hacia el oeste. Tres cuartos de hora después, yo estaba lavándome los pegajosos restos de piel y sangre de la osa de las manos y los antebrazos, mientras la piel del animal reposaba perfectamente dispuesta sobre unos helechos. El animal despellejado yacía de lado, junto a mí, y ya no era ni macho ni hembra, sólo un montón de carne hecha jirones, coronada por una frenética y creciente comunidad de moscas panzudas. El número fue en aumento de tal modo que llegó un momento en que apenas podía ver la carne de la osa ni escuchar mis pensamientos de lo estruendoso que era el zumbido. ¿Cómo y por qué hacían las moscas aquel ruido? ¿Ellas no lo oyen como si fuesen gritos? Cuando repentinamente cesó por completo el zumbido, dejé de contemplarme las manos que me estaba lavando y levanté la mirada, esperando descubrir que las moscas se habían ido porque se había acercado algún depredador más grande, pero las moscas seguían sobre la osa, todas en silencio y quietas salvo por el movimiento de las alas, que plegaban y despleaban plácidamente. ¿Qué había provocado su unánime silencio? Nunca lo sabré. El zumbido había vuelto a aparecer cuando Charlie, de regreso de su patrulla, lanzó un estridente silbido. Al oírlo, las moscas se alejaron de la osa como una masa negra. Al ver el animal desollado, mi hermano soltó su alegre saludo:

—El pequeño carnicero del buen Dios. Y también el cuchillo y la meticulosidad del buen Dios.

Nunca había visto juntas tantas pieles y cabezas, y halcones y búhos rellenos de algodón como en el bien equipado salón del señor Mayfield, situado en el único hotel del pueblo de Mayfield, que no me sorprendió descubrir que se llamaba Mayfield's. El tipo en cuestión estaba sentado tras su mesa de despacho, detrás de una cortina de humo de puro. Al no saber a qué nos dedicábamos, ni quiénes éramos, ni por qué habíamos ido, no se levantó para estrecharnos la mano ni nos dio la bienvenida verbalmente. Cuatro tramperos que coincidían con la descripción que nos dio el chico al que todos pegaban en la cabeza permanecían de pie, dos a cada lado de él. Esos tipos enormes nos observaban muy seguros de sí mismos y sin asomo de inquietud. Me parecieron hombres que no temían a nada pero también muy tontos, e iban vestidos de un modo tan desmedido que resultaba ridículo, llevaban encima tal despliegue de pieles, cuero, correas, revólveres y cuchillos que me pregunté cómo eran capaces de mantenerse en pie con tanto peso encima. Lucían cabellos largos y grasientos, y los sombreros iban a juego pero eran de un tipo que no había visto nunca. De alas anchas y flexibles, y copa alta y puntiaguda. Me pregunté cómo era posible que fuesen todos tan iguales vistiendo de modo tan excéntrico. Sin duda uno de ellos había sido el primero en vestirse de ese modo. ¿Y a ese tipo le había parecido bien o le había molestado que los otros empezasen a imitarlo? ¿Su personal sentido estético se había devaluado al ser emulado?

El tablero de la mesa de despacho de Mayfield era un corte de un tronco de pino de considerables dimensiones, aproximadamente metro y medio de largo y diez o doce centímetros de grosor, con la corteza intacta. Cuando me acerqué para tocar el macizo anillo del reborde Mayfield habló por primera vez:

—No lo arranque, hijo. —Al oírlo, retiré la mano de inmediato y sentí un fogonazo de vergüenza por sucumbir a la reprimenda. Y, dirigiéndose a Charlie, le explicó—: A la gente le encanta arrancar trozos de corteza. Me saca de quicio.

—No iba a arrancarla, sólo quería tocarla —aclaré, y el tono dolido del comentario redobló mi incomodidad. Decidí que aquella mesa era el mueble más estúpido sobre el que se habían posado mis ojos.

Charlie le entregó a Mayfield la piel de la osa y la expresión de aparente indigestión de su rostro se transformó en la de un muchacho que ve por primera vez unos pechos desnudos.

—¡Ah! —gritó—. ¡Ajá!

Había tres campanillas de metal sobre la mesa de despacho, idénticas salvo por los tamaños, pequeña, mediana y grande; hizo sonar la más pequeña y apareció una vieja asistenta del hotel. Mayfield le dijo que tenía que colgar la piel en la pared que había detrás de él y ella la desplegó con una sacudida. Pero como yo no había raspado los restos de carne adheridos, el movimiento esparció minúsculos fragmentos de grasa y sangre por toda la habitación. Se pegaron al cristal de la ventana y Mayfield, frunciendo el ceño, ordenó que limpiaran la piel. La mujer la volvió a enrollar y se marchó, con la mirada clavada en el suelo mientras caminaba.

Los tramperos, entretanto, estaban molestos porque les habíamos usurpado la gloria en el asunto de la osa y tuve la intuición de que estaban preparándose para hacer gala de su grosería. Para frustrar esa posibilidad, hice nuestra presentación con el nombre completo y eso les mantuvo callados. Ahora nos odiarían con más virulencia todavía, pero en secreto, pensé. A Charlie aquellos tipos le parecieron graciosos, así que no pudo evitar hacer un comentario:

—Parece que vosotros cuatro estáis metidos en algún tipo de concurso para volveros completamente redondos, ¿no es así?

Mayfield se rió al oírlo. Los tramperos se miraron unos a otros, incómodos. Y el más voluminoso del grupo dijo:

—No conoces el tipo de ropa que se usa por aquí.

—Si me quedase por aquí, ¿creéis que yo también podría adquirir las proporciones físicas de un búfalo?

—¿Planeáis quedaros?

—Sólo estamos de paso, de momento. Pero estoy pensando en conocer el lugar más a fondo, así que no os sorprenda verme regresar.

—Nada en este mundo puede sorprenderme —dijo el trampero.

—¿Nada? —se preguntó Charlie, y me guiñó un ojo.

Mayfield ordenó a aquellos tipos que se fueran. Como ya caía la noche, mandó que iluminasen la sala. Para ello hizo sonar la campana mediana, que produjo un tono diferente y provocó la aparición de un ser humano diferente, en este caso un chico chino de once o doce años; contemplamos cómo revoloteaba de vela en vela con admirable precisión y sin perder ni medio segundo.

—Se mueve como si su vida dependiese de ello —comentó Charlie.

—No es su vida, es la de su familia —aclaró Mayfield—. Está ahorrando para traerlos desde China. La hermana, la madre y el padre; este último un tullido, por lo que le he oído contar, aunque para ser sincero la mitad de las veces no sé de qué me habla. Pero, por el modo en que salta, puede que el pequeño bastardo llegue a ver cumplida su misión. —Cuando el chico terminó, la habitación estaba bañada de luz, él permaneció de pie delante de Mayfield, se quitó el sombrero aterciopelado e hizo una reverencia. Mayfield dio una palmada y ordenó—: ¡Ahora baila, chinito!

Al oír estas palabras el chico empezó a bailar como un poseso y sin ninguna gracia, como alguien al que obligan a pasar descalzo sobre brasas ardientes. Era un espectáculo deplorable y si antes de esto todavía no había decidido mi postura sobre Mayfield, ahora ya la tenía totalmente clara. Cuando dio una segunda palmada, el chico se dejó caer sobre sus manos y rodillas, jadeando y agotado. Mayfield lanzó un puñado de monedas al suelo y el muchacho las recogió y las metió en su sombrero. Se puso en pie, hizo una reverencia y abandonó la habitación sin que sus pasos hiciesen el menor ruido.

La vieja no tardó en regresar con la piel roja, ahora ya limpia y estirada sobre un dispositivo para mantenerla extendida, como si fuese un enorme tambor tensado.

Cruzó la puerta con el pesado artefacto; yo me puse en pie para ayudarla, pero Mayfield me ordenó, con un tono a mi modo de ver excesivamente cortante, que me sentara.

—Dejemos que lo haga ella —dijo.

La anciana arrastró el artilugio hasta la esquina del fondo, donde podríamos observar detalladamente el extraño color de la piel de la osa. La vieja se secó la frente y salió arrastrando los pies de la habitación.

—Esta mujer es demasiado anciana para realizar estas tareas —dije.

Mayfield negó con la cabeza y me aclaró:

—Es una dinamo. He intentado asignarle labores más sencillas y menos cansadas, pero ella no quiere ni oír hablar de eso. Le encanta esforzarse en su trabajo, ésta es la pura y simple explicación.

—No me ha parecido que disfrutase. Pero tal vez es de esas personas introvertidas que jamás dejan traslucir sus emociones ante desconocidos.

—Mi consejo es que deje de agobiarse con el tema.

—No diría que esté exactamente agobiado.

—Me está agobiando a mí.

—Sobre el pago por la piel... —dijo Charlie.

Mayfield me observó un momento y se volvió hacia Charlie. Lanzó sobre la mesa cinco dobles águilas y Charlie las recogió en la palma de la mano. Me ofreció dos monedas que yo cogí. Decidí que me iba a gastar ese dinero con todavía menos miramientos que de costumbre. ¿Qué sería el mundo, me pregunté, sin dinero colgado de nuestro cuello, de nuestra alma?

Mayfield alzó e hizo sonar la tercera campana. De inmediato oímos pasos apresurados en el recibidor y yo estaba medio preparado para ver aparecer por la puerta a los tramperos entrando a empujones y lanzándose sobre nosotros. En lugar de eso, la habitación se llenó de putas pintarrajeadas, siete en total, todas con volantes y encajes, todas ya borrachas. Se pusieron a representar su picante espectáculo para nosotros, simulando curiosidad, adoración, cariño y lujuria. Una de ellas consideró razonable hablar como una niña pequeña. A mí la presencia de aquellas mujeres me pareció deprimente, pero Charlie estaba exultante y yo veía cómo crecía su interés por Mayfield ante mis ojos. Me pareció que al mirar a aquel cacique lo que estaba viendo era la personificación terrenal del futuro de Charlie, o del futuro soñado, ya que el nuestro estaba a menudo en peligro; y era verdad, tal como había dicho el buscador de oro muerto, que Charlie y Mayfield se parecían, aunque este último era más viejo, más corpulento y doblemente empapado en alcohol. Pero sí, del mismo modo que yo anhelaba la organizada soledad del tendero, Charlie soñaba con días de excitación y violencia continuas, sólo que para entonces él ya no se implicaría personalmente sino que daría las órdenes parapetado detrás de un muro de sicarios armados hasta los dientes, mientras él se refugiaría en habitaciones perfumadas en las que rollizas mujeres le servirían bebidas y gatearían por el suelo como niñas

históricas, con el culo al aire, estremeciéndose por la risa, el brandy y los movimientos sinuosos. Mayfield debió de pensar que yo no mostraba suficiente entusiasmo, porque me preguntó, con tono ofendido:

—¿No le gustan las mujeres?

—Las mujeres están bien, gracias.

—¿Quizá es el brandy lo que le hace torcer los labios cuando habla?

—El brandy también está bien.

—Hay demasiado humo en la habitación, ¿es eso? ¿Abro la ventana? ¿Quiere un abanico?

—Todo está bien.

—Quizá es una costumbre de su tierra mirar fijamente al anfitrión. —Y, volviéndose hacia Charlie, añadió—: Debo admitir que no me gustó especialmente Oregon City la única vez que estuve allí.

—¿Qué le llevó a Oregon City? —preguntó Charlie.

—Pues la verdad es que no lo recuerdo exactamente. En aquella época de mi juventud me dejaba llevar por una idea loca tras otra, y a menudo el motivo de mis decisiones acababa siendo difuso. Pero lo de Oregon City fue un completo desastre. Me robó un tipo que cojeaba. Ninguno de ustedes dos cojea, ¿verdad?

—Usted mismo nos ha visto entrar —dije.

—En ese momento no prestaba atención. —Y medio en serio preguntó—: ¿Les importaría ponerse en pie y chocar los talones para mí?

—Me niego rotundamente —respondí.

—Los dos tenemos las piernas sanas —añadió Charlie con firmeza.

—¿Pero usted se niega a hacerlo? —me preguntó.

—Prefiero la muerte antes que chocar los talones para usted.

—Él es el arisco —le dijo a Charlie.

—Nos turnamos —respondió él.

—En cualquier caso, le prefiero a usted.

—¿Y qué le robó ese cojo? —preguntó Charlie.

—Se llevó una bolsita con oro por valor de veinticinco dólares y un revólver Paterson Colt con la empuñadura de marfil, cuyo valor no sé calcular. La cantina se llamaba Pig-King. ¿Les suena, muchachos? No me extrañaría que ya no existiese, tal como cambia todo en esas ciudades.

—Todavía existe —dijo Charlie.

—El tipo que me robó empuñaba un cuchillo con la hoja curvada, como una pequeña guadaña.

—Oh, está usted hablando de Robinson —dijo Charlie.

Mayfield se incorporó.

—¿Qué? ¿Conoce a ese tipo? ¿Está seguro?

—James Robinson —asintió Charlie.

—¿Qué haces? —le pregunté a Charlie. Él se inclinó hacia mí y me pellizcó el

muslo. Mayfield, manipulando torpemente su tintero, apuntó el nombre.

—¿Todavía vive en Oregon City? —preguntó sin aliento.

—Sí, en efecto. Y sigue llevando el mismo cuchillo curvado que utilizó para robarle. Su cojera era debida a una herida que ya sanó, pero lo encontrará sentado en el Pig-King, como antaño, contando chistes que no le hacen gracia a nadie y que de hecho casi nunca tienen ni pies ni cabeza.

—He pensado muchas veces en ese hombre a lo largo de todos estos años —aseguró Mayfield. Y después de volver a colocar la pluma en su soporte nos contó—: Le voy a rajar las tripas con esa guadaña. Lo voy a colgar de sus propios intestinos. —Ante esa dramática exposición no pude evitar poner los ojos en blanco. Unos intestinos no soportarían el peso de un niño, mucho menos el de un adulto. Mayfield se excusó para ir a orinar. En los treinta segundos que estuvo ausente, mi hermano y yo mantuvimos esta rápida conversación en voz baja:

—¿Qué pretendes delatando a Robinson de esta manera?

—Robinson murió de tifus hace medio año.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro. Le hice una visita a su viuda la última vez que estuvimos en la ciudad. ¿Sabías que ella llevaba dentadura postiza? Casi vomito cuando la dejó en un vaso con agua. —Una de las putas pasó junto a él, haciéndole cosquillas con los dedos en la barbilla; él le sonrió y me preguntó discretamente—: ¿Qué te parece si nos quedamos a pasar la noche?

—Yo prefiero seguir. Tú te encontrarás fatal por la mañana y perderemos otro día de viaje. Además, tendremos problemas con Mayfield.

—Si hay problemas, serán problemas para él, no para nosotros.

—Problemas al fin y al cabo. Yo prefiero seguir.

Él negó con la cabeza y me dijo:

—Lo siento, hermano, pero mi cosita se va a la guerra esta noche.

Mayfield salió del lavabo, abotonándose los pantalones.

—¿Qué es esto? Nunca hubiera dicho que los famosos hermanos Sisters se contasen secretitos.

Las putas, como gatos, merodeaban por la habitación a nuestra espalda.

Charlie había bebido tres vasos de brandy y su cara estaba adquiriendo el familiar tono violáceo que indicaba el comienzo de una difusa ebriedad. Le empezó a hacer preguntas a Mayfield sobre sus negocios y sus éxitos, formuladas en un tono obsequioso que no me gustaba oír en boca de mi hermano. Mayfield respondió con vaguedades, pero deduje que había tenido un golpe de suerte y ahora estaba gastándose las cuantiosas ganancias lo más rápido que podía. Me harté de sus bromas forzadas y me emborraché en silencio. Las mujeres seguían acercándose a mí y provocándome, sentándose en mi regazo hasta que el miembro se me endurecía y entonces se reían de mí o de mi miembro e iban a hacerles una visita a mi hermano o a Mayfield. Recuerdo haberme puesto de pie para recolocarme el hinchado apéndice y haberme dado cuenta de que también mi hermano y Mayfield estaban empalmados. La típica reunión de civilizados caballeros, sentados formando un círculo para hablar sobre los acontecimientos del día con palpitantes erecciones. A medida que el brandy se apoderaba de mi mente, ya no parecía capaz de situar a cada una de las chicas; el frufrú de su ropa y su perfume se entremezclaban en un chabacano aroma que me pareció al mismo tiempo atractivo y nauseabundo. Mayfield y Charlie estaban aparentemente enfrascados en una conversación, pero en realidad monologaban cada uno por su lado y lo único que querían era escuchar sus propias palabras y voces: Charlie ironizaba sobre mi cepillo de dientes, Mayfield demolía el mito de la varita del zahorí. Y así dale que te pego hasta que me harté de ellos. Pensé que cuando un hombre está debidamente borracho es como si estuviese sólo en una habitación; hay una separación física impenetrable entre él y sus colegas.

Otro brandy, y otro, y entonces me percaté de la presencia de una nueva mujer en la esquina del fondo del salón, sola ante una ventana. Estaba más pálida y no era tan rolliza como las otras, y tenía ojeras de preocupación o falta de sueño. A pesar de su aspecto enfermizo, era toda una belleza, con ojos color jade y cabellos dorados que caían hasta el final de su espalda. Envalentonado por el brandy y su bobería asociada, me quedé mirándola hasta que no pudo evitar responder a mis atenciones y me ofreció una sonrisa de desdén. Le guiñé un ojo y su desdén se redobló. Cruzó el salón para marcharse, pero durante todo el recorrido mantuvo su mirada fija en mí. Salió de la habitación y yo me quedé un rato mirando la puerta, que había dejado entreabierta.

—¿Quién era ésa? —le pregunté a Mayfield.

—¿Quién era quién? —dijo.

—¿Quién-será-será? —soltó Charlie, y todas las putas se rieron.

Salí del salón y encontré a la mujer fumando un cigarrillo en el pasillo. No le sorprendió que la siguiese, lo cual no quiere decir que le hiciese especial ilusión. Era probable que cada vez que se marchaba de una habitación algún hombre la siguiese y con el tiempo se había acostumbrado. Levanté la mano para quitarme el sombrero pero no lo llevaba puesto.

—No te conozco de nada —le dije—, pero ya estaba harto de esa habitación. —Ella guardó silencio—. Mi hermano y yo le hemos vendido una piel a Mayfield.

Ahora tenemos que quedarnos ahí sentados y escuchar sus fanfarronadas y mentiras. —Ella se limitaba a mirarme, expulsaba el humo por la boca, mantenía una sonrisa en los labios, y yo era incapaz de descifrar sus pensamientos—. ¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Vivo aquí. Soy la contable del señor Mayfield.

—¿Y te alojas en una habitación del hotel o en otro sitio? —Pensé: Éste es precisamente el tipo de pregunta que no hay que hacer, y yo la estoy haciendo por el efecto del brandy. Pensé: ¡Deja de beber brandy! Por suerte, a la mujer no le importunó la pregunta.

—Mi cuarto es una de las habitaciones del hotel. Pero a veces, por diversión, duermo en alguna otra habitación que está vacía.

—¿Y qué es lo divertido? —le pregunté—. ¿No son todas iguales?

—Aparentemente son todas iguales, pero en la práctica hay diferencias significativas.

No supe qué responder a eso, pero el brandy me reclamaba que siguiera parlotando y estaba ya abriendo las mandíbulas para hacerlo cuando algún razonamiento más profundo tomó el mando y cerré la boca, guardando silencio. Me estaba felicitando para mis adentros cuando la mujer empezó a ir de un lado a otro buscando un sitio donde apagar el cigarrillo. Me ofrecí a hacerme cargo de él y ella depositó la humeante colilla en la palma de mi mano. Lo apagué con los dedos mientras miraba fija y fríamente a la mujer, esperando, supongo, demostrarle mi resistencia al dolor, que siempre ha sido anormalmente alta. ¡Deja de beber brandy! Me guardé la ceniza y el papel chamuscado en el bolsillo. La mujer siguió con su actitud reservada y distante.

—No sé qué pensar de ti —dije.

—¿Y eso qué significa?

—No sé si eres feliz, estás triste, loca o qué.

—Estoy enferma.

—¿Qué quieres decir con enferma?

Sacó del bolsillo de su vestido un pañuelo con manchas de sangre seca y me lo mostró con morboso regodeo. Pero a mí no me hizo ninguna gracia y de hecho me horrorizó la visión de las manchas. Y entonces, sin pensarlo, le pregunté si se estaba muriendo. Apareció en su rostro una expresión de abatimiento y yo le pedí atropelladamente disculpas:

—No respondas a eso, he bebido demasiado. ¿Me perdonas? Por favor, di que me perdonas.

No lo hizo, pero tampoco parecía guardarme rencor, así que decidí seguir adelante como si no acabase de meter estrepitosamente la pata. Como si no hubiese pasado nada, le dije:

—¿Adónde vas ahora, si lo puedo preguntar?

—No tengo nada decidido. Aquí por la noche no hay más sitios que este hotel.

—Bueno —dije, chasqueando la lengua—, parece que estabas esperándome aquí fuera.

—No es cierto.

—Dejaste la puerta entreabierta para que te siguiera.

—No es cierto.

—Yo creo que sí.

Oí un crujido al fondo del recibidor; la mujer y yo nos volvimos y vimos a uno de los tramperos en lo alto de la escalera. Había estado escuchando a escondidas y su expresión era adusta.

—Deberías irte a tu habitación ahora mismo —le dijo a la mujer.

—¿Y a ti qué más te da? —le preguntó ella.

—¿No trabajo para ese hombre?

—Y yo también, ¿no? Estoy hablando con uno de sus invitados.

—Habrá problemas si sigues con eso.

—¿Problemas con quién?

—Lo sabes perfectamente. Con él.

—Eh, tú —le dije al trampero.

—¿Qué?

—Lárgate de aquí.

El tipo se quedó quieto y después hundió una mano en su barba de un negro azulado y se rascó la mejilla y el mentón. Se dio la vuelta y se marchó por donde había venido.

—Me sigue por todo el hotel —me contó la mujer—. Por la noche tengo que cerrar con llave la puerta de mi habitación.

—Mayfield es tu hombre, ¿no?

Señaló hacia el salón repleto de putas y dijo:

—Él no tiene mujer. —Ante mi decepcionada expresión, ya que su respuesta era sospechosamente incompleta, añadió—: Pero no, no tenemos ninguna relación. La tuvimos, quizá, en cierto modo.

Desde detrás de las puertas me llegaba la estridente risa de mi hermano. Charlie tiene una risa que suena muy poco inteligente. Es un rebuzno, eso es lo que es.

—Este pueblo me está causando una pobre impresión —dije.

La mujer se acercó a mí. ¿Estaba inclinándose para que le diese un beso? No, sólo tenía un secreto que contarme:

—He oído a ese trampero y a los otros hablar sobre ti y tu hermano. Han tramado algo contra vosotros. No lo pude entender exactamente, pero todas las noches se emborrachan y hoy no. Deberías tener cuidado.

—He bebido demasiado brandy para tener cuidado.

—Entonces será mejor que regreses a la fiesta. Creo que lo mejor para ti es estar cerca de Mayfield.

—No, no aguanto ni un minuto más ahí dentro. Lo único que quiero es dormir.

—¿Qué habitación te ha dado Mayfield?

—No me ha dado ninguna habitación.

—Te buscaré un sitio seguro —dijo, y me condujo hacia el fondo del pasillo y abrió una puerta con una llave que sacó del bolsillo. Lo hizo cuidando de no hacer ningún ruido y yo me puse a imitar sus sigilosos pasos. Entramos en la habitación a oscuras y cerró la puerta. Me empujó contra una pared y me dijo que me quedase quieto mientras buscaba una vela. No la veía, pero oía sus movimientos: sus pasos, sus manos rebuscando en cajones y sobre la superficie de las mesas; la situación me pareció entrañable, su cercanía, sus movimientos y el hecho de que yo no supiese exactamente qué estaba haciendo. Decidí que me gustaba; me halagaba que me estuviese dedicando su tiempo y se preocupase por mí, y pensé: No necesito gran cosa para sentirme satisfecho.

Encendió una vela y descorrió las cortinas para dejar que entrase en la habitación la luz de la luna. Era una habitación de hotel como cualquier otra, sólo que con mucho polvo y olor a cerrado, y me explicó:

—Está siempre vacía porque se perdió la llave y Mayfield es demasiado vago para llamar a un cerrajero. Sólo que en realidad la llave no se perdió. Me la quedé yo. Vengo aquí a veces, cuando quiero estar sola.

Asentí educadamente y le dije:

—Sí, bueno, ¡es bastante evidente que estás enamorada de mí!

—No —respondió ella, ruborizándose—. No es eso.

—Lo veo. Desesperadamente enamorada, incapaz de resistirte. No debería incomodarte, ya ha sucedido otras veces. Parece que cada vez que sigo mi camino me cruzo con una mujer con la mirada cargada de pasión y deseo.

Me dejé caer sobre la pequeña cama y rodé sobre el colchón. La mujer parecía divertida, pero no tanto como para quedarse allí más tiempo, así que se volvió hacia la puerta para marcharse. Di unos botes y la cama lanzó unos lastimeros chirridos.

—La habitación de los tramperos está justo debajo —me advirtió.

—Oh, deja ya de hablar de ellos. No me dan ningún miedo, no me pueden hacer nada.

—Pero son asesinos —dijo en voz baja.

—¡Yo también! —susurré.

—¿Qué quieres decir?

Había algo en su rostro, en su palidez y su inseguridad, que me volvía loco, y me dominó una especie de crueldad o instinto animal. Me puse en pie y grité:

—¡La muerte nos acecha a todos en este mundo!

Fueron unas palabras que no sé de dónde salieron, pero me infundieron ímpetu; me aparté bruscamente de la cama, desenfundé la pistola y disparé a los tablones del suelo. El ruido fue ensordecedor: reverberó en las paredes y la habitación se llenó de humo, la mujer, horrorizada, dio media vuelta, salió y cerró la puerta con su llave. Atravesé la habitación, giré la llave que había por dentro, abrí la puerta de par en par

y volví a la atormentada cama, los revólveres desenfundados, amartillados y apuntando. El corazón me iba a cien y estaba preparado para afrontar una pelea digna del fin del mundo, pero al cabo de cinco minutos los ojos empezaron a pesarme. Pasados diez minutos decidí que los tramperos no habían oído el disparo. O no estaban en su habitación o yo había disparado hacia una habitación que no era la suya. Deduje que la aventura se había acabado antes de empezar. Así que me cepillé los dientes y me acosté.

La mañana era soleada y por la ventana abierta entraba aire fresco que llegaba hasta la cama y me acariciaba la cara. Iba completamente vestido y la puerta estaba cerrada con llave. ¿Había vuelto la contable en plena noche para protegerme? Oí una llave en la cerradura y apareció ella, se sentó en el borde del colchón y sonrió. Pregunté por Charlie y me dijo que estaba bien. Me invitó a dar un paseo con ella, y aunque seguía pareciendo viva sólo a medias, su sonrisa era dulce, se había empolvado la cara y la visita no parecía hacerla infeliz. Me levanté de la cama, fui hasta la ventana, me apoyé en el marco y miré la calle que pasaba por debajo del hotel. Se veían hombres y mujeres caminando arriba y abajo, dándose los buenos días, inclinándose con una reverencia y alzando los sombreros. La mujer se aclaró la garganta y dijo:

—La noche pasada dijiste que no sabías qué pensar de mí. Ahora me pasa lo mismo contigo.

—¿Qué quieres decir?

—En primer lugar, ¿por qué diablos disparaste al suelo?

—Estoy avergonzado de haberlo hecho —admití—. Lo siento si te asusté.

—¿Pero por qué lo hiciste?

—A veces bebo demasiado y me deprimó, una parte de mí quiere morir. —Y pensé: ¿Y ahora quién le está enseñando a quién su pañuelo ensangrentado?

—¿Y por qué estabas deprimido?

—¿Por qué se deprime la gente? Es algo que te acecha de vez en cuando.

—Pero un momento antes estabas contento y de pronto todo había cambiado.

Me encogí de hombros. En la calle vi a un hombre que me resultó familiar, pero no logré ubicarlo en algún episodio concreto de mi pasado. Su carruaje avanzaba cargado y tambaleante, iba sin rumbo, como si no tuviese ningún destino en mente.

—Conozco a ese tipo —dije, señalándolo.

La mujer se asomó a la ventana para mirar, pero el hombre ya había desaparecido. Arreglándose el vestido, me preguntó:

—¿Vas a venir a pasear conmigo o no?

Me metí en la boca una pizca de polvos para los dientes y ella me condujo por el pasillo cogiéndome del brazo. Cuando pasamos por delante de la puerta abierta del salón de Mayfield, vi al cacique durmiendo recostado sobre su mesa, la cabeza y los brazos reposando entre un batiburrillo de botellas y ceniza de puros, además de las tres campanas volcadas. En el suelo, junto a él, había una voluminosa puta, completamente desnuda y tumbada boca arriba. Tenía la cara vuelta hacia el otro lado y me detuve a contemplar su cuerpo dormido, los pechos y el estómago moviéndose arriba y abajo al ritmo de su respiración. Era la imagen de una moral decadente y me sobresalté al ver su sexo, con el vello enmarañado y aplastado. Vi que mi sombrero estaba colgado de la cornamenta de un ciervo en la pared del fondo y atravesé la enorme habitación para recuperarlo. Una vez conseguido, volvía sobre mis pasos, sacudiendo la ceniza adherida al ala del sombrero, cuando tropecé y me caí al suelo.

Me había enredado el pie con el artilugio para tensar el cuero, que descubrí que estaba allí tirado sin la piel roja de la osa. No la habían descosido, sino arrancado rápidamente y sin ningún cuidado. Miré a la contable, que me esperaba en el quicio de la puerta; tenía los ojos cerrados y giraba la cabeza trazando pequeños círculos, y pensé: Está sobrepasada por el peso de sus responsabilidades.

La calle era un barrizal con charcos profundos y para cruzar tuvimos que pasar haciendo equilibrios sobre unos tablones de madera. A la mujer eso le divirtió y su risa era cristalina y encantadora esa mañana. Su risa y este refrescante aire frío, pensé. Para mí tienen el mismo efecto grato y depurativo. Se hace raro pensar que todo esto me ha llegado como una aventura, a mí que ya he vivido unas cuantas aventuras realmente peligrosas; pero allí estaba yo, cogiéndola de la mano e indicándole el camino a través de los inestables tablones; las náuseas eran una amenaza permanente, pero eso sólo contribuía a hacer todo aquello más cómico y por lo tanto más divertido. Cuando llegamos al otro lado de la calle yo tenía las botas cubiertas de barro y en cambio las suyas seguían inmaculadas, por lo que dijo:

—Gracias.

Una vez a salvo en los tablones de madera secos de la acera, ella siguió cogida de mi brazo durante media docena de pasos y después se soltó para retocarse el cabello. No creo que hubiese ningún motivo concreto para tener que soltarme el brazo, lo hizo en nombre del buen gusto y por principios. Diría que le gustaba la sensación de tomarme del brazo y que hubiese deseado seguir así más rato. O ésa al menos fue mi esperanzada impresión.

—¿Qué tal es lo de trabajar para Mayfield? —le pregunté.

—Me paga bastante bien, pero es de trato complicado, siempre quiere tener razón. Era una buena persona hasta que hizo una fortuna.

—Parece que se la está gastando muy deprisa. Tal vez cuando se le acabe volverá a ser el hombre que fue.

—Cambiará, pero no volverá a ser el de antes. Se convertirá en un tercer tipo de persona y me temo que ese tercero será todavía más desagradable que el segundo. — Permanecí callado y ella añadió—: Sí, estoy convencida de ello.

Pasaron unos segundos y volvió a tomarme del brazo. Me sentí orgulloso y noté las piernas sosteniéndome firmes y seguras.

—¿Cómo es que mi puerta estaba cerrada esta mañana? —le pregunté—. ¿Volviste a hacerme una visita de madrugada?

—¿No te acuerdas? —dijo.

—Siento decir que no.

—Eso es horrible.

—¿Me explicarás qué sucedió?

Se lo pensó y dijo:

—Si realmente quieres saberlo, lo recordarás tú mismo con la fuerza de tu mente. —Algo se le pasó por la cabeza que la hizo volver a reír, con una musicalidad brillante y diamantina.

—Tu risa es como agua fresca para mí —le dije. Sentí que mi corazón sollozaba al decir estas palabras y no hubiera sido difícil que brotasen lágrimas de mis ojos. Extraño.

—De pronto te has puesto muy serio —me dijo.

—Realmente no sé quién soy —sentencié.

Al llegar al final del pueblo, cruzamos otra hilera de tablones y volvimos hacia el hotel. Pensé en mi habitación, en la cama en la que había dormido. Empecé a recordar.

—¡Es el llorón! —dije.

—¿Quién? —preguntó la mujer—. ¿De qué hablas ahora?

—El tipo al que vi por la ventana y que dije que me sonaba. Me crucé con él en Oregón hace unas semanas. Mi hermano y yo veníamos cabalgando de Oregon City y nos topamos con un hombre solo que caminaba tirando de un caballo. Estaba muy afligido pero no aceptó nuestra ayuda. Su dolor iba en aumento y le hacía comportarse de un modo irracional.

—¿Y te fijaste si su suerte ha cambiado?

—No, parecía que no.

—Pobre hombre.

—Ha hecho un buen recorrido tratándose de un hombre histérico que se desplaza caminando.

Se produjo un silencio y ella me soltó el brazo.

—Anoche hablabas de un trabajo en San Francisco que te agobiaba —me dijo.

Asentí y le expliqué:

—Vamos en busca de un hombre llamado Hermann Warm, que se supone que vive allí.

—¿Y qué significa eso de que vais en su busca?

—Ha hecho algo incorrecto y nos han contratado para llevarlo ante la justicia.

—Pero vosotros no sois agentes de la ley, ¿verdad?

—Somos lo opuesto a eso.

Se quedó pensativa y preguntó:

—¿Ese tal Warm es un hombre realmente malo?

—No lo sé. No lo tengo muy claro. Dicen que es un ladrón.

—¿Qué robó?

—Lo que la gente suele robar. Probablemente dinero. —Mentir me hizo sentirme incómodo y busqué a mi alrededor algo en lo que fijarme para borrar esa idea de mi mente, pero no di con nada que me sirviese—. Para ser sincero, la verdad es que probablemente no haya robado ni un centavo. —Ella bajó la mirada y yo me reí un poco. Añadí—: No me sorprendería lo más mínimo que fuese completamente inocente.

—¿Y normalmente persigues a personas que crees que son inocentes?

—No hay nada normal en mi profesión. —De pronto me di cuenta de que no quería seguir hablando del tema—. No quiero hablar más de esto.

Haciendo caso omiso de mi comentario, preguntó:

—¿Te gusta tu trabajo?

—Cada encargo es diferente. Algunos los he vivido como aventuras singulares.

Otros han sido un infierno. —Me encogí de hombros—. Cobras un salario por llevar a cabo un encargo, le da al asunto cierta respetabilidad. De algún modo, supongo que te hace sentirte importante el tener en tus manos algo tan trascendental como la vida de un hombre.

—La muerte de un hombre —me corrigió.

Hasta entonces no estaba seguro de que hubiese entendido en qué consistía mi trabajo. Me alivió comprobar que sí le había quedado claro y no tendría que explicárselo con pelos y señales.

—Como quieras llamarlo —dije.

—¿No has pensado alguna vez en dejarlo?

—He querido hacerlo —admití.

Volvió a tomarme del brazo y dijo:

—¿Y después de haberte encargado de ese hombre, Warm? ¿Qué harás entonces?

—Tengo una pequeña propiedad en las afueras de Oregon City que comparto con mi hermano —le expliqué—. La tierra es hermosa, pero la casa es estrecha y fría. Me gustaría mudarme, pero no encuentro el tiempo para buscar otro sitio. Charlie tiene muchos amigos desagradables que no respetan las tradicionales horas de descanso. —La mujer empezó a impacientarse con mi respuesta, así que dije—: ¿Qué es lo que quieres saber?

—Espero volver a verte.

El pecho se me hinchó como una dolorosa inflamación y pensé: Soy un perfecto imbécil.

—Tu deseo se cumplirá —le prometí.

—Si te vas, no creo que vuelva a verte nunca más.

—Volveré, te doy mi palabra.

Sin embargo, la mujer no me creyó, o sólo me creyó a medias. Mirándome a la cara, me pidió que me quitase la chaqueta, yo obedecí y ella se arrancó una tira de seda azul brillante de sus enaguas. Me la colocó sobre el hombro, hizo un nudo y retrocedió unos pasos para mirarme. Se la veía muy triste y hermosa, los ojos humedecidos y pesados con su maquillaje y su hechizo arcaico. Toqué la tira con la mano, pero no supe qué decir de ella.

—Deberías llevarla siempre así —me dijo—, y cuando la veas, te acordarás de mí y recordarás tu promesa de volver. —Dio un golpecito a la tira y sonrió—. ¿Pondrá a tu hermano muy celoso?

—Creo que querrá saberlo todo.

—¿Verdad que es una tira muy bonita?

—Es muy brillante.

Me abotoné la chaqueta para ocultarla. Ella se acercó y me rodeó con sus brazos. Dejó reposar un costado de la cara sobre mi corazón, escuchando las palpaciones enloquecidas del órgano. Después se despidió, dio media vuelta y desapareció en el hotel, pero no sin que antes yo hubiese deslizado los cuarenta dólares de Mayfield en

el bolsillo de su vestido. Le dije gritando que la vería a mi vuelta, pero ella no respondió y me quedé solo, con mis pensamientos desdibujándose y alejándose, desdibujándose y muriendo. No tenía ganas de estar en el hotel, sino de seguir paseando al aire libre. Descubrí una hilera de casas apartadas de la calle principal y caminé hacia ellas.

Me topé con una niña de unos siete u ocho años, vestida con sus mejores galas de la cabeza a los pies, plantada muy formal delante del jardín vallado de una pintoresca casa recién pintada. Miraba la casa con intensa aversión o malicia; tenía el ceño fruncido y los puños apretados, y estaba llorando no a moco tendido sino sosegadamente y sin hacer ningún ruido. Cuando me acerqué a ella y le pregunté qué le pasaba, me dijo que había tenido una pesadilla.

—¿Has tenido una pesadilla ahora? —le pregunté, porque el sol lucía bien alto en el cielo.

—La tuve por la noche. Pero la había olvidado hasta hace un momento, cuando ese perro me la ha recordado. —Señaló a un perro gordo, que dormitaba al otro lado de la valla. Me sobresalté al descubrir lo que parecía una pata del animal, separada del resto del cuerpo, pero al mirarlo más de cerca comprobé que era el hueso del fémur de un cordero o un ternero, que estaba allí para que el perro lo mordiese. Todavía tenía algo de carne y cartílago pegados, lo cual le daba una apariencia carnosa. Sonreí a la niña.

—Pensaba que era una pata del perro —dije.

La niña se secó las lágrimas de las mejillas y respondió:

—Pero es que sí que es la pata del perro.

Negué con la cabeza y señalé al animal.

—El perro tiene la pata doblada debajo, ¿lo ves?

—Estás equivocado. Fíjate.

Silbó y el perro se despertó y se puso en pie, y descubrí que realmente le faltaba la pata que estaba más cerca del hueso del suelo, sólo que la herida hacía ya tiempo que se había curado. Era una herida de hacía años, y aunque estaba desconcertado, insistí:

—Eso que hay en el suelo es el fémur de un cordero, no la pata del perro. ¿No ves que el animal perdió esa pata hace tiempo y ya no siente dolor?

Esta afirmación irritó a la niña, que me miró con la misma malicia con que había estado mirando la casa.

—El perro sí siente dolor —insistió—. ¡El perro siente mucho dolor!

La agresividad de sus palabras y su actitud me cogieron por sorpresa. Di un paso atrás para alejarme de ella.

—Eres una niña rara —le dije.

—Todo es muy raro en este planeta —replicó. No supe qué responder a eso. En cualquier caso, por mi propia experiencia, era una observación veraz. La niña continuó, ahora con una voz melosa e inocente—: Pero no me has

preguntado por mi sueño.

—Has dicho que era sobre ese perro.

—El perro sólo era una parte de él. Era también sobre la valla, la casa y tú.

—¿Yo salía en tu sueño?

—Salía un hombre. Un hombre al que yo no conocía de nada.

—¿Era un hombre bueno o malo?

Respondió en un susurro:

—Era un hombre protegido.

De pronto pensé en la bruja gitana, en la puerta y el collar.

—¿Cómo estaba protegido? —pregunté—. ¿De qué estaba protegido?

Pero no respondió a mi pregunta. En cambio, dijo:

—Yo caminaba hacia aquí para ver al perro, al que detesto. Y mientras le echaba el veneno para matarlo, en el jardín, delante de mí, apareció una nube del tamaño de un puño, arremolinada y de un color entre el gris y el negro. Se fue haciendo más grande y no tardó en medir unos treinta centímetros, después sesenta, después trescientos..., hasta que tenía el tamaño de una casa. Y yo notaba el viento que levantaba el tornado que formaba, un viento frío, tan frío que me quemaba la cara.

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, como recordando esa sensación.

—¿Qué tipo de veneno le echaste al perro? —le pregunté, ya que noté que en los nudillos de la mano derecha había un residuo negro veteado.

—La nube se hizo todavía más grande —continuó la terrible niña, aumentando el volumen de su voz y su agitación—, y no tardó en succionarme y quedé suspendida en el aire, dando suaves volteretas en círculo; creo que hubiese sido relajante de no ser porque el perro de tres patas, que entonces estaba muerto, también giraba junto a mí.

—Es un sueño inquietante, niña.

—¡El perro de tres patas, entonces muerto, giraba junto a mí!

Dio una palmada, se volvió abruptamente y me dejó allí solo, estupefacto y no poco nervioso. Pensé: Cuánto anhelo la compañía de alguien de confianza. La niña había doblado la esquina antes de que yo volviese a mirar al perro, que de nuevo estaba echado boca abajo, sacando espuma por la boca y sin que se percibiese que las costillas se moviesen al respirar, estaba completamente muerto. Alguien corrió las cortinas en la casa y yo di media vuelta y me marché tan apresuradamente como la niña, pero en dirección contraria, y no volví la vista atrás. Ya era hora de decir adiós y hasta nunca a Mayfield, al menos por el momento.

FIN DEL INTERMEDIO

Al pasar frente al salón de Mayfield asomé la cabeza y vi que tanto él como la mujer desnuda habían desaparecido y alguien había recogido el artilugio que sostenía la piel. Al fondo del pasillo, vi a una de las putas con la cabeza apoyada en la puerta de la habitación contigua a la mía. Me acerqué a ella y le pregunté si había visto a Charlie.

—Acaba de salir conmigo del salón. —Su piel tenía un tono verdoso y llevaba una monumental cogorza de brandy. Eructó y se tapó la boca con el puño cerrado—. Oh, Dios mío —dijo. Abrí la puerta de mi habitación y le pedí que le dijese a Charlie que se diera prisa—. No le voy a decir nada, caballero. Me voy directamente a mi cama para pasar un buen rato sola.

Contemplé cómo se marchaba, apoyando el puño en la pared y dando pasos inseguros. La puerta de Charlie estaba cerrada y cuando llamé con los nudillos, emitió un sonido gutural que indicaba que quería estar solo. Le llamé y apareció en la puerta desnudo y me indicó con un gesto que pasase.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—He dado un paseo con la chica de anoche.

—¿Qué chica de anoche?

—La guapa y delgada.

—¿Había una guapa y delgada?

—Estabas demasiado ocupado con tus carcajadas para fijarte. Mírate, tienes la cabeza como un tomate.

Oí la voz amortiguada y enojada de Mayfield procedente del salón. Le conté a Charlie que la piel había desaparecido y él se puso tenso.

—¿Qué quieres decir con que ha desaparecido? —preguntó.

—Que ha desaparecido. Que no está allí. El soporte estaba en el suelo y alguien había arrancado la piel.

Reflexionó sobre el asunto durante un rato y después empezó a vestirse.

—Hablaré con Mayfield sobre eso —dijo, gruñendo mientras se subía los pantalones—. Nos hicimos buenos amigos anoche. Seguro que el culpable es uno de esos asquerosos tramperos que tiene en nómina.

Se marchó y yo me dejé caer en la silla baja de mimbre. Vi que el colchón de Charlie estaba en el suelo, la funda rasgada con un cuchillo y el relleno esparcido por la habitación. Pensé: ¿Se acabará algún día su gusto por las salvajadas sin sentido? Él y Mayfield estaban discutiendo, pero yo no llegaba a entender lo que decían. Me sentía agotado y estaba ya medio dormido cuando volvió Charlie con el rostro tenso, los puños cerrados y los nudillos blanquecinos.

—He aquí un tipo que sabe cómo levantar la voz —dijo—. Vaya bravucón.

—¿Cree que nosotros hemos robado la piel?

—Me temo que sí, ¿y sabes por qué? Uno de esos tramperos asegura haberte visto corriendo por el pasillo con la piel doblada bajo el brazo. Le he pedido a Mayfield que ponga patas arriba nuestras habitaciones y revise nuestro equipaje, pero me ha

dicho que eso no era propio de él. Le ha susurrado algo a su puta y ésta ha salido corriendo. Me imagino que estará investigando a los tramperos. —Se acercó a la ventana y echó un vistazo a la calle principal—. Me indigna que esos tipos nos la hayan jugado de este modo. Si no estuviese tan cansado, iría ahora mismo a por ellos. —Me lanzó una mirada inquisitiva y preguntó—: ¿Y tú, hermano? ¿Estás dispuesto a pelear?

—No mucho.

Me clavó la mirada entrecerrando los ojos y me preguntó:

—¿Qué es eso que llevas debajo de la chaqueta?

—Un regalo de una chica.

—¿Va a haber un desfile?

—Es sólo un pedazo de tela para que me acuerde de ella. Una *bomboniere*, como diría mamá.

Se pasó la lengua por los dientes y dijo categórico:

—No deberías llevarlo.

—Creo que es una tela muy cara.

—La chica te ha tomado el pelo.

—Es una persona muy seria.

—Pareces un ganso de una rifa de feria.

Desanudé y me quité la tira de tela y la doblé cuidadosamente formando un cuadrado. Decidí que la conservaría, pero sólo la miraría en privado.

—¿Y ahora quién está como un tomate? —comentó Charlie. Volvió a la ventana, dio unos golpecitos en el cristal y dijo—: Ajá, mira a quién tenemos aquí.

Me acerqué yo también y vi a la puta del suelo del salón hablando con el trampero más corpulento. Él la escuchaba, liándose un cigarrillo y asintiendo; cuando ella acabó, él le dio algún tipo de instrucciones y ella volvió a entrar en el hotel. La observé hasta que desapareció de mi vista y entonces volví a mirar al trampero, que nos había descubierto en la ventana y nos observaba bajo su sombrero puntiagudo de ala flexible.

—¿De dónde saca uno un sombrero como ése? —se preguntó Charlie—. Se los deben fabricar ellos mismos. —El trampero encendió el cigarrillo, exhaló una bocanada de humo y se alejó del hotel. Charlie se dio una palmada en la pierna y escupió—. Odio admitirlo, pero nos la han jugado. Dame tus dobles águilas y yo también devolveré las mías.

—Devolver el dinero es admitir que somos culpables.

—Es nuestra única alternativa, aparte de luchar o huir, ninguna de las cuales estamos en condiciones de afrontar. Venga, dámelas. —Se plantó delante de mí con la palma de la mano lista para recibir. Hice el gesto de rebuscar en mis bolsillos, una patética pantomima que me delató. Rascándose el cuello sin afeitarse, me dijo—: Se las has dado a la mujer, ¿verdad?

—Era mi dinero. Y lo que uno hace con su dinero no es asunto de nadie más. —

Recordé a su puta tapándose la boca con el puño y le pregunté—: ¿Tú no te has gastado nada?

—Pues no lo había pensado. —Comprobó su monedero y rió amargamente—. Y Mayfield había dicho que eso también corría por cuenta de la casa.

Se oyeron más gritos procedentes del salón. Se oyó una campanilla y un vaso rompiéndose.

—Espero que no propongas que le paguemos a ese tipo de nuestros bolsillos — dije.

—No, mis ganas de una salida amistosa no llegan a tanto. Deja que recoja mis cosas y después vamos a por las tuyas. Podemos largarnos por tu ventana y con suerte no nos verán. Pelearemos si es necesario, pero preferiría esperar a hacerlo en otro momento, cuando estemos al cien por cien. —Con las alforjas en la mano, repasó la habitación y preguntó—: ¿Lo tenemos todo? ¿Sí? De acuerdo. Salgamos al pasillo en absoluto silencio.

Absoluto silencio, pensé mientras nos dirigíamos con sigilo hacia mi habitación. Esas palabras me parecieron de algún modo poéticas.

Salimos por la ventana de mi habitación y avanzamos sigilosamente por el voladizo que corría paralelo a la calle. Eso nos vino muy bien, ya que Barreño y Espabilado estaban en el establo situado al final del pueblo y pudimos recorrer toda la distancia que nos separaba de él sin que nadie se percatase de nuestros movimientos. A mitad de camino, Charlie se detuvo tras un enorme cartel para observar al trampero más corpulento, que estaba apoyado contra un poste para atar caballos justo debajo de nosotros. Los otros tres se unieron a él; el grupo formó un círculo y se pusieron a hablar a través de sus mugrientas barbas.

—Sin duda son odiados por la comunidad almizclera de por aquí —dijo Charlie—. Pero esos tipos no son asesinos profesionales. —Señaló al líder—. Ése es el que robó la piel. Estoy seguro. Si nos las vemos con ellos, yo me encargaré de él. Ya verás como los otros salen corriendo al primer disparo.

Los tipos se dispersaron y nosotros seguimos avanzando por el voladizo hasta donde se acababa y allí saltamos y nos deslizamos en el establo, donde me topé con el mozo de dientes de conejo junto a Barreño y Espabilado, a los que contemplaba como atontado. Pegó un salto cuando saludamos y se resistió a ayudarnos con las sillas de montar, lo cual debería haber despertado mis sospechas, pero estaba demasiado centrado en la idea de largarnos de allí para pensar en ello. Así que Charlie y yo estábamos atando las alforjas cuando los cuatro tramperos salieron sin hacer ruido de la cuadra que teníamos a nuestras espaldas. No nos percatamos de su presencia hasta que fue demasiado tarde. Nos pillaron por sorpresa y cuando los vimos estaban apuntándonos al corazón con los cañones de sus revólveres.

—¿Ya estáis listos para marcharos de Mayfield? —preguntó el más corpulento.

—Sí, nos vamos —dijo Charlie. Yo no estaba seguro de cómo iba a actuar, pero él tenía la costumbre de chasquear los índices con los pulgares justo antes de desenfundar y yo tenía el oído entrenado para oír ese sonido.

—Os vais sin devolverle al señor Mayfield el dinero que le debéis.

—El señor Mayfield —dijo Charlie—. El adorado patrón. Decidnos, ¿también le hacéis la cama? ¿Le calentáis los pies con vuestras manos en las largas noches de invierno?

—Cien dólares si no queréis que os mate. Probablemente os mataré de todos modos. Os creéis que soy lento desenfundando con tantas pieles y cuero encima, pero comprobaréis que soy más rápido de lo que os imagináis. ¿Y no os sorprenderá toparos con mis balas en vuestros cuerpos?

—Sí, creo que eres lento, trampero —dijo Charlie—, pero no es la ropa lo que te entorpece la velocidad. Tu mente es la culpable. Porque creo que eres tan estúpido como los animales a los que acechas entre el barro y la nieve para cazarlos.

El trampero se rió o fingió reírse, queriendo aparentar serenidad y buen carácter. Y dijo:

—Anoche oí cómo te emborrachabas y pensé: Esta noche no voy a beber ni una gota, estaré descansado y despierto por si tengo que matar a este hombre por la

mañana. Y ahora es por la mañana y sólo te lo voy a preguntar una vez más: ¿vais a devolver el dinero o la piel?

—Lo único que vas a obtener de mí es la Muerte. —Las palabras de Charlie, dichas con el tono despreocupado de quien comenta el tiempo, me erizaron el vello del cogote y las manos empezaron a agitarse y vibrar. Él resulta admirable en situaciones como ésta, la mente clara y ni asomo de miedo. Siempre ha sido así, y aunque lo he visto actuar muchas veces, siempre despierta mi admiración.

—Voy a pegarte un tiro —amenazó el trampero.

—Mi hermano contará —dijo Charlie—. Cuando llegue a tres, desfundamos.

El trampero asintió y enfundó el revólver.

—Puede contar hasta cien si lo prefieres —dijo, abriendo y cerrando la mano para agilizarla.

Charlie puso cara de malas pulgas y dijo:

—Qué comentario tan estúpido. Piensa en algo mejor. Cualquier hombre quiere que sus últimas palabras sean respetables.

—Seguiré hablando todo el día y toda la noche. Les contaré a mis nietos la historia del día que maté a los famosos hermanos Sisters.

—Eso al menos tiene sentido. Además servirá como humorística nota a pie de página. —Y, dirigiéndose a mí, añadió—: Nos va a matar a los dos, Eli.

—He sido feliz estos días, cabalgando y trabajando contigo —le dije.

—¿Pero es el momento de la despedida? —me preguntó Charlie—. Si miras atentamente a este hombre, te darás cuenta de que se le ha parado el corazón. Observa cómo suda. En algún lugar en su interior hay una voz que le dice que está cometiendo un error.

—Cuenta, maldita sea —pidió el trampero.

—Pondremos esto en tu lápida —dijo Charlie, y chasqueó sonoramente los dedos—. Vamos, hermano. Cuenta despacio y claro.

—¿Estáis los dos preparados? —pregunté.

—Yo estoy preparado —aseguró el trampero.

—Preparado —dijo Charlie.

—Uno —dije, y Charlie y yo desfundamos y disparamos cuatro balas simultáneamente, y todas dieron en el blanco, todos tiros en la cabeza. Los tramperos cayeron al suelo, del que ninguno de ellos iba a levantarse más. Fue una matanza inmaculada, la más lograda y eficiente que podía recordar; y en cuanto cayeron, Charlie empezó a reírse, y yo también, aunque más por el alivio que por otra cosa, mientras que a Charlie creo que la cosa realmente le hacía gracia. No basta con tener suerte, pensé. Hay que tener el equilibrio mental para mantener la calma, cosa de la que la mayoría de la gente suele carecer. El trampero de la barba de tonos entre negros y azulados todavía jadeaba y me acerqué para observarlo. Estaba aturdido y miraba hacia todos lados.

—¿Qué ha sido ese ruido? —preguntó.

—Una bala entrándote.

—¿Una bala entrándome dónde?

—En la cabeza.

—No la noto. Y casi no oigo nada. ¿Dónde están los demás?

—Están en el suelo junto a ti. También tienen balas en la cabeza.

—¿Ah, sí? ¿Y hablan? No los oigo.

—No, están muertos.

—Pero yo no estoy muerto.

—No, todavía no.

—*Ch* —dijo. Se le cerraron los ojos y la cabeza dejó de moverse. Me estaba alejando de él cuando se estremeció y abrió los ojos—. Jim era el que quería perseguiros. Yo no quería.

—De acuerdo.

—Cree que porque es grandote tiene que hacer cosas grandes.

—Pues ahora está muerto.

—Hablabas de esto anoche. Decías que escribirían libros sobre nosotros. No le gustaba que os burlaseis de nuestra ropa, era como era.

—Ya no importa. Cierra los ojos.

—¿Hola? —dijo el trampero—. ¿Hola? —Me buscaba pero no creo que pudiese verme.

—Cierra los ojos. No pasa nada.

—Yo no quería hacerlo —se quejó—. Jim pensaba que conseguiría machacaros y que después se lo podría contar a todo el mundo.

—Deberías cerrar los ojos y descansar —le dije.

—*Ch. Ch, ch.* —Entonces la vida lo abandonó y murió, y yo volví a ocuparme de Barreño y la silla de montar. Esa idea de «contar hasta tres» era un viejo truco nuestro. Era algo de lo que no estábamos ni avergonzados ni orgullosos, basta con decir que sólo lo empleábamos en las situaciones más desesperadas y nos había salvado la vida en más de una ocasión.

Charlie y yo estábamos ya a punto de marcharnos cuando oímos una bota rozando el suelo del pajar que había encima de nosotros. El mozo no se había ido, sino que se había escondido para ver la pelea; lamentablemente para él también había sido testigo de nuestro truco de contar hasta tres, así que subimos por la escalera para buscarlo. Nos llevó su tiempo, porque en el pajar había muchas pilas de balas de paja de considerable altura, que eran un escondite perfecto.

—Sal de ahí, chico —le llamé—. Ya se ha acabado todo y prometemos no hacerte daño.

Se hizo un silencio y escuchamos un ruido de correteo en la esquina del fondo. Disparé hacia el lugar de donde procedía el ruido, pero las balas de paja se tragaron la bala. Un nuevo silencio y volvimos a oír el correteo.

—Chico, sal y ven aquí —dijo Charlie—. Vamos a matarte y no tienes ninguna

posibilidad de escapar. Seamos todos un poco sensatos.

—Buuuua —lloriqueó el mozo.

—Nos estás haciendo perder el tiempo. Y ya no podemos perder más tiempo.

—Buuuua.

Después de encargarnos del mozo fuimos a hacerle una visita a Mayfield a su salón. Se quedó desconcertado cuando vio que llamábamos a la puerta, hasta el punto de que durante unos momentos fue incapaz de hablar o moverse. Le hice sentarse en su sofá, donde esperó su innombrable destino. Le dije a Charlie:

—Se le ve distinto a como se comportaba la noche pasada.

—Éste es el verdadero hombre —comentó Charlie—. Lo supe en el momento en que lo vi. —Y, dirigiéndose a Mayfield, añadió—: Como habrá sospechado, hemos eliminado cualquier posibilidad de ayuda: a los cuatro tramperos y al mozo del establo, cuya muerte ha sido desafortunada y no planificada. Y el culpable de todo esto es usted, porque le trajimos la piel roja de buena fe y no hemos tenido nada que ver con su desaparición. Por lo tanto, la muerte de sus hombres y del chico caen sobre su conciencia, no sobre la nuestra. No pido que esté necesariamente de acuerdo con esto, sólo que admita que me ha oído. ¿Queda claro?

Mayfield no respondió. Fijó la mirada en un punto de la pared detrás de mí. Me di la vuelta para ver qué estaba mirando y descubrí qué era: nada. Cuando volví a mirarlo, se estaba frotando la cara con la palma de las manos, como si se estuviese lavando.

—De acuerdo —dijo Charlie—. Lo que viene a continuación no le va a gustar, pero es el precio que va a tener que pagar por los abusos que ha cometido con mi hermano y conmigo. ¿Me está escuchando, Mayfield? Sí, quiero que nos lo diga ahora mismo. ¿Dónde está su caja fuerte?

Mayfield siguió tanto rato en silencio que no creo que hubiese oído la pregunta. Charlie estaba ya abriendo la boca para repetírsela cuando Mayfield respondió, con una voz apenas por encima del susurro:

—No se lo voy a decir.

Charlie se acercó a él y le amenazó:

—Dígame dónde está la caja fuerte o le doy un culatazo en la cabeza.

Mayfield guardó silencio y Charlie sacó el revólver de la pistolera y lo cogió por el cañón. Se detuvo un instante y después golpeó a Mayfield en plena cabeza con la culata de nogal. Mayfield cayó hacia atrás en el sofá, cubriéndose la cabeza y emitiendo contenidos gemidos de dolor, una especie de chillidos a través de dientes rechinantes que me parecieron de lo más indignos. Casi de inmediato empezó a sangrar y Charlie le ofreció un pañuelo mientras lo ayudaba a incorporarse. Mayfield no hizo con él una bola para apretárselo contra la herida, como hubiese hecho cualquiera, sino que apoyó el pañuelo doblado en un cuadrado sobre su cabeza como si fuese un mantel; como era calvo en la parte superior de la cabeza, la sangre hizo que el pañuelo no tardase en quedar adherido. ¿Qué demonios le impulsó a hacer eso? ¿Fue una inspiración repentina o algo que había aprendido en algún sitio? Mayfield, sentado, nos miraba con aire malhumorado. Sólo llevaba una bota puesta y me percaté de que su pie descalzo tenía los dedos enrojecidos e inflamados. Lo señalé y dije:

—¿Tiene sabañones, Mayfield?

—¿Qué son sabañones?

—Parece que ése es el problema del pie.

—No sé cuál es el problema.

—Creo que son sabañones —insistí.

Charlie chasqueó los dedos, tanto para hacerme callar como para recuperar la atención de Mayfield.

—Esta vez —le amenazó—, si no me responde, le golpearé dos veces.

—No permitiré que se queden con todo —dijo Mayfield.

—¿Dónde está la caja?

—Me he ganado ese dinero. No se lo llevarán ustedes.

—Muy bien. —Le dio dos culatazos a Mayfield y el tipo volvió a caer sobre el sofá gimoteando y quejándose. Charlie no le había quitado el pañuelo para pegarle y los golpes sonaron con una especie de desagradable chapoteo. Cuando Charlie reincorporó a Mayfield, el hombre apretaba las mandíbulas y jadeaba, y tenía toda la cabeza bañada en sangre; incluso el pañuelo goteaba. Sacó el labio inferior e intentó mostrarse valiente, pero resultaba ridículo, como una pieza exhibida en el escaparate de un carnicero, con la sangre goteándole por la barbilla y el cuello y empapándole el cuello de la camisa.

—Vamos a dejar algo claro —le dijo Charlie—. Su dinero ya lo ha perdido. Ésta es la simple verdad, un hecho, y si se empeña en oponerse, lo mataremos y después buscaremos la caja fuerte. Quiero que reflexione sobre esto: ¿por qué sufrir y morir por algo que ya ha perdido? Piense en ello. Su actitud no tiene ningún sentido.

—Me van a matar haga lo que haga.

—Eso no es necesariamente cierto —dije.

—No lo es —añadió Charlie.

—¿Me dan su palabra? —preguntó Mayfield.

Charlie me miró, preguntándome con los ojos: *¿Deberíamos dejarle vivir?* Le respondí con la mirada: *Me da igual.*

—Si nos da el dinero —le propuso—, le dejaremos tal como lo hemos encontrado, vivo y coleando.

—Júremelo.

—Lo juro —dijo Charlie.

Mayfield lo miró, buscando algún signo de malicia. Satisfecho, me miró a mí y me preguntó:

—¿Usted también lo jura?

—Si mi hermano dice que es así, es que es así. Pero si quiere que le jure que no mataré, entonces se lo juro.

Se quitó el pañuelo empapado y lo tiró al suelo; hizo un ruido como de chapoteo al chocar con la superficie y él lo miró con disgusto. Se estiró el chaleco, se puso en pie, tambaleándose, y se volvió a sentar, a punto de desmayarse por el esfuerzo.

—Necesito un trago, y algo para limpiarme la cabeza. No quiero recorrer el hotel con este aspecto.

Le serví una generosa copa de brandy, que se bebió en dos largos tragos. Charlie se metió en el lavabo y reapareció con varias toallas, un cuenco de agua y un espejo de mano. Lo depositó todo en la mesa baja que Mayfield tenía delante y contemplamos cómo se aseaba. Lo hizo con frialdad y yo sentí una vaga admiración por él. Iba a perder todo su dinero y su oro, y sin embargo lo hacía con la misma concentración que un hombre que se está afeitando. Yo sentía curiosidad por saber en qué estaría pensando, y se lo pregunté; cuando respondió que estaba haciendo planes, le pregunté sobre qué. Dejó el espejo boca abajo en la mesa y me dijo:

—Eso depende de la cantidad de dinero que ustedes, muchachos, me permitan quedarme.

—¿Quedarse? —dijo Charlie, enarcando las cejas. Estaba revolviendo los cajones del escritorio de Mayfield—. Pensaba que había quedado claro que usted no se quedaba nada.

—¿Nada de nada? —suspiró Mayfield—. ¿Quiere usted decir que nada en absoluto?

Charlie me miró y me preguntó:

—¿No era ése el plan?

—El plan —dije—, si no estoy equivocado, era matarlo. Ahora que hemos cambiado esta parte, creo que como mínimo podemos discutirlo. Admito que parece muy cruel dejarlo sin un centavo.

La mirada de Charlie se ensombreció y se encerró en sí mismo.

—Antes me preguntó en qué estaba pensando —dijo Mayfield—. Bueno, pues se lo voy a decir. Estaba pensando en que un hombre como yo, después de sufrir un golpe como el que ustedes me están propinando hoy, puede elegir entre dos caminos para seguir adelante con su vida. Puede salir al mundo con el corazón herido, decidido a proyectar su odio sobre cada persona con la que se cruce, o puede empezar de nuevo vaciando su corazón y cuidando de llenarlo sólo con cosas de las que pueda sentirse orgulloso a partir de ese momento para nutrir su alma desolada y cultivar de nuevo algo positivo.

—¿Tú crees que se lo está inventando mientras lo piensa? —me preguntó Charlie.

—Yo voy a tomar el segundo camino —continuó Mayfield—. Soy un hombre que necesita reconstruirse y lo primero en lo que voy a trabajar es en las metas que debo marcarme. Me recordaré a mí mismo quién soy, o quién fui, porque me temo que mi acomodada vida aquí me ha hecho perezoso. Diría que el hecho de que se lleven mis riquezas con tanta facilidad es una buena prueba de ello.

—Considera que su incapacidad de reacción y su cobardía son muestras de pereza —dijo Charlie.

—Y con cinco cadáveres —añadí yo— considera que nos ha sido fácil robarle sus riquezas.

—Tiene un problema con los conceptos —opinó Charlie.

—Mi esperanza —dijo Mayfield—, se lo diré abiertamente, es que me dejen lo suficiente para los gastos de viaje hasta su ciudad natal de Oregon City, adonde debo acudir de inmediato para machacar al hijo de perra del cuchillo en forma de guadaña, ese tal James Robinson.

Dijo eso e inmediatamente mi hermano y yo pensamos la misma maldad.

—Dime si no es perfecto —me dijo Charlie.

—Pero es demasiado trágico —respondí.

—¿Van a proteger a ese criminal conocido suyo después de lo que me han hecho ustedes? —preguntó Mayfield indignado—. Es justo y apropiado que me ayuden a realizar esto. Se van a llevar todo lo que he ganado, pero se pueden redimir, al menos parcialmente, permitiendo que me quede con una pequeña porción de mi propia fortuna.

Este mojigato discurso selló su destino y mi hermano y yo acordamos darle a Mayfield cien dólares, lo justo para que pudiese llegar a Oregon City, donde se instalaría y donde la primera persona a la que le preguntase le informaría de que Robinson había muerto, y él sabría entonces que nosotros lo sabíamos y recordaría nuestra diversión haciéndose mala sangre. La cantidad acordada se le pagó con monedas de oro sacadas directamente de su caja fuerte, que estaba situada en el sótano del hotel. Contemplando esa boca abierta, Mayfield comentó:

—Es la única vez en que he tenido suerte en mi vida. Llené una caja fuerte de oro y billetes. Sin duda, mucho más de lo que la mayoría de la gente ha visto junto en su vida. —Asintió con solemnidad, pero su ejercicio de bravuconería no tardó en dar paso a una emoción arrebatada; se le desencajó el rostro y las lágrimas empezaron a chorrear de sus ojos—. Pero, maldita sea, la suerte es algo difícil de mantener —añadió. Secándose las lágrimas, maldijo con todo el ímpetu y sinceridad que fue capaz de reunir, pero en voz baja—. Ahora no siento en mi cuerpo ni un atisbo de suerte, eso es un hecho.

Era una figura lastimosa con su pequeña bolsita de dinero, pinzando el cordón del modo en que uno coge por la cola a un ratón muerto. Salimos detrás de él y contemplamos cómo se estiraba y reacomodaba la ropa y ataba las alforjas. Parecía querer pronunciar un discurso, pero o bien no encontró las palabras adecuadas o bien nos consideró poco dignos de escucharlo, así que guardó silencio. Montó su caballo y se marchó con un seco gesto de asentimiento y una mirada que decía: No me gustáis. Volvimos al sótano para contar el contenido de la caja fuerte; repartimos y nos guardamos en los bolsillos los billetes, un total de dieciocho billetes de cien dólares. El oro resultó ser demasiado abundante para cargarlo en nuestro viaje, así que lo escondimos debajo de una panzuda estufa que descansaba sobre una tarima de madera noble en la esquina del fondo del sótano. Fue un trabajo sucio, porque tuvimos que dismantelar el tubo de plomo para poder mover la estufa y los dos quedamos cubiertos de hollín; pero cuando acabamos pensé que nadie sería capaz de

encontrar nuestro tesoro, porque a nadie se le ocurriría buscar en un lugar tan recóndito. Calculamos a ojo que aquel oro debía de valer unos quince mil dólares; sólo mi parte triplicaba mis ahorros, y mientras salíamos del húmedo sótano y subíamos por las escaleras hacia la luz, sentí dos cosas a la vez: alegría por ese giro de la fortuna pero también un vacío por no sentirme más alegre; o más bien miedo de que mi alegría fuese forzada o falsa. Pensé: Quizá un hombre en realidad nunca es verdaderamente feliz. Quizá no exista tal cosa en nuestro mundo, después de todo.

Mientras recorríamos los pasillos del hotel, las putas chismorreaban las noticias sobre la marcha de Mayfield con la cabeza ensangrentada y la desaparición de los tramperos. Observé a la puta de Charlie, que parecía sólo un poco menos vercosa que antes, me la llevé aparte y le pregunté dónde estaba la contable.

—Se la han llevado al médico.

—¿Está bien?

—Supongo que sí. Siempre la están llevando allí.

Le puse cien dólares en la mano y le dije:

—Quiero que se los des cuando vuelva.

Miró el dinero y comentó:

—Dios bendito que está en los cielos.

—Volveré en dos semanas. Si descubro que no se los has dado, pagarás por ello, ¿te queda claro?

—Señor, yo sólo estaba tranquilamente en el pasillo.

Saqué una doble águila y le dije:

—Esto es para ti.

Se metió la moneda en el bolsillo. Miró hacia el fondo del pasillo, en la dirección en que se había ido Charlie, y me preguntó:

—Supongo que tu hermano no me va a regalar cien pavos, ¿verdad?

—No, no creo que lo haga.

—Tú eres el que lleva toda la sangre romántica, ¿no es así?

—Nuestra sangre es la misma, pero la usamos de modo diferente.

Me di la vuelta y me alejé. Había dado media docena de pasos cuando ella preguntó:

—¿Vas a decirme qué ha hecho ella para conseguir esto?

Me detuve y pensé.

—Es guapa y fue amable conmigo —le dije.

Y la expresión de la pobre puta indicaba que no supo cómo interpretar mis palabras. Volvió a su habitación, cerró con un portazo y chilló dos veces.

Salimos cabalgando de la ciudad y seguimos los bajíos del río. Íbamos con días de retraso para nuestra cita con Morris, pero ninguno de los dos estaba demasiado preocupado por eso. Yo estaba recordando y ordenando los acontecimientos de las anteriores treinta y seis horas cuando Charlie empezó a reírse. Barreño y yo íbamos delante; sin volverme, le pregunté qué era lo que le hacía tanta gracia.

—Estaba recordando el día en que papá murió.

—¿Y qué pasa con ese día?

—Tú yo estábamos sentados en el campo detrás de casa, comiéndonos el almuerzo, cuando oí que él y mamá se estaban peleando. ¿Recuerdas qué comíamos?

—¿De qué me estás hablando? —pregunté.

—Comíamos manzanas. Mamá las había envuelto en un hatillo y nos había mandado fuera. Creo que sabía que se iban a pelear.

—La tela del hatillo era de un rojo apagado —recordé.

—Exacto. Y las manzanas eran verdes y no estaban muy maduras. Recuerdo que tú te enfadaste por eso, a pesar de que eras muy pequeño. Me sorprende que te importase.

—Recuerdo que las manzanas eran ácidas. —La intensidad del recuerdo provocó que frunciere los labios y que segregase más saliva.

—Era el día más caluroso de una ola de calor de las de verdad —rememoró Charlie—, y nosotros estábamos allí sentados, en la hierba alta, comiendo y escuchando los gritos de papá y mamá. O al menos yo los estaba escuchando, no sé si tú te percataste.

Siguió contando la historia y fue como si todo aquello apareciese ante mis ojos.

—Creo que sí me di cuenta —dije. Y entonces tuve la certeza de que sí me había percatado—. ¿Se rompió algo?

—Exacto —dijo Charlie—. Entonces sí lo recuerdas.

—Se rompió algo y mamá gritó. —Se me hizo un nudo en la garganta y me sorprendí conteniendo las lágrimas.

—Papá rompió el cristal de la ventana con el puño y después golpeó a mamá en el brazo con el mango de un hacha. Creo que se había vuelto loco. Antes de ese día había tenido ataques de ira al borde de la locura, pero cuando entré en casa para ayudar a mamá, me pareció que se había vuelto completamente loco. Ni siquiera me reconoció cuando entré con mi rifle.

—¿Por qué enloquece la gente?

—Simplemente es algo que a veces sucede.

—¿Puedes volverte completamente loco y después recobrar la cordura?

—No, si te vuelves completamente loco no lo creo.

—He oído que eso es hereditario.

—Nunca me he parado a pensar en ello. ¿Por qué lo dices, alguna vez has tenido la sensación de que te volvías loco?

—A veces siento como una gran impotencia.

—No creo que sea lo mismo.

—Eso espero.

—¿Recuerdas el primer rifle que tuve? —me preguntó—. ¿La escopeta que papá llamaba mi cachorrillo? No hizo ninguna broma sobre el arma cuando empecé a apretar el gatillo. —Charlie guardó silencio unos instantes—. Le disparé dos veces, una en el brazo y la otra en el pecho, y el tiro en el pecho lo derribó. Y quedó allí tendido, escupiéndome una y otra vez; escupiéndome, maldiciéndome y odiándome. Nunca he visto un odio como ése, nunca antes ni después de ese día. Nuestro padre, allí tendido, tosiendo y escupiendo sangre espesa, escupiéndomela a mí. Mamá había perdido el conocimiento, tenía el brazo claramente roto y el dolor le había provocado un desvanecimiento. Supongo que fue una especie de bendición que no tuviese que ver a su hijo matando a su marido. Bueno, papá apoyó la cabeza en el suelo y murió. Lo arrastré fuera de casa y lo llevé hasta el establo, y cuando volví, mamá ya se había despertado y estaba aturdida por el dolor o el miedo. No paraba de repetir: «¿De quién es esta sangre? ¿De quién es esta sangre del suelo?». Le dije que era mía. No sabía qué otra cosa podía contarle. La ayudé a levantarse y a salir de casa, la llevé hasta el carromato. Había un largo trecho hasta el pueblo y ella gritaba cada vez que yo cogía un bache del camino. Tenía el antebrazo doblado en un ángulo imposible, como el cañón de una escopeta abierto para cargarla.

—¿Qué pasó después? —pregunté, porque eso sí que no era capaz de recordarlo.

—Para cuando conseguí que le administrasen algún medicamento y que le entablillasen el brazo ya había caído la tarde. Y no me acordé de ti hasta que llevábamos recorrido medio camino de vuelta. —Tosió—. Espero que eso no te duela, hermano.

—No me duele.

—Yo tenía muchas preocupaciones en la cabeza. Y tú estabas siempre en tu mundo mental privado, siempre callado en algún rincón. Pero, como decía, aquel día hacía muchísimo calor. Y evidentemente, en cuanto te dejé allí, tú te quitaste el sombrero. Y te quedaste allí sentado cuatro o cinco horas, sin nada que te cubriese. Mamá estaba dormida en el carromato, sedada, la dejé allí y salí corriendo para comprobar cómo estabas tú. No pensé en que te pudieses haber quemado, mi preocupación era que hubiera aparecido un coyote y se te hubiese llevado, o que hubieras bajado hasta el río y te hubieses ahogado. Así que me sentí aliviado al verte allí sentado de una pieza y corrí colina abajo para recogerte. Pero estabas todo lo rojo y quemado que se puede llegar a estar. El blanco de tus ojos estaba enrojecido como la sangre. Estuviste ciego durante dos semanas y se te cayó la piel a tiras como si fuesen capas de una cebolla. Y así, Eli, es como te salieron las pecas.

3. Hermann Kermit Warm

El puerto, a primera vista, no lo entendí. Había tantos barcos fondeados que sus mástiles parecían enredados entre sí de una forma imposible; había cientos, todos pegados unos a otros de forma tan compacta que aquello parecía un enorme bosque de árboles sin ramas mecido por las mareas. Charlie y yo nos abrimos paso hasta la línea de costa y todo a nuestro alrededor era caótico: hombres de todas las razas y edades corriendo, gritando, empujándose, peleándose; vacas y ovejas a las que hacían ir de un lado para otro; carros tirados por caballos que transportaban madera y ladrillos hacia lo alto de la colina por resbaladizas laderas cubiertas de barro, y el sonido de martillazos y edificios en construcción resonaba desde la ciudad hacia el mar. Se oían risas flotando en el aire, aunque no transmitían una sensación de felicidad sino de apetitos más maniacos y perversos. Barreño estaba nervioso y yo también. Jamás había visto nada ni remotamente parecido a aquello y me pregunté cómo íbamos a encontrar a un hombre en aquel laberinto de calles y callejones, donde todo era extraño, sombrío y furtivo.

—Vamos a buscar a Morris —propuse.

—Lleva semanas esperándonos —dijo Charlie—. Una hora más no cambiará nada.

Evidentemente, a mi hermano le encantaba aquel ambiente y no se sentía en absoluto incómodo.

Vi que muchos de los barcos parecían llevar mucho tiempo anclados, a pesar de que ya los habían descargado, y le pregunté sobre esto a un hombre que pasaba por allí. Iba descalzo y llevaba bajo el brazo un pollo al que durante nuestra conversación daba cariñosos golpecitos en la cabeza.

—Los han abandonado las tripulaciones —nos explicó—. Cuando la fiebre del oro se apodera de ti no hay ni un segundo que perder. Evidentemente no se puede esperar que uno descargue sacos de harina por un dólar al día con los ríos entonando su canción tan cerca de aquí. —Mirando el horizonte, añadió—: A menudo contemplo estos barcos e imagino a sus perplejos propietarios, impotentes de rabia en Nueva York o Boston, y eso me satisface. ¿Puedo preguntarles si acaban de llegar a San Francisco? ¿Qué les parece?

—Sólo puedo decir que estoy impaciente por conocerla mejor —dijo Charlie.

—Mi opinión sobre San Francisco sube o baja en función de mi humor —nos contó el hombre—. ¿O bien es que la ciudad me altera el humor e influye en mis opiniones? Sea como sea, un día es mi gran amiga y al siguiente mi peor enemiga.

—¿Y cómo la ve esta mañana? —le pregunté.

—Ahora mismo estoy entre dos aguas. Pero en general hoy las cosas me van bastante bien, gracias.

—¿Cómo es que nadie ha robado esos barcos? —preguntó Charlie.

—Oh, muchos los han saqueado. Los que permanecen intactos están vigilados por sus tenaces capitanes o no llevan ninguna carga de valor. Ahora mismo a nadie le interesa conseguir trigo o algodón gratis. ¿O debería decir a casi nadie? —Señaló a

un hombre solitario que remaba por la bahía en un pequeño bote, abriéndose camino entre los grandes barcos. Su esquife iba desmesuradamente cargado y él hundía los remos con sumo cuidado para evitar que volcase—. Ese de allí es un tipo llamado Smith. Lo conozco bastante bien. ¿Qué hará cuando llegue a la orilla? Sujetará esas pesadas cajas al cuello de su enfermiza mula y las arrastrará hasta los Almacenes Miller. Miller apretará a Smith con el precio y el dinero que reciba Smith por ese trabajo que deslomaría a cualquiera lo perderá en una simple partida de cartas o apenas le servirá para pagarse una comida. Me pregunto si ustedes dos han tenido el placer de cenar en nuestra maravillosa ciudad. Pero no, lo sabría si lo hubieran hecho, porque la sangre no les llegaría a la cabeza y estarían farfullando incesantes insultos a Dios que está en los cielos.

—Pagué veinticinco dólares por una puta en Mayfield —dijo Charlie.

—En San Francisco pagará la misma cantidad simplemente por sentarse en un bar con ellas —le aseguró el tipo—. Para acostarse con una, prepárese para poner un mínimo de cien dólares.

—¿Quién pagaría esa cantidad? —pregunté.

—Hacen cola para pagarla. Las putas trabajan en turnos de quince horas y se dice que ganan miles de dólares al día. Deben entender, caballeros, que la tradición del ahorro y el gasto racional aquí ha desaparecido. Simplemente ya no existe. Por ejemplo, la última vez que volví de trabajar en mi concesión tenía un saquito de oro en polvo de proporciones considerables, y aunque sabía que era una locura, decidí regalarme una gran cena en el restaurante más caro que logré encontrar. Llevaba viviendo en el frío suelo tres largos meses, alimentándome de truchas, grasa de cerdo y más truchas. Tenía la espalda doblada de tanto trabajar y estaba absolutamente desesperado por disfrutar de algún tipo de calidez y fasto, del tacto del terciopelo, y me daba igual lo que me fuese a costar. Así que me permití una comida con raciones decentes y no particularmente sabrosa a base de carne, patatas, cerveza y helado, y por ese ágape, que en mi ciudad natal me hubiese costado quizá medio dólar, pagué la suma de treinta dólares contantes y sonantes.

Charlie estaba indignado.

—Sólo un imbécil pagaría esa cantidad.

—Estoy de acuerdo —admitió el tipo—. De acuerdo al cien por cien. Y me alegra darles la bienvenida a una ciudad poblada únicamente por imbéciles. Además, espero que su transformación en imbéciles no sea una experiencia desagradable.

En la playa, a casi un kilómetro de distancia, vi un gigantesco sistema de poleas construido con largas piezas de madera y cuerdas gruesas; lo estaban usando para mover un barco de vapor encallado. Un hombre con un sombrero negro de ala ancha y un traje entallado también negro fustigaba a un tiro de caballos para que hicieran girar el torno. Le pregunté al tipo del pollo sobre el propósito de esa operación y me explicó:

—Ahí tiene a alguien con la misma ambición que Smith, pero que además tiene

cerebro. El hombre del sombrero asegura que ese barco abandonado es suyo y lo está remolcando hasta un pedazo de tierra que tuvo la previsión de comprar hace algún tiempo. Apuntalará el barco y arrendará los camarotes a huéspedes o tenderos, y así ganará rápidamente una fortuna. Una lección para ustedes, caballeros: tal vez el dinero no se gane en los propios ríos, sino con los hombres que trabajan en ellos. Hay demasiados factores a tener en cuenta para sacar oro de la tierra. Se necesita coraje y suerte, y la ética de trabajo de una mula. ¿Para qué molestarse cuando ya hay haciéndolo tanta gente que después se amontona en la ciudad para gastarse hasta la última pepita?

—¿Y por qué no abre usted una tienda? —quise saber.

La pregunta le desconcertó y se tomó unos instantes para pensar qué debía responderme. Cuando tuvo la respuesta, asomó en sus ojos un aire de tristeza y negó con la cabeza.

—Me temo que mi papel en todo esto está ya fijado —dijo.

Le iba a preguntar a qué papel se refería cuando, arrastrado por el viento, llegó hasta nosotros un ruido, un crujido o chasquido sordo a lo lejos, seguido por un pitido que atravesaba el denso aire del océano. Una de las cuerdas de la polea se había roto y vi al hombre del traje negro de pie sobre un caballo echado sobre su costado en la arena. Que no lo estuviese fustigando me dejó claro que el animal se estaba muriendo o estaba ya muerto.

—Todo es muy bárbaro por aquí, ¿no? —le dije al hombre.

—Muy bárbaro. Me temo que me ha arruinado el carácter. Sin duda ha arruinado el carácter de otros muchos. —Asintió, como si se estuviese respondiendo a sí mismo—. Sí, me ha arruinado.

—¿Por qué dice que se ha arruinado? —le pregunté.

—¿Cómo no voy a estarlo? —se asombró.

—¿No podría usted volver a su casa y empezar de nuevo?

Negó con la cabeza y dijo:

—Ayer vi a un hombre que saltó desde el tejado del Orient Hotel, y no dejó de reír hasta estrellarse contra el suelo, donde reventó. Dijeron que estaba borracho, pero yo lo había visto sobrio poco antes. Hay una emoción por aquí que si te atrapa, te envenena hasta la médula. Es la locura de las infinitas posibilidades. El acto final del hombre que saltó fue la personificación del alma colectiva de San Francisco. Lo entendí en toda su esencia. Tuve fuertes deseos de aplaudir, si quiere saber la verdad.

—No entiendo el sentido de la historia —le dije.

—Podría marcharme y volver a mi casa, pero no volvería como la persona que era cuando me marché de allí —me explicó—. No reconocería a nadie. Y nadie me reconocería a mí. —Se volvió para contemplar la ciudad, acarició a su ave y soltó una risita. A lo lejos se oyó un disparo; ruido de cascos de caballos; un grito de mujer que se transformó en una risa socarrona—. ¡Un enorme y ávido corazón! —dijo, y avanzó hacia ese corazón hasta desaparecer en él. En la playa, el hombre de la fusta, apartado

del caballo muerto, contemplaba la bahía y los innumerables mástiles. Se había quitado el sombrero. Se lo veía indeciso y no lo envidió.

Llamamos a la puerta de Morris en el hotel, pero no respondió. Charlie forzó la cerradura, entramos y nos encontramos con todos sus útiles de aseo, sus perfumes y sus botes de cera amontonados en el suelo junto a la puerta. Pero, aparte de esto, no había ni rastro del hombre, ni ropa ni equipaje, la cama estaba hecha, las ventanas cerradas; tuve la sensación de que Morris llevaba muchos días sin pasar por aquella habitación. Aquella ausencia a Charlie y a mí nos pareció llamativa, bordeando lo inquietante, porque aunque era cierto que habíamos llegado con días de retraso a la cita, Morris tenía instrucciones de esperarnos el tiempo que fuese necesario, sin importar lo que tardásemos en aparecer, y no era propio de su carácter desviarse de lo acordado. Sugerí que podíamos hablar con el propietario del hotel para comprobar si nos había dejado algún mensaje, y Charlie me animó a investigarlo. Ya me estaba dirigiendo hacia la puerta cuando me percaté de que en la pared, junto a la cama, había clavado un largo cuerno negro del que colgaba una reluciente campanilla. Y debajo del cuerno había un cartel en el que se leía: «TOQUE LA CAMPANILLA, HABLE CON EL SERVICIO DE HABITACIONES». Seguí las instrucciones y el sonido de la campanilla llenó la habitación. Charlie se sobresaltó y estiró el cuello para ver qué pasaba.

—¿Qué haces? —preguntó.

—He oído que en los hoteles del Este tienen este sistema.

—¿De qué sistema hablas?

—Tú espera. —Pasaron unos instantes y la voz de una mujer, encogida y distante, emergió del estómago del edificio.

—¿Hola? ¿Señor Morris?

Charlie giró la cabeza mirando por toda la habitación y preguntó:

—¿Esa chica está en la pared? ¿De dónde viene esa voz?

—¿Hola? —repitió la voz—. ¿Ha llamado usted al servicio de habitaciones?

—Di algo —me pidió Charlie. Pero tuve un inexplicable ataque de timidez y le indiqué con gestos que hablase él.

—¿Me oye desde allá? —gritó.

—Le oigo muy mal. Por favor, hable directamente al cuerno.

Charlie estaba empezando a disfrutar, se levantó de la cama, se acercó al aparato y prácticamente metió la cara en el cuerno.

—¿Qué tal ahora? ¿Mejor?

—Mejor —respondió la voz—. ¿Qué necesita hoy, señor Morris? Me tranquiliza que esté usted de vuelta. Nos quedamos muy preocupados cuando se marchó usted con aquel extraño hombre pequeño de la barba.

Charlie y yo nos miramos al oír esto. Y, dirigiéndose al cuerno, aclaró:

—No soy Morris, señora. Vengo desde Oregón para visitarlo. Él y yo somos empleados de la misma empresa allí.

La voz calló unos instantes y finalmente preguntó:

—¿Y dónde está el señor Morris?

—Eso no lo sé.

—Acabamos de llegar —dije, decidido a intervenir en la conversación.

—¿Quién ha hablado ahora? —preguntó la voz.

—Es mi hermano —aclaró Charlie.

—Entonces ahora ustedes son dos.

—Siempre hemos sido dos —le dije—. Desde el día en que nací yo lo hemos sido.

Ni Charlie ni la mujer entendieron la broma, así que de hecho fue como si no hubiese existido. La voz adoptó un tono desagradable:

—¿Y quién les ha dado a ustedes permiso para entrar en la habitación del señor Morris?

—La puerta no estaba cerrada —mintió Charlie.

—¿Y qué si no lo estaba? No se puede entrar sin más en la habitación de alguien y ponerse a hablar a través de su artilugio de la pared.

—Le presentamos nuestras disculpas, señora. Teníamos una cita aquí hace unos días, pero sufrimos un retraso en nuestro viaje. Nos urgía encontrarnos con Morris y por eso hemos actuado irracionalmente.

—Él nunca mencionó ninguna cita.

—No tenía por qué hacerlo.

—Hmmm —dudó la voz.

—Ha dicho usted que se marchó con un hombre con barba —continuó Charlie—. ¿Esa persona se llamaba Warm? ¿Hermann Warm?

—Nunca le pregunté a aquel hombre su nombre y él tampoco me lo dijo.

—¿De qué color tenía la barba? —pregunté.

—¿Es otra vez su hermano?

—¿Era pelirroja la barba? —pregunté.

—Era pelirroja.

—¿Cuánto tiempo lleva sin aparecer Morris? —inquirió Charlie.

—Hoy hace cuatro días. Tenía la habitación pagada hasta mañana por la mañana. Cuando me dijo que se iba a marchar antes, le ofrecí un reintegro parcial, pero no lo aceptó. Ese hombre es un caballero.

—¿Y no dejó ninguna nota para nosotros?

—Pues no.

—¿Dijo adónde iba?

—Me comentó que al Río Iluminado. Él y el de la barba pelirroja se rieron al decirlo. No sé por qué.

—¿Me está diciendo que se reían juntos?

—Reían a la vez. Supuse que se reían de lo mismo. Busqué ese río en un mapa pero no lo encontré.

—¿Y el señor Morris no parecía estar bajo coacción? ¿Como si le obligasen a marcharse, por ejemplo?

—No lo parecía.

Charlie reflexionó sobre esto. Y dijo:

—Esta amistad me produce mucha curiosidad.

—A mí también —coincidió la voz—. Al principio pensaba que al señor Morris no le gustaba aquel tipo, pero de pronto se hicieron inseparables y se pasaban todo el tiempo juntos, encerrados en esa habitación.

—¿Y está segura de que no dejó ninguna nota para nosotros?

—Supongo que lo sabría si la hubiese dejado —respondió con altivez.

—¿Entonces no dejó nada al marcharse?

—Yo no he dicho eso.

Charlie miró fijamente el cuerno y dijo:

—Señora, dígame qué dejó, por favor.

Yo oía a la mujer respirando, hasta que finalmente dijo:

—Un libro.

—¿Qué tipo de libro?

—Un libro en el que anotó cosas.

—¿Qué cosas anotó en ese libro?

—No lo sé, y si lo supiera, no se lo diría.

—Cosas personales, ¿es eso?

—Exacto. Evidentemente, en cuanto comprendí que se trataba de eso, cerré el libro.

—¿Y qué descubrió en lo que llegó a leer?

—Que no hacía muy buen tiempo cuando inició su viaje hacia San Francisco. Me avergüenza haber leído eso. Respeto la privacidad de mis huéspedes.

—Sí.

—Mis huéspedes pueden esperar de mí la más absoluta privacidad.

—De acuerdo. ¿Puedo preguntarle dónde está el libro ahora?

—Lo tengo yo, en mi habitación.

—Le estaría muy agradecido si pudiera enseñármelo.

Ella guardó silencio unos instantes y dijo:

—No creo que deba hacerlo.

—Ya le he dicho que somos amigos suyos.

—¿Y entonces por qué no les ha dejado ninguna nota?

—Quizá dejó el libro para nosotros.

—El libro lo dejó olvidado. Lo encontré metido entre las sábanas a los pies de su cama. Tenía mucha prisa por empaquetar y marcharse, miraba todo el rato a su espalda. Por lo que sé, era de ustedes dos de quienes estaba huyendo.

—Entonces no me va usted a enseñar el libro, ¿verdad?

—Haré lo correcto para mis huéspedes, eso es lo que haré.

—Muy bien —dijo Charlie—. ¿Nos puede subir usted algo para comer y unas cervezas?

—¿Se van a quedar en el hotel?

—Al menos por esta noche. Está habitación es perfecta para nosotros.

—¿Y si el señor Morris regresa?

—Si se marchó con Warm, tal como usted nos ha explicado, no volverá.

—¿Pero y si lo hace?

—Entonces ganará usted una buena cantidad en champán, porque será un feliz reencuentro.

—¿Quieren comida caliente o fría?

—Comida caliente y cerveza.

—¿Dos menús calientes completos?

—Con cerveza.

La mujer cortó la comunicación y Charlie volvió a tumbarse en la cama. Le pregunté qué pensaba de la situación y me dijo:

—No sé qué decirte. Tendremos que echarle un vistazo al libro, eso está claro.

—No creo que esa mujer nos deje.

—Ya lo veremos —respondió.

Abrí la ventana, me asomé y aspiré el aire salado. El hotel estaba en una calle en pendiente y contemplé a un grupo de trabajadores chinos, con sus trenzas, ropa de seda y zapatillas embarradas, empujando a un buey colina arriba. El buey se negaba a avanzar y ellos le palmeaban los cuartos traseros. Hablaban como un coro de pájaros, en un idioma completamente ignoto y extraño, pero hermoso en su rareza. Probablemente sólo maldecían. Oí que llamaban a la puerta y la corpulenta mujer del hotel, a la que apenas se le veían los labios, entró con nuestra comida, que si no caliente al menos estaba tibia. La cerveza estaba fría; la encontré deliciosa y me bebí media botella de un trago. Le pregunté a la mujer cuánto me había gastado dando ese largo trago y ella escrutó el vaso.

—Tres dólares —estimó—. Las dos comidas en total son diecisiete.

Parecía esperar que le pagásemos en ese momento y Charlie se levantó y le dio una doble águila; cuando ella empezó a rebuscar el cambio en su bolsillo, él la cogió por la muñeca y le dijo que se lo quedase como pago por la mala educación que habíamos demostrado al entrar en la habitación de Morris sin permiso. La mujer se quedó el dinero, pero no le dio las gracias y de hecho pareció incomodarle recibirlo. Cuando Charlie sacó una segunda doble águila y se la tendió, a ella se le tensó el rostro.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Por el libro.

—Ya le he dicho que no se lo voy a dar.

—Por supuesto, señora, que se lo puede usted quedar, sólo queremos echarle un vistazo un momento.

—Jamás pondrán ustedes los ojos sobre ese libro —dijo ella.

Tenía las manos enrojecidas y los puños cerrados, y estaba absolutamente ofendida. Salió precipitadamente de la habitación, sospeché que con prisa por

contarles a alguno o a todos sus empleados su última victoria moral. Charlie y yo nos sentamos a la mesa para comer. Me afligió pensar en el destino de esa mujer; al ver mi expresión preocupada, Charlie me dijo:

—No puedes decir que no lo he intentado con ella.

Y tuve que admitir que era cierto. La comida, por cierto, era de lo más mediocre excepto en el precio. Cuando la mujer volvió para recoger los platos, Charlie se puso en pie para recibirla. Ella, con la cabeza alta y una expresión de superioridad, dijo:

—¿Y bien?

Charlie no respondió, pero se agachó un poco y hundió el puño en el estómago de la mujer, a consecuencia de lo cual ella cayó hacia atrás sobre una silla y se sentó doblada hacia delante, babeando, tosiendo y luchando por recuperar el aliento y la compostura. Le ofrecí un vaso de agua, pidiéndole disculpas y explicándole que nuestra necesidad de ver el libro no era algo baladí, y que de un modo u otro teníamos que conseguirlo. Charlie añadió:

—Esperamos no tener que hacerle más daño, señora. Pero entienda que haremos lo que sea necesario para conseguirlo.

Ella estaba en tal estado de muda indignación que no me pareció que entendiese la lógica de nuestras palabras, pero cuando la acompañé a su habitación me dio el diario sin más discusiones. Le insistí en que cogiese la doble águila extra y al final lo hizo, lo cual me gustaría pensar que rebajó la indignidad de haber recibido semejante puñetazo, aunque no creo que lo consiguiese, al menos no mucho. Ni Charlie ni yo mostrábamos predisposición a ejercer este tipo de violencia contra personas físicamente inferiores —«violencia cobarde», la llamaría alguien—, pero estuvo justificada, tal como se evidenciará en las siguientes páginas.

Lo que sigue es una transcripción textual de todos los fragmentos del diario de Henry Morris relacionados con su misteriosa asociación con Hermann Kermit Warm y el abandono de su puesto como rastreador y confidente de toda la vida del comodoro.

** Hoy se me ha acercado Warm, como salido de la nada y después de apenas haberle visto el pelo durante casi una semana. Yo cruzaba la recepción del hotel cuando apareció repentinamente junto a mí y me levantó el brazo por el codo como un caballero que ayuda a una anciana a atravesar un terreno irregular. Eso, naturalmente, me desconcertó y yo me solté con un movimiento brusco. Él pareció dolido por mi gesto y me preguntó: «¿Estamos prometidos para casarnos o no lo estamos?». Sólo eran las nueve de la mañana, pero él ya estaba borracho, eso era obvio. Le pedí que dejase de seguirme, lo cual nos sorprendió a él y a mí, ya que aunque yo había notado que alguien me espiaba estos últimos días y noches, era una sensación vaga que yo todavía no había formulado claramente en mi cabeza. Pero vi por su expresión culpable que me había estado siguiendo, y me alegré de haberle parado los pies. Me preguntó si le podía prestar un dólar y le dije que no. Al recibir mi respuesta, se puso el sombrero de copa, raído y sucio, y se marchó del hotel con los pulgares cogidos del chaleco y la cabeza orgullosamente echada hacia atrás. Pasó bajo el toldo del hotel y llegó a la calle y a la brillante calidez del sol. Eso le hizo sentirse bien y extendió los brazos como si quisiese empaparse de luz. Pasó un tiro de caballos arrastrando un cargamento de basura colina arriba y Warm saltó tranquilamente a la parte trasera del carro, y lo hizo con tal destreza que el conductor ni se enteró. Fue una elegante salida, eso no puedo negarlo, aunque por lo general tiene un aspecto mucho peor que la primera vez que lo vi, no tanto por su afición a la bebida como por su dejadez. Huele horriblemente mal. No me sorprendería que muriese antes de que esos dos de Oregon City lleguen para liquidarlo.*

** Uno de los días más extraños de mi vida. Esta mañana Warm estaba otra vez esperándome en la recepción del hotel. Lo vi antes de que él me viera a mí y estudié su aspecto notablemente mejorado. La ropa había sido lavada y zurcida, y él se había dado un baño. Se había peinado la barba y lavado la cara, y parecía una persona completamente diferente al hombre que me había abordado hacía veinticuatro horas. Ahora me espiaba desde el pie de la escalera y al verme atravesó a toda prisa el vestíbulo para estrecharme la mano y me presentó sus más sinceras disculpas por su comportamiento del día anterior. Pareció genuinamente conmovido cuando se las acepté, lo cual me conmovió a mí, o al menos me dio que pensar, porque ante mí tenía una versión desconocida de un hombre al que creía conocer bien. Para mi creciente asombro, me preguntó si me podía invitar a comer y, aunque yo no tenía hambre, acepté, porque sentía curiosidad por averiguar qué giro del destino había transformado de ese modo a ese individuo antes miserable y mugriento.*

Fuimos a un restaurante que eligió él, un tugurio sin ningún encanto en un edificio torcido llamado Black Skull, donde Warm fue recibido efusivamente por el

propietario, un tipo de aliento fétido con un parche de cuero a cuadros negros y rojos en un ojo y ni un solo diente. Ese turbio personaje le preguntó a Warm cómo iba su «trabajo», y Warm respondió con una palabra: «Brillantemente». Un comentario que no tenía mucho sentido para mí pero que al propietario le hizo mucha gracia. Nos condujo hasta una mesa recóndita y que contaba con una cortina, nos trajo dos cuencos de un insípido estofado y una rebanada de pan, ácido y con regusto a moho. En ningún momento nos trajo la cuenta, y cuando le pregunté a Warm sobre la naturaleza de su relación con el propietario, me susurró que todavía no se había materializado, pero que él tenía «una absoluta fe en que no llegaría a nada».

Después de comer, cuando el propietario nos despejó la mesa y cerró la cortina, la jovial actitud de Warm cambió y se puso rígido y serio. Tardó medio minuto en ordenar sus ideas y finalmente me miró a los ojos y me dijo: «He estado observándole, sí, ésa es la verdad. Empecé a hacerlo con la intención de conocer sus debilidades. Lo admito. He pensado en matarle, o hacer que le matasen». Cuando le pregunté por qué iba a querer hacer semejante cosa, respondió: «Porque evidentemente en cuanto le vi supe que era un hombre del comodoro». «¿El comodoro?», pregunté, haciéndome el despistado. «¿Qué demonios es eso?». Negó con la cabeza ante mi interpretación de principiante, haciendo caso omiso, y siguió con su discurso: «Mi concepto sobre usted cambió rápidamente, señor Morris, y le diré por qué. No tiene usted ni un ápice de deshonestidad. Lo típico, por ejemplo, cuando una persona le da a otra los buenos días es que sólo sonría durante el tiempo en que está cara a cara con su interlocutor, pero en cuanto dejan de mirarse, la sonrisa desaparece. La sonrisa era falsa. Ese hombre es un mentiroso, ¿lo entiende?». «Pero todo el mundo hace eso», dije. «Es tan sólo un pequeño gesto de cortesía». «Usted no lo hace», me aseguró. «Su sonrisa, aunque leve, se mantiene en sus labios mucho después de haberse dado la vuelta. Usted encuentra un genuino placer en comunicarse con otra persona, sea hombre o mujer. Vi que era así una y otra vez, y pensé: Si pudiera contar con una persona así a mi lado, llevaría todas mis ideas a buen puerto. Quería comentarle todo esto durante mi visita de ayer por la mañana, pero mis intenciones fueron malinterpretadas, como usted recordará. Me ponía nervioso abordarle, la verdad, y pensé que un trago me daría el valor necesario». Bajó la cabeza al recordarlo. «Bueno», dijo, «esta mañana al despertarme en mi hotel me sentí muy avergonzado. No era la primera vez que me sucedía, pero hoy había algo en la situación que me anulaba por completo. La vergüenza tenía un peso que nunca había sentido y que espero no volver a sentir en mi vida. Era como si me hubiese golpeado contra un muro, como si hubiera llegado al límite del aborrecimiento de mí mismo. Habrá quien llame a esto una revelación. Llámelo como quiera. Pero lo cierto es que hoy me he enfrentado a ello y he decidido cambiar mi vida, purificar mi cuerpo, purificar mi mente, compartir mis secretos con usted, porque sé que usted es un buen hombre y porque un buen hombre es lo que más necesito en mi vida ahora mismo».

Antes de que yo pudiera responder a su apasionado discurso, Warm sacó de sus bolsillos un montón de papeles sueltos y arrugados, y los desplegó ante mí, implorándome que los mirase, cosa que hice, y me encontré, página tras página, con una intrincada sucesión de garabatos que resultaron ser listas numéricas, cifras y cálculos científicos que trataban de explicar no sé muy bien qué. Finalmente tuve que admitir que no entendía nada. «Me temo que no tengo ni idea de qué representa todo esto», le dije. «Son los cimientos de un descubrimiento trascendental», me dijo. «¿Y de qué descubrimiento se trata?». «Quizá sea el acontecimiento científico más importante de nuestra época». «¿Y cuál es ese acontecimiento?». Asintiendo con la cabeza, recogió los papeles, los apiló sin mucha pulcritud y se los metió en los bolsillos interiores de la chaqueta. Con las puntas de los papeles asomando junto a las solapas, soltó una risita, mirándome como si yo realmente fuese un tipo muy listo. «Me está pidiendo una demostración», dijo con tono cómplice. «En absoluto», respondí. «La tendrá, de todos modos». Sacó un reloj de la chaqueta y se levantó para marcharse. «Ahora tengo que irme, pero le haré una visita en su hotel mañana por la mañana. Le haré mi demostración, después de la cual tendré su opinión y su decisión». «¿Decisión sobre qué?», pregunté, ya que no tenía ni la más mínima pista sobre qué me estaba proponiendo. Pero él se limitó a negar con la cabeza y me dijo: «Lo podemos discutir mañana por la mañana. ¿Tiene usted hueco para una cita en su agenda?». Le dije al extraño personaje que sí lo tenía y me estrechó la mano antes de marcharse a toda prisa a algún otro encuentro crucial. Observé cómo se abría paso a través del restaurante y vi que se estaba riendo. Y de pronto ya había desaparecido.

* Acababa de levantarme de la cama cuando Warm llamó a mi puerta. Su aspecto había mejorado todavía más, porque ahora llevaba un sombrero de copa nuevo. Cuando le hice un comentario al respecto, se lo quitó para mostrármelo en detalle, el cosido del interior, la suavidad de la tira de piel de becerro y lo que él llamaba la «suntuosidad y elegancia del conjunto». Le pregunté qué había hecho con su sombrero viejo y él se mostró reservado. Le insistí y admitió que se lo había lanzado encima a una desprevenida paloma que tomaba el sol en la calle. La paloma quedó atrapada bajo el peso del sombrero y Warm disfrutó del inconfesable placer de contemplar cómo su sombrero se alejaba de él y doblaba la esquina hacia un destino desconocido. Mientras me contaba esta historia, yo miraba una caja cerrada que tenía a sus pies. Le pregunté para qué era, él alzó un dedo y dijo: «Ah».

Se preparó para la enigmática demostración y el contenido de la caja no tardó en ser desplegado en una pequeña mesa en el centro de mi habitación. Esto es lo que apareció ante mis ojos: una caja bastante plana de madera, de aproximadamente un metro de largo por medio de ancho, un saco de arpillera con tierra fresca del que emanaba un fuerte olor, una bolsa de terciopelo rojo y una cantimplora de latón,

colocada boca arriba. Las cortinas estaban echadas y fui a abrirlas, pero Warm dijo que las prefería como estaban. «Es necesario, tanto para preservar la privacidad como para que la demostración resulte más satisfactoria», explicó. Volví a la mesa y observé cómo ponía dos tercios de la tierra en la caja, aplastándola y aplanándola hasta que quedó perfectamente extendida. Entonces me entregó la bolsa de terciopelo y me pidió que inspeccionase el contenido. Vi que estaba llena de oro en polvo y se lo dije. Recuperó la bolsa y echó el contenido en la caja. Evidentemente esto me dejó perplejo y le pregunté qué estaba haciendo. No me lo explicó, pero me pidió que recordase la forma del oro (lo había esparcido formando un círculo perfecto). Lo cubrió con el tercio de tierra que quedaba y se pasó cinco largos minutos aplastándola con las manos para que quedase compacta como arcilla. Puso no pocos esfuerzos en esto y acabó sudando abundantemente. Entonces cogió mi lavamanos y fue vertiendo el agua poco a poco hasta que casi llegó al borde de la caja. Finalizadas estas singulares tareas, dio unos pasos hacia atrás sonriendo ante mi expresión de claro desconcierto. Finalmente dijo: «He aquí un modelo a escala de las excavaciones en el río de un buscador de oro. Aquí tenemos en miniatura lo que ha hecho que medio mundo enloquezca. El principal reto para un buscador de oro es éste: ¿cómo llega hasta lo que sabe que está justo bajo sus pies? Las únicas respuestas a esta pregunta son trabajo duro y buena suerte. Lo primero es agotador y lo segundo azaroso. Llevo varios años buscando un tercer método, más seguro y más sencillo». Cogió la cantimplora y desenroscó el tapón. «Corríjame si estoy equivocado, señor Morris, pero con esta fórmula creo que lo he conseguido». Me ofreció la cantimplora y le pregunté si pretendía que me bebiese el contenido. «A menos que quisiera usted tener una muerte extremadamente dolorosa, se lo desaconsejaría», me advirtió. «¿No es un tónico?», pregunté. «Es un descubridor», dijo él, y su voz sonó muy rara cuando pronunció estas palabras, extraña y angustiada, con un nudo en la garganta, el pulso palpitándole en las sienes. Incluyó la cabeza en una reverencia y vació el contenido de la cantimplora en la caja. Era un líquido maloliente y violáceo. Era más espeso que el agua, pero se absorbió muy rápido y desapareció. Pasaron treinta largos segundos y yo no dejaba de mirar fijamente el agua, pero no lograba apreciar ninguna diferencia. Levanté la mirada para observar a Warm. Tenía los párpados entornados y pensé que parecía adormilado. Abrí la boca para darle el pésame porque el experimento era aparentemente un fracaso, cuando noté en sus ojos el reflejo de un creciente resplandor dorado. Cuando volví a mirar la caja, el corazón casi se me sale por la garganta, porque allí, ante mis ojos, lo juro por Dios que está en los cielos, ¡el círculo de oro resplandecía y brillaba a través de la compacta capa de tierra negra!

Mi reacción a la demostración fue de total regocijo, y mi alud de comentarios y preguntas satisficieron hasta lo indecible a Warm. No tardó en ponerse a explicarme sus planes para el líquido, que son los que vienen a continuación. Construir una presa en un tramo aislado del río y, aprovechando la protección de la noche, echar

en el agua el líquido —en mayor cantidad, evidentemente—, y una vez haga efecto, meterse en el río y extraer cómodamente el oro. El brillo duraba sólo unos preciosos minutos, pero durante ese tiempo podría recoger lo que le llevaría semanas reunir utilizando los métodos tradicionales de extracción. Una vez agotada una zona concreta del río, se desplazaría a otra y después a otra y así sucesivamente hasta obtener su montoncito, y después vendería la información sobre los ingredientes secretos de la fórmula por un millón de dólares y se pasaría el resto de sus días en lo que llamó «los sedosos brazos del gratificante éxito». Para entonces yo estaba ya casi tambaleándome. Como he dicho, era el invento más impresionante del que jamás hubiese oído hablar. La única pregunta que me quedaba por hacerle tardó en surgir. No quería ofender a ese hombre o quebrar la emoción que reinaba en la habitación, pero era algo que había que abordar, así que saqué el tema: «¿Por qué ha sido usted tan sincero conmigo?», le pregunté. «¿Cómo sabe que no traicionaré su confianza?». «Ya le he explicado mis motivos para elegirlo a usted», respondió Warm. «Necesito un compañero para llevar a cabo este plan y creo que usted es la persona adecuada». «Pero en estos momentos recibo un salario por vigilarle, ¿para que lo asesinen!», exclamé. «Sí, eso es un hecho, pero déjeme que le haga una pregunta: ¿qué motivos aduce el comodoro para ordenar que me liquiden?». «Dice que es usted un ladrón». «¿Y qué es lo que he robado?». «Eso él no lo ha mencionado». Warm comentó enfáticamente: «No puede decirlo porque es una completa mentira. Me quiere ver muerto porque yo no pienso desvelarle los ingredientes de mi líquido para encontrar oro. Hace seis meses, contacté con él en Oregon City y le solicité ayuda económica para un viaje a California. Le hice una demostración parecida a la que acaba usted de presenciar y le hice una oferta que me pareció de lo más generosa. Él financiaría la expedición y a cambio recibiría la mitad de los beneficios. Al principio aceptó, y me prometió su total cooperación y apoyo. Pero cuando me negué a compartir la fórmula, se enfureció y me apuntó con una pistola a la cara. Estaba borracho y no lograba mantener la atención. En un momento en que estuvo a punto de perder el equilibrio, agarré un pisapapeles de su escritorio y se lo lancé. Un tiro certero, le pegó en plena frente y el gran hombre cayó de rodillas. Mientras emprendía mi precipitada fuga, bajando los alfombrados escalones de tres en tres, oí su voz retumbando detrás de mí: “¡No escapará de mí, Warm. Mis hombres le quitarán su fórmula utilizando la fuerza y le pondrán a usted en su sitio!”. Le creí. Y no me sorprendió verle llegar a usted, señor Morris. Lo que sí me sorprendió, y sigue sorprendiéndome, es que un caballero como usted elija pasar su vida al servicio de un asesino prepotente como él».

La historia sonaba cierta, y todavía más cuando recordé la cabeza vendada del comodoro seis meses atrás. Warm por fin se calló y yo anduve de un lado a otro de la habitación durante un rato, estudiando la situación y valorando las opciones. Finalmente le pregunté, no sin cierta desesperación: «¿Pero qué espera usted de mí en todo este asunto? ¿Qué pretende realmente que haga por usted?». «Para mí está

clarísimo», dijo. «Me gustaría que participase en el negocio como un socio al cincuenta por ciento. Invertirá usted todo el dinero que tenga en nuestra expedición inaugural, que sólo por el coste de las provisiones acabaría con mis modestos ahorros. Necesitaré utilizar su habitación para preparar la fórmula en grandes cantidades y usted me ayudará a hacerlo. Y también me ayudará en el trabajo puramente físico una vez hayamos acampado junto al río. Pero, lo más importante, se convertirá usted en el rostro y la voz de la operación, porque tiene un don para la comunicación que a mí siempre me ha sido esquivo. Se encargará usted de bregar con las patentes, los abogados, los contratos y todo tipo de horribles enredos creados por el ser humano, que es el tipo de cosas que a mí me resultan completamente insufribles. Pero todo eso ya llegará más adelante. Por el momento, nos adentraremos juntos en los bosques y comprobaremos qué tal funciona realmente la fórmula». «¿Y qué cree usted que opinará el comodoro de mis nuevas lealtades?», pregunté. «¿Se da usted realmente cuenta de lo que me está pidiendo?». Ante mis comentarios, se acercó y me puso las manos sobre los hombros. «Usted no es el recadero de un tirano, señor Morris. Usted vale para mucho más que para eso. Venga conmigo y reclame su independencia. Está usted a punto de ganar una fortuna, y la riqueza es lo menos importante de todo este asunto». El corazón empezó a palpitarme con fuerza al oír sus palabras, y Warm, comprendiendo mi necesidad de asimilar la información, me dejó con mis cavilaciones y me dijo que volvería por la mañana para conocer mi respuesta. Me senté agobiado en la cama, la caja seguía en la mesa y el brillo que emanaba de ella era cada vez más intenso hasta que de pronto desapareció por completo.

* Han pasado varias horas y sigo aquí sentado. Tengo la respuesta delante de mí, está muy clara, pero es tan osada que da vértigo. No tengo a nadie a quien consultárselo y tendré que tomar la decisión yo solo, por lo que me siento extremadamente inquieto.

* Apenas he dormido esta noche, y cuando Warm ha vuelto esta mañana, he aceptado formalmente tomar parte en su expedición al Río de la Luz. Ahora estoy convencido de que es un genio y, aunque me cuesta abandonar mi puesto, he decidido seguir el dictado de mi corazón y dar el paso. ¿Qué he estado haciendo con mi vida, después de todo? Si pienso en mi pasado siento vergüenza. He obedecido órdenes e instrucciones siempre. Pero no voy a obedecer ninguna orden ni instrucción más. Hoy vuelvo a nacer y mi vida me pertenecerá de nuevo. A partir de ahora será diferente.

* Apenas he dormido esta noche, y cuando Warm ha vuelto esta mañana, he aceptado formalmente tomar parte en su expedición al Río de la Luz. Ahora estoy convencido de que es un genio y, aunque me cuesta abandonar mi puesto, he decidido seguir el dictado de mi corazón y dar el paso. ¿Qué he estado haciendo con mi vida, después de todo? Si pienso en mi pasado siento vergüenza. He obedecido órdenes e instrucciones siempre. Pero no voy a obedecer ninguna orden ni instrucción más. Hoy vuelvo a nacer y mi vida me pertenecerá de nuevo. A partir de ahora será diferente.

Se produjo un silencio reconcentrado mientras Charlie y yo digeríamos sentados esta sorprendente historia. Me acerqué a la mesa y pasé un dedo por la superficie. Estaba cubierta por restos de tierra; cuando le mostré mi temblorosa mano a Charlie, lanzó el diario a un lado y dijo:

—Me lo creo. Me lo creo todo. Las instrucciones del comodoro eran categóricas en un punto: antes de matar a Warm, yo tenía que obtener, empleando toda la violencia que fuese necesaria, lo que me describió simplemente como «la fórmula». Cuando le pregunté qué era la fórmula, me dijo que eso no era asunto mío, pero que Warm sabría a qué me refería y que una vez la hubiese obtenido, tenía que protegerla con mi vida.

—¿Por qué no me habías contado esto antes?

—Me dijo que no lo hiciese. Y, de todos modos, ¿qué hubiera significado para ti? Era algo tan vago que yo mismo apenas había pensado más en ello. Siempre hay algún tipo de críptica oscuridad en las órdenes del comodoro. ¿Recuerdas la misión anterior, cuando tuve que cegar al tipo antes de matarlo?

—¿El comodoro te dijo que lo hicieras?

Charlie asintió, y me explicó:

—Me dijo que el tipo lo entendería, y que yo debía dejarlo «sentado un rato en la oscuridad» antes de descerrajarle los tiros. El asunto de la fórmula parecía más de lo mismo, hasta donde yo podía saber. —Se levantó de la cama y fue hasta la ventana, entrelazando las manos a la espalda, y se quedó allí contemplando la colina. Permaneció en silencio un minuto o más y, cuando por fin habló, su voz sonó solemne y suave—: Nunca me ha importado demasiado liquidar a los enemigos del comodoro, hermano. Siempre resultan repulsivos de un modo u otro. Villanos de poca monta, hombres sin clemencia ni galanura. Pero no me gusta la idea de matar a un hombre por tener ingenio.

—A mí tampoco. Y me alegra oírtelo decir.

Espiró por la nariz y dijo:

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

—¿Qué crees tú que deberíamos hacer?

Pero ninguno de los dos sabíamos qué hacer.

El Black Skull era como Morris lo había descrito, un cobertizo construido con sobras de madera y hojalata, situado en un estrecho callejón entre dos edificios de ladrillo mucho más grandes, que le daban la apariencia de estar siendo aplastado poco a poco. El interior tenía también un aspecto entre anodino y sórdido. Había sillas y mesas desparejas desperdigadas por toda la sala y del extractor escapaba un humo acre desde lo que parecía ser la más desorganizada y funesta de las cocinas. Entramos sin apetito y así seguimos; el olor a carne de caballo dominaba el ambiente. El hombre del parche a cuadros del diario estaba en un rincón con una mujer alta y pintoresca, incongruentemente bien vestida con un traje sin mangas de seda verde. Aquel par estaban muy entretenidos jugando a algo y no se percataron de nuestra presencia cuando nos sentamos junto a ellos.

La mujer era impresionante y su vestido era lo de menos. Sus brazos eran tan sumamente hermosos y elegantes que me sorprendí deseando tocarlos; su cara también tenía un encanto fuera de lo común, con un bello perfil indio y unos ojos verdes que cuando me miraron me hicieron girar rápidamente la cabeza hacia otro lado, porque era como si ella estuviese mirando a través de mi cuerpo hacia algún punto al otro lado de la sala, y cuando lo hizo sentí que se me helaba el corazón. El propietario nos miró automáticamente y asintió antes de volver al jueguito que se traían entre manos, que describiré a continuación:

La mujer tendió las palmas de las manos. En la derecha tenía un pequeño trozo de ropa, la misma que la del vestido, con los bordes cosidos con grueso hilo dorado. No sé el porqué, pero había algo magnético en aquel pedazo de tela; me pareció fascinante mirarlo y en mi rostro apareció una sonrisa. Vi que el propietario también lo miraba fijamente y sonreía. Charlie lo miraba, pero mantenía su típico semblante antipático.

—¿Estás listo? —le preguntó la mujer al propietario.

Él clavó la mirada en la tela y tensó todo su cuerpo. Asintió y dijo:

—Listo.

En cuanto pronunció la palabra, la mujer empezó a mover la tela, deslizándola entre los dedos y sobre los nudillos, moviéndola con tal rapidez y astucia que se hacía invisible para el ojo. Cerró las manos, mostró los puños al propietario y, dirigiéndose a él con un tono de voz bajo y neutro, le dijo:

—Elige.

—La izquierda —optó él.

La mujer abrió la mano izquierda. Ni rastro de la tela. Abrió la derecha y apareció el cuadrado verde y dorado; lo había aplastado en el puño, pero se desplegó por sí solo hasta quedar plano.

—La derecha —le corrigió ella.

El propietario le dio un dólar a la mujer y pidió:

—Otra vez.

La mujer volvió a extender las manos con las palmas hacia arriba y preguntó:

—¿Estás listo?

Él respondió que lo estaba. Jugaron otra ronda y en esta ocasión yo presté más atención. El propietario debió de percatarse, porque cuando la mujer mostró los puños cerrados, me invitó a elegir. Yo creía saber dónde estaba la pieza de tela y me sumé al juego con mucho gusto.

—Está allí —dije—. En la mano derecha.

La mujer abrió la mano y la palma apareció vacía.

—La izquierda —me corrigió la mujer.

Metí la mano en el bolsillo para sacar un dólar y así tener mi turno.

—Todavía no he acabado de jugar con esta mujer —me advirtió el propietario.

—Déjeme jugar una sola vez.

—Acaba de hacerlo.

—Turnémonos.

Gruñó y dijo:

—Ahora está jugando conmigo. Usted puede jugar después, cuando yo haya acabado, pero ahora necesito estar completamente concentrado. —Se volvió hacia la mujer y le dio otro dólar—. Adelante —pidió, y las manos de la mujer empezaron con sus movimientos deslizantes. Aceptando mi papel de mero espectador, observé las manos de la mujer con la máxima atención. No creo que jamás en mi vida hubiese mirado algo tan atentamente. Cuando por fin dejó de mover las manos, hubiera apostado hasta mi último centavo a que el pedazo de tela estaba en la izquierda.

—La izquierda —dijo el propietario, y yo me estremecí expectante. Ay, la mujer abrió la mano y estaba vacía, el propietario, desesperado, pegó un bote. Realmente dio un pequeño salto. Yo oculté mi perplejidad lo mejor que pude, pero interiormente también estaba destrozado. Charlie había estado siguiendo el juego; su actitud era entre divertida e indignada.

—¿Cuál es el propósito de todo esto? —preguntó.

—Descubrir dónde está el trozo de tela —respondió el propietario inocentemente.

—¿Pero cuál es el atractivo? ¿Cuántas veces se gana?

—Yo no he ganado nunca.

—¿Y cuántas veces ha jugado?

—Muchas, muchas veces.

—Está usted tirando el dinero.

—Todo el mundo está tirando el dinero. —De pronto nos miró con más detenimiento—. ¿Qué quieren ustedes dos, si puedo preguntarlo? ¿Han venido a comer?

—Buscamos a Warm.

Al oír el nombre, al propietario se le desencajó la cara y en sus ojos apareció una expresión dolida.

—¿En serio? Bueno, si lo encuentran, ¡denle recuerdos de mi parte!

Lo dijo en un tono tan amargo que Charlie decidió preguntar:

—¿Ha tenido usted alguna disputa con él?

—Le di de comer un montón de veces después de que me encandilara con su truco de luces y sombras. Debería haber sabido que se largaría sin cumplir nuestro acuerdo.

—¿De qué acuerdo habla?

—Es un asunto personal.

—Tenía usted que viajar con él al Río de la Luz, ¿es eso? —dije.

Se puso tenso y preguntó:

—¿Cómo lo sabe?

—Somos amigos de Warm —respondió Charlie.

—Warm no tiene ningún amigo aparte de mí.

—Hemos disfrutado de una larga y sana amistad con él.

—Lo siento, pero no les creo.

—Somos sus amigos —dije—, y sabemos que tiene otros. Por ejemplo, hace poco cenó aquí con un tal señor Morris.

—¿Quién, ese tipo pequeño y refinado?

—Se han ido juntos al río, eso es lo que hemos oído.

—Warm nunca le confiaría sus secretos a un tipo extravagante como ése. —Pero reflexionó sobre eso unos instantes y aparentemente llegó a la conclusión de que podía ser así. Suspiró—. Hoy tengo la moral por los suelos. Me gustaría estar a solas para jugar a este juego. Caballeros, si quieren comer, siéntense. Si no, déjenme en paz.

—¿Tiene usted idea de dónde planeaba llevar a cabo su operación?

El tipo no respondió. Él y la mujer empezaron una nueva ronda del juego. Cuando ella dejó de mover los puños, él dijo:

—En la mano derecha.

—La izquierda —le corrigió la mujer.

Él le pagó otro dólar.

—Otra vez —pidió, y las manos de la mujer reiniciaron su danza.

—Hemos pensado visitarlo en su concesión —dije.

La mujer alzó los puños y el propietario suspiró profundamente y dijo:

—Está en la izquierda.

—En la derecha —rebatíó ella.

—¿Nos puede decir cuándo lo vio por última vez? —le pregunté.

—¿No me ha oído decir que quería estar solo? —dijo él.

Charlie se echó hacia atrás los faldones de la chaqueta y mostró los revólveres.

—Quiero que nos diga todo lo que sabe, ahora mismo.

El propietario no mostró signos de sorpresa o alarma.

—Hermann me habló del día en que ustedes aparecerían. No le creí.

—¿Cuándo lo vio por última vez? —le pregunté.

—Vino hace cuatro o cinco días. Me enseñó su sombrero nuevo. Me dijo que

pasaría a recogerme a la mañana siguiente para viajar hacia el río. Yo esperé aquí sentado, en esta misma sala, como un idiota, durante horas.

—¿Pero nunca le dijo qué río era, nunca le dio ninguna pista?

—Siempre hablaba de seguir su río corriente arriba, hasta la cabecera.

—¿Quiere decir usted el río en el que tenía una concesión?

—Eso es lo que quiero decir.

—¿Y por qué no va usted hasta allí?

—¿Seguirlo? ¿Y después qué? ¿Obligarle a aceptarme en su expedición? No, si él hubiese querido que yo fuese, habría venido a buscarme. Tomó la decisión de emprender el viaje con el otro hombre.

A Charlie la actitud del propietario le pareció deplorable.

—¿Pero y qué pasa con el acuerdo que tenían? —le preguntó—. ¿Y qué pasa con el oro?

—No me importa el dinero —respondió el propietario—. No sé por qué. Debería prestarle más atención. No, lo que yo buscaba era vivir una aventura con un amigo, ésa es la pura verdad. Pensé que Warm y yo éramos uña y carne.

Esas palabras hicieron que mi hermano pusiera cara de asco. Se abotonó la chaqueta y se retiró al bar a tomar un trago. Yo me quedé para ver cómo el tipo perdía otro dólar con la mujer, y después otro.

—Es difícil encontrar un amigo —dije.

—Es lo más difícil del mundo —coincidió él—. Otra vez —le pidió a la mujer. Pero él ya se estaba cansando, eso estaba claro.

Les dejé con su juego. Mi hermano se había bebido un brandy y me estaba esperando en la calle. Caminamos en dirección al hotel de Morris y pasamos junto al establo donde habíamos dejado a Barreño y Espabilado. El mozo me vio pasar y me llamó.

—Es su caballo —dijo, indicándome con gestos que entrase. Charlie me comentó que se iba a dar una vuelta y regresaría en media hora y nos separamos.

Cuando entré en el establo me encontré con el mozo, un viejo calvo lleno de pecas, cargado de espaldas, patizambo y vestido con un peto, que estaba inspeccionando el ojo de Barreño. Me acerqué a él y él me saludó con un gesto de asentimiento de la cabeza y me dijo:

—Este animal tiene una personalidad agradable muy poco común.

—¿Y qué pasa con ese ojo?

—De eso es de lo que quería hablar con usted. Habrá que sacarlo. —Y señaló con el dedo y añadió—: Dos puertas más abajo hay un médico de animales. —Le pregunté cuánto me costaría y me respondió—: Yo diría que veinticinco dólares. Va a tener que hablarlo con él, pero sé que irá por ahí.

—El propio caballo no vale veinticinco dólares. Un ojo no debería costarme más de cinco, ¿no le parece?

—Yo se lo hago por cinco —me propuso él.

—¿Usted? ¿Lo ha hecho alguna vez?

—He visto cómo se lo hacían a una vaca.

—¿Dónde lo haría?

—En el suelo del establo. Lo drogaría con láudano; no sentirá ningún dolor.

—¿Pero cómo le va a sacar el ojo?

—Utilizaré una cuchara.

—¿Una cuchara?

—Una cuchara sopera —dijo asintiendo—. Esterilizada, por supuesto. Extraigo el ojo y corto los tendones con unas tijeras, así es como lo hicieron con la vaca. Después el doctor echó en la cuenca del ojo alcohol. ¡Eso despertó a la vaca! El doctor dijo que no le había dado suficiente láudano. A su caballo le administraré una buena dosis.

Mientras le acariciaba la cabeza a Barreño, pregunté:

—¿No hay alguna medicina que pueda darle en lugar de hacer eso? Ya lo ha pasado bastante mal sin quedarse además medio ciego.

—Un caballo tuerto no es muy útil para un jinete —admitió el mozo—. La decisión más inteligente sería venderlo para carne. Y ahí detrás tengo caballos a la venta en oferta. ¿Le gustaría verlos? Le haré un buen precio.

—Hagamos lo del ojo. No vamos a cabalgar muy lejos y tal vez aún me pueda ser de alguna utilidad.

El mozo reunió las herramientas para la operación y las colocó sobre una manta que había extendido en el suelo junto a Barreño. Trajo un cuenco de cerámica con agua y láudano; mientras Barreño se lo bebía, el mozo me dijo que me colocase a su lado. Como si me contase un secreto, me susurró:

—Cuando las patas se le empiecen a doblar, quiero que empuje conmigo. La idea es que caiga directamente sobre la manta, ¿me entiende?

Le dije que sí y permanecimos juntos a la espera de que la droga hiciese efecto. No tardó mucho y de hecho sucedió tan rápido que me cogió por sorpresa. Barreño inclinó la cabeza, se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó hacia donde estábamos el

mozo y yo, aplastándonos contra los listones de la pared del establo. El mozo se puso frenético bajo el peso: la cara se le enrojeció hasta coger el color de la arcilla y los ojos casi se le salían de las órbitas mientras empujaba y maldecía. Realmente temía por su vida y yo empecé a reírme de él, retorciéndose sin asomo de pudor, como una mosca atrapada en miel. El mozo se sintió humillado y después indignado por mi frivolidad; sus sacudidas se hicieron más frenéticas y salvajes. Poseído por el miedo, aquel hombre podía acabar desmayándose o autolesionándose. Estiré el brazo y le pegué a Barreño en los cuartos traseros con todas mis fuerzas; el caballo se estremeció, se apartó un poco de nosotros y el mozo gritó:

—¡Empújele, maldita sea, empújele!

Ahugué la risa y cargué todo mi peso contra las costillas y el estómago de Barreño. Sumando mis esfuerzos y los del mozo, junto con el intento del mareado Barreño de recuperar el equilibrio, logramos apartarlo hasta el otro extremo del establo y fue rompiendo con chasquidos secos los listones de madera al chocar contra ellos. El mozo me agarró del brazo y tiró de mí justo antes de que Barreño, después de rebotar contra la pared, cayera al suelo con la cabeza perfectamente colocada sobre la manta, completamente dormido. El mozo jadeaba y estaba cubierto de sudor, y me miró con el más sincero desprecio, con los puños cerrados y presionando contra la tela tejana de su peto a la altura de las caderas.

—Señor, ¿puedo preguntarle qué demonios es lo que le hacía tanta gracia?

Estaba muy alterado, allí plantado delante de mí. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para controlarme y que no se me volviera a escapar la risa. Lo conseguí a duras penas. Con tono contrito, le dije:

—Lo siento mucho. Había algo gracioso en toda esta situación.

—Ser aplastado hasta la muerte por un caballo, ¿ésa es su idea sobre cómo pasar un buen rato despreocupadamente?

—Siento mucho haberme reído —insistí. Para cambiar de tema, señalé a Barreño y dije—: De todas maneras, le ha dado la dosis perfecta. Ha caído justo encima de la manta.

Negó con la cabeza, carraspeó ligeramente, removiendo las flemas en su garganta, y me dijo:

—Excepto por un detalle. ¡Ha caído del lado equivocado! ¿Cómo voy a acceder ahora a su ojo? —Escupió la flema en el suelo y la contempló. La contempló mucho rato. ¿En qué diablos estaba pensando? Decidí volver a ganarme la confianza del mozo, aunque sólo fuese por Barreño, porque no me gustaba la idea de que aquel viejo llevase a cabo una operación tan delicada estando enfadado.

En la pared del fondo del establo había cuerdas, que cogí para atar las patas a Barreño y así poder darle la vuelta. Era evidente que el mozo sabía lo que yo pretendía hacer, pero no se ofreció a ayudarme y en lugar de eso se puso a liarse un cigarrillo. Lo hizo con expresión seria, como si eso requiriese toda su concentración. Atar las patas de Barreño me llevó cinco minutos, durante los cuales el mozo y yo no

intercambiamos ni una sola palabra, y yo me estaba empezando a enfadar, porque me parecía que su hosquedad era exagerada, cuando se me acercó con un segundo cigarrillo, que había liado para mí.

—No tire la ceniza en el heno, ¿de acuerdo?

Sólo había una polea colgando del techo del establo; hicimos correr dos cuerdas a través del pivote, una encima de la otra. Con los dos tirando, no fue difícil darle la vuelta a Barreño. Después de hacerlo y de fumarnos el cigarrillo, el mozo y yo volvíamos a ser amigos. Ahora podía entender por qué se había enfadado. Pero él no entendía por qué yo me había reído. Éramos dos personas muy diferentes y muchas de las cosas que a mí me habían acabado pareciendo graciosas provocarían un desvanecimiento a mi decoroso compañero.

Barreño permanecía echado, dormitando y respirando, y el mozo fue a buscar la cuchara que había metido en un cazo con agua hirviendo en su cocina. De vuelta al establo iba pasándose el humeante utensilio de una mano a otra para evitar quemarse. Me fijé en que tenía las manos mugrientas, pero nuestra relación se mantenía en un equilibrio tan precario que no me atreví a comentárselo. Mientras soplaba sobre la cuchara para enfriarla, me advirtió:

—No se ponga detrás del animal. Si se despierta como pasó con esa vaquilla, dará una coz tan fuerte que le hará a usted un agujero en el pecho.

Introdujo la cuchara en la cuenca y con un simple movimiento de muñeca sacó el ojo de su cavidad. Quedó depositado junto al orificio nasal de Barreño, enorme, desnudo, brillante y ridículo. El mozo levantó el globo ocular y tiró de él para estirar completamente el nervio, que cortó con unas tijeras oxidadas, y el trozo restante salió disparado hacia la oscura cavidad. Sosteniendo el ojo en la palma de la mano, buscó un sitio donde dejarlo. Me preguntó si me lo llevaría, pero me negué. Se marchó con el ojo y volvió sin él. No me dijo qué había hecho con él ni yo se lo pregunté.

Cogió una botella de cristal marrón, le sacó el tapón y vertió el contenido en la cuenca vacía de Barreño hasta que el alcohol la desbordó y el orificio quedó completamente cubierto. Pasaron cuatro o cinco tensos segundos hasta que Barreño echó hacia atrás la cabeza, arqueando el cuello, que se le quedó rígido, y emitió un sonido agudo y áspero, «¡Hiii!», y sus patas traseras golpearon la pared del fondo del establo. Contoneando su espina dorsal, recuperó el equilibrio y se levantó, jadeante, mareado y con un ojo menos. El mozo comentó:

—Debe picarle como el demonio por el modo como abre los ojos. ¡Y eso que le he dado una buena dosis de láudano!

Charlie había entrado en el establo y permanecía sin hacer ruido detrás de nosotros. Llevaba una bolsa de cacahuetes y les estaba quitando la cáscara y comiéndoselos.

—¿Qué le pasa a Barreño?

—Le hemos sacado un ojo —le informé—. O más bien este hombre se lo ha sacado.

Mi hermano bizqueó y dio un respingo. Me ofreció la bolsa de cacahuets y yo cogí un puñado. Le ofreció la bolsa al mozo y entonces se percató de que los dedos extendidos del tipo estaban viscosos y la apartó, diciéndole:

—¿Qué tal si le echo algunos en la palma de la mano?

El mozo puso la mano para recibir su parte. Ahora éramos tres hombres comiendo cacahuets mientras permanecíamos en pie formando un triángulo. Me fijé en que el mozo se comía los cacahuets sin quitarles la cáscara. Barreño se desplazó hacia un lado, temblando y con el alcohol escurriéndosele por la cabeza. Se puso a orinar y el mozo, mascando ruidosamente, se volvió hacia mí y me dijo:

—Me iría muy bien que me pagara los cinco dólares esta noche.

Le di una moneda de cinco dólares y él se la metió en un monedero cosido a la parte interior de su peto. Charlie se acercó a Barreño y escrutó su cavidad ocular vacía.

—Habría que rellenárselo con algo.

—No —dijo el mozo—. Aire fresco y enjuagues con alcohol son lo mejor.

—Pero es horrible mirarlo.

—Pues no lo mire.

—No podré evitarlo. ¿No se lo podemos cubrir con un parche?

—Aire fresco y enjuagues —insistió el mozo.

—¿Cuándo podrá emprender viaje? —pregunté.

—Depende de lo lejos que vayan.

—Nos dirigimos a las concesiones del río al este de Sacramento.

—¿Viajarán en el ferry?

—Eso no lo sé. ¿Charlie?

Charlie daba vueltas por el establo y alguna discreta diversión le hacía reírse. A juzgar por su amabilidad y alegría, se había tomado dos o tres copas más. En cualquier caso, no había oído mi pregunta y yo no le presioné para obtener una respuesta.

—Supongo que viajaremos en el ferry —dije.

—¿Y cuándo planean marcharse?

—Mañana por la mañana.

—Y cuando lleguen a las concesiones, ¿dormirán al aire libre?

—Sí.

El mozo reflexionó un momento y dijo:

—Es demasiado pronto para partir.

Acaricié la cabeza de Barreño y comenté:

—Parece despierto.

—No digo que no pueda hacerlo. Es un tipo duro. Pero si fuera mi caballo, yo no lo montaría durante una semana como mínimo.

Charlie regresó de sus tribulaciones y le pedí más cacahuets. Le dio la vuelta a la bolsa. Vacía.

—¿Cuál es el restaurante más caro de la ciudad? —le preguntó al mozo, que silbó al oír la pregunta, rascándose simultáneamente la cabeza y los genitales.

El Golden Pearl estaba envuelto en pesado terciopelo de color rojo vino, con candelabros de cien velas en cada mesa, platos de porcelana, servilletas de seda y maciza cubertería de plata. Nuestro camarero era un tipo impecable, de piel marfileña, ataviado con un esmoquin negro como la noche, polainas azules de seda y un broche color rubí que podía cegarte si lo mirabas directamente. Pedimos filete y vino, y un brandy de aperitivo, una elección que le satisfizo profundamente.

—*Muy bien* —dijo, anotándolo con un gesto rimbombante en su bloc de tapas de cuero—. *Muy, muy bien*.

Chasqueó los dedos y nos sirvieron rápidamente dos copas de brandy. Hizo una reverencia y desapareció, pero yo estaba seguro de que no tardaría en volver, que cuidaría de nosotros durante toda la cena con absoluta delicadeza y eficacia. Charlie bebió un sorbo de brandy.

—Dios mío, es magnífico.

Bebí un pequeño sorbo. Sabía completamente distinto a cualquier otro brandy que hubiera probado. Estaba tan alejado de mis referencias en lo que a brandy se refiere que me pregunté si no sería algún otro tipo de licor completamente diferente. Fuese lo que fuese, me encantó y rápidamente tomé otro sorbo, éste más generoso. Tratando de sonar espontáneo, pregunté:

—¿En qué situación estamos con respecto a nuestro compromiso con el comodoro?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Charlie—. Vamos a llevar a cabo el encargo.

—¿A pesar de que nos ha engañado?

—¿Qué propones que hagamos, Eli? No tiene ningún sentido romper amarras con él hasta que investiguemos ese llamado Río de la Luz. Aunque no estuviésemos trabajando para él, iría allí a investigar.

—¿Y si Warm y Morris tienen éxito? ¿Planeas robarles?

—No lo sé.

—Si no lo tienen, supongo que los mataremos.

Charlie se encogió de hombros, con una actitud ligera y despreocupada.

—Realmente no lo sé —dijo.

El camarero nos trajo los filetes. Charlie se metió un buen trozo en la boca y el delicioso sabor le hizo emitir un gemido. Yo también comí un bocado, pero tenía la cabeza en otro lado. Decidí soltarlo de una vez, ahora que Charlie estaba de buen humor.

—He pensado —dije— que si no le decimos ni pío sobre el hallazgo del diario de Morris, nadie podría pensar que actuamos incorrectamente si volvemos a Oregón.

Al oír estas palabras Charlie tragó y la alegría de hacía un instante desapareció de su cara.

—¿De qué demonios estás hablando? —me preguntó—. ¿Me lo puedes explicar, por favor? En primer lugar, ¿qué le contaríamos al comodoro cuando volviéramos?

—Le contaríamos la verdad, que Morris desertó con Warm y que no dimos con su

paradero. Nadie puede esperar que los encontremos sin ninguna pista que nos conduzca hasta ellos.

—Como mínimo, el comodoro esperaba de nosotros que investigásemos en la concesión de Warm.

—Sí, y podríamos decirle que lo hicimos y no encontramos nada. O si lo prefieres, podríamos visitar el lugar durante nuestro viaje de vuelta. Después de todo, sabemos que Warm no estará allí. Lo que digo es que si es solamente el diario lo que nos impulsa a seguir, entonces quememos ese libro y sigamos como si nunca le hubiésemos puesto la vista encima.

—¿Y qué pasa si el diario no es lo único que nos impulsa?

—A mí es lo único que me impulsa.

—¿Qué es lo que me estás proponiendo, hermano?

—Entre el dinero de Mayfield y los ahorros que guardamos en casa —dije—, tenemos suficiente para dejar al comodoro de una vez por todas.

—¿Y por qué íbamos a hacer una cosa así?

—Me parecía que antes tú estabas de acuerdo en hacerlo. ¿Nunca has pensado en dejarlo?

—Todo el que desempeña alguna labor ha pensado alguna vez en abandonar.

—Tenemos suficiente para dejarlo, Charlie.

—¿Dejarlo y después qué? —Se sacó un trozo de grasa de entre los dientes y la tiró al plato—. ¿Estás intentando fastidiarme la cena?

—Podríamos abrir la tienda juntos —propuse.

—¿Qué quieres decir con «la tienda»?

—Llevamos mucho en esto y los dos nos hemos dejado la salud y parte de la juventud. Ésta es nuestra oportunidad de largarnos.

Charlie iba perdiendo progresivamente la paciencia ante mis palabras y no tardaría en dar un puñetazo en la mesa y arremeter contra mí, de eso estaba seguro. Pero cuando estaba llegando al punto máximo de ira, alguna reflexión personal le tranquilizó y siguió cortando el filete. Comió con apetito mientras mi comida se iba enfriando y cuando acabó pidió la cuenta y pagó los dos platos, pese al elevado precio. Yo estaba preparado para oírle algún comentario hiriente al final de la comida, y lo soltó. Después de apurar su copa de vino, comentó:

—Lo que en cualquier caso ha quedado claro es que tú quieres dejarlo. Pues déjalo.

—¿Quieres decir que yo lo dejo y tú continuarás?

Asintió y dijo:

—Evidentemente necesitaré un nuevo socio. Rex me pidió trabajo hace tiempo, quizá él quiera ocupar el puesto.

—¿Rex? —pregunté—. Rex es como un perro que habla.

—Es obediente como un perro.

—Tiene el cerebro de un perro.

—Podría proponérselo a Sánchez.

Al oír eso tosí y expulsé por la nariz una gota de vino.

—¿Sánchez? —pregunté atropelladamente—. ¿Sánchez?

—Sánchez es un buen tirador.

Me agarré el estómago y me reí:

—¡Sánchez!

—Sólo estoy pensando en voz alta —dijo Charlie ruborizándose—. Puede que me lleve algún tiempo encontrar a alguien adecuado. Pero tú has tomado tu decisión y me parece bien. Al comodoro también le parecerá estupendo. —Encendió un cigarro y se acomodó en la silla—. Seguiremos adelante con este trabajo y después de acabarlo nos separamos.

—¿Por qué lo dices así? ¿Separarnos?

—Yo seguiré con el comodoro y tú te convertirás en un tendero.

—¿Pero quieres decir que no nos volveremos a ver?

—Te veré cuando pase por Oregon City. Cuando necesite una camisa o ropa interior pasaré a verte. —Se puso en pie y se apartó de la mesa, y pensé: ¿Realmente le parece bien que yo deje el negocio o lo de pincharme para que lo haga es una manera de engatusarme para que siga con él? Estudié su actitud buscando una respuesta; tuve una pista cuando vi que dejaba de fruncir el ceño y relajaba la espalda; estaba tratándome con desdén, hurgando en mis miserias. Dijo—: Mañana por la mañana saldremos en busca de Warm y Morris. Acabemos este trabajo y después ya decidiremos qué hacer.

Dio media vuelta y salió del restaurante. Cuando me levanté para irme, el elegante camarero se acercó a mí, respirando ruidosamente, porque yo apenas había tocado el filete y a él le parecía ofensivo desperdiciar esa comida tan excelsa.

—¡Señor! —me llamó, con un tono ostentosamente ofendido—. ¡Señor! ¡Señor!

Haciendo caso omiso, me adentré en la jungla nocturna de San Francisco: oscilantes faroles en carros que pasaban por la calle, el chasquido constante de los látigos, el olor a estiércol y petróleo quemado y un incesante coro de maullidos que venían de todos lados.

Volví a la habitación para acostarme y no supe nada más de Charlie hasta la mañana siguiente, cuando me desperté y me lo encontré vestido y aseado, recién afeitado y con las mejillas sonrosadas; sus movimientos eran rápidos y despiertos, y tuve la esperanza de que ese cambio de actitud estuviese de algún modo relacionado con nuestra discusión de la noche pasada, que hubiese optado por mantenerse relativamente sobrio y por levantarse temprano para que pudiésemos hablar y valorar el trabajo desde el punto de vista moral. Pero de pronto vi que las culatas de sus revólveres brillaban en las pistoleras; las había limpiado y pulido, tal como hacía siempre antes de completar una misión. Su decisión de pasar una noche tranquila sin beber demasiado no era para complacerme o tranquilizarme, sino para estar al cien por cien para el probable asesinato de Warm y Morris. Me levanté de la cama y me

senté ante la mesa, frente a él. Me di cuenta de que no era capaz de mirarle a la cara y él dijo:

—Nunca te va a funcionar ese mohín.

—No estoy haciendo ningún mohín.

—Sí lo estás haciendo. Puedes retomararlo en cuanto acabemos el trabajo, pero hasta entonces vas a tener que contenerlo.

—Te digo que no estoy haciendo ningún mohín.

—Ni siquiera eres capaz de mirarme a la cara.

Le miré. Y era como si para él no pasase absolutamente nada, estaba perfectamente cómodo. Imaginé cómo me debía de ver él a mí: el pelo revuelto, una barriga acolchada presionando contra la camiseta sucia, los ojos enrojecidos y llenos de malestar y desconfianza. De pronto me vino a la cabeza: yo no era un asesino eficiente. No lo era, no lo había sido ni lo sería nunca. Charlie había sabido utilizar mi carácter, eso era todo; me había manipulado, había explotado mi personalidad del mismo modo que su propietario azuza a un gallo antes de la pelea. Pensé: ¿Cuántas veces he apuntado con mi revólver a un extraño y le he disparado, con el corazón palpitándome desbocado por la atrocidad que estaba cometiendo, sólo porque el tipo le estaba disparando a Charlie y lo más profundo de mi ser me impelía a proteger a quien es sangre de mi sangre? ¿Y yo había dicho que Rex era un perro? Charlie y el comodoro, los dos juntos, me habían metido en un oficio que me llevaría al infierno. Me vino una imagen de ambos en el salón del gran hombre, las cabezas envueltas en humo, riéndose de mí mientras yo esperaba montado en mi cómico caballo entre el hielo y la lluvia del exterior. Eso realmente había sucedido, yo estaba seguro de que era así. Había pasado y volvería a pasar mientras yo lo consintiera.

—Éste es mi último trabajo, Charlie.

Él respondió sin parpadear:

—Como tú digas, hermano.

Y durante el resto de la mañana en esa habitación, mientras recogíamos nuestras cosas, yo me lavaba y nos preparábamos para el viaje, no intercambiamos una palabra más.

El mozo me recibió en la puerta del establo.

—¿Cómo está? —le pregunté.

—Ha dormido bien. No sé qué tal cabalgará, pero se ha recuperado mucho mejor de lo que me esperaba. —Me dio una botella de alcohol—. Dos veces al día —me indicó—. Por la mañana y por la noche, hasta que se acabe. Asegúrese de atarlo a algún sitio cuando lo haga. Le sugiero que se lo eche y salga corriendo.

—¿Se lo ha puesto hoy?

—No, y no tengo intención de hacerlo. Lo hice ayer para enseñarle cómo aplicarlo, pero de ahora en adelante es cosa suya.

Deseando sacármelo de encima lo más rápido posible, destapé la botella y di un paso hacia Barreño, pero entonces el mozo dijo:

—Preferiría que lo sacase usted fuera. Acabo de tapar como he podido el primer agujero y no quiero que haga otro. —Me lo señaló y vi su lamentable reparación: había tapado el boquete creado por los tablones rotos con trozos de madera irregulares. Saqué a Barreño y lo até a un poste. La cuenca vacía estaba cubierta por una costra de sangre seca y había pus en el reborde, y sin el ojo para mantener su forma, el párpado estaba hundido en el centro. Le eché una buena cantidad de alcohol y me aparté de él. «¡Hiii!», relinchó Barreño, coceando, corcoveando, orinando y defecando.

—Lo siento —le dije—. Lo siento, Barreño. Lo siento, lo siento.

El malestar se le pasó y cogí la silla de montar del establo. Charlie sacó a Espabilado y esperó cerca de donde estábamos Barreño y yo.

—¿Listo? —dijo.

No respondí, pero monté a Barreño. El lomo y las patas parecían menos compactos que antes, los músculos se notaban fatigados y además se lo veía confuso por la pérdida de la mitad de su campo visual y giraba el cuello hacia la izquierda para ver con el ojo derecho. Le hice avanzar por la calle y él trotó trazando un estrecho círculo completo y después otro.

—Está tratando de orientarse —dije.

—Es un error hacerle cabalgar tan pronto —opinó Charlie, mientras montaba a Espabilado—. Está claro que necesita reposo.

Cogí con fuerza las riendas y Barreño dejó de dar vueltas.

—No pretendas convencerme de que de pronto te preocupas por su bienestar.

—Me importa un carajo el caballo. Hablo de lo que es adecuado para la misión.

—¡Oh! ¡Sí! ¡Por supuesto! ¡La misión! ¡Casi se me olvida! ¡Nuestra prioridad absoluta! ¡Hablemos un poco más de ello! ¡Nunca me voy a aburrir del tema mientras viva!

Noté que el labio me temblaba; estaba profundamente dolido esa mañana, mirando a mi hermano montado en su magnífico y alto caballo y sabiendo que él no me quería del modo en el que yo siempre le había querido, admirado y cuidado; el labio me temblaba y de pronto yo estaba gritando y provocando que la gente que

pasaba por allí me mirase e hiciese comentarios.

—¡La misión! ¡Sí! ¡La misión! ¡Por supuesto que era a eso a lo que te estabas refiriendo!

Charlie me miró con desdén y la vergüenza se apoderó de mí como si me entrara fiebre. Sin decir palabra, se dio la vuelta, se alejó cabalgando a través de las concurridas calles y desapareció por detrás de un carromato. Intenté salir tras él para no perderlo de vista, pero Barreño seguía estirando el cuello y trotando de lado; le clavé las espuelas y el dolor le hizo cabalgar en línea recta, pero respiraba con rabia y yo me sentí todavía más avergonzado. En ese momento lo único que deseaba era simplemente dejarlo todo, alejarme de Barreño, de la misión y de Charlie, regresar con un caballo nuevo para recuperar mi parte del botín en Mayfield y empezar una nueva vida, con la contable pálida o sin ella, lo que fuese con tal de que todo resultase tranquilo, sencillo y completamente diferente a como era en mi situación de entonces en este mundo. Ése era mi sueño, y era poderoso y vívido, pero no moví un dedo para cumplirlo; Barreño siguió cabalgando y resollando, y llegamos a la playa y me reuní con Charlie y me puse a su lado en la fila para subir al ferry. Pasamos junto al lugar donde el caballo del hombre del látigo había muerto. El animal estaba parcialmente despellejado y parte de su carne había sido cortada a hachazos. Los cuervos y gaviotas se peleaban por lo que quedaba, dando saltos y picotazos a la carne fresca que ahora tenía un tono morado y que el viento rebozaba de arena, mientras las moscas se posaban donde podían. Dejé San Francisco a mi espalda, pero no me volví para contemplarlo, y pensé: No ha sido una estancia agradable.

El ferry era un pequeño vapor llamado *Viejo Ulises* que tenía un corral en la bodega de la parte trasera en el que viajaban los caballos junto con ovejas, vacas y cerdos. En cuanto Charlie ató a Espabilado, me dejó atrás; yo no le seguí sino que me quedé con Barreño para acariciarlo y decirle cosas cariñosas, haciendo que se sintiese cómodo gracias a mi proximidad y ternura, aunque fueran tardías. Tenía planeado quedarme allí durante las ocho horas que duraba el viaje, pero el agua estaba revuelta y los cerdos empezaron a marearse (sólo se marearon los cerdos) y llegó un momento en que me pareció necesario tomar el aire en cubierta. No vi ni una sola vez a Charlie y durante el resto del viaje no pasó nada digno de mención, excepto esto: le pregunté a una mujer si me podía decir qué hora era y ella me miró de arriba abajo y me dijo: «No se lo pienso decir», y se marchó. Le compré unas manzanas harinosas a un ciego y se las ofrecí a Barreño cuando el barco atracaba en Sacramento. Le temblaban las patas. Era última hora de la tarde.

Charlie y yo dejamos atrás la civilización y nos adentramos en un bosque de robles, denso, húmedo e imposible de atravesar sin poner toda la atención. Avanzábamos lentamente y la sensación de lentitud se incrementaba porque los dos guardábamos silencio. Decidí que yo no hablaría primero. Y entonces Charlie tomó la iniciativa.

—Me gustaría que comentásemos la manera de maniobrar con Warm.

—De acuerdo —dije—. Abordemos todos los flecos.

—Exacto. Empecemos con nuestro patrón. ¿Qué querría que hiciésemos?

—Matar primero a Morris, rápido y sin crueldad. En cuanto a Warm, sonsacarle la fórmula y después matarlo, pero a él lentamente.

—¿Y qué haremos con la fórmula?

—Llevársela al comodoro.

—¿Y qué hará él con ella?

—Afirmará que la ha inventado él y se hará todavía más infame y rico.

—Y la gran pregunta es: ¿por qué hacemos todo esto por él?

—De eso justamente he intentado hablar contigo.

—Quiero que lo hablemos tranquilamente, Eli. Respóndeme, por favor.

—Lo hacemos porque nos paga por ello —dije—, y por la adoración que tú sientes por el poderoso personaje cuya posición esperas usurpar o de algún modo conquistar algún día.

Charlie puso una expresión perpleja que quería decir: No sabía que tú sabías eso, y reflexionó:

—De acuerdo. Supongamos que eso es cierto. ¿Tendría entonces sentido que le proporcionásemos más poder al comodoro? ¿Que le facilitásemos el camino de una forma tan clara?

—No tendría sentido.

—No. Entonces, ¿tendría sentido que siguiéramos las instrucciones del comodoro excepto en la última parte? ¿Excepto en lo de entregarle la fórmula?

—¿Matar a esas dos personas inocentes y robarles su trabajada idea para quedárnosla nosotros?

—El dilema moral ya vendrá después. Lo que ahora pregunto es si tendría sentido.

—Como mínimo, tendría sentido, sí.

—Perfecto. Ahora abordemos las consecuencias de desobedecer al comodoro.

—No sería muy agradable. Sospecho que nos perseguiría durante el resto de nuestras vidas.

—¿A menos que...? —preguntó, moviendo ostentosamente los labios—. ¿A menos que...?

—Sí —dije—. Tendríamos que matarlo.

—¿Matarlo cómo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Esperándolo agazapados? ¿Haciéndole llegar que vamos a por él? ¿Enfrentándonos con sus lugartenientes? Recuerda que dispone de hombres en todos los puestos fronterizos y en todos los pueblos.

—No, el único modo sería ir a por él rápidamente. Volver mientras se supone que todavía trabajamos para él, matarlo en su casa y largarnos.

—¿Largarnos para qué? ¿Quién nos perseguiría si el jefe ha muerto?

—Me sorprendería que no hubiese dejado órdenes explícitas sobre cómo actuar en caso de morir prematuramente.

Charlie asintió y aclaró:

—Sin duda esas órdenes existen. Me habló sobre eso en el pasado: «Si mi sangre se vierte prematuramente, como respuesta se derramará un océano de sangre». Así que ¿cómo afecta esto a nuestros planes?

—La única manera de hacerlo sería matarlo en completo secreto —dije.

—En completo secreto —se mostró de acuerdo Charlie.

—Deberíamos llegar al amparo de la noche y matarlo mientras duerme. Después huir hacia el campo, escondernos durante varios días y regresar con las manos vacías como si volviésemos de San Francisco, fingiendo que no encontramos la fórmula y que no dimos con Morris y Warm. Deberíamos reaccionar con sorpresa cuando nos dieran la noticia de la muerte del comodoro y deberíamos ofrecer nuestros servicios para seguir la pista y matar a cualquiera que estuviese implicado.

—Es perfecto, excepto en la última parte —dijo—. Si el comodoro muere asesinado, las acusaciones apuntarán en todas direcciones y provocarán un buen estallido de violencia. Me sorprendería que no nos acusaran; y resultaría sospechoso que nosotros por nuestra parte no hiciésemos otras acusaciones. Y entonces habrá que mancharse de sangre, ¿y para qué, cuando el tipo del dinero ya ha muerto?

—¿Entonces qué propones, hermano?

—¿Qué pasaría si el comodoro simplemente muere mientras duerme? Le tapamos la cara con una almohada, eso es todo.

—Sí —dije—, eso es lo mejor. Y también tendremos la fórmula.

—La tendremos, pero no podremos hacer uso de ella durante algún tiempo.

—Podríamos vivir del botín de Mayfield y de nuestros ahorros.

—O podríamos buscar un río tranquilo y trabajar con la fórmula lejos de miradas indiscretas.

—Pero sería difícil mantener todo eso en secreto.

—Difícil pero no imposible. Probablemente tendríamos que incorporar a alguien más al equipo. No sé cómo piensa Warm construir una presa en el río siendo sólo dos.

—Volvamos al dilema moral —propuse.

—El dilema moral —dijo Charlie—. Sí, volvamos.

—Nunca me ha gustado mucho el señor Morris en el trato personal. O debería decir que a él nosotros nunca le hemos gustado mucho ni nos ha mostrado ningún respeto, lo cual influye en mis sentimientos hacia su persona. Pero admito sentir por él cierto respeto.

—Sí, yo siento lo mismo. Es un hombre honorable. A pesar de que haya desertado, lo es.

—Es mucho más honorable precisamente por eso, tal como yo lo veo. Y en cuanto a Warm, no puedo evitarlo. Le admiro por su inteligencia.

—Sí, sí.

—Bueno, no sé qué más decir.

—Preferirías no matarlos.

—Pues sí. He estado pensando en nuestro último trabajo, en el que perdimos los caballos. ¿Recuerdas a esos tipos a los que perseguíamos? Lo único que buscaban era sangre y más sangre, y tanto les daba de quién fuera. Vivían para morir. Y nuestro papel estaba férreamente definido desde el momento en que entramos en su propiedad.

Charlie guardó silencio, recordando, y finalmente dijo:

—Sí, eran un grupo duro, es cierto.

—Yo me sentí bien haciéndolo, porque, hubiesen o no engañado al comodoro, eran tipos verdaderamente viles y nos hubieran matado a nosotros si no hubiésemos sido más rápidos. Pero con estos dos, Warm y Morris, sería más parecido a matar a mujeres o niños.

Charlie guardó silencio. Estaba pensando en los dos futuros, el próximo y el lejano. Yo tenía más cosas que comentarle, pero no le interrumpí, porque tenía la sensación de que había dicho lo suficiente para dejar clara mi postura. Me aliviaba que hubiéramos mantenido esa conversación y que Charlie no estuviese aparentemente en contra de mi manera de ver las cosas. También me aliviaba que las tensiones de San Francisco estuviesen amainando o hubieran ya desaparecido. Pero a menudo llegábamos a una tregua mediante esta clase de discusiones analíticas.

Cayó la noche antes de que pudiésemos localizar la concesión de Warm y acampamos bajo los robles. Le hice la cura a Barreño y él relinchó, coceó y corcoveó; cuando se le pasó el dolor, se echó en el suelo jadeando y mirando al vacío. Apenas tenía apetito, pero yo seguía pensando que todavía le quedaba vitalidad y pronto empezaría a recuperarse. Cuando me alejé de él para acostarme contemplé las copas de los árboles mecidas por el viento y entrechocando. Oía el río pero no sabía dónde estaba; al principio me pareció que hacia el norte, un rato después tenía la certeza de que estaba en dirección sur. Por la mañana descubrí que estaba hacia el este. Dimos con la concesión de Warm después de comer y decidimos pasar la noche allí para que Barreño pudiese descansar durante un día entero y Charlie y yo pudiéramos concentrarnos en lo que teníamos por delante.

La concesión era un lugar atractivo y confortable, y acampamos cerca del río, en un médano cubierto de hierba. En una pequeña señal clavada en la línea que marcaba el inicio de la concesión se leía: ESTAS AGUAS SON PROPIEDAD TEMPORAL DE HERMANN KERMIT WARM, UN HOMBRE HONESTO EN BUENOS TÉRMINOS CON LA MAYORÍA DE LOS ÁNGELES DEL CIELO, AQUELLOS QUE HUNDAN SUS CEDAZOS EN ESTE TRAMO SE VERÁN RODEADOS, INSULTADOS, ATACADOS CON AFILADAS ARPAS Y PROBABLEMENTE CON RAYOS. El cartel estaba decorado con unas elaboradas parras pintadas alrededor del texto. Warm se había tomado su tiempo para hacerlo.

Había enormes truchas nadando contra la corriente y Charlie disparó a una en la cabeza para que nos sirviera de cena. Tras recibir la bala, el pez soltó una nube de sangre y se ladeó mientras la corriente lo arrastraba río abajo. Charlie vadeó el río y cogió el pez por la cola y lo lanzó por el aire hasta la orilla, donde yo estaba sentado. Le quité las tripas y la piel, y lo freí en grasa de cerdo. Debía de pesar unos dos kilos y nos lo comimos todo excepto la cabeza y las tripas. La gruesa capa de hierba resultó un colchón excelente y los dos dormimos bien. Por la mañana, nos encontramos con un sonriente tipo pequeño y de pelo entrecano plantado delante de nosotros, un buscador de oro feliz de volver a la civilización con su bolsa de polvo y láminas de oro duramente reunido.

—Buenos días, caballeros —dijo—. Iba a encender fuego para hacer café cuando olí su humo. Estaría encantado de compartir una taza si me prestan su fuego.

Le dije que adelante y él echó más leña y colocó su ennegrecido hervidor directamente sobre las brasas. Hablaba consigo mismo mientras lo hacía, susurrando palabras de ánimo y aprobación:

—Bien, bien. Perfecto, perfecto. Muy bien hecho.

Cada medio minuto aproximadamente le sobrevenía un ataque de tics nerviosos, y pensé: Lleva demasiado tiempo solo en estos parajes y se ha convertido en dos personas.

—¿Va camino de San Francisco? —le preguntó Charlie.

—Puede apostar a que sí. Llevo cuatro meses fuera, y cuanto más me acerco, menos me lo creo. Lo tengo todo pensado hasta el último detalle.

—¿Qué tiene pensado?

—Todo lo que voy a hacer. —No le pedimos que nos lo explicara, pero no necesitaba una invitación para continuar—. Lo primero que voy a hacer es alquilar una habitación bien limpia y bien alta, para así poder mirar hacia la calle y ver todo lo que pasa. Lo segundo que voy a hacer es pedir un baño con el agua muy caliente. Lo tercero será meterme en la bañera con la ventana abierta y escuchar el sonido de la ciudad. Lo cuarto será que me afeiten rasurándome hasta dejar la piel lisa y que me corten el pelo muy corto y con raya. La quinta cosa que haré será comprarme ropa nueva, desde el sombrero hasta las botas. Camisa, camiseta, pantalones, calcetines, todo.

—Tengo que ir a hacer mis necesidades —anunció Charlie, y se adentró en el bosque.

El buscador de oro no se incomodó por la grosería de mi hermano y de hecho no pareció percatarse de ella. Mantenía la mirada fija en el fuego mientras hablaba y probablemente hubiese seguido hablando aunque también yo me hubiese ido.

—La sexta cosa que haré será comerme un filete del tamaño de mi cabeza. La séptima será emborracharme hasta las cejas. La octava será buscarme a una chica guapa y retozar un poco. La novena cosa será hablar con ella sobre su vida y ella me preguntará sobre la mía y así pasaremos un buen rato conversando de forma civilizada y como es debido. La décima cosa que haré no es asunto de nadie más que mío. La undécima cosa será mandarle salir y echarme cuan largo soy en la cama limpia y blanda, así. —Y estiró los brazos tanto como pudo—. ¡Y la duodécima cosa, muchacho, será dormir y dormir y dormir!

El agua ya había hervido y nos sirvió a cada uno una taza de café, tan malo que realmente me repugnó y tuve que hacer acopio de toda mi educación para no escupirlo. Pasé el dedo por el fondo de la taza y recogí un montoncito de poso. Lo olí y después lo lamí y me pareció que era tierra. La gente puede decir de algo que «sabe a» tierra, pero no era eso, en este caso lo que había en mi taza era tierra y agua caliente, nada más. Creo que aquel hombre, poseído por algún tipo de desorden mental propio de un buscador de oro solitario, había empezado a filtrar tierra convenciéndose a sí mismo de que lo que tomaba era café. Pensé en abordar el asunto con él, pero estaba tan contento compartiendo su café que no quise herir su orgullo; y, en cualquier caso, ¿quién era yo para desmontarle lo que con toda seguridad le había llevado muchos días y noches concebir como una realidad? Decidí esperar a que le volviese a dar un ataque de tics y entonces aprovechar para tirar el agua sucia mientras no miraba. Charlie regresó del bosque y le indiqué con miradas discretas que no debía beberse el «café»; cuando el buscador de oro le ofreció una taza, declinó.

—Más para nosotros —me anunció el tipo, y yo mostré una mustia sonrisa.

—Me pregunto si no habrá visto usted a un par de amigos nuestros —le dijo Charlie—. Creo que emprendieron el camino río arriba hace unos días. Dos hombres,

uno con barba y otro sin.

—¿Llevaban muchos utensilios encima? —preguntó.

—El de la barba pelirroja.

—Exacto. Llevaban un montón de utensilios. Dos mulas cargadas con el doble de lo que lleva Benny. —Y señaló a su mulo, Benny, que pastaba junto a Barreño y Espabilado. No me pareció posible que un mulo pudiese cargar más cosas de las que aquél llevaba encima.

—¿Qué tipo de utensilios?

—Cedazos, lonas, cuerdas, listones de madera. Lo típico. Lo único raro era que llevaban cuatro barriles de cien litros, dos cada mula. El pelirrojo dijo que contenían vino. ¡Pero el muy miserable no me quiso vender ni una gota! Me gusta echar un trago como al que más, pero cargar con tal cantidad en una expedición es el tipo de exceso que te acaba llevando a la perdición. Puedes machacar a una mula hasta el punto de que no vuelva a recuperarse jamás. Y aquellas dos me pareció que iban por ese camino.

—¿Alguna idea de hacia dónde se dirigían?

—Mostraron mucho interés por una presa de castores de la que les hablé. Yo sólo les hablé de ese sitio como de un lugar del que harían bien manteniéndose alejados, pero ellos quisieron que les diese hasta el último detalle.

—¿Dónde está? —preguntó Charlie.

—¡Ahora tienen ustedes la misma mirada que ellos! Les diré lo que les dije a ellos: ese lugar no merece que pierdan ustedes su tiempo. Los castores destrozarán toda la madera de su campamento en cuanto se den la vuelta, y metan lo que metan en el río, una mecedora, una cuna o lo que sea, desaparecerá al instante. Un maldito engorro, eso es lo que son esos malditos bichos. ¡Eh, ésta es buena! *Malditos*^[1]. —Le sobrevino otro ataque de tics encadenados y aproveché para echar mi agua sucia en la hierba. En cuanto superó el tic, vio que mi taza estaba vacía y me la llenó, animándome a bebérmela. Me acerqué la taza a la boca, apreté el labio contra el borde y así impedí que se me metiese ni una gota en la boca.

—Si nuestros amigos han ido allí, nos gustaría hacerles una visita —dijo Charlie.

—Bueno, no podrán decir que no se lo advertí. Pero sabrán que están cerca cuando pasen por un campamento con varios hombres a ocho o nueve kilómetros de aquí. No se detengan esperando hacer amigos, porque ese grupo no tiene ningún interés en tratar con nadie. De hecho son redomadamente maleducados. Pero da igual. Tres kilómetros más y verán la presa. No tiene pérdida, porque es enorme. —Levantó el hervidor para servirse otra taza de su tierra y noté que hacía un gesto de dolor por el esfuerzo. Le pregunté si estaba herido y asintió. Había luchado a cuchilladas con un indio y había ganado, me contó, pero el indio le había herido, lo cual lo dejó muy débil, y había permanecido tumbado junto al cadáver de su oponente durante horas hasta que pudo reunir las fuerzas necesarias para ponerse en pie. Se levantó la camisa y me enseñó el tajo debajo del pecho. Los bordes todavía estaban cicatrizando, pero

tenía una gran costra en el pecho; era una herida horrible. Yo hubiera dicho que era de hacía unas tres semanas—. Me temo que me hizo un buen tajo ahí, pero yo le hice otro mejor.

Se levantó, se alejó del fuego, fue hasta Benny y ató su taza y el hervidor a la carga del mulo.

—¿Dónde está su caballo? —le preguntó Charlie.

—Por eso me peleé con el indio, ¿no se lo había dicho? Me robó a mi compadre Jesse una noche mientras yo dormía. Cuando volvió la noche siguiente a por Benny, yo le estaba esperando. Bueno, hoy hace un día bueno para caminar. Y si el viejo Ben puede hacerlo, yo también debería. —Se despidió de nosotros inclinando el sombrero—. Gracias por la compañía. Brindaré por ustedes cuando esté en la ciudad.

—Ojalá pueda hacer todo lo que tiene pensado —le dije.

En su cara se dibujó una sonrisa de loco y soltó:

—¡Ajá!

Se volvió y emprendió su camino, con Benny en la retaguardia. En cuanto estuvo lo bastante lejos para no oírnos, Charlie me preguntó:

—¿Qué le pasaba al café?

Le di mi taza, dio un sorbo y lo escupió discretamente. Su cara no tenía expresión alguna.

—Es tierra —dijo.

—Ya lo sé.

—¿Ese tipo filtra y bebe tierra?

—No creo que él crea que es tierra.

Charlie alzó la taza y tomó otro sorbo. Se enjuagó la boca con el líquido y de nuevo lo escupió.

—¿Cómo puede creer que no es tierra?

Pensé en ese buscador de oro con sus tics y en el que llevaba un pollo bajo el brazo y en el buscador de oro muerto y sin cabeza y dije:

—Yo diría que el trabajo solitario en los bosques no es muy saludable para un hombre.

Charlie contempló el bosque que nos rodeaba con cierta suspicacia y desconfianza.

—Vámonos —dijo, volviendo a enrollar su saco de dormir.

Barreño tenía mal aspecto y yo me resistía a hacerle la cura, porque pensaba que la energía que gastaría retorciéndose al recibirla la necesitaría para llevarnos hasta la presa de los castores. Respiraba con dificultad y no quería beber agua, así que le dije a Charlie:

—Creo que Barreño se está muriendo.

Inspeccionó brevemente al caballo; no dijo que estuviese de acuerdo conmigo, pero vi que lo estaba.

—Son sólo unos pocos kilómetros más —me animó— y con suerte nos

quedaremos allí el tiempo suficiente para que Barreño pueda descansar y recuperarse. Lo mejor será que le echés el alcohol y nos pongamos en marcha.

Le expliqué que me parecía mejor saltarme la cura y eso le dio una idea a Charlie. Fue a buscar una botella en sus alforjas y había una sonrisa dibujada en su cara cuando me la enseñó.

—¿No te acuerdas? ¿El líquido atontador del dentista?

—¿Y? —dije yo sin entender nada.

—¿Qué tal si le ponemos un poco a Barreño antes de echarle el alcohol? Le vertemos un poco y dejamos que haga efecto. Te apuesto lo que quieras a que hará que note mucho menos el escozor.

Yo no estaba muy seguro de que el líquido fuese efectivo si no se inyectaba, pero la curiosidad me llevó a sumarme a Charlie y vertimos una pequeña cantidad de la medicina en la cuenca del ojo de Barreño. El animal reaccionó y se puso rígido, pensé que esperando el dolor del alcohol, pero el escozor no llegó y volvió a resollar como antes. Entonces yo actué con rapidez y le eché el alcohol y él volvió a ponerse rígido, pero no relinchó, no corcoveó, no se orinó y yo me alegré de que Charlie hubiese tenido esa idea; y también él estaba contento consigo mismo y le acarició el morro a Barreño y parecía desear de verdad que el animal no sufriera. Hecho esto, partimos río arriba. Había florecido entre nosotros un sentimiento prometedor y tuve la esperanza de que seguiríamos juntos.

El campamento al sur de la presa de los castores era desolador, poco más que un fuego y unos sacos de dormir desperdigados, con utensilios y trozos de madera tirados desordenadamente por el suelo. En la punta del campamento vimos a tres tipos de aspecto duro, que, en pie, nos miraban mientras nos acercábamos. Era un grupo mugriento, incluso para los estándares de los buscadores de oro, barbas tupidas, rostros ennegrecidos por el hollín o el barro, ropa sucia y descuidada, de hecho todo en ellos era sombrío y lúgubre excepto el color de sus ojos, que eran todos de un idéntico e impactante color azul. Son hermanos, pensé. Dos de ellos llevaban rifles listos para disparar y el tercero iba armado con pistolas todavía enfundadas. Charlie les preguntó:

—¿Alguno de vosotros ha visto a un par de hombres que se dirigían hacia el norte hace algunos días? ¿Uno con barba, el otro sin?

Al ver que ninguno respondía, dije:

—Llevaban dos mulas cargadas con barriles de vino.

Siguió sin haber respuesta. Continuamos nuestro camino y espí sus movimientos por el rabillo del ojo mientras los íbamos dejando atrás, porque me parecieron hombres capaces de dispararte por la espalda. Una vez que los hubimos perdido de vista, Charlie dijo:

—Ésos no eran tus típicos buscadores de oro.

—Eran asesinos —coincidí. Probablemente se estarían escondiendo por algún hecho de su pasado común y mientras tanto aprovechaban para buscar oro, aunque a juzgar por sus pintas la cosa no les iba muy bien.

Poco más de un kilómetro río arriba Barreño empezó a resollar y toser. A través de mis piernas notaba una apagada sequedad vibrando bajo sus costillas y vi que de su boca caían al río largos y espesos esputos sanguinolentos. Me incliné hacia delante y le pasé la palma de la mano por la boca: cuando la retiré vi que la sangre era negra. Se la mostré a Charlie, que dijo que ya estábamos muy cerca de la presa, de modo que podíamos acampar y llegaríamos hasta Warm y Morris caminando. Desmontamos y condujimos a los caballos hasta el bosque. Encontré un lugar sombreado para Barreño y en cuanto le saqué la silla, se echó en el suelo. Pensé que no volvería a levantarse y me sentí apesadumbrado por haberlo tratado tan mal. Le acerqué mi cuenco y lo llené de agua de la cantimplora, pero no bebió. Le eché un poco de alimento en el suelo, pero tampoco mostró interés por eso, se limitó a permanecer echado jadeando.

—No sé dónde te vamos a conseguir otro caballo por aquí —dijo Charlie.

—Puede que se recupere después de descansar —aventuré.

Charlie esperó de pie detrás de mí. Yo estaba acuclillado ante Barreño, palmoteándole la cabeza y repitiendo su nombre con la esperanza de que eso lo reconfortara. La cuenca vacía parpadeó y el párpado se hundió; la lengua empapada en sangre colgaba fuera de la boca y de ella caían goterones de sangre al suelo. Oh, de pronto me sentí desolado por todo y pensé que yo no me gustaba nada.

—Tenemos que seguir —dijo Charlie. Me puso una mano sobre el hombro y con la otra acarició su revólver—. ¿Quieres que lo haga yo?

—No. Vámonos y dejémoslo aquí.

Nos alejamos de los caballos caminando hacia el norte, al encuentro, por fin, de Warm.

El campamento de Morris y Warm estaba rodeado a ambos lados por empinadas colinas densamente arboladas. Nos situamos en la cima del montículo más al oeste y observamos desde lo alto su bien organizado campamento: los caballos y las mulas estaban atados todos juntos formando una línea, un pequeño fuego ardía delante de su almidonada tienda de lona, y las herramientas, sillas de montar y alforjas estaban colocadas en ordenados montones e hileras. Estaba anocheciendo y el aire era frío, el sol proyectaba una pálida luz anaranjada contra los árboles y se reflejaba en la superficie del río como una veta plateada y fina. Más abajo del campamento estaba la corcovada presa de los castores, ante la que el agua se acumulaba en un remanso. No sabíamos si la fórmula funcionaba o no, pero desde luego aquél era el lugar idóneo para probarla.

Vi movimiento dentro de la tienda y de pronto asomó Morris, agachándose para pasar por la abertura y con un aspecto tan distinto al del tipo elegante y perfumado que yo conocía, que al principio no lo reconocí. Su ropa estaba manchada de barro y con círculos de sal y el cabello enmarañado; llevaba los pantalones y las mangas de la camisa enrollados y la piel que quedaba a la vista tenía manchas de un color violáceo de vino tinto. Lucía una sonrisa permanente y no paraba de hablar, presumiblemente con Warm, que seguía en la tienda, pero estaba tan lejos que no oíamos lo que decía. Bajamos hacia su campamento caminando en diagonal, avanzando con prudencia, poniendo cuidado de no empujar alguna piedra que pudiese rodar ladera abajo y alertarlos de nuestra llegada. Cuando nos acercábamos a la base de la colina, perdimos de vista el campamento en una hondonada; después de remontarla ya oímos la voz de Morris y descubrimos que no hablaba con nadie, sino que estaba entonando una alegre canción de jornalero. Charlie me dio una palmadita en el hombro y me señaló la tienda; desde donde estábamos vislumbrábamos el interior, que estaba vacío. En el preciso momento en que vi eso, por encima de nuestras cabezas oímos unas tajantes instrucciones:

—Mantened las manos donde las vea si no queréis que os meta una bala en la cabeza a cada uno.

Nos volvimos y vimos a un tipo asilvestrado y con aspecto de gnomo sentado en la rama de un árbol. Empuñaba una pistola, una Colt de bolsillo, con la que nos apuntaba. Los ojos le brillaban con una mirada victoriosa.

—Éste debe ser nuestro Hermann Warm —aventuró Charlie.

—Correcto —dijo el tipo—, y que sepáis mi nombre me permite adivinar quiénes sois. Sois los hombres del comodoro, ¿no es así? Los legendarios hermanos Sisters.

—Exacto.

—Habéis recorrido un largo camino para encontrarme, casi me siento halagado. Casi, pero no. —Me moví un poco y Warm dijo cortante—: Vuelve a moverte y te mato. Vosotros, caballeros, os creéis que estoy haciendo el tonto, pero os tengo encañonados y apretaré el gatillo, no os confundáis.

Hablaba en serio y yo sentí el lugar preciso por donde la bala me entraría en el

cráneo. Warm, como Morris, iba descalzo y llevaba los pantalones arremangados, y también tenía la piel de las piernas y las manos de un color violáceo, y me pregunté: ¿Ha resultado efectiva la fórmula para encontrar oro? No podía deducirlo de su expresión, porque su aspecto era meramente feroz y receloso. También Charlie se percató de la presencia de marcas violáceas y preguntó:

—¿Has estado haciendo vino, Warm?

Frotándose los tobillos como un pollo, Warm respondió:

—Para nada.

—¿Entonces eres más rico hoy que ayer? —le pregunté.

Suspicaaz, respondió:

—¿El comodoro os habló de la fórmula?

—De un modo vago, sí —dijo Charlie—. Pero conocimos los detalles por Morris.

—Lo dudo mucho —dijo Warm.

—Pregúntaselo tú mismo.

—Creo que lo haré. —Sin quitarnos ojo, lanzó un doble silbido estridente y breve; en respuesta llegó otro idéntico, al que Warm contestó con otro. Entonces apareció por entre los árboles Morris, saltando como un niño por el montículo y todavía sonriendo, hasta que nos vio a Charlie y a mí, instante en el que la sonrisa se le congeló y se le dibujó en el rostro una expresión de terror absoluto—. No pasa nada, los tengo controlados —le informó Warm—. Me he subido al árbol para echar un vistazo al río desde lo alto y ha habido suerte. He visto a este par de granujas gateando en dirección a nuestro campamento. Están enterados de nuestro pequeño experimento e intentan convencerme de que fuiste tú quien se lo contó.

—Mienten —se defendió Morris.

—No fuiste sólo tú —dijo Charlie—. El tuerto del Black Skull nos dijo dónde planeabais levantar el campamento. Pero tu diario fue lo que nos puso sobre la pista.

Observando la cara de Morris, vi cómo afloraban tormentosamente sus recuerdos.

—La cama —dijo, horrorizado—. Lo siento, Hermann. Maldita sea. Me había olvidado por completo.

—Te dejaste el diario, ¿verdad? —dijo Warm—. No te hagas mala sangre, Morris. Hemos estado muy ocupados, hemos trabajado muy duro, y en cualquier caso la culpa debería ser compartida. ¿No metí yo a ese cíclope en nuestro proyecto? ¿Y a cambio de qué? Por unos cuencos de estofado rancio.

—Aun así... —dijo Morris.

—No le des más vueltas —zanjó Warm—. Los hemos pillado antes de que ellos nos pillaran a nosotros. Eso es lo importante. La pregunta ahora es: ¿qué hacemos con ellos?

Morris, con rostro inexpresivo, dijo:

—Lo único que podemos hacer es matarlos.

—¿Qué te parece esto? —ironizó Charlie—. Una semana en la montaña y nuestro hombre ya pide sangre.

—No nos precipitemos —dijo Warm.

—No tenemos alternativa —continuó Morris—. Después los enterramos y nos olvidamos del asunto. Pasará un mes antes de que el comodoro ordene alguna otra acción contra nosotros y para entonces ya estaremos muy lejos.

—Sin duda estaría mucho más tranquilo si eliminamos la amenaza que suponen —aventuró Warm.

—Dispárales, Hermann. Acabemos de una vez.

Warm lo meditó y dijo:

—Me revuelve el estómago pensar en eso.

—¿Puedo decir algo? —pregunté.

—No —respondió Morris—. Hermann, dispárales. Se van a mover.

—Sí, se mueven, entonces sí que los mato. Tú, el grandullón, adelante, habla.

—Dejadnos entrar en vuestro negocio y trabajar con vosotros —propuse—. Hemos abandonado al comodoro y ya no le guardamos ninguna lealtad.

—No os creo —dijo Morris—. Vuestra simple presencia aquí os delata.

—Estamos aquí por lo que leímos en tu diario —intervino Charlie—. Queremos ver vuestro Río de la Luz.

—Queréis robárnoslo, es lo que queréis decir en realidad.

—Los dos estamos impresionados con tu iniciativa y tu planteamiento visionario —le dije—. Y entendemos la decisión de Morris de dejar al comodoro. Como he dicho, nosotros tomamos la misma decisión y sentimos el impulso de haceros una visita.

Como dije todo eso con sinceridad, Warm se puso a reflexionar y noté cómo me observaba y se preguntaba el porqué de mi actitud. Cuando finalmente respondió, lo que dijo no me favorecía:

—El problema es que aunque hayáis dejado al comodoro, cosa que, la verdad, dudo, pero aunque fuese así, no tengo ninguna confianza en vuestras motivaciones. Por decirlo rápido, sois un par de ladrones y asesinos, y no tenemos sitio para vosotros en nuestra operación.

—No somos ladrones —matizó Charlie.

—Entonces solamente asesinos, ¿es eso?

—Se os ve a los dos agotados —dije—. Os ayudaremos en el trabajo y además os ofreceremos protección.

—¿Protección contra quién?

—Contra cualquiera que pretenda atacaros.

—¿Y quién nos protegerá de vosotros?

—Dejadnos entrar en vuestro negocio —insistió Charlie. Ya se le había agotado la paciencia y su tono era exigente, lo cual zanjó el tema para Warm, que no volvió a hablar, y cuando alcé la mirada vi cómo echaba la cabeza hacia atrás mientras seguía encañonando a Charlie. Yo ya me estaba moviendo para desenfundar mis revólveres cuando Warm, que siguió echando la cabeza hacia atrás hasta que la inclinó

demasiado, perdió el equilibrio y se cayó de la rama de espaldas, dio una voltereta en el aire y desapareció sin soltar un grito entre una tupida mata de altos helechos. Morris, desarmado, dio media vuelta y salió corriendo entre los árboles. Charlie levantó la pistola en su dirección, pero llegué a tiempo de cogerle el arma. Sacó la otra pistola, pero Morris ya había desaparecido de nuestra vista. Charlie se separó de mí para perseguirlo, pero Morris le llevaba demasiada ventaja para poder atraparlo, de modo que Charlie lo dio por perdido y volvió sobre sus pasos hacia donde Warm había caído, pero el tipo ya no estaba allí, porque se había escabullido sin dejar rastro. Charlie contempló impotente los helechos aplastados y después me miró a mí. Transcurrieron unos instantes y de pronto estalló en perplejas carcajadas, con el rostro empalidecido y con una expresión de incredulidad. Este encuentro con Warm, a pesar de la amenaza de las armas, había sido tan diferente de nuestras anteriores experiencias que no pudo evitar encontrarlo divertido. Su regocijo, sin embargo, se apagó pronto y mientras regresábamos al campamento para reorganizarnos se mostró simplemente irascible.

Barreño había desaparecido cuando volvimos. Estaba tan débil que no se me había ocurrido atarlo, pero en nuestra ausencia se había puesto en pie y se había marchado. Seguí el rastro de gruesos goterones de sangre cubiertos de polvo que llevaban hasta una pequeña colina que protegía nuestro campamento; el otro lado bajaba casi en vertical y Barreño había caído y, empujado por su propio peso, se había deslizado casi cincuenta metros colina abajo hasta que la raíz de una secuoya lo detuvo. Estaba con el lomo aplastado contra el árbol, con las patas ridículamente dirigidas hacia el cielo, y pensé: Qué vida la de los animales que trabajan para el hombre, qué acumulación de dolor, aguante y sinsentidos. Pensé en bajar para comprobar su estado, porque si aún respiraba, lo mejor sería pegarle un tiro, pero su absoluta quietud parecía indicar que la muerte sin duda ya le había llegado, así que me alejé de él y al regresar al campamento encontré a Charlie abasteciéndose de municiones.

La muerte de Barreño ayudó a calmar la irritación de Charlie, dado lo preocupado que estaba por mi bienestar; me dijo palabras de aliento, me prometió pagar a medias el caballo nuevo y que sería como Espabilado o mejor. Acepté su consuelo, adoptando una actitud solemne y meditabunda, pero la verdad es que no estaba especialmente triste por el fallecimiento de Barreño. Ahora que había desaparecido era como si el afecto que le tenía hubiese desaparecido también y ya estaba deseando seguir mi vida sin él. Era un animal noble, pero para mí había sido una considerable carga; nuestras vidas no se habían acoplado bien. Muchos meses después empecé a ponerme sentimental al pensar en él, y todavía hoy ese sentimiento me persigue, pero en el momento de su fallecimiento lo único que sentí es que me quitaba un peso de encima.

—¿Estás preparado? —preguntó Charlie.

Asentí. Y aunque sabía la respuesta, de todos modos pregunté:

—¿Cómo vamos a proceder?

—La fuerza es el único camino —dijo.

—Pero sin duda ellos son conscientes de que los podríamos haber matado y no lo hemos hecho.

—Los hubiera matado si tú no hubieras interferido.

—Pero para ellos es como si hubiésemos decidido no hacerlo. —Charlie no respondió y yo propuse, sin mucha convicción—: ¿Y si nos acercásemos a su campamento sin armas, con las manos en alto?

—Me niego a conceder al comentario el honor de una respuesta.

—Sólo pretendo explorar todas las posibilidades.

—Sólo hay dos. Dejarlos en paz o hacerles otra visita. Y si los volvemos a visitar, el uso de la fuerza será ineludible. Ellos ya nos hubieran matado antes de no ser por su torpeza, y ahora no habrá por su parte la más mínima duda. Morris irá armado y no habrá diálogo posible entre ellos y nosotros. —Negó con la cabeza—. La fuerza es la única opción, hermano.

—Pero si volviéramos a Mayfield... —empecé.

—Ya hemos hablado de eso —me interrumpió Charlie—. Sí tú quieres ir, ve, pero tendrás que ir caminando hasta Sacramento para comprar un caballo nuevo. Tú eliges. Yo voy a acabar este trabajo contigo o sin ti.

Tomé la decisión de acompañar a Charlie. Pensé: Tiene razón. Habíamos intentado acercarnos a su campamento pacíficamente, pero no nos habían dejado hacerlo. Era toda la clemencia que podía esperar de mi hermano, y la oportunidad de visitar el Río de la Luz era demasiado tentadora para los dos como para dejarla pasar. Mi actitud respecto a esta decisión era que sería el último derramamiento de sangre en el que iba a participar en mi futuro inmediato, o incluso durante el resto de mi vida; se lo comuniqué a Charlie y él me dijo que si eso me consolaba, así debía proceder.

—Pero —añadió— te estás olvidando del comodoro.

—Oh, sí. Bueno, entonces después de eso.

Charlie guardó silencio unos instantes, y continuó:

—Y es muy probable que después de eso se produzcan unas cuantas matanzas relacionadas con la muerte del comodoro. Se harán acusaciones, habrá deudas por pagar, ese tipo de cosas. De hecho, puede ser bastante sangriento.

Entonces será el *periodo* final de matanzas de mi vida, pensé.

—Está oscureciendo —dijo Charlie—. Deberíamos atacar ahora, por si están planeando batirse en retirada. Podemos sorprenderlos con un movimiento envolvente desde la cima de la colina que hay hacia el este. Será pan comido, ya verás.

Se puso a orinar sobre el fuego. Contemplé la parpadeante luz que proyectaban las agonizantes llamas sobre sus mejillas y su barbilla. Se le veía alegre. Charlie sólo era verdaderamente feliz cuando tenía algo entre manos.

Hicimos una aproximación en círculo al campamento de Warm y Morris, cruzando el río medio kilómetro más arriba y bajando después, reptando hasta la cima de la elevada colina enfrente de donde estaban instalados. Entre los árboles podíamos distinguir el resplandor de los rescoldos de su fuego, los barriles con la fórmula colocados junto al río, uno de ellos volcado y vacío, los otros tres en vertical y aún cerrados. No veía a ninguno de los dos hombres, pero allí seguían sus animales y deduje que o bien estaban escondidos detrás de ellos o bien en el bosque, cerca, armados y esperando para pelear. Pensé que Morris probablemente estaría ocupado rezando desesperadamente y arrepintiéndose de lo que había hecho, y aunque apenas conocía a Warm, supuse que él se sentiría más audaz, más aventurero, arrastrado por la sensación de estar haciendo lo que debía y por la necesidad de llevar a cabo su plan hasta el final, pasase lo que pasase. Pero fuese lo que fuese lo que pensarán, no había rastro de ellos y su campamento estaba tranquilo como una tumba.

La presa, en contraste, bullía de actividad con el inescrutable trabajo de los nocturnos castores, numerosos, gordos y de piel resbaladiza, bajo la luz lechosa de la luna. Se sumergían, nadaban y se alzaban, lanzando unos quedos gruñidos, comunicándose algún lamento de castores o quizá dándose ánimo; se precipitaban hacia la orilla, arrastraban ramitas y ramas al río y las transportaban por el agua hasta la presa, encima de la cual permanecía sentado el más gordo del grupo, contemplando a los demás, como si supervisase su trabajo.

—Ese de ahí es el jefe —le comenté a Charlie. Él, que también los había estado observando, asintió.

En ese momento, el castor corpulento bajó torpemente de la presa, nadó hasta la orilla y una vez allí pisó al principio con cautela, como si no confiase en que el suelo fuera a aguantar su peso, pero su inquietud duró poco y entró en el propio campamento, recorriéndolo sin titubeos ni miedo y dirigiéndose directamente hacia donde estaban los barriles con el líquido de la fórmula. Metió la cabeza en el vacío, retrocedió al oler los efluvios y fue hasta uno de los que permanecían en vertical y llenos. Se levantó sobre sus patas traseras y clavó los dientes en el borde, tratando de volcarlo y, supongo, arrastrarlo o hacerlo rodar hasta el río. A mí la situación me pareció de lo más divertida, pero Charlie estaba muy concentrado e inquieto, porque sabía que la inoportuna aparición del castor podía acarrear una reacción de Warm y Morris, si realmente estaban observando. Y efectivamente, pasaron unos instantes y llegó un apagado «clac-clac» desde el fondo del valle. Charlie asintió excitado:

—¿Allí? ¿Lo has oído?

Volvió a oírse el mismo sonido, y de nuevo otra vez, y distinguí las borrosas siluetas de piedras volando en dirección al tenaz roedor, que para entonces ya había logrado volcar el barril. Seguimos el rastro de las piedras hasta su punto de origen, en el refugio que proporcionaban una masa de árboles y arbustos a unos veinte metros detrás del campamento en nuestro lado del río; Warm y Morris se habían escondido en la base de la misma colina en cuya cima estábamos nosotros, y sin decir palabra

Charlie y yo empezamos a deslizarnos hacia abajo para sorprenderlos por la espalda.

—Yo me encargo de Morris —susurró Charlie—. Encañona a Warm, pero no le dispaes a menos que sea absolutamente necesario. Dispárale en un brazo, si no hay otro remedio. Así todavía podrá trabajar y sobre todo hablar.

Mi núcleo interior empezaba a expandirse, como siempre me sucedía antes de un estallido de violencia, como un bote de tinta que se vuelca y cubre todo el marco de mi mente con su contenido incesante e infinito. Empecé a notar un picor y un hormigueo en la piel y el cuero cabelludo, y me convertí en una persona diferente de mí, o en un segundo yo, y esa persona estaba encantada de salir de las sombras hacia el mundo de los vivos donde podría hacer lo que le diese la gana. Me sentí a la vez perdido y desgraciado, y me pregunté: ¿Por qué me entusiasma esta transformación en animal? Empecé a respirar agitadamente, mientras que Charlie seguía silencioso y tranquilo, y con un gesto me indicó que también yo permaneciese callado. Estaba acostumbrado a controlarme así, provocándome y controlándome en la batalla. Qué vergüenza, pensé. Vergüenza, sangre y degradación.

Estábamos tan cerca que yo veía el lugar donde Warm y Morris seguían agazapados y la difusa silueta de sus brazos cuando lanzaban las piedras. Imaginé cómo se vería su escondite cuando se iluminara intensa y momentáneamente por los fogonazos de nuestros disparos; las hojas y las piedras aparecerían nítidas y claras y yo vería las expresiones congeladas de los dos hombres, su terrible sorpresa al haber sido descubiertos.

De pronto Charlie me dio una palmada en el pecho para indicarme que no me moviese. Sus ojos me escrutaron, pronunció mi nombre inquisitivamente y eso me sacó del estado de introspección antes descrito y me devolvió al mundo.

—¿Qué? —dije, casi frustrado por la interrupción.

Charlie levantó un dedo, señaló y dijo en voz baja:

—Mira.

Meneé la cabeza para despertar a mi verdadero yo y seguí la línea que trazaba su dedo.

Por el sur del campamento se acercaba una fila de hombres protegidos por la oscuridad y, en cuanto vi sus siluetas acarreado rifles, supe que eran los hermanos de ojos azules que habíamos visto río abajo. Al pensar en mi breve relación con aquellos tipos, recordé su casi imperceptible movimiento cuando mencioné los barriles de vino de Warm, y ahora se dirigían hacia los barriles. El castor ya estaba en la orilla con su trabajado premio, pero una patada que le dio en la barriga el más corpulento de los hermanos lo lanzó por los aires y aterrizó con un plaf en el río. Indignado, se puso a salpicar agua con la cola, alertando a sus colegas del nuevo peligro; éstos dejaron inmediatamente lo que estaban haciendo y regresaron a la seguridad del interior de la presa, donde podrían apiñarse huyendo de la amenaza del caos y la brutalidad. El líder de los castores fue el último en abandonar la escena y lo hizo con movimientos lentos. Pensé que probablemente la patada en el estómago le

había cortado la respiración, ¿o es que estaba preservando su orgullo herido? Había algo humano en esas pequeñas bestias, algo ancestral y sabio. Eran animales cautelosos y meditabundos.

El hermano más corpulento hizo rodar el barril lejos de la orilla y lo colocó junto a los demás antes de dirigirse a echar un vistazo en el interior de la tienda. Al encontrarlo vacío, dijo en voz alta:

—Hola.

Creí escuchar risas contenidas procedentes de donde estaban Morris y Warm y miré inquisitivo a Charlie. Las risas subieron de tono hasta convertirse en histéricas y los hermanos se movieron en el médano, mirándose unos a otros inquietos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó el más corpulento.

La risa se extinguió y habló Warm:

—Nosotros estamos aquí. ¿Quién anda ahí?

—Trabajamos en una concesión río abajo —respondió el hermano. Y, dándole una patada a un barril, añadió—: Queremos compraros un poco de este vino.

—El vino no está a la venta.

—Os pagaremos con precios de San Francisco. —Y agitó su monedero para dejarlo claro, pero no obtuvo respuesta, y se puso a escrutar la oscuridad—. ¿Por qué os escondéis así? ¿Nos tenéis miedo?

—No especialmente —respondió Warm.

—¿Entonces vais a salir y hablar con nosotros como hombres?

—No lo haremos.

—¿Y os negáis a vendernos vino?

—Exacto.

—¿Y qué pasa si simplemente cojo un barril?

Warm guardó silencio para pensarse la respuesta. Por fin, dijo:

—Entonces te enviaré a casa sin pelotas, amigo.

Oí la risa enloquecida de Morris; esa última frase le había hecho cosquillas en el alma y se dejó llevar por completo, arrastrado por su regocijo. Charlie, sonriendo, me dijo:

—¡Warm y Morris están borrachos!

Los hermanos se reunieron en el médano para hablar. Después de intercambiar opiniones, el corpulento se alejó de los otros asintiendo con la cabeza y dijo:

—Parece que os habéis montado una juerga esta noche, pero antes de que salga el sol, la euforia desaparecerá y la resaca os hará dormir. Ya podéis contar con que entonces volveremos. Y nos llevaremos vuestro vino, y también vuestras vidas.

No hubo respuesta a estas palabras, ni risas ni réplica burlona, y el hermano dio un paso atrás, la barbilla alzada, en un gesto cargado de dramatismo y orgullo. Era evidente que estaba muy orgulloso de sí mismo. Sus amenazas, en cualquier caso, resultaron suficientemente teatrales para que el alegre dúo situado debajo de nosotros guardase silencio durante un rato, pero enseguida oí a Morris y Warm hablando

atropelladamente, primero en voz baja pero al poco rato elevando ya a todo volumen el tono de su discusión, acalorada y encrespada. La voz suplicante de Morris llegó claramente cuando gritó:

—¡Hermann, no!

E inmediatamente después oímos la detonación de la pistola de bolsillo de Warm y vimos cómo el hermano corpulento caía con un disparo fatal en plena cara.

En un abrir y cerrar de ojos los otros hermanos se agacharon y empezaron a disparar hacia donde estaban Morris y Warm; y el par de borrachos devolvieron los tiros, disparando a lo loco, probablemente sin asomar la cabeza y con los ojos cerrados. Charlie me dio unas rápidas instrucciones:

—Matémoslos a los dos. Todo esto no va a servir de nada si se cargan a Warm.

Desde nuestro elevado ángulo los dos hermanos que quedaban resultaron ser piezas muy fáciles de abatir. No pasaron ni veinte segundos antes de que yacieran sin vida sobre la arena, junto a su líder.

Los sucesivos ecos de nuestros disparos se elevaron por encima de las colinas y de las copas de los árboles, y del fondo del valle llegó el triunfal grito de guerra de Warm. Sin saber que les habíamos ayudado, creía que ellos solos habían liquidado a los hermanos y estaba eufórico. Charlie se dirigió a ellos:

—No han sido vuestros disparos, Warm, sino los de mi hermano y míos, ¿me oyes?

Eso hizo que la celebración de Morris y Warm cesase abruptamente, y se pusieron de nuevo a discutir en voz baja, evidenciando su desacuerdo y su inquietud detrás de los arbustos y el follaje.

—Sé que oís —dijo Charlie.

—¿Quién de los dos está hablando? —preguntó Warm—. ¿El malvado o el gordo? No quiero hablar con el malvado.

Charlie me miró. Me indicó por señas que debía hablar yo y di un paso adelante para hacerlo. Esperé que mi actitud pareciese resuelta y seria, pero me moría de vergüenza y Charlie se avergonzaba de mí. Me aclaré la garganta y dije:

—¡Hola!

—¿Eres el gordo? —preguntó Warm.

—Me llamo Eli.

—¿Pero eres el grandullón? ¿El más rellenito?

Me pareció oír a Morris riéndose.

—Soy el rellenito —dije.

—No pretendo ofender. Yo mismo tengo problemas para apartarme de la mesa. Algunos simplemente tenemos más hambre que otros, ¿qué se puede hacer al respecto? ¿Tenemos que pasar hambre?

—¡Warm! —grité—. Estás borracho, pero necesitamos hablar en serio contigo. ¿Crees que vas a ser capaz de hacerlo? ¿O tal vez pueda Morris?

—¿De qué queréis hablar? —preguntó.

—De lo mismo que antes. De unir fuerzas y trabajar juntos en el río.

Charlie estiró el brazo y me pellizcó con fuerza.

—¿Qué estás haciendo? —susurró.

—Nuestra posición ha cambiado con esta matanza —le dije.

—No veo que nada haya cambiado. Ellos siguen agazapados en la oscuridad con las pistolas preparadas para dispararnos.

—Sólo déjame comprobar cómo reaccionan. Creo que podemos lograr lo que queremos sin derramar más sangre.

Se sentó de nuevo apoyándose en un árbol, reflexionando y mordiéndose los labios. Volvió a señalar hacia la oscuridad para indicarme que debía seguir hablando, y así lo hice:

—Warm, si no aceptas discutir nuestra posible unión, nos forzarás a usar la violencia. Hablo con total sinceridad cuando digo que no queremos mataros a ninguno de los dos.

Warm se mofó:

—Sí, sólo nos pides que compartamos nuestros beneficios con vosotros, y si nos negamos, bueno, en ese caso os veréis obligados a matarnos. ¿No ves que desde nuestro punto de vista vuestra propuesta no resulta particularmente atractiva?

—Lo que propongo —dije— es que nosotros nos *ganemos* nuestra parte de los beneficios. Y, en cualquier caso, si quisiéramos veros muertos, ¿crees que habríamos liquidado a esos hombres que veis delante de vosotros?

Morris dijo algo que no logré entender y que Warm me tradujo:

—Morris dice que cree que él ha matado al de la izquierda.

—No lo ha hecho.

Warm no me dijo nada durante un rato y tampoco lo oía hablando con Morris.

—¿Alguno de vosotros estás herido? —pregunté.

—Morris tiene un rasguño en el brazo. Pero está bien, aunque siente como si le ardiese.

—Tenemos una medicina que eliminará esa quemazón —dije—. Y tenemos alcohol para limpiar la herida. Trabajaremos en el río con vosotros y os protegeremos de bandidos e intrusos. Piénsatelo, Warm. Antes os hemos pillado por sorpresa; si os hubiésemos querido matar, estaríais muertos.

Otro largo silencio, durante el que no pude distinguir el más leve murmullo de Morris o Warm. ¿Estaban rebuscando en sus almas una respuesta? ¿Permitirían a los hasta entonces sedientos de sangre hermanos Sisters sumarse a su negocio? Se empezó a generar un ruido creciente, que al principio no supe identificar y que cuando por fin lo hice me pregunté si realmente lo estaba escuchando, porque era absolutamente incoherente con la situación: Hermann Warm se había puesto a silbar, no sé qué canción era, pero era del tipo que siempre me habían gustado, lenta y sentimental, cuya letra debía de versar sobre corazones rotos y muertes. Los silbidos se hicieron más fuertes cuando Warm abandonó su escondite y salió a campo abierto,

cruzó la superficie convexa de la presa de los castores y el médano hasta su campamento. Era un silbador muy dotado y la canción descendía en picado y después se elevaba, temblando en el aire y desapareciendo en el silencio del río. Seguía y seguía, y Charlie, sin decir palabra, se puso en pie y empezó a bajar por la colina. Yo no sabía cuál era el plan y tampoco creo que él lo supiera. Warm no sabía el plan y Morris no podía saberlo. No había ningún plan. Pero también yo empecé a bajar por la ladera sin pensar en ningún momento en ocultar nuestra aproximación. Ahora teníamos a Warm enfrente, mirando colina arriba, en nuestra dirección, tratando de vernos mientras la canción que brotaba de sus labios se hacía incluso más trémula y romántica. Tenía los brazos extendidos, tal como los extiende un actor en un gesto de envolver a su público.

Cruzamos la presa hasta la orilla. La canción de Warm se acabó cuando nos encontramos cara a cara. Era un tipo de aspecto salvaje, un palmo más bajo que yo, y olía a alcohol y a tabaco de mala calidad. Tenía los hombros y los brazos delgados y también era estrecho de caderas, pero la barriga era enorme y redonda, y no nos tenía ningún miedo, lo cual es lo mismo que decir que no temía a la muerte, y pensé que me caía muy bien; y notaba que, por como se había puesto a silbar y había salido a campo abierto, también Charlie estaba impresionado con su osadía y firmeza de carácter. Warm nos tendió la mano, primero a Charlie y después a mí, y se la estrechamos por turno para sellar nuestra alianza. Después se produjo un lapso durante el que nadie sabía muy bien qué hacer o decir. Morris, que todavía no estaba preparado para entablar relación, había permanecido detrás, entre los arbustos, con el whisky.

Encendimos el fuego y nos sentamos a discutir los detalles de nuestra asociación. Charlie era partidario de echar todo un barril de la fórmula esa noche, pero Warm se mostró reticente, aduciendo que Morris estaba borracho y además agotado. Morris, debo decir, salió finalmente de su escondite, agarrándose el brazo con un gesto de dolor, pero queriendo aparentar indiferencia o indolencia. Se notaba que nuestra incorporación al equipo le molestaba. Observé cómo Charlie lo observaba y me preocupó lo que mi hermano pudiese decirle o hacerle a aquel hombre. Me sentí aliviado cuando saludó a Morris sin malevolencia, tendiéndole la mano y diciéndole que esperaba que considerasen que lo pasado pasado estaba. Morris estrechó la mano a Charlie con aire reflexivo; me miró, se encogió de hombros y me ofreció una alargada petaca plateada. Las puntas de su bigote estaban deshilachadas y tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

—Estoy cansado, Hermann —dijo.

Warm lo miró con afecto.

—Ha sido un día largo, ¿verdad, amigo mío? Bueno, ¿por qué no te vas a dormir? Descanemos todos y nos reencontramos ya como cuarteto por la mañana.

Morris no dijo nada y se metió en la tienda. Yo eché un trago de whisky y le pasé la petaca a Charlie. Él echó un trago y se la pasó a Warm. Warm bebió un pequeño trago, enroscó con fuerza el tapón y se guardó la petaca en el bolsillo de la chaqueta como diciendo: Ya hemos bebido suficiente. Se lamió la palma de la mano y se la pasó por el pelo para alisárselo, y tiró de las solapas de su chaqueta para colocársela bien. Hacía todo eso aturdido, pero tratando de dar una impresión de seriedad.

Decidimos que mi hermano y yo nos quedaríamos la mitad de lo que extrajéramos del río, y que el resto iría a lo que Warm llamaba la Empresa.

—Y la Empresa sois tú y Morris —dijo Charlie.

—Sí, pero no vamos a gastar las ganancias en la cantina. Las usaremos para futuras expediciones similares a ésta, pero más ambiciosas y por lo tanto más costosas. De todos modos, si la cosa funciona como espero, la Empresa crecerá rápidamente y tendrá varias operaciones en marcha simultáneamente, y habrá oportunidades de implicarse más una vez que uno haya probado que es digno de confianza. De momento, ¿por qué no esperamos a ver si tú y tu hermano sois capaces de incorporaros a esta modesta expedición sin rebanarnos el pescuezo a mí y a Morris, eh?

Es justo, pensé. Warm empezó a rascarse los tobillos y las espinillas, y le pregunté:

—¿Sacasteis mucho del río anoche?

—Estábamos tan entusiasmados con el espectáculo —me explicó—, que nos pasamos la mayor parte del tiempo simplemente mirando, vadeando el río, riendo y felicitándonos mutuamente en lugar de trabajar. Pero en el cuarto de hora que sí aprovechamos antes de que el oro perdiese su brillo, recogimos lo que de haber utilizado el cribado tradicional nos hubiera llevado un mes reunir. La fórmula

funciona, eso está claro. Funciona tan bien como esperaba, incluso mejor.

Mientras miraba por encima de su hombro el río, a Warm se lo veía contento al repasar sus éxitos y yo sentí una intensa envidia mientras lo observaba. Estaba recogiendo los beneficios, tanto económicos como espirituales, de su duro trabajo y su inteligencia, y me hizo pensar en mi propio recorrido, que en comparación resultaba mucho más irreflexivo y descorazonador. También Charlie escrutaba a Warm, aunque su expresión era menos de admiración que de enigmática curiosidad. No creo que Warm se percatase de nuestro interés por su persona y continuó con su historia:

—Era la cosa más hermosa que he visto con estos ojos, caballeros. Cientos y cientos de fragmentos de oro, todos brillando como la llama de una vela. Diría que fue el trabajo más placentero en el que he tomado parte en toda mi vida, entrando y saliendo del agua, recogiendo las piedrecitas doradas y depositándolas en un cubo. — Tenía los ojos brillantes y la mirada focalizada en sus recuerdos; cuando miré el río y me lo imaginé tal como él lo acababa de describir, me recorrió un escalofrío—. Veinticuatro horas —añadió— y lo veréis con vuestros propios ojos.

De nuevo empezó a rascarse las espinillas, esta vez con más intensidad que antes; a la luz del fuego noté que la piel se le había oscurecido y que se estaba pelando. Al ver la expresión de mi rostro, asintió y dijo:

—Es verdad que no contaba con esto. Sé que la fórmula es corrosiva, pero pensé que no causaría ningún daño una vez disuelta en el río. En el futuro deberemos equiparnos con algo que nos cubra los pies y las pantorrillas. —Morris le llamó desde la tienda y Warm se excusó; regresó con expresión sombría y nos confió que Morris estaba teniendo ciertas dificultades para aclimatarse a la vida al aire libre—. Dios sabe que estoy en deuda con él, pero deberíais haberle visto la cara cuando le obligué a dejar sus potingues y perfumes en San Francisco. Cómo hizo para llegar a California desde Oregon City cargando con todos esos botellines y cajas es algo que escapa a mi capacidad de comprensión.

—¿Qué tal tiene el brazo? —pregunté.

—La bala sólo le ha rozado y no me parece que corra ningún peligro, pero desde el punto de vista anímico no lo veo muy bien. Le agobia que vosotros dos estéis aquí y las piernas le están fastidiando incluso más que a mí. ¿Pero no habéis mencionado una medicina? Creo que le tranquilizaría que pusieseis en práctica vuestro ofrecimiento de ayuda.

Charlie me mandó de vuelta al campamento para recoger nuestras pertenencias mientras él y Warm ataban los últimos detalles de nuestra alianza. Cuando regresé con Espabilado cargado con las sillas de montar y las alforjas de los dos, Charlie había arrastrado los cadáveres de los tres hermanos cerca del fuego, una decisión que yo entendí al momento, pero que Warm, que se mantenía a la expectativa, no lograba comprender.

—¿No sería mejor dejarlos en el bosque? —preguntó—. No querría tener que

verles la cara por la mañana.

—El sol no volverá a brillar sobre sus caras —respondió Charlie, y lanzó uno de los cuerpos directamente sobre las llamas.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Warm.

—¿Cómo andas de petróleo para los candiles?

Ahora Warm lo entendió. Trajo sus reservas de petróleo y yo le di después el alcohol y la medicina anestésica. Warm desapareció para atender a Morris mientras yo ayudaba a Charlie a colocar los cadáveres. Los empapamos de arriba debajo en petróleo y al poco rato ardían, los tres apilados y ennegrecidos en la base de la fogata, y pensé: Y yo que pretendía llevar una vida tranquila. Warm asomó la cabeza por la entrada de la tienda para contemplar el horripilante espectáculo. Parecía triste. Al cabo de un rato dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

—Por hoy ya he tenido bastante.

Su cabeza desapareció y yo me quedé de nuevo solo con mi hermano.

Observándolo mientras desplegaba su saco de dormir deseé preguntarle qué le pasaba por la cabeza en esos momentos, porque necesitaba desesperadamente poder confiar en él, saber que había tomado por fin una decisión moral, pero no se me ocurrían las palabras adecuadas para hacerlo y temía cuál podría ser la respuesta, y además yo estaba agotado, de modo que en cuanto me tumbé en el suelo caí en el más profundo, espeso e impenetrable de los sueños.

Cuando desperté, el sol me daba en la cara, el sonido del río se me metía en los oídos y Charlie no estaba a mi lado. Warm permanecía en pie junto al montón de cenizas del fuego apagado, muy tieso, con un palo largo en la mano, medio levantado, como a punto de golpear. Me señaló el cráneo gris oscuro de uno de los hermanos muertos y me dijo:

—¿Lo ves? Ahora mira. —Golpeó la parte superior del cráneo y todo él se desmoronó convertido en polvo—. He aquí el destino último de cualquier hombre civilizado.

Su tono era amargado, así que sentí el impulso de preguntarle:

—Warm, tú no eres de los temerosos de Dios, ¿verdad?

—No lo soy. Y espero que tú tampoco lo seas.

—No sé si lo soy.

—Temes el infierno. Pero en eso realmente consiste toda la religión. Temer un lugar al que preferiríamos no ir a parar y en donde no existe algo como el suicidio para poder escabullirse.

¿Por qué saco a Dios en la conversación nada más levantarme?, pensé. Warm volvió a centrar su atención en el montón de ceniza.

—Supongo que el cerebro se cuece hasta quedar reducido a nada, ¿no? —caviló—. El calor lo transforma en agua, que después se evapora. Un hilillo de humo y el preciado órgano se disipa con la brisa.

—¿Dónde está Charlie?

—Él y Morris han ido a darse un baño.

Warm dio con otro cráneo y repitió la operación de golpearlo para que se desmoronara.

—¿Han ido juntos? —pregunté.

Mirando río arriba, respondió:

—Morris se estaba quejando de las piernas y tu hermano dijo que le parecía que un chapuzón le aliviaría el escozor.

—¿Cuánto hace que se han marchado?

—Media hora —dijo Warm, encogiéndose de hombros.

—¿Me puedes llevar hasta ellos?

Dijo que sí. No estaba inquieto y yo no quería inquietarlo, pero traté de meterle tanta prisa como pude, fingiendo que estaba muy acalorado y también quería darme un chapuzón. Sin embargo, Warm no era un tipo al que le gustasen las prisas; de hecho pareció insistir en detenerse y analizar cada pequeño detalle. Mientras se ponía las botas, se preguntó:

—¿Qué imaginas que le sucedió al primer hombre que envolvió sus pies descalzos en hojas o cuero para protegérselos? Probablemente lo expulsaron de la tribu después de castrarlo. —Se rió—. ¡Probablemente lo apedrearon hasta matarlo! —Yo no tenía nada que añadir a eso, pero Warm no necesitaba ninguna respuesta por mi parte y siguió con su discurso mientras empezábamos a caminar río arriba—.

Evidentemente en aquellos tiempos los pies de la gente estaban cubiertos de los callos más duros que uno pueda imaginar, de modo que el deseo de calzárselos probablemente obedeciera más a la coquetería que a la comodidad o la necesidad, al menos en los climas más cálidos.

Señaló a un águila que volaba por las inmediaciones y en ese momento el pájaro descendió en picado y agarró un pesado pez del río, y Warm aplaudió.

Las piernas le estaban dando problemas y le ofrecí mi brazo, del que se cogió dándome las gracias. La arena era blanda, de modo que nos hundíamos al caminar, y me preguntó reiteradas veces si podíamos descansar, y aunque yo me resistía a entretenernos más de lo necesario, también dudaba si explicarle los verdaderos motivos de mi prisa. Pero Warm lo dedujo; se rió entre dientes y me preguntó:

—No te fías del todo de tu hermano, ¿verdad?

En el contexto de nuestra incipiente alianza comercial y dado que Charlie estaba a solas con el camarada en horas bajas de Warm, se trataba de un asunto serio, y sin embargo su expresión transmitía tan sólo diversión, como si estuviésemos enfrascados en una charla sobre los chismorreos más frívolos de la ciudad.

—Resulta difícil ponerlo contra las cuerdas —fue mi tangencial respuesta.

—Creo que de hecho Morris despreciaba a tu hermano antes de que nos ayudaseis la noche pasada. Y sin embargo esta mañana caminaban cogidos del brazo. ¿Qué conclusión sacas de eso?

—No sé qué decir, salvo que no es muy propio de su manera de ser.

—¿No crees que su ayuda es bienintencionada?

—Me sorprende oírlo, eso es todo.

Warm se detuvo para rascarse las espinillas y pude comprobar que su piel se había vuelto mucho más oscura y que le empezaban a salir ampollas por la zona de la rótula. Cada vez se rascaba más y más fuerte, hasta casi arrancarse la piel con las uñas. Me pareció que se sentía frustrado por el efecto irritante de la fórmula y en consecuencia por el defectuoso funcionamiento de sus hermosos planes. Finalmente se puso a palmearse las piernas para aliviar el enloquecedor escozor y eso pareció aliviarlo un poco. Mientras se enderezaba los pantalones, me preguntó:

—Pero no crees de verdad que Charlie sería capaz de matar al viejo Morris, ¿verdad?

—No lo sé, espero que no. —Apoyó su brazo en el mío y continuamos río arriba. Añadí—: Admito que me resulta raro hablar de esto contigo.

Él negó con la cabeza y dijo:

—Mejor hablarlo claramente, por lo que a mí concierne. ¿Y no lo hemos hecho ya? Y, en realidad, ¿qué podemos hacer Morris y yo al respecto? Preferiríamos que tú y tu hermano no nos mataseis, pero estamos más o menos a vuestra merced, ¿no es así?

—Vaya grupo has reunido, Warm.

—Arriesgado, ¿verdad? —dijo con tono grave—. Un dandy y dos asesinos

tristemente célebres.

Me reí y Warm quiso saber qué me resultaba tan gracioso.

—Tú y tus manos y piernas violáceas. Morris y mi hermano, y los tipos amontonados sobre el fuego. Mi caballo muerto patas arriba en el fondo de una colina.

A Warm le gustó el comentario y se sostuvo en pie un momento y me sonrió.

—Tienes algo de poeta, Eli. —Me dijo que le gustaría preguntarme algo personal, yo le di permiso para hacerlo y esto era lo que quería saber—: Es una pregunta que le hice a Morris hace algún tiempo, pero ahora me hago la misma pregunta sobre ti, que es cómo llegaste a trabajar para alguien como el comodoro.

—Es una larga historia —le respondí—. Pero, para resumir, mi hermano conoció la violencia desde una edad muy temprana gracias a nuestro padre, que era una mala persona. Eso le trajo muchos problemas a Charlie, uno de los cuales era que cuando lo insultaban no podía responder con la típica pelea a puñetazos o incluso con navajas, sino que tenía que zanjar el tema con la muerte de quien le había ofendido. Bueno, matas a un hombre y entonces aparece su amigo o su hermano o su padre, y todo vuelve a empezar. Y por lo tanto en ocasiones Charlie se veía superado en número y ahí es donde entro yo. Era joven pero tenía carácter, y la idea de que alguien le hiciese daño a mi hermano mayor, que hasta ese momento siempre había sido muy bueno y protector conmigo, bastaba para sacarme de mis casillas. A medida que su reputación crecía, también lo hacía el número de sus contrincantes y con ello su necesidad de recibir ayuda, y al cabo de un tiempo quedó claro que enfrentarse a uno de nosotros significaba librar batalla con los dos. Y resulta que, no sé por qué y en ocasiones he deseado que no fuese así, lo cierto es que tenemos unas aptitudes especiales para el asesinato. Y, debido a esto, el comodoro nos contactó y nos ofreció trabajar para él. Al principio era más trabajo de músculos, cobrar deudas y ese tipo de cosas, que asesinatos puramente. Pero a medida que fue teniendo más confianza en nosotros y que la tarifa aumentaba, la cosa pronto evolucionó en esa dirección. —Warm escuchaba atentamente mi relato y tenía una cara tan seria que no pude evitar reírme. Le dije—: Warm, tu expresión me dice lo que opinas sobre mi profesión. Estoy prácticamente de acuerdo contigo. En cualquier caso y tal como ya le he dicho a Charlie, este trabajo va a ser el último que lleve a cabo.

Warm se detuvo y se volvió para mirarme con una expresión desconcertada y temerosa. Le pregunté qué le pasaba y me dijo:

—Supongo que lo que querías decir es que el trabajo anterior fue el último. Porque no piensas llevar a cabo éste, ¿no es así?

Acabábamos de doblar una curva del río: alcé la vista y vi a Charlie desnudo, saliendo del río en dirección a su ropa, depositada en la orilla. Morris flotaba en el agua justo detrás de él, panza arriba y muy quieto. Cuando Charlie se volvió hacia nosotros, en su rostro se dibujó una sonrisa y nos saludó con la mano. Entonces vi que Morris se incorporaba tan tranquilo, y él también nos saludó con la mano y nos

llamó. El corazón me iba a cien; sentía como si toda mi sangre estuviese escurriéndose y dejándolo seco. Me volví hacia Warm y le respondí:

—Me he hecho un lío con las palabras, Hermann, y ya no trabajamos para ese hombre. Te doy mi palabra.

Warm se quedó quieto frente a mí, mirándome fijamente; su actitud transmitía muchas cosas a la vez. Tenacidad, cautela, cansancio, pero también una suerte de energía o resplandor, algo parecido al interior de una pequeña llama. ¿Es eso lo que llaman carisma? No lo sé exactamente, lo único que puedo decir es que Warm transmitía algo diferente a lo que transmite un hombre corriente.

—Te creo —me dijo.

Nos acercamos a los otros, mientras Morris nos llamaba desde el agua.

—¡Hermann! ¡Tienes que meterte! Te aseguro que alivia mucho.

Su voz era estridente y estaba como fuera de sí, liberado del corsé de la rigidez y la seriedad, y encantado de haber dado el paso.

—Qué alegre está el chiquillo —comentó Warm, dejándose caer sobre la arena. Entrecerrando los ojos por la intensidad del sol, alzó la mirada y me pidió—: Eli, ¿me ayudas con las botas, por favor?

Por la tarde yo estaba descansando junto al fuego con Warm, esperando a que oscureciera y así poder utilizar la fórmula para buscar el oro del modo más eficiente. Para pasar el rato, me animó a contarle mi vida, relatarle mis múltiples aventuras peligrosas, pero yo no tenía ningunas ganas de hacerlo y de hecho prefería olvidarme de mí durante un rato; le devolví el envite y él estaba mucho más comunicativo que yo. A Warm le encantaba hablar de sí mismo, aunque no de un modo orgulloso o egoísta. Creo que simplemente le parecía que su historia era inusual y le gustaba compartirla. Y por lo tanto me contó su vida de un tirón.

Había nacido en 1815 en Westford, Massachusetts. Su madre tenía quince años y huyó, después de dar a luz, en cuanto tuvo fuerzas suficientes para marcharse. Dejó a Warm al cuidado del padre, Hans, un emigrante alemán, relojero e inventor.

—Un gran pensador, incansable resolviendo adivinanzas y problemas matemáticos. Y sin embargo era incapaz de solucionar sus propios problemas, y tenía un montón. Era... de trato difícil. Digamos simplemente que mi padre tenía algunos hábitos antinaturales.

—¿Cómo cuál? —pregunté.

—Cosas feas. Un tipo concreto de desviación. Es demasiado desagradable hablar de ello. Si lo explico te revolvería las tripas. Mejor sigamos adelante.

—Lo entiendo.

—No, no lo entiendes, y alégrate de no entenderlo. Pero ése es el motivo por el que se marchó de Alemania, y por el que sospecho que la abandonó a toda prisa, aprovechando la noche y sin poder llevarse consigo casi ningún dinero. Odió América en cuanto puso el pie y continuó odiándola hasta su muerte. Lo recuerdo contemplando el precioso paisaje otoñal de Massachusetts, escupiendo al suelo y diciendo: «¡El sol y la luna deberían sentir vergüenza por iluminarlo!». Berlín era para él una gran metrópoli y un campo de juego, ¿sabes? Aquí se sentía relegado y socavado, y consideraba que su nuevo público no era tan respetuoso como el de su patria.

—¿Qué inventó?

—Hizo pequeñas y útiles mejoras en inventos ya existentes. Por ejemplo, un reloj de bolsillo con el añadido de una brújula; otro que diseñó exclusivamente para mujeres era un modelo más pequeño, con forma de lágrima y pintado con colores pastel. Se ganaba bien la vida y estaba bien considerado antes de que el escándalo lo arruinase y se viese obligado a expatriarse. Cuando llegó a América, vestido de forma estafalaria y sin apenas hablar inglés, se encontró con que ni siquiera las empresas relojeras más mediocres, que él consideraba muy por debajo de su nivel, quisieron saber nada de él; a medida que se iba empobreciendo, su mente se hacía más sombría, cuando ya de por sí era mucho más sombría que la de cualquier hombre normal. Progresivamente sus inventos se fueron transformando en diabólicos, sin pies ni cabeza. Finalmente concentró todos sus esfuerzos en el refinamiento de artefactos de tortura y ejecución. La guillotina, decía, era la encarnación mecánica de la

mediocridad y pereza estética del ser humano. La modernizó de modo que en lugar de seccionar únicamente la cabeza del reo, todo el cuerpo fuese cortado en innumerables y perfectamente ordenados pedazos en forma de dado. Bautizó la enorme plancha de cuchillas plateadas entrecruzadas como *Die Beweiskraft Bettdecke*, El Manto Decisivo. Inventó una pistola con cinco cañones que disparaban simultáneamente y cubrían un ángulo de trescientos grados en una ráfaga. Una lluvia de balas que incorporaba una delgada estructura que llamó *Das Dreieck des Wohlstands*, El Triángulo de la Prosperidad, dentro de la cual se introducía el propio tirador.

—De hecho no es mala idea.

—A menos que te enfrentes a cinco hombres a la vez, cada uno de los cuales se coloque justo delante de su correspondiente cañón, es una idea pésima.

—Pero demuestra imaginación.

—Demuestra un desprecio total por la seguridad y la eficacia.

—De todos modos es interesante.

—Eso no voy a negarlo, aunque en esa época, cuando yo tenía trece años, su trabajo me interesaba más bien poco. De hecho, sus invenciones me producían terror, no podía quitarme de la cabeza la idea de que quería probarlas conmigo, y todavía ahora me atrevo a decir que no era mera paranoia por mi parte. Así que no me sentí del todo infeliz cuando hizo su maleta y se marchó una mañana de primavera sin dejarme instrucciones ni despedirse, apenas recibí una palmadita en la cabeza por parte del viejo. Algún tiempo después se suicidó utilizando un hacha en Boston.

—¿Un hacha? ¿Cómo es eso posible?

—No lo sé. Pero era lo que decía la carta: *Lamentamos comunicarle que su padre Hans Warm se ha matado con un hacha el 15 de mayo. En breve le remitiremos sus posesiones.*

—Quizá lo asesinaron.

—No, no lo creo. Si ha habido alguna vez alguien en el mundo capaz de encontrar la manera de matarse con un hacha, ése era mi padre. Nunca me devolvieron sus cosas. Me he preguntado muchas veces qué guardaba consigo al final de su vida.

—Y después de que te abandonase, ¿qué sucedió?

—Permanecí solo durante dos semanas en nuestra cabaña y entonces apareció mi madre, allí plantada ante la puerta, con veintiocho años, bellísima. Había oído que él me había abandonado y vino a llevarme con ella de vuelta a Worcester, donde había estado viviendo durante todo ese tiempo. Me dijo que estaba arrepentidísima de haberme abandonado, pero le tenía pánico a mi padre, que bebía más de la cuenta y la amenazaba con cuchillos, tenedores y cosas por el estilo. Por lo que entendí, el suyo había sido básicamente un amor forzado o unilateral. Ella era incapaz de hablar del tiempo que pasaron juntos sin sentir repugnancia. Pero eso pertenecía al pasado y los dos nos sentíamos felices de estar juntos otra vez. Durante todo el primer mes en Worcester, ella se limitaba a abrazarme y llorar. En eso consistía toda nuestra relación al principio. Y yo me preguntaba si cambiaría en algún momento.

—Parece una mujer cariñosa.

—Sí que lo era. Disfrutamos de cinco años de felicidad durante los que nuestra vida fue prácticamente perfecta. Ella había recibido una herencia de su familia de Nueva York, así que yo siempre tenía para comer y llevaba la ropa limpia, y ella me alentaba en mi búsqueda de conocimiento pues, ya a temprana edad, yo sentía una fuerte curiosidad por casi todo, desde la ingeniería mecánica a la botánica o la química, ¡sí, así era realmente! Desgraciadamente esta plácida existencia no iba a durar, porque al convertirme en adulto a ella le quedó claro que yo era hijo de mi padre, tanto por mi aspecto físico como por mi temperamento. Yo me obsesioné con los estudios y apenas salía de mi habitación. Cuando ella trató de arrastrarme hacia pasatiempos más sanos, yo ya estaba consumido por una rabia que nos asustó a los dos. Empecé a beber, al principio no mucho, pero lo suficiente para comportarme de modo agresivo y despectivo, como lo había hecho mi padre. Al haber pasado ya por todo eso, a mi madre, como era de esperar, mi comportamiento le pareció repulsivo y fue dejando de lado su afecto hacia mí en una sucesión de dolorosas etapas, hasta que entre ella y yo no quedó nada, nada excepto la necesidad de que yo me marchase, que es lo que hice, llevándome mi bolsita de dinero, y me dirigí a Saint Louis, o más bien debería decir que el dinero se me acabó en Saint Louis, lo cual me obligó a quedarme allí. Era invierno y yo tenía miedo de morir de frío o de tristeza o de ambas cosas. Vendí mi caballo y me casé con una gorda a la que no amaba, en realidad ni siquiera me gustaba, llamada Eunice.

—¿Por qué te casaste con alguien que no te gustaba?

—Tenía una estufa enorme en su cabaña, de la que emanaba calor como si aquello fuese el carbón del infierno. Y por su aspecto debía de tener montones de comida con la que podríamos alimentarnos los dos hasta la primavera. Sonrías, pero te aseguro que éstos eran mis únicos motivos. Calor y alimento. Anhelaba tanto gozar de un poco de comodidad que me hubiera casado con un caimán con tal de que me dejase compartir su cama. Y podría haberme casado con un caimán dado el cariño que me demostró Eunice. Carecía de cualquier tipo de gracia o encanto. Poseía un encanto nulo, era el antiencanto. Un pozo sin fondo de incompatibilidad y hostilidad. Y era terriblemente fea. Y olía a hojas podridas. Una bestia, por decirlo de modo conciso. Cuando el dinero de la venta de mi caballo se acabó y entendió que yo no tenía ninguna intención de copular con ella, me echó de la cama y me obligó a dormir en el suelo, donde el calor de la estufa me abrasaba la parte superior del cuerpo, mientras que la corriente de aire que se colaba por entre los tablones del suelo me congelaba la parte inferior. Y también mis esperanzas de una mesa repleta se esfumaron rápidamente. Eunice protegía su comida con la fiereza de una mamá osa. De vez en cuando me ofrecía un cuenco de estofado aguado, así que digamos que no era tan mala, pero esa bondad era tan raquílica que tenías que prestar mucha atención para no perderle la pista por completo. Pero, como decía, hacía un frío horrible y yo me había empeinado en pasar el invierno en aquella cabaña fuese como fuese. Cuando el

tiempo mejorase, le robaría y huiría en busca de la luz del sol, así yo reiría el último. Pero ella intuyó mi plan y urdió uno mejor antes de que yo me diese cuenta. Un día volví de la cantina y me encontré con un tipo enorme y con cara de pocos amigos sentado a la mesa. Tenía delante un plato rebosante de galletas. Lo entendí de inmediato. Les deseé buena suerte y me largué.

—Una actitud muy deportiva.

—Regresé una hora después e intenté prenderle fuego a la cabaña. El tipo me pilló agazapado con la caja de cerillas y me pateó con tanta fuerza en el culo que me levantó del suelo. Eunice lo contemplaba todo desde la ventana. Fue la única vez que la vi reírse. Se estuvo riendo un buen rato. En cualquier caso, me incomoda contarlo, pero después de este hiriente episodio perdí toda ilusión y durante un tiempo sobreviví dedicándome a robar. No lograba quitarme de la cabeza mi mala fortuna, ése era el problema. Sólo unos meses antes, yo estaba a solas con mis libros, limpio, protegido y bien alimentado, absolutamente feliz. Y ahora, sin tener ninguna culpa, me encontraba cobijándome a hurtadillas en algún establo por la noche y cubriéndome con heno mezclado con estiércol para no morir congelado. Me dije: ¡Hermann, el mundo ha alzado el puño y te ha arreado una buena! Así que decidí devolver el golpe.

—¿Y qué robabas?

—Al principio me limitaba a cubrir mis necesidades. Una hogaza de pan aquí, una manta allá, un par de calcetines de lana..., pequeñas cosas que no deberían negársele a ningún hombre. Pero tras cada hurto iba aumentando mi sigilo, mi arrogancia y también mi codicia; pasado un tiempo, empecé a llevarme todo lo que podía agarrar por el mero placer malicioso de hacerlo. Robaba cosas que nunca iba a poder utilizar. Un par de botas de mujer. Una cuna. En una ocasión me encontré huyendo de un matadero con una cabeza de vaca en las manos. ¿Para qué? ¿Cuál podía ser su utilidad? Cuando empezó a pesarme demasiado, la lancé al río. Se balanceó en el agua, rebotó contra una roca y se fue hundiendo hasta desaparecer por completo. Robar se convirtió en una especie de enfermedad. Creo que lo veía como una forma de vengarme de todos los que no tiritaban, pasaban hambre y estaban solos. Fue en esa época cuando el alcohol empezó a apoderarse de mí, de mi cuerpo y de mi espíritu. Todos tenemos nuestro talón de Aquiles.

—Mi padre bebía demasiado. Y Charlie también lo hace.

—Es algo que todavía sigue asediándome, y probablemente me perseguirá toda la vida. Evidentemente lo mejor sería ponerle el tapón a la botella para siempre. Yo ya he asumido mi problema. Sé que no me conviene. ¿Entonces por qué no dejarlo? ¿Por qué no acabar de una vez por todas? No, eso sería demasiado lógico. Sería demasiado razonable. Oh, es un talón de Aquiles, de acuerdo, no hay que equivocarse al respecto. Bueno, pasaron días y noches, y yo me veía cada vez más sucio y depravado por dentro y por fuera. Te encontrarás con algunos tipos hundidos en la miseria que se muestran orgullosos de sus uñas cortadas y limpias, hombres que

presumen de bañarse una vez por semana, sin importarles las penurias económicas. Acuden a la iglesia regularmente y se sientan estoicamente en los bancos, esperando un cambio de su suerte sin asomo de amargura, con las barbas impecablemente peinadas. Déjame decirte que yo no era de éstos. De hecho, era más bien todo lo contrario. Cada vez me atraía más la porquería. Cada vez deseaba más y más dejarme caer y hundirme en ella, de hecho *vivir en ella*. Se me cayeron los dientes, y eso me complació. La cabeza se me llenaba de calvas y yo estaba encantado. Resumiendo, era el delirante y maniaco tonto del pueblo, sólo que el pueblo en cuestión no era un modesto villorrio de cabañas con techo de paja, sino los Estados Unidos de América. Finalmente se apoderó de mí una preocupación que no lograba quitarme de encima, concretamente el convencimiento de que estaba compuesto de desechos humanos.

—¿Qué?

—Un molde viviente de desechos, ése era el concepto que tenía de mí. Excremento. Mis huesos eran de excremento solidificado. Mi sangre... era excremento líquido. No me pidas que te lo aclare. Es algo que jamás seré capaz de explicar. Padecía, si no me equivoco, escorbuto, lo cual, sumado al alcoholismo y la confusión mental, me llevó a concebir esta estrafalaria idea.

—Materia formada con desechos humanos.

—Me encantaba la idea. Mi pasatiempo favorito era abrirme paso entre una multitud, tocando y manoseando los brazos desnudos de mujeres solas. La visión de mi mugre y sus pálidas muñecas y manos era la cosa más placentera que podía imaginar.

—Supongo que no eras muy popular.

—Era un popular tema de discusión. Socialmente sin embargo..., no, no era muy bien visto. Pero en aquella época raramente me quedaba en un sitio el tiempo suficiente para convertirme en algo más que un mito de callejón. Fuese o no obsesivo, lo cierto es que no estaba loco, y sabía perfectamente que podía dar un golpe y largarme cuando quisiera, antes de que cualquier tipo de violencia pudiese cernirse sobre mí. Podía robar un caballo y enfilarse hacia el siguiente pueblo, sólo para iniciar de nuevo mi campaña de contaminación. Mis días se construían con estiércol, monstruosidad y el más negro tipo de pecado, y yo sólo vivía a medias, apenas aguantando, esperando y deseando, creo, la muerte. Y entonces una mañana me levanté y me encontré en el más curioso de los lugares, ¿puedes imaginarte cuál? Y no digas la cárcel.

—Iba a decirlo.

—Déjame entonces que te lo cuente. Me desperté con la madre de todas las resacas en el catre de un barracón militar. Me habían aseado y me habían afeitado la barba. Me habían cortado el pelo y vestía un uniforme de soldado. El toque de diana me perforaba los oídos y creí que me moría, literalmente, de miedo y confusión. Entonces un soldado de rostro resplandeciente se acercó y me cogió del brazo. «¡Despierta, Hermann!», me dijo. «¡Si vuelves a llegar tarde al recuento, vas directo

al calabozo!».

—¿Qué demonios había sucedido?

—Eso era precisamente lo que quería saber yo. Pero ponte en mi lugar. ¿Cómo darías con la respuesta?

—Supongo que preguntaría a alguien.

Warm impostó seriedad en la actitud y la voz:

—Perdone, buen hombre, ¿pero le importaría explicarme cómo me he alistado en el ejército? Es sólo un pequeño detalle sin importancia, pero es que no logro acordarme.

—Sería una manera torpe de iniciar la conversación —admití—. ¿Pero qué otra cosa podías hacer? No podías simplemente seguir adelante como si tal cosa.

—Pues eso es exactamente lo que hice. De hecho, formé perfectamente alineado. Eli, tienes que entender que yo estaba absolutamente desconcertado. Siendo un borracho, estaba acostumbrado a ser incapaz de recordar qué había hecho durante una hora o dos aquí o allá, o incluso durante toda una tarde. ¿Pero cuánto tiempo había tenido que pasar para que me hubiese alistado en el ejército y hubiera establecido relaciones con el resto de los soldados, todos los cuales parecían conocerme bien? ¿Cómo era posible que no recordase un cambio tan drástico? Decidí mantener la cabeza baja y seguir a la multitud hasta que pudiese aclararlo todo.

—¿Y lograste hacerlo?

—Fue todo obra del soldado de la cara resplandeciente, cuyo nombre era Jeremiah. De vez en cuando, para matar el aburrimiento, le gustaba ir al pueblo y buscar al bribón más embrutecido por el alcohol. Le invitaba a beber, le sacaba información personal y entonces, cuando el hombre estaba completamente traspuesto, lo arrastraba al barracón, lo vestía con un uniforme militar y lo acostaba. Eso es lo que me sucedió a mí.

—¿Te enojaste mucho al descubrir que te habían engañado?

—No particularmente, porque cuando me enteré, estaba encantado de estar allí. La vida en el ejército trajo muchos cambios positivos a mi existencia. Me veía obligado a bañarme regularmente, lo cual al principio no me gustaba, pero persistí y ese regreso a los hábitos de aseo logró aniquilar mi problemática obsesión con los excrementos. Me alimentaba y los catres eran cómodos, los barracones suficientemente cálidos y normalmente se podía echar un traguito por la noche. Jugábamos a las cartas, cantábamos canciones. Aquellos soldados formaban un grupo de hombres bien avenidos. En realidad, un puñado de huérfanos solos en el mundo que pasaban el tiempo juntos, sin mucho que hacer. Y así pasaron seis o siete meses sin grandes acontecimientos, y yo me empezaba a preguntar cómo podría salir de allí cuando tuve la suerte de hacerme amigo de un teniente coronel llamado Briggs. Si no lo hubiera conocido, tú y yo no estaríamos ahora aquí sentados, esperando a recoger los tesoros del río.

—¿Qué pasó?

—Te lo voy a contar. Una tarde pasé frente a sus aposentos y me percaté de que la puerta, que normalmente estaba no sólo cerrada sino con el pestillo echado, ese día estaba entornada. Como muchos de los soldados, yo sentía curiosidad por aquel hombre, porque mientras que el típico oficial era fundamentalmente alguien a quien le gustaba mandar y bramar, Briggs era tímido y reservado, un tipo menudo, de cabello cano y mirada ausente, siempre encerrado en la intimidad de su cuarto haciendo Dios sabe qué. Los misterios son escasos en el ejército, así que decidí que tenía que indagar. Abrí la puerta y eché un vistazo. Dime, Eli, ¿qué crees que vi?

—No lo sé.

—Di algo.

—De verdad que no lo sé, Hermann.

—No te gusta hacer suposiciones, ¿eh? De acuerdo. Pues te lo diré. Vi a nuestro hombre, a Briggs, solo, de pie, concentrado y vestido con un blusón de algodón. En la mesa que tenía delante había quemadores, vasos de precipitados y todo tipo de parafernalia de laboratorio. Y desperdigados por toda la habitación había un montón de gruesos y fascinantes libracos.

—¿Era químico?

—Químico aficionado, y no muy aplicado, según llegué a saber. Pero la visión de todos esos artilugios me cautivó. Sin saber muy bien qué hacía, me metí en su habitación y me planté delante del equipo, mirándolo como hipnotizado. Para entonces Briggs ya se había percatado de mi embobada presencia; se ruborizó y me insultó, maldijo mi impertinencia y me ordenó que saliese del cuarto. Le pedí disculpas, pero él no me escuchaba y me empujó hacia la puerta. Esa noche no pude conciliar el sueño. Haber estado cerca de aquellos libros y de aquel equipo de laboratorio había despertado de nuevo mis ganas de estudiar y aprender; se apoderaron de mí como una fiebre y finalmente me levanté del catre y le escribí a Briggs una carta a la luz de una vela, en la que le contaba mi pasado, la historia de mi padre, y fundamentalmente le pedía que me permitiese ser su ayudante. Deslicé la nota por debajo de su puerta y él me hizo llamar a la mañana siguiente. Al principio se mostró cauteloso, pero, una vez comprobó la seriedad de mi propuesta y mis sólidos conocimientos, llegamos a un acuerdo consistente en que le ayudaría en sus experimentos y como pago él me permitiría tener acceso a sus artilugios y libros y yo dispondría de algún tiempo para trabajar por mi cuenta en su habitación. Abandoné encantado mis habituales noches de cartas, bourbon e historias guarras y monté lo que era, al menos para unos barracones militares, un laboratorio considerablemente ambicioso. Guiado entonces por mi intuición y por los libros que Briggs tenía en su biblioteca, fui conducido al reino de la Luz.

Warm se interrumpió un momento para servirse una taza de café. Me ofreció otra, pero decliné. Dio un pequeño sorbo y volvió a su historia.

—Habían pasado varios años desde que yo dejé de estudiar, ¿cuántos debían ser? Y durante todo ese tiempo casi lo único que hice fue machacarme y maltratarme.

Había carecido de estímulos, tanto físicos como mentales, y cuando me senté y abrí un libro aquella primera tarde me rondó la inquietud de que mi cerebro no reconociera las palabras como lo hacía en el pasado. El cerebro, después de todo, es un músculo y tendría que volver a entrenarlo, ¿no te parece? ¿Eh? Bueno, entonces me llevé una bonita sorpresa, porque resultó que mi mente, una completa desconocida para mí, había estado durante todo aquel tiempo mejorando por su cuenta, a la espera del día en que yo decidiera desempolvarla y volver a usarla. Ahora ese día había llegado y mi cerebro, como si estuviese preocupado por que lo fuese a utilizar sólo una vez más, atacó cada página de cada libro con impresionante ímpetu y vitalidad. Lo único que yo podía hacer era seguirle el ritmo, y gracias a Dios lo hice, y recibí mi recompensa algunos meses después, cuando me vino la idea de la fórmula para encontrar oro, o más bien debería decir que esa idea me golpeó, porque fue como si me hubieran golpeado en el pecho con una piedra pesada, y de hecho realmente caí sentado sobre mi silla. El pobre Briggs no entendía qué me pasaba. Al principio yo era incapaz de articular palabra. Después salté en busca de tinta y papel, y no me moví durante una hora.

—¿Y qué le pareció a él la idea?

—Eso no lo sé, porque nunca se la conté, y él nunca me perdonó por no hacerlo. No es que yo desconfiase de él personalmente, sino que no creía que ningún hombre fuese capaz de no divulgar esa información. Era simplemente demasiada responsabilidad. Evidentemente eso le ofendió terriblemente y me mandó de vuelta a los barracones, donde durante un tiempo intenté continuar con mi trabajo. Cuando eso resultó imposible, porque a los otros reclutas les encantaba esconderme o pintarrajearme las notas, empecé a urdir mi plan de desertar. Pero cuando uno de mis compañeros de litera se me adelantó y fue detenido y fusilado el mismo día que intentó largarse, la idea de desertar perdió todo atractivo para mí. Al final yo empezaba a desesperarme porque temía que mi gran idea se evaporase en el aire, así que acudí a Jeremiah, el responsable de que yo estuviera allí. Le dije: «Jeremiah, quiero largarme de aquí. Por favor, dime cómo puedo hacerlo». Me puso las manos sobre los hombros y me dijo: «Si quieres marcharte de aquí, pues date la vuelta y lárgate. Porque, Hermann, de hecho no estás en el ejército». Resulta que nunca me había alistado formalmente, nunca había escrito mi nombre en ningún documento. Esa noche me organizaron una fiesta. Me marché por la mañana y monté un modesto laboratorio cerca de allí. Pasé casi un año de pruebas y errores hasta lograr los resultados deseados. Primero conseguí iluminar el oro, pero sólo durante un breve instante. Cuando me las ingenié para mantener el resplandor, algo en la fórmula hacía que el oro se volviese gris. En un determinado momento quemé accidentalmente la mitad de mi casucha. Lo que quiero decir es que no resultó fácil. Cuando finalmente quedé satisfecho con los resultados, ese momento coincidió con las noticias de la fiebre del oro en California y puse rumbo al oeste por el Camino de Oregón. Eso me llevó a Oregon City y allí conocí a vuestro jefe, el comodoro. A partir de ahí, creo

que ya conoces la historia.

—Más o menos.

Warm se rascó las manos y las piernas. Alzando la mirada, habló por encima del hombro:

—¿Qué te parece, Morris? ¿Ya ha oscurecido lo suficiente?

—Danos un minuto más, Hermann —respondió Morris—. Tengo acorralado a este infeliz y estoy a punto de darle la puntilla.

—Ya lo veremos —dijo Charlie.

Estaban jugando a las cartas en la tienda.

Cuatro hombres quitándose los pantalones junto al río en plena noche. El fuego ardía bien alto a nuestras espaldas y habíamos echado tres tragos de whisky cada uno, que era, según decidimos, la dosis adecuada para llevar a cabo el trabajo; lo suficiente para combatir el frío del agua pero no tanto como para que nos impidiese concentrarnos en el trabajo y después recordarlo. El líder de los castores estaba sentado gordo como una bola sobre la presa, observándonos mientras se rascaba con las patas traseras como un perro; la fórmula también había causado estragos en su piel. ¿Pero dónde estaban sus camaradas? Parecía que se habían escondido o tal vez estuvieran descansando. Cuando metí los pies en el agua empecé a reírme con nerviosismo, pero, una vez reprimida la risa, me pareció que mostrar abiertamente mi alegría no era correcto, o podía resultar irrespetuoso; ante qué o ante quién no lo sabía, pero tenía la impresión de que todos conteníamos la respiración de un modo similar y por los mismos difusos motivos.

Habíamos llevado rodando hasta la orilla uno de los barriles y abierto la tapa de la parte superior, estaba listo para ser vertido. Aspiré una bocanada de aire impregnado con el olor de la fórmula y noté cómo el pecho me ardía instantáneamente. Morris permanecía receloso junto al río, contemplando el agua con una mirada asustada.

—¿Qué tal las piernas, Morris? —le pregunté.

Mirándose las pantorrillas, negó con la cabeza.

—No muy bien —fue su respuesta.

—He puesto un cazo de agua en el fuego —dijo Warm— y he preparado jabón para lavarnos bien en cuanto acabemos. Morris y yo no pensamos en esto la vez anterior y de ahí nuestros problemas. —Y, volviéndose hacia Morris, añadió—: ¿Podrás soportarlo una noche más?

—Empecemos de una vez —farfulló él. Ahora tenía las piernas cubiertas de sarpullidos hasta el muslo, la piel pelada de tanto rascarse y cubierta de gruesas ampollas llenas de un líquido marronoso y que se curvaban ligeramente por su propio peso; y mientras se acercaba cojeando a la orilla, pensé: ¿Por qué le obligamos a pasar por esto?

—Morris —le dije—, creo que esta noche no deberías trabajar.

—¿Y perder mi parte de las ganancias? —se mofó, pero el tono, la manera en que le flaqueaba la voz, traicionaron cualquier tentativa de aparentar buen humor. Se le veía asustado y Warm rápidamente secundó mi propuesta:

—Eli tiene razón. Por qué no te sientas y descansas un rato. Te daré una parte de lo que saque.

—Y yo de la mía también.

Warm y yo miramos a Charlie. Su caridad tardó más en aflorar, pero finalmente asintió y dijo:

—Yo también, Morris.

—¿Lo ves? —dijo Warm.

Morris dudó. Se le había despertado el orgullo y no quería abandonar.

—¿Qué os parece si recojo sólo desde la orilla?

—La propuesta dice mucho de ti —admitió Warm—, pero podría dejarte lisiado para siempre. Será mejor que te sientes y nos dejes hacer el trabajo a nosotros. Ya lo compensarás la próxima vez, ¿eh? ¿Qué me dices? —Morris no respondió, permaneció apartado de nosotros, mirando taciturno la arena. Para animarle, Warm añadió—: La vez anterior, el resplandor se concentró en la zona del río en la que vertimos la fórmula. Pero si agitas el agua, por ejemplo con una rama, subido a la presa de los castores, probablemente incrementaremos la zona iluminada.

A Morris le gustó la idea y encontramos una rama larga con la que podía realizar el encargo. Warm lo acompañó agarrándolo del brazo y lo dejó en el centro de la presa y echó al castor al agua antes de continuar él solo hasta la otra orilla, que sería su zona de trabajo. Una vez allí, nos pidió a Charlie y a mí que vertiéramos el primer barril en el agua, advirtiéndonos que tuviésemos cuidado de que no nos cayese ni una gota del líquido sobre la piel.

—Ya habéis visto que incluso disuelto en agua es funesto; el líquido puro podría abriros un agujero en el cuerpo. —Señaló el segundo barril, situado en la orilla, unos veinte metros más arriba—. En cuanto hayáis vaciado el primero, volcad y vaciad el otro.

—¿Y qué hacemos con el tercero? —preguntó Charlie—. ¿No sería mejor verterlos todos y acabar de una vez?

—Ya estamos tentando a la suerte con dos —respondió Warm.

—Si acabásemos esta noche, podríamos marcharnos por la mañana y llevar a Morris al médico.

—Todos vamos a necesitar médicos. Concéntrate, Charlie, por favor. Cuando hayáis vertido el segundo barril, Morris lo mezclará todo. En cuanto veáis el resplandor, coged los cubos y poneos a trabajar, ¡rápido!

Charlie y yo nos acuclillamos junto al barril para levantarlo. Las manos me temblaban terriblemente, de pronto estaba muy nervioso; los hombros me tiraban y se me estremecían, y pensé: No me sentía así desde que me acosté con una mujer por primera vez. Y sentí el mismo tipo de maravillosa excitación: me rondaba un mareo ante la perspectiva de que ese río despertase a la vida. Charlie se percató de mis temblores y mi encogimiento, y me preguntó:

—¿Estás bien?

Le dije que creía que sí. Agarré el borde inferior del barril con los dedos, hundiéndolos en la arena compactada. Contamos hasta tres y lentamente levantamos el pesado barril y empezamos a avanzar lateralmente y con mucho cuidado hasta que nos metimos en el río. El impacto del frío hizo que Charlie soltara un bufido y después se riese, lo cual también me hizo reír a mí, y nos detuvimos un momento para reírnos juntos. La luna y las resplandecientes estrellas colgaban sobre nuestras cabezas. El líquido de la fórmula se balanceaba y se removía en el interior del barril. Su superficie era negra y plateada, y el río era negro y plateado. Inclizamos el barril y

el denso líquido empezó a verterse. No recuerdo haberme sentido nunca tan audaz.

Desde el momento en que empezamos a verter el líquido, fuimos dando pasos cortos hacia atrás en dirección a la arena de la orilla. Del barril emergían arremolinados vapores y gases y de nuevo el olor me llenó la nariz y los pulmones. Sentí arcadas y casi vomité, de lo intenso y penetrante que era. Los ojos me ardían y en un santiamén se me llenaron de lágrimas.

Una vez fuera del agua, tiramos el barril y fuimos rápidamente a por el segundo. Lo levantamos y lo vertimos, y volví a la arena para esperar. Desde la otra orilla, Warm le dijo a Morris que empezase a remover. Cuando vio que su debilitado compañero era incapaz de mantener un ritmo brioso, Warm buscó una rama y se puso también él a remover el agua, golpeando la superficie repetidamente con toda la rapidez y fuerza de las que era capaz. Oí un ruido a mi espalda y al volverme vi que Charlie estaba abriendo el tercer barril con un hacha.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Vamos a echarlos todos —dijo, gruñendo mientras arrancaba la tapa del barril.

Warm lo vio y gritó desde el otro lado del río:

—¡Deja eso!

—¡Vamos a echarlos todos y así acabamos de una vez! —insistió Charlie.

—¡Déjalo! —gritó Warm—. ¡Eli, detenlo!

Me acerqué, pero Charlie ya estaba levantando el barril él solo. Avanzó varios pasos cargando todo el peso hasta que perdió el equilibrio y tropezó; el espeso fluido sobrepasó el borde, chorreó por la parte delantera del barril y le empapó la mano derecha escurriéndose desde los nudillos. En cuestión de segundos empezó a quemarle la piel y él dejó caer el barril en la orilla, donde la corriente arrastró el líquido hasta la presa.

Charlie estaba doblado de dolor, con la mandíbula apretada y cerrada, y yo le cogí de la muñeca para valorar la herida. Había ampollas rebosantes desde los nudillos hasta la muñeca; de hecho veía las ampollas palpitar, como si respirasen, igual que una rana toro hincha la garganta. Charlie no estaba asustado sino enojado, y las aletas de la nariz batían como las de un toro y la saliva le caía por la barbilla en un largo y elástico hilillo. Sus ojos, pensé, eran majestuosos; el reflejo del fuego era la mismísima encarnación del desafío, del odio puro. Aparté el agua caliente del fuego, se la tiré por encima de la mano para lavársela y después cogí una camisa para vendársela. Warm no sabía qué estábamos haciendo ni que Charlie había tenido un accidente.

—¡Daos prisa, muchachos! —gritó—. ¿No lo veis? ¡Id rápido hacia allí!

—¿Puedes coger un cubo con esa mano? —le pregunté a Charlie.

Intentó cerrarla y arrugó la frente en un gesto de dolor extremo. Las puntas de los dedos, que asomaban por debajo de la venda, ya se le estaban hinchando y de pronto caí en la cuenta de que aquélla era la mano con la que disparaba, algo en lo que imagino que debió de pensar él cuando el líquido de la fórmula le cayó encima.

—No puedo cerrarla —constató.

—¿Pero puedes trabajar?

Dijo que creía que sí y yo le coloqué un cubo, colgándole el asa del antebrazo. Asintió, yo cogí otro cubo y dimos media vuelta para dirigirnos al río.

Durante el rato que habíamos estado distraídos con la herida de Charlie, la fórmula había hecho efecto, y el resplandor era tal que tuve que protegerme los ojos con la mano. El fondo del río estaba completamente iluminado, de modo que se veía hasta el último guijarro y piedrecilla cubierta de musgo. Las láminas y fragmentos de oro, que momentos antes permanecían fríos y mudos, ahora eran puntos de la más pura luz de tonos amarillentos y anaranjados tan visibles como las estrellas en el firmamento. Warm trabajaba frenéticamente, sumergía la mano en el río y movía la cabeza a un lado y a otro tratando de localizar las piezas más grandes. Lo hacía metódicamente, actuando con inteligencia y eficiencia, pero su rostro y sus ojos, iluminados por el resplandor del río, revelaban la más absoluta dicha. Morris estaba agotado y era incapaz de seguir removiendo; clavó el largo palo en la presa y se apoyó en él, contemplando el agua con una expresión de sosegada, casi narcotizada satisfacción. Miré a Charlie. El rostro se le había destensado y relajado, el dolor y la rabia habían desaparecido, olvidados, y vi cómo se le movía la nuez al tragar. Mi hermano estaba abrumado. Me miró a los ojos. Y me sonrió.

En el estático mundo de los hechos y las cifras quedaban aproximadamente veinticinco minutos antes de que el oro dejase de brillar, pero los momentos que pasaron mientras trabajábamos en el río no fueron ni cortos ni largos, fueron de algún modo ajenos a la muy restrictiva noción de tiempo: estábamos fuera del tiempo, así es como me sentía yo; nuestra experiencia era tan poco común que fuimos elevados a un lugar en el que asuntos como los minutos y los segundos no sólo resultaban irrelevantes, sino que directamente no existían. La sensación, y hablo personalmente, venía no sólo por la riqueza que nuestros crecientes montones de oro representaban, sino también al pensar que esta experiencia se había gestado en la mente de un hombre único, y aunque yo nunca había cavilado sobre el concepto de humanidad y sobre si era feliz o infeliz siendo un ser humano, ahora sentía admiración por la mente humana, por su curiosidad y perseverancia. Me sentía porfiadamente contento de estar vivo y feliz de ser yo mismo. El oro de nuestros cubos brillaba con densos rayos de luz, y las ramas y las hojas de los árboles circundantes estaban bañadas por el resplandor que emanaba del río. Un viento cálido bajaba por el valle y se deslizaba sobre la superficie del agua; me besó la cara e hizo que mi cabello bailara ante mis ojos. Ese instante, ese parámetro de tiempo, fue el más feliz que experimentaré mientras viva. Desde entonces he tenido la sensación de que fue demasiada felicidad, de que el hombre no ha sido concebido para tener acceso a este tipo de gozo; sin duda ha atenuado cada momento de dicha que he experimentado desde entonces. En cualquier caso, y tal vez eso sea justo, no era algo que pudiésemos saborear mucho tiempo. Inmediatamente después, todo resultó tan negro y desastroso como pueda imaginarse. Después, todo fue muerte, mírese como se mire.

Al volver hacia la orilla desde la presa, Morris dio un paso en falso y cayó en la parte más profunda del río. Se hundió por completo bajo el agua y no emergía a la superficie. Para entonces el oro había dejado de brillar y mi hermano y yo estábamos sentados en la arena, junto al fuego, lavándonos lo más deprisa que podíamos con el agua y el jabón que Warm había preparado. Debo decir que mis molestias por el contacto directo con el líquido de la fórmula al principio fueron mínimas; entre lo fría que estaba el agua del río, lo cual provocaba una sensación de hormigueo en la piel, y mi propia excitación, que me hacía bombear sangre a toda velocidad, no noté ninguna reacción adversa. Pero cuando el oro dejó de brillar, sentí un calor creciente que se convirtió en mi principal preocupación y en el objeto de mi cuidado. Ahora me movía todo lo rápido que podía, empapándome y frotándome las manos, las piernas y los pies. Charlie sólo podía hacerlo a medio gas y me puse a ayudarlo en cuanto acabé de lavarme yo. Acababa de terminar con su pierna en el momento en que oí el grito de Morris. Cuando me volví a mirar, estaba en el aire en plena caída.

Charlie y yo corrimos a la orilla y para entonces Warm ya había llegado al centro de la presa, con el pesado cubo balanceándose en su costado derecho. Contemplaba el río sin saber qué hacer y Charlie le gritó que usara el palo de Morris, que seguía clavado en la presa, para sacarlo tirando de él, pero Warm no pareció oírle. Dejó el cubo a sus pies y su expresión era lúgubre. Avanzó y saltó de la presa a las aguas envenenadas. Emergió con Morris en brazos. Morris parecía sin vida pero respiraba, los ojos cerrados, la boca abierta, tragando agua.

Mientras salían del río, Charlie y yo nos acercamos para ayudarlos, pero Warm nos gritó que no debíamos tocarlos, y no lo hicimos. Se tumbaron en la arena, jadeando agotados, y yo corrí a buscar el cazo con agua y lo cargué hasta la orilla. Primero empapé a Morris, que gimoteaba, y después a Warm, que me dio las gracias, pero el agua del cazo se acabó enseguida y los dos necesitaban lavarse más a fondo, así que Charlie y yo cargamos con ellos río arriba, donde el agua no estaba contaminada con la fórmula, y los metimos en una zona poco profunda del río. Agarré el jabón y nos arrodillamos a su lado, frotándoles y echándoles agua y asegurándoles que pronto habría pasado todo, pero su malestar iba en aumento y cada vez gritaban más de dolor. Empezaron a retorcerse, a sufrir espasmos y a temblar como si estuviesen siendo inmolados lentamente, y de hecho supongo que eso era precisamente lo que estaba sucediendo.

Los sacamos del agua. Cogí lo poco que quedaba de la medicina adormecedora y les embadurné con ella la cara y la cabeza. Tenían los ojos cubiertos de una película grisácea y Morris dijo que no veía. Y al poco rato Warm dijo que no veía. Morris rompió a llorar y Warm le cogió la mano. Yacían juntos, cogidos de la mano, llorando, gimoteando, perdiendo la conciencia, y de pronto se pusieron a gritar los dos a la vez, como si su dolor estuviese sincronizado. Miré discretamente a Charlie como preguntándole: ¿Qué podemos hacer? Su discreta respuesta fue: Nada. Aparte de matarlos, no podíamos hacer absolutamente nada por ellos.

Morris murió al amanecer. Charlie y yo lo dejamos en la orilla y llevamos a Warm a la tienda. Deliraba, y mientras lo tumbábamos en el catre, dijo:

—¿Qué hemos sacado, Morris? ¿Qué hora es?

Charlie y yo no intentamos responder, lo dejamos solo para que durmiera o muriera. El cielo estaba cargado de nubes y dormimos junto al fuego hasta la tarde. Cuando empezó a caernos encima la llovizna, me incorporé y me percaté de dos cosas a la vez: Morris ya no era un recién fallecido, sino un muerto-muerto, con el cuerpo rígido, sin vida, sin sangre y sin peso, más parecido a un trozo de madera que a un ser humano; y segundo, los castores habían salido del agua y habían muerto en la orilla, junto a nuestro campamento. Es decir que había nueve castores muertos en fila sobre la arena. En su disposición había algo decorativo, pero también siniestro o imponente. Yacían boca abajo, con los ojos cerrados, el líder en el centro, un poco más adelantado que los demás. Preferí no pensar en el grupo emergiendo silenciosamente de las aguas y caminando hacia mí y mi hermano mientras dormíamos. ¿Pasó por sus mentes castoriles agruparse y atacarnos? ¿Destrozarnos como nosotros habíamos destrozado sus vidas con nuestros diabólicos mejunjes de fabricación humana? Por suerte, nunca sabré la respuesta.

Me apenaba que Morris hubiese muerto tan pronto, después de haber tomado la decisión de corregir su trayectoria vital y dejar al comodoro. Me pregunté si en sus últimos instantes de vida sintió que merecía morir, si deseó no haber abandonado nunca su puesto, si falleció afligido y decepcionado. Ojalá no hubiese sido así, pero probablemente sí lo fue, y odié al comodoro por su parte de culpa. Lo odié más visceralmente de lo que jamás había odiado a nadie, y tomé una decisión con respecto a él. La decisión no hizo que me sintiera mejor en ese momento, pero sabía que al final sí lo haría y me permitió aparcar de momento el asunto, pese a la persistente amargura de que nuestra noche de gloria compartida hubiese acabado en un fracaso tan grotesco.

Me puse en pie y me inspeccioné las piernas. Horas antes, cuando me había echado para dormir, temía despertarme y descubrir que las tenía cubiertas de ampollas rebosantes de líquido, pero no había sucedido nada de eso. Del muslo para abajo la piel parecía quemada por una tarde al sol; si me tocaba las piernas me las notaba calientes y sentía cierto malestar, pero no estaban como las piernas de Morris y no me parecía que fuesen a empeorar con el tiempo.

Charlie estaba dormido boca arriba, los ojos muy abiertos, y con una erección presionando la parte delantera de sus pantalones, lo cual, pese a no querer fijarme, me pareció un signo de que estaba en forma. Pensé: ¿Quién sabe las singulares maneras en que pueden llegarnos las buenas noticias? Levanté uno de los bajos de sus pantalones y comprobé que sus piernas tenían el mismo aspecto que las mías, enrojecidas y sin pelos, pero con un aspecto sano. Sin embargo tenía la mano mucho peor, los dedos violáceos a punto de reventar de tan hinchados. Esta visión, junto a la de los castores y el cadáver de Morris, me hizo sentirme desamparado. Tuve ganas de

despertar a Charlie para hablar con él, pero decidí que sería mejor dejarle descansar.

De pronto caí en la cuenta de que no me había lavado los dientes desde San Francisco, así que me acuclillé junto al agua río arriba y me froté la lengua, las encías y los dientes y escupí la espuma sobre la superficie del agua como si disparase un cartucho. Oí la voz de Warm y miré hacia la tienda.

—¿Hermann? —le llamé, pero él no dijo nada.

Me acerqué a los castores, los levanté uno por uno cogiéndolos por la cola, y los arrojé al agua, detrás de la presa. Pesaban más de lo que suponía y la textura de sus colas no parecía la del apéndice de un ser vivo sino la de algo fabricado por la mano del hombre. Charlie se había incorporado para contemplar cómo lanzaba los últimos. Pese a lo singular de mi actividad, no hizo ningún comentario y de hecho parecía aburrido. Olvidándose de su herida, levantó la mano para espantarse una mosca de la cara e hizo un gesto de dolor cuando sus dedos entrechocaron. Lancé el último castor y volví para sentarme a su lado. Intentó quitarse el vendaje, pero estaba seco y se le había pegado a la piel pegajosa y, cuando retiró la tela, se llevó con ella una capa de piel de los nudillos y los dedos. No pareció que le doliese, al menos no más de lo que ya le dolía de forma permanente, pero le asustó y le repugnó, y también a mí. Dije que me parecía que debíamos remojarlo todo con lo que quedaba de alcohol antes de quitar el vendaje y él respondió que prefería esperar hasta después de haber comido algo. Preparé un pequeño desayuno a base de café y judías. Le llevé un plato a Warm, pero estaba dormido y no lo desperté. Tenía todo el cuerpo de color entre rojizo y violáceo, y las ampollas de las piernas se habían multiplicado por dos y se habían reventado, cubriéndole la piel de un líquido amarillo oscuro. Tenía los dedos de los pies negros y emanaba olor a muerto; pensé que moriría antes de la puesta de sol. Cuando salí de la tienda, Charlie estaba vertiendo el alcohol en uno de los cazos de Warm, y había otro cazo con agua hirviendo en el fuego con una camisa de algodón danzando entre su agitación de burbujas. Me dijo que había cogido la camisa de las alforjas de Morris y me miró esperando un reproche, pero yo evidentemente no tenía ninguno que hacerle. Sumergió la mano en el alcohol y en la frente se le marcó una gruesa y palpitante vena en forma de Y. Necesitaba gritar, pero no lo hizo; cuando el dolor remitió, sostuvo la mano delante de mí y yo le retiré el vendaje. Se llevó consigo la piel, como antes, y me pareció que aquella mano, por su aspecto, quedaría inútil. Charlie la miró pero no dijo nada. Saqué la camisa de Morris del agua con un palo; una vez enfriada, le envolví la mano y esta vez le cubrí los dedos, para que no tuviéramos que verlos y pensar en lo que significaban.

Decidí enterrar a Morris lejos del río, donde la arena dejaba paso a la tierra. Me llevó varias horas y lo conseguí gracias a una pala de mango corto. No entendí y sigo sin entender la razón de la existencia de esa herramienta si se la compara con su equivalente de mango largo. Diré que cavar una tumba con ella fue un tormento. Hice el trabajo solo, Charlie únicamente me ayudó a arrastrar el cadáver desde la orilla y a arrojarlo en el agujero, pero el resto del tiempo mi hermano permaneció sentado a

cierta distancia a solas consigo mismo y en un par de ocasiones caminó río arriba tan lejos que lo perdí de vista. No lo presioné y él permaneció a la espera de que llegase el momento de cubrir de tierra la tumba.

Conservábamos el diario de Morris (¿por qué no se lo devolvimos cuando estaba vivo? No se nos ocurrió, ésa es la razón) y dudé si debía o no enterrarlo con él. Le pedí a Charlie su opinión, pero me dijo que no tenía ninguna. Finalmente decidí conservar el libro porque pensé que su historia era extraordinaria y era mejor no sepultar sus escritos, para que pudieran ser leídos y admirados. Ver el cuerpo retorcido de Morris en el fondo de aquel agujero era un espectáculo desolador y miserable. Estaba sucio, de color violáceo, y resultaba espantoso mirarlo. Ya no era Morris, pero me dirigí a aquella cosa como si lo fuese:

—Lo siento, Morris. Ya sé que hubieses preferido un entierro con más estilo. Bueno, nos dejaste impresionados con tu carácter. Sirva para lo que sirva, cuentas con el respeto de mi hermano y el mío.

Charlie permaneció impasible ante mi discurso. No estaba seguro de si había prestado la suficiente atención para oírlo. Temía haber resultado excesivamente dramático. Lo de hablar en público, no hace falta decirlo, no era algo a lo que yo estuviese muy habituado. Recordé la *bomboniere* que me había regalado la contable de Mayfield, la saqué del bolsillo de mi chaqueta y la lancé al agujero, sobre Morris; mi idea era darle un toque de dignidad. Se desplegó sobre su pecho, resplandeciente, azul y elegante. Le pregunté a Charlie si debíamos marcar el lugar con una cruz y me dijo que se lo preguntase a Warm. Cuando entré en la tienda, me encontré a Warm despierto y más o menos espabilado.

—Hermann —saludé.

Sus ojos lechosos parpadearon y «miró» hacia donde yo estaba.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Soy Eli. ¿Cómo te encuentras? Me alegra oír tu voz.

—¿Dónde está Morris?

—Morris ha muerto. Lo hemos enterrado río arriba. ¿Crees que deberíamos señalar su tumba o la dejamos tal cual?

—¿Morris... ha muerto? —Empezó a menear la cabeza adelante y atrás, y después rompió a llorar en silencio, y yo salí de la tienda.

—¿Y bien? —preguntó Charlie.

—Se lo volveré a preguntar más tarde.

Pensé que ya había visto llorar a demasiados hombres adultos.

Juntamos todos nuestros montones de oro, que sumando el trabajo de los cuatro de la noche anterior y la recolección previa de Morris y Warm daba como resultado un cubo casi lleno. Eso representaba una fortuna y yo apenas era capaz de levantar el cubo solo. Le dije a Charlie que lo levantase, pero me respondió que no le apetecía. Le aseguré que pesaba mucho y me respondió que me creía.

Siendo práctico y con mi cabeza moviéndose inevitablemente hacia el futuro, empecé a examinar el caballo de Morris. Era un animal robusto, y pese a sentir ciertos remordimientos, le coloqué mi silla de montar y cabalgué arriba y abajo por los bajíos del río. Cabalgaba con gracia y se comportaba noblemente. No sentía ningún afecto particular por él, pero pensé que probablemente llegaría a sentirlo si pasábamos cierto tiempo juntos. Decidí que me lo ganaría con cariño, azucarillos y confianza.

—Voy a adoptar al caballo de Morris —le dije a Charlie.

—Oh —respondió.

Warm estaba demasiado mal para ser trasladado, y de todos modos yo no creía que pudiese salvarse aunque lo sacásemos de allí. Apenas se percataba de mi presencia, pero yo no quería dejar que muriese solo. Charlie sacó el tema de que no conocíamos los ingredientes de la fórmula y yo respondí que era consciente de ello y que qué creía él que debíamos hacer, ¿torturar al moribundo para sonsacarle todos los ingredientes y sus proporciones? Con un tono sombrío me dijo:

—No me hables así, Eli. En esta aventura he perdido la mano con la que me gano la vida. Sólo te digo lo que pienso. Después de todo, es perfectamente posible que Warm quisiera que nosotros tuviésemos esa información.

Apartó la mirada mientras me lo decía; y yo nunca le había oído hablar de ese modo, ni siquiera cuando éramos niños. De hecho, pensé que en cierto modo sonaba como si fuese yo quien hablaba. Que yo recordase, él nunca había tenido miedo, pero ahora lo tenía, y no sabía lo que significaba o cómo enfrentarse a él. Le dije que sentía haberle criticado con lo de la fórmula y él aceptó mis disculpas. Warm me llamó y Charlie y yo entramos en la tienda.

—Sí, Hermann —dije.

Estaba completamente boca arriba, con la mirada perdida en el techo de la tienda. Su pecho subía y bajaba con una rapidez inusual, y resollaba y respiraba pesadamente.

—Estoy listo para dictar el epitafio de Morris —me anunció.

Cogí papel y lápiz y me arrodillé a su lado; cuando le dije que estaba listo, asintió, se aclaró la garganta y escupió al aire, un espeso globo que trazó un elegante arco y aterrizó en el centro de su frente. No creo que se diese cuenta, o tal vez no le importaba. En cualquier caso, no se limpió ni pidió que lo limpiase.

—Aquí yace Morris —dijo—, un buen hombre y un amigo. Disfrutaba con las delicias de la vida civilizada, pero nunca le hizo ascos a una buena aventura o al trabajo duro. Murió como un hombre libre, que es mucho más de lo que la mayoría

puede decir, si somos honestos al respecto. La mayoría de las personas están encadenadas a sus miedos y a su estupidez, y no son capaces de analizar fríamente qué es lo que no funciona en sus vidas. La mayoría de la gente simplemente sigue adelante, insatisfecha, pero sin tratar de entender por qué o cómo podrían mejorar las cosas, y mueren sin nada en sus corazones salvo suciedad y sangre vieja y aguada; sangre débil, diluida; y sus recuerdos no valen nada, ya sabes a qué me refiero. La verdad es que la mayoría de la gente es idiota, pero Morris no era así. Debería haber vivido más tiempo. Tenía todavía mucho que ofrecer. Y si hay un Dios, es un hijo de puta. —Warm se detuvo. Volvió a escupir, esta vez hacia un lado, al suelo—. Pero Dios no existe —sentenció, y cerró los ojos. No me quedó claro si quería que esa última frase se incluyese en el epitafio, pero no se lo pregunté, dado que no tenía intención de transcribir su discurso, porque para mí estaba claro que ya no estaba muy en sus cabales. Pero le prometí a Warm que lo escribiría tal como me lo había dictado y creo que eso lo consoló. Nos dio las gracias a Charlie y a mí, y salimos de la tienda para sentarnos junto al fuego. Charlie, cogiéndose la muñeca de la mano herida, dijo:

—¿No crees que ya es hora de irse?

Negué con la cabeza y respondí:

—No podemos dejar que Warm muera solo.

—Puede tardar varios días en morir.

—Entonces nos quedaremos aquí varios días.

Y ahí se acabó la discusión sobre el tema; y ése fue el principio de nuestra nueva relación fraternal, en la que Charlie ya no tomaba claramente la delantera y yo iba torpemente detrás de él, lo cual no quiere decir que los papeles se hubiesen cambiado, sino que se habían destruido. A partir de entonces, y todavía hoy, actuamos con pies de plomo en nuestra relación, como si temiésemos ofendernos. En cuanto a nuestra manera anterior de relacionarnos, no sé por qué se desvaneció entonces de forma repentina, como la llama de una vela apagada con un soplido. Evidentemente, en el momento en que sucedió, lo disfruté con cierta tristeza, al menos así fue en teoría o en el recuerdo cargado de sentimentalismo. Pero desde entonces me he hecho muchas veces esta pregunta: ¿qué le sucedió a mi audaz hermano? Jamás lo sabré, lo único cierto es que desapareció y todavía no ha vuelto.

Pero de todos modos resultó que no tendríamos que esperar días a que Warm muriese, sino tan sólo unas horas. Había caído la noche y Charlie y yo estábamos acostados junto al fuego, aturdidos y muy cansados, cuando de pronto Warm, con una vocecilla tenue, dijo:

—¿Hola?

Charlie dijo que no pensaba levantarse y yo entré en la tienda solo.

Warm estaba en las últimas. Lo sabía y estaba asustado. Pensé: ¿Al final se va a volver religioso y va a suplicar una entrada rápida en el cielo? Pero no, el tipo era demasiado firme en su descreimiento para caer en una cobardía de última hora. No

quería hablar conmigo, sino que preguntó por Morris, olvidando que había muerto.

—¿Por qué no está aquí? —preguntó Warm, jadeando.

—Ha muerto esta mañana, Hermann, ¿no lo recuerdas?

—¿Morris? ¿Ha muerto? —La piel de la frente se le plegó como un acordeón, abrió mucho la boca y la mantuvo así en un gesto de angustia; yo clavé la mirada en sus encías, cubiertas de sangre. Se volvió, respirando abrupta y entrecortadamente, como si algo le bloquease parcialmente el acceso del aire a los pulmones. Moví los pies y él se volvió para seguir el sonido y preguntó:

—¿Quién anda ahí? ¿Eres Morris?

—Sí, soy Morris —le dije.

—¡Oh, Morris! ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Su voz sonaba tan profundamente aliviada y emocionada que se me hizo un nudo en la garganta.

—Estaba recogiendo leña para el fuego.

—¿Qué me dices? ¿Leña? ¿Estabas buscando combustible? —Warm se animó—. Haremos una buena hoguera esta noche, iluminaremos toda la zona de la operación. Mucho mejor para llenar nuestros cubos de una fortuna, ¿eh?

—Mucho mejor —coincidí.

—¿Y dónde están los otros? —preguntó—. ¿Adónde se han ido? Ya me he dado cuenta de que a ese Charlie no le gusta mucho el trabajo duro.

—No, prefiere mantenerse al margen.

—No está mucho por la labor, ¿verdad?

—No, no lo está.

—Pero ha resultado ser un buen tipo, eso hay que reconocerlo.

—Es un buen tipo, Hermann, tú tenías razón.

—Y el otro, Eli, ¿dónde está?

—Anda por ahí fuera.

—¿Haciendo la ronda? ¿Asegurando el campamento?

—Está ahí fuera, en plena noche.

Bajando la voz, dijo:

—Bueno, no sé a ti qué te parece, pero yo la verdad es que he llegado a apreciar de verdad a ese chico.

—Sí. Y me consta que tú también le caes muy bien a él, Hermann.

—¿Qué dices?

—Que sé que a él también le caes muy bien.

—¿Aprecio un rastro de celos en tu voz?

—¡No!

—¡Me siento muy halagado! Toda esa gente a mi alrededor, y todos tan decentes y honorables. Me he sentido un marginado durante tanto tiempo... —Al decir estas palabras, sus labios se torcieron en un gesto de tristeza agrisulca y cerró los ojos; brotaron lágrimas de los bordes de los párpados cerrados y yo se las quité con los

pulgares. A partir de ese momento Warm mantuvo los ojos cerrados. No los volvería a abrir. Me dijo—: Morris, si no sobrevivo a esta noche, quiero que tú sigas adelante con la fórmula.

—Es mejor no pienses en ello. Ahora lo que tienes que hacer es descansar.

—Se me ha ocurrido que si uno se embadurna con grasa de cerdo antes de meterse en el agua, probablemente se limitarán los daños.

—Es una buena idea, Hermann.

Jadeó y dijo:

—Bueno, ¡creo que hemos llegado a conocernos bien!

—Yo siento lo mismo.

—Y lamento que murieras.

—Ahora estoy bien.

—Quería ayudarte. Pensé que podíamos ser amigos.

—Somos amigos.

—Soy... —dijo—. Soy...

Abrió la boca de par en par y de sus entrañas brotó un extraño ruido, como si una parte sólida de su cuerpo se hubiese roto o reventado. ¿Qué era aquello? No me pareció que le doliese, o al menos no lanzó ningún grito de dolor. Apoyé la mano sobre su pecho y noté cómo el corazón le bombeaba y de pronto se detenía. Por su boca escapó una columna de aire y su cuerpo dio una sacudida y después quedó inmóvil, y en aquel instante el reloj se detuvo para Hermann Kermit Warm. El brazo derecho cayó del catre y yo lo levanté para recolocárselo. Cuando volvió a caer lo dejé y salí de la tienda. Encontré a Charlie sentado junto al fuego y todo seguía igual que cuando lo había dejado, salvo por un llamativo detalle.

Que consistía en que ahora había media docena de indios pululando por el campamento, hurgando en nuestras alforjas, inspeccionando los caballos y las mulas, y en general rebuscando entre nuestras pertenencias cualquier cosa de valor que pudiesen quedarse. En el instante en que asomé la cabeza de la tienda, un indio con un rifle me indicó con un movimiento del cañón que debía sentarme junto a Charlie y así lo hice. Ni yo ni mi hermano íbamos armados, nuestras pistolas estaban en el suelo, enrolladas debajo de las alforjas, que era donde solíamos dejarlas cuando acampábamos. Pero, aunque Charlie hubiese ido armado, no sé si hubiera podido empuñar la pistola. Estaba sentado de costado, con la mirada fija en las llamas, echando alguna que otra ojeada a nuestros visitantes, pero sin mostrar especial interés por ellos.

El cubo con el oro estaba entre nosotros dos y creo que hubiese pasado desapercibido si Charlie no hubiera intentado esconderlo cubriéndolo con su sombrero, algo de lo que el indio del rifle se percató y levantó sus sospechas. Se acercó y lo apartó; tenía una expresión adusta y la mantuvo cuando descubrió el contenido del cubo. Pero lo encontró suficientemente interesante como para llamar a los otros para que dejaran de buscar, y un instante después estaban todos acucillados junto al fuego y mirando dentro del recipiente metálico. Uno de ellos empezó a reírse, pero a los demás eso no les gustó y le dijeron, si no me equivoco, que se callase. Otro me miró y se dirigió a mí con brusquedad; creí que me preguntaba dónde habíamos conseguido todo aquel oro. Señalé hacia el río y me miró con desprecio. Vacieron el cubo, repartiendo el contenido en varios morrales de piel de becerro. Después se pusieron en pie y discutieron algún asunto importante, señalándonos a Charlie y a mí mientras hablaban. El indio del rifle entró en la tienda de Warm y soltó un grito ahogado. Cuando pienso en ello ahora, me parece que gritar de ese modo no es propio de un indio. Pero realmente lo hizo. Gritó como una vieja y salió precipitadamente de la tienda, tapándose la boca con la mano, los ojos abiertos con una expresión de miedo y espanto. Gritando a su gente que se retirase, lejos de nuestro campamento, hacia el río, les describió lo que había visto allí dentro, y todos se dieron la vuelta y salieron corriendo hacia la oscuridad. Me pareció raro que no se llevaran nuestras pistolas ni nuestros caballos o que no nos matasen, pero parecían creer que teníamos algún tipo de enfermedad contagiosa o la lepra. O tal vez consideraron que el oro ya era suficiente botín.

—Warm ha muerto —informé a Charlie.

—Me voy a dormir —me dijo.

Y, en efecto, eso es lo que hizo.

Por la mañana coloqué a Warm en el agujero, sin ayuda de Charlie, aunque de nuevo estuvo presente de mala gana en el entierro. La única alforja de Warm estaba llena de sus diarios y papeles, y busqué en ellos la fórmula, pero no entendí apenas nada de lo que había allí escrito, menos debido a mi ignorancia en temas de ciencia y química que a su caligrafía, que era espantosa. Finalmente lo di por inútil y deposité los libros sobre su pecho antes de cubrirlo con arena y tierra. En esta ocasión no pronuncié ningún discurso, y decidí que no marcaría ninguna de las dos tumbas, cavadas una junto a la otra, y desde entonces me he arrepentido de no haberlo hecho, recalcando la conexión entre ellos como amigos leales y mencionando también sus hazañas en el río. Pero me sentía melancólico y vagamente embrujado o bloqueado y ansiaba largarme de allí, así que en cuanto la tumba estuvo cubierta, Charlie y yo montamos nuestros caballos y nos marchamos, dejando la tienda en pie y el fuego encendido. Al volverme para mirar el campamento, pensé: Nunca seré un líder, ni quiero serlo, ni tampoco quiero que me lideren. Pensé: Sólo quiero liderarme a mí mismo. Para que no murieran de hambre, había desatado el caballo de Warm y las mulas. El caballo no se movió, pero las mulas nos siguieron. Disparé un tiro por encima de sus cabezas para dispersarlas y salieron corriendo río abajo. Iban a pelo, sin nada que indicase a quién pertenecían, y sus cortas patas se movían con tal rapidez y eficiencia que me parecieron irreales.

Seguimos una ruta en dirección noroeste y llegamos a Mayfield tres días después. Durante todo ese tiempo cabalgando, Charlie y yo teníamos pocas cosas que decirnos, aunque cuando hablamos fuimos corteses y mantuvimos las formas. Creo que él se estaba preguntando qué iba a hacer con su vida; y en cierto modo yo me preguntaba lo mismo con respecto a mí. Reflexionando sobre lo sucedido en los últimos días, me dije: Si éste realmente iba a ser mi último trabajo, ha sido una manera dramática de retirarse. Decidí que haría una visita a mi madre en cuanto me fuese posible, si es que seguía viva, y mantuve con ella un montón de imaginarias conversaciones conciliadoras, todas las cuales acababan cuando ella me pasaba su torcido brazo por el cuello y me besaba por encima de la barba, debajo del ojo. Pensar en eso me serenó y el viaje hasta Mayfield, pese a nuestras recientes penurias, fue todo lo agradable que cabía esperar. Cuando estábamos más o menos a mitad del recorrido, le dije a Charlie:

—Tu mano izquierda sigue siendo más rápida que la derecha de la mayoría de los hombres.

—La mayoría no son todos —respondió, y volvimos a guardar silencio.

Mis reflexiones sobre el oro que nos habían robado los indios eran complejas. En cierto modo parecía apropiado que lo hubiésemos perdido, ¿acaso no había sentido remordimiento al sopesar aquel cubo? Pero dudo que hubiera sido capaz de pontificar con tal distanciamiento si no hubiera una pila de oro esperándonos bajo una estufa en Mayfield, una suma que para mí representaba la posibilidad de llevar a cabo todo lo que quería cambiar en mi vida. Así que cuando olí el humo que traía el viento a dos o

tres kilómetros del pueblo, me invadió la más intensa sensación de pavor y aprensión que quepa imaginar. En el rato que nos llevó a Charlie y a mí llegar hasta el hotel, mis sentimientos pasaron de la preocupación a la rabia, que a su vez dio paso a la desolada aceptación. El hotel se había quemado hasta los cimientos, al igual que los edificios adyacentes; busqué entre los escombros la panzuda estufa y apareció allí volcada. Me abrí paso entre la ceniza y las maderas ennegrecidas, sabiendo que nuestro tesoro había desaparecido, y cuando comprobé que, en efecto, allí no quedaba nada, me volví hacia Charlie, que seguía montado sobre Espabilado, encorvado, en medio de la calle bañada por el sol.

—Nada —grité.

—Bebamos —fue su respuesta, la más sensata e inteligente que jamás le hubiera oído pronunciar. Pero con el hotel reducido a cenizas, no había ningún sitio donde conseguir un trago, o donde sentarse y emborracharse, y nos vimos obligados a comprar una botella de brandy en la botica y beberla en la calle como si fuésemos unos mocosos.

Nos sentamos en la acera enfrente del hotel y nos quedamos mirándolo. El fuego se había apagado hacía días, pero todavía salían esporádicas columnas de humo aquí y allá como retorcidas serpientes fantasmas. Cuando la botella ya estaba medio vacía, Charlie dijo:

—¿Crees que ha sido obra de Mayfield?

—¿De quién si no?

—No se largó, sino que se escondió, esperando a que nos marcháramos. Y supongo que entonces rió el último. —Admití que debió de ser así, y Charlie añadió—: Me pregunto dónde estará tu chica.

—No había pensado en eso. —Durante un instante ese olvido me sorprendió y después dejó de hacerlo.

Apareció un tipo al final de la calle y lo reconocí, era el llorón. Llevaba detrás a su caballo y las lágrimas le caían por la cara, como de costumbre. No nos vio o no se fijó en nosotros; hablaba en voz baja consigo mismo, en un estado de devastación catatónica, y me sentí profundamente molesto por su presencia. Cogí una piedra y se la tiré. Le dio en el hombro y me miró.

—¡Lárgate de aquí! —le dije. No sé por qué me desagradaba tanto. Era como si estuviese alejando a un cuervo de un cadáver. Bueno, yo estaba borracho. El llorón siguió su miserable viaje—. No sé qué vamos a hacer —admití ante Charlie.

—No pensemos en eso ahora —me aconsejó. Y entonces, perplejo, añadió—: ¿Estás viendo eso? Es mi gran amor. —Era su puta, que se estaba acercando—. Hola, como-te-llames —dijo, contento.

Ella se detuvo ante nosotros, amargada, sin maquillaje, con los ojos enrojecidos, los bordes del vestido sucios y las manos temblorosas. Levantó el brazo y me lanzó algo a la cara. Eran los cien dólares que le había dado para que se los entregase a la contable. Miré el dinero en el suelo y rompí a reír, pese a que sabía que eso

significaba que la contable había muerto. Pensé: Será que no amaba a la contable, sino que me encantaba la idea de que ella me quisiera a mí, y la idea de no estar solo. En cualquier caso, no sentía en mi corazón nada parecido a la pena y alcé la mirada hacia la puta y le dije contemplando su lastimosa cara:

—Bueno, ¿y esto qué significa?

Ella escupió y se marchó, y yo recogí las monedas del suelo. Le di a Charlie cincuenta dólares y él se los metió en la bota, con el dedo meñique elegantemente arqueado hacia las alturas. Yo también me metí los míos en la bota, y los dos nos reímos como si aquello fuera el pináculo de la comedia moderna.

Ya estábamos cubiertos de polvo y con la botella casi vacía. Creo que habiéramos podido quedarnos dormidos en plena calle, pero la puta de Charlie había ido a buscar a todas las otras putas, que se presentaron en grupo ante nosotros, mirándonos escandalizadas y ofendidas. Con Mayfield y después el hotel desaparecidos, todas habían vivido malos tiempos, ya no había rastro de perfume en sus cabezas y sus vestidos ya no estaban limpios y almidonados. Nos taladraron con la mirada, diciendo cosas nada amables sobre nosotros.

—Vaya par.

—Míralos aquí tirados en el suelo.

—Mira la panza de éste.

—El otro parece que se ha herido la mano.

—Ya no podrá matar a más mozos de cuadra.

Por encima del barullo, Charlie me preguntó confuso:

—¿Por qué están tan enfadadas?

—Ahuyentamos a su jefe, ¿recuerdas? —Y, dirigiéndome a las putas, les aclaré —: Pero nosotros no quemamos el hotel. Lo hizo Mayfield. Al menos creo que fue él. Pero de lo que estoy seguro es de que no fuimos nosotros. —Sin embargo eso sólo sirvió para enfurecerlas más.

—¡No hables de Mayfield!

—¡Mayfield no era tan malo!

—Nos pagaba, ¿no?

—Nos proporcionaba alojamiento, ¿no?

—Era un bastardo, pero no era ni la mitad de bastardo que vosotros dos.

—Vosotros dos sois los auténticos bastardos.

—Los genuinos, ésa es la pura verdad.

—¿Qué vamos a hacer con estos bastardos?

—Estos bastardos.

—¡Démosles una lección!

Se abalanzaron sobre nosotros, arrollándonos e inmovilizándonos en el suelo. Entre el muro de cuerpos, oía a Charlie riéndose, y a mí al principio todo aquello también me pareció gracioso, pero mi diversión se transformó en rabia cuando comprobé que no podía moverme, y cuando vi que las rápidas manos de las putas me

quitaban todo el dinero de los bolsillos, empecé, como hizo también Charlie, a oponer resistencia y a insultar a las putas, pero parecía que cuanto más luchábamos, más fuertes se hacían ellas. Cuando oí a Charlie gritar de dolor sentí verdadero pánico — su puta le estaba clavando el tacón en la mano herida— y mordí a la puta que tenía encima a través del vestido, hundiendo los dientes en su repugnante y voluminosa barriga. Eso la enfureció, sacó mi revólver de la pistolera y me apuntó a la cabeza, por encima de las cejas. Me quedé completamente quieto y en silencio, y la rabia que emanaba de su mirada era tan intensa que esperaba ver en cualquier momento el fogonazo de luz blanca saliendo del oscuro pozo del cañón del revólver. Pero no llegó a suceder y las putas, considerando que ya habían tenido bastante, se pusieron en pie sin decir palabra y nos dejaron tranquilos, llevándose nuestras pistolas y nuestro dinero, excepto los cien dólares que nos habíamos guardado en las botas, donde por suerte no se les había ocurrido mirar.

INTERMEDIO II

Me quedé dormido, cubierto de polvo y bajo el sol, en el pueblo medio muerto de Mayfield. Cuando me desperté anocheceía y la peculiar niña de mi anterior visita estaba de pie frente a mí. Llevaba un vestido nuevo y el pelo recién lavado y recogido con un lazo rojo. Tenía las manos delicadamente cruzadas sobre el pecho y de ella emanaba una expectante sensación de tensión. No me miraba a mí sino a mi lado, a Charlie.

—Eres tú —dije.

Me pidió silencio con un gesto y señaló a mi hermano, que sostenía un frasco lleno de agua. En el fondo vislumbré un remolino de gránulos negros y vi que los nudillos de la niña estaban salpicados de veneno, como la otra vez; cuando Charlie se llevó el frasco a los labios, se lo tiré de un manotazo. El frasco no se rompió, pero cayó sobre un charco de barro. El agua se escurrió y la niña me miró con hosquedad y me preguntó:

—¿Por qué lo has hecho?

—Quería hablar contigo sobre lo que me dijiste la otra vez —le dije.

Mirando enfurecida el frasco, me dijo:

—¿Qué te dije la otra vez?

—Me dijiste que era un hombre protegido, ¿lo recuerdas?

—Lo recuerdo.

—¿Me puedes decir, por favor, si sigo estando protegido?

Me miró y yo sabía que ella sabía la respuesta, pero no dijo nada.

—¿Hasta qué punto estoy protegido? —insistí—. ¿Siempre será así?

Abrió la boca y la cerró. Negó con la cabeza.

—No te lo voy a decir.

El dobladillo de su vestido giró como una rueda cuando se dio la vuelta y se alejó. Busqué a mi alrededor una piedra para lanzársela, pero no di con ninguna. Charlie seguía mirando el frasco, volcado en el barro.

—Tengo una sed de mil demonios —dijo.

—Quería matarte —le aseguré.

—¿Quién, ella?

—La otra vez que estuvimos aquí vi cómo envenenaba a un perro.

—Esa monada de niña. ¿Por qué demonios iba a hacer una cosa así?

—Por el puro placer de la maldad, es lo único que se me ocurre.

Charlie alzó la mirada hacia el cielo violáceo. Bajó la cabeza, cerró los ojos y dijo:

—¿Y bien, mundo? —Y rompió a reír. Pasaron uno o dos minutos y se

durmió de nuevo.

FIN DEL INTERMEDIO II

A Charlie le amputó la mano un médico de Jacksonville. A esas alturas el dolor había disminuido, pero la carne había empezado a gangrenarse y no quedaba otro remedio que amputar. El médico, llamado Crane, era viejo, aunque despierto y de pulso firme; llevaba una rosa en el ojal y desde el primer momento tuve fe en él como persona de principios. Cuando le comenté las estrecheces económicas por las que pasábamos Charlie y yo, me hizo un gesto indicándome que eso no era relevante, como si la idea de recibir un pago fuera poco más que una ocurrencia sin importancia. Se produjo un incidente cuando Charlie sacó una botella de brandy y dijo que quería emborracharse antes de proceder, a lo que el doctor se mostró contrario, porque le explicó que el alcohol provocaría que sangrara más. Pero Charlie dijo que le daba igual, él tenía su método y nada en el mundo le haría cambiar de parecer. Finalmente me llevé a Crane en un aparte y le dije que le administrara a Charlie el anestésico sin decirle lo que era. Mi plan le pareció cabal, y después de sedar con éxito a mi hermano todo fue tan bien como pueden ir estas cosas. La operación se llevó a cabo en el salón iluminado por velas de la propia casa de Crane.

La gangrena se había extendido por encima de la muñeca y Crane cortó a mitad del antebrazo con una sierra de hoja larga fabricada, según me dijo, específicamente para seccionar el hueso. Mientras cortaba, la frente se le perló de sudor y la hoja de la sierra, cuando después la tocó accidentalmente, estaba tan caliente que se quemó. Había preparado un cubo para echar la mano y la muñeca, pero o le faltó puntería o estaba mal situado, y cuando la lanzó, cayó al suelo. Ocupado como estaba con lo que quedaba de Charlie, no pudo preocuparse por recogerla, así que me acerqué y la levanté yo. Era sorprendentemente ligera; la sangre goteaba por el lado cortado y la llevé hasta el cubo, agarrándola por la muñeca. Tocar la mano de Charlie de este modo es algo que jamás hubiese ocurrido cuando la tenía pegada al cuerpo y por eso me sonrojé por lo extraño que resultaba todo. Me sorprendí pasando el pulgar por los gruesos pelos negros. Y me sentí muy próximo a Charlie cuando lo hice. Deposité la mano y la muñeca boca arriba en el cubo y lo saqué de la habitación, porque no quería que él lo viese cuando se despertase. Después de la operación, Charlie permaneció echado en el catre alto situado en el centro del salón, vendado y drogado, y Crane me animó a salir para que me diera el aire, porque me aseguró que Charlie tardaría varias horas en recuperar la conciencia. Le di las gracias, salí de la casa y caminé hasta el límite de la ciudad, hasta el restaurante que había visitado de camino a San Francisco. Me senté en la misma mesa que la otra vez y me atendió el mismo camarero, que me reconoció y me preguntó con un tono irónico si había vuelto para tomar otra ración de zanahorias y tallos, pero después de haber sido testigo de la operación y con gotas secas de la sangre de mi hermano decorando las perneras de mis pantalones, no tenía nada de hambre y me limité a pedir un vaso de cerveza.

—¿Entonces ahora ha dejado usted la comida por completo? —preguntó, resoplando entre el bigote.

El tonillo me ofendió y le dije:

—Mi nombre es Eli Sisters, hijo de puta, y te voy a matar aquí mismo si no te das prisa y me sirves lo que te he pedido.

Esto hizo que el camarero se quedase pasmado y cortase en seco su sonrisilla de superioridad, y a partir de ese momento se mostró cauteloso y respetuoso, y la mano le temblaba cuando me sirvió el vaso de cerveza. No formaba parte de mi carácter el mostrarme insolente de un modo tan ordinario y vulgar; después, cuando salía del restaurante, pensé que debía reaprender a mantener la calma y la serenidad. Pensé: ¡Voy a descansar durante todo un año! Ésa fue mi decisión, y me alegra poder decir que finalmente la cumplí, y lo hice concienzudamente, con satisfacción y deleite. Diez meses descansando, reflexionando y convirtiéndome en una persona sosegada y serena. Pero sabía que quedaba un último trabajo por hacer. Sabía que debería llevarlo a cabo y hacerlo yo solo.

Eran las diez en punto de la noche cuando finalmente llegamos a nuestro rancho en las afueras de Oregon City. Me encontré la puerta arrancada de sus goznes y todos nuestros muebles volcados y destrozados. Entré en la habitación del fondo y no me sorprendió encontrarme con que mis ahorros y los de Charlie habían volado del escondite habilitado detrás del espejo. Teníamos más de dos mil doscientos dólares metidos en aquella pared, pero ahora no había nada, excepto un trozo de papel, que cogí y leí:

Querido Charlie:

Soy un bastardo. He cogido tus dólares, todos. Estoy borracho, pero no creo que los devuelva cuando esté sobrio. También he cogido los dólares de tu hermano, y lo siento, Eli, siempre me caíste bien cuando no me mirabas torcido. Voy a irme muy lejos con estos dólares, podéis tratar de localizarme, os deseo buena suerte. En cualquier caso, los dos ganaréis más dinero, siempre habéis demostrado facilidad para ganarlo. Es una forma horrible de decir hasta la vista, pero siempre he sido así y no voy a arrepentirme de ello. Hay algo que no está bien en mi sangre o en mi cabeza o en lo que sea que guía los actos de un hombre.

Rex

Doblé la nota y la volví a dejar en el agujero de la pared. El espejo lo habían tirado y se había roto, y arrastré los fragmentos con la bota. No pensaba en nada, sólo esperaba que me asaltase alguna idea o algún sentimiento. Cuando comprobé que no se materializaban, lo dejé estar y salí para ayudar a Charlie a desmontar de Espabilado. Crane le había dado un frasco de morfina con cuentagotas y había estado más o menos catatónico durante todo nuestro viaje de regreso. Ocasionalmente me había parecido necesario atarlo a Espabilado y guiar yo al caballo con una cuerda larga. Y varias veces se había despertado de su estupor muy nervioso al constatar que la mano ya no formaba parte de su cuerpo. Era algo que olvidaba una y otra vez, y cuando caía de nuevo en la cuenta, sufría un shock y se deprimía.

Lo acompañé a su habitación y se sentó en su abombado colchón sin sábanas. Antes de que se desplomase le dije que iba a salir, él no preguntó adónde iba porque era evidente que le daba igual. Chasqueó los dientes, levantó el muñón vendado y me despidió con él. Lo dejé con su adormecimiento provocado por la morfina y me quedé un rato en la entrada de nuestra casa, evaluando nuestras exiguas y destrozadas pertenencias. Nunca había sentido un especial cariño por aquel lugar; contemplando ahora la cama manchada de vino y los platos y tazas rotos, tuve claro que no volvería a dormir allí nunca más. El camino hasta la ciudad era de una hora a caballo. Tenía muy claras mis intenciones, la mente centrada y lúcida. Llevaba muchos días viajando, pero no me sentía para nada cansado o en peligro. No tenía ningún miedo.

La mansión del comodoro estaba a oscuras, salvo por sus aposentos tenuemente

iluminados en el piso superior. La luna estaba alta y resplandeciente, y me escondí bajo las ramas en sombras de un viejo cedro que crecía en el límite de la fastuosa propiedad. Vi a una criada que salía por la puerta trasera con una palangana vacía bajo el brazo. Estaba enojada por algo, y mientras se dirigía a su cabaña, separada de la casa principal, maldijo en voz baja. Esperé quince minutos por si volvía a salir; cuando quedó claro que no lo haría, atravesé agachado el jardín en dirección a la casa. La criada no había cerrado con llave la puerta trasera y me colé furtivamente en la cocina. Estaba silenciosa, fría y ordenada. ¿Qué le había hecho el comodoro a aquella chica? Eché un último vistazo a su cabaña; todo seguía en silencio e igual, excepto que había encendido una vela y la había colocado junto a la ventana.

Subí por las alfombradas escaleras y permanecí frente a los aposentos del comodoro. A través de la puerta le oía reprender e insultar a alguien; no sabía quién era, porque el hombre se limitaba a murmurar sus disculpas, y no pude dilucidar quién era ni qué había hecho mal. Cuando lo hubo machacado suficientemente, el comodoro le ordenó que saliese de la habitación; al oír cómo se acercaban sus pasos, me aplasté contra la pared, detrás de las bisagras de la puerta. No llevaba pistola, sólo una navaja achaparrada y de punta roma, lo que siempre había oído llamar una clavija, y la agarré. Pero la puerta se abrió y el hombre bajó por las escaleras sin percatarse de mi presencia. Salió por la puerta trasera y yo me pegué a una ventana al final del pasillo para seguir sus movimientos. Vi cómo entraba en la cabaña de la criada; apareció en la ventana, mirando con amargura la mansión, y yo me oculté en las sombras para observar el dolor que emanaba de la mirada del hombre. Su horrendo rostro reflejaba una vida llena de violencia, y sin embargo allí estaba, maltratado e intimidado e incapaz de defenderse. Cuando apagó la vela con un bufido, la cabaña quedó a oscuras y sumió en tinieblas el pasillo. La puerta seguía abierta y entré.

Los aposentos del comodoro ocupaban toda la planta superior de la mansión y no había paredes en aquel vasto espacio, no estaba dividido en habitaciones, pero los muebles estaban agrupados como si realmente las hubiese. Estaba a oscuras, salvo por la escasa y parpadeante luz de un quinqué o un aplique. Al fondo, detrás de un biombo chino, se elevaba un penacho de humo azulado de un cigarro; cuando oí la voz del comodoro me detuve, pensando que no estaba solo. Pero escuché y no oí una segunda voz, así que deduje que estaba hablando solo, y pensé: ¿Qué tiene el baño que incita a una persona a hacer eso? Agarré fuerte la navaja y seguí avanzando en su dirección, caminando por encima de una hilera de alfombras para no hacer ningún ruido. Pasé junto al biombo, navaja en ristre, preparado para clavarla en el corazón desnudo del comodoro, pero tenía los ojos tapados con un paño de algodón y mi brazo fue descendiendo poco a poco hacia mi costado. Tenía ante mí a un hombre cuya influencia podía vislumbrarse en cada esquina del país, y allí estaba, sentado borracho en una bañera de cobre, sin rastro de vello en el cuerpo, el pecho hundido y huesudo, un enorme pedazo de ceniza colgando peligrosamente de su cigarro. Su voz

era aguda:

—Caballeros, es una pregunta que se hace a menudo y hoy se la planteo a ustedes, para ver si saben la respuesta. ¿Qué es lo que hace a un hombre grande? Algunos apuntarán a la riqueza. Otros a la firmeza de carácter. Algunos dirán que un gran hombre es el que jamás pierde los estribos. Algunos, que es el que adora con fervor al Señor. Pero estoy aquí para decirles exactamente qué es lo que hace a un hombre grande, y espero que escuchen mis palabras de hoy, y que dejen que penetren en sus corazones y en sus almas, y que entiendan lo que quiero decir. Porque, ¡sí!, quiero iluminarles sobre qué es la grandeza. —Asintió y levantó una mano, agradeciendo un aplauso imaginario. Me acerqué más a él y levanté la navaja a la altura de su cara. Sabía que debía matarlo mientras tuviese la oportunidad, pero quería oír lo que tenía que decir. Bajó la mano y dio una larga calada a su cigarro. Eso hizo temblar la ceniza, que cayó a la bañera con un silbido; él removió el agua con la punta de los dedos donde calculó que había caído la ceniza—. Gracias —dijo—. Gracias, gracias. —Guardó silencio unos instantes y se llenó el pecho de aire. Y continuó enfáticamente y en voz más alta—: ¡Un gran hombre es aquel que sabe localizar con exactitud un vacío en el mundo material e inyectar en ese espacio en blanco la *esencia de sí mismo!* ¡Un gran hombre es aquel capaz de generar buena fortuna en un lugar donde previamente no existía utilizando la *pura fuerza de su voluntad!* ¡Un gran hombre, por tanto, es aquel capaz de generar *algo* de la *nada!* ¡Y el mundo que les rodea, caballeros aquí reunidos, créanme cuando les digo que no es más que eso..., *nada!*

En un movimiento rápido estaba encima de él. Tiré la navaja al suelo y le hundí cogiéndolo por los hombros hasta que la cabeza quedó sumergida. Empezó a salpicar y a sacudir las piernas; tosió, se ahogó y emitió un ruido que sonó como «¡*Jech, Jech, Jech!*». El sonido reverberó contra las paredes de la bañera y me hizo cosquillas en las piernas hasta el tronco. El instinto de supervivencia del comodoro se había despertado y su resistencia se hizo más intensa, pero yo cargaba todo mi peso sobre él y lo tenía inmovilizado. Me sentía muy fuerte, y estaba convencido de estar haciendo lo correcto, de modo que nada en el mundo me hubiese impedido acabar el trabajo.

El paño se le había caído de la cara y me clavó la mirada a través del agua, y pese a que yo no quería mirarlo, pensé que no hubiera sido correcto evitarlo, así que le devolví la mirada. Me sorprendió lo que vi, porque sólo estaba asustado, como todos los demás hombres a los que había matado. Me reconoció, pero eso fue todo. Supongo que yo hubiera deseado que al verme lamentase no haberme mostrado el debido respeto, pero no había tiempo para eso. A efectos prácticos, pensé que quizá en su cabeza se estaba produciendo una explosión de colores, después un vacío infinito, como una noche, o todas las noches juntas.

El comodoro murió. Entonces tiré de él hasta que la cabeza quedó sólo parcialmente sumergida, para hacer que pareciese que, borracho, se había ahogado él solo. Tenía el cabello aplastado contra la frente y el cigarro flotaba cerca de su cara y

no había nada majestuoso en su postura final. Salí por la puerta principal y cabalgué de regreso a nuestro rancho, donde encontré a Charlie dormido y nada dispuesto a emprender un viaje. Pese a sus protestas, lo levanté y lo até a Espabilado y cabalgamos hacia la casa de mamá.

EPÍLOGO

El alba tenía un tono plateado y gruesas gotas de rocío se deslizaban por los tallos de la hierba alta. Charlie se había acabado la morfina y roncaba a lomos de Espabilado mientras avanzábamos por el camino de acceso a la propiedad. No había visto la casa desde hacía años y me preguntaba si estaría en ruinas y qué iba a hacer si mamá ya no vivía allí. Cuando la casa apareció ante mis ojos vi que estaba recién pintada y que en la parte trasera se había añadido una habitación; había un huerto perfectamente cuidado con su espantapájaros, y ese espantapájaros me resultó familiar. Reconocí que llevaba un viejo abrigo de mi padre y también su sombrero y sus pantalones. Desmonté el caballo de Morris y me acerqué para revisar sus bolsillos. Lo único que quedaba en ellos era una cerilla gastada. Me la guardé en el bolsillo y subí los escalones hasta la puerta principal. Estaba demasiado nervioso para llamar, así que durante un rato me limité a quedarme allí mirándola. Pero mi madre me había oído y me abrió la puerta en camión. Me miró sin asomo de sorpresa y después miró por encima de mi hombro.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—Se ha herido la mano y no lo puede soportar.

Frunció el ceño y me pidió que esperara en el porche un momento, porque no le gustaba que nadie la viese metiéndose en la cama. Yo eso ya lo sabía, y le dije:

—Entraré cuando tú me lo digas, mamá.

Se marchó y yo me senté en la verja, balanceando una pierna y observando cada detalle de la casa. Me emocioné y sentí una punzada en el corazón. Mirando a Charlie, derrumbado sobre su caballo, pensé en las cosas que habíamos vivido allí.

—No todo fue malo —dije dirigiéndome a él.

Mi madre me llamó y yo atravesé la casa hasta la habitación añadida en la parte trasera, donde estaba echada en su alta cama de metal y suave algodón. Dio una palmada por encima de la sábana.

—¿Dónde están mis gafas? —me preguntó.

—Las llevas en la cabeza, encima del pelo.

—¿Qué? Oh, están aquí, sí. —Se las puso y me miró—. Aquí estás —concluyó. Frunció el ceño y preguntó—: ¿Qué le ha pasado a Charlie en la mano?

—Tuvo un accidente y la perdió.

—La extravió, ¿no es así? —Negó con la cabeza y farfulló—: Como si fuese una nimiedad o un pequeño inconveniente.

—Ni para mí ni para él es una nimiedad.

—¿Cómo la perdió?

—Se le quemó y después se le infectó. El médico dijo que le mataría el corazón si

no se sometía a una operación.

—¿Le mataría el corazón?

—Eso es lo que dijo el médico.

—¿Utilizó estas palabras exactas?

—Palabras que querían decir eso.

—Hmmm. ¿Y la operación fue muy dolorosa?

—Estaba inconsciente cuando se la amputaron. Ahora dice que siente una quemazón y que el muñón le duele, pero está tomando morfina, que le ayuda a sobrellevarlo. Creo que se curará pronto. Me he dado cuenta de que le ha vuelto el color a la cara.

Se aclaró la garganta, y volvió a hacerlo. Empezó a menear la cabeza, como si estuviese sopesando sus palabras. Le imploré que dijese lo que pensaba y esto fue lo que dijo:

—Bueno, no es que no me alegre de verte, Eli, porque sí me alegro. ¿Pero puedes decirme simplemente qué te ha empujado a visitarme después de tanto tiempo?

—Sentí la necesidad de estar cerca de ti —le dije—. Era muy fuerte y me venció.

—Sí —dijo ella, asintiendo—. ¿Y puedes explicarme, por favor, de qué demonios estás hablando?

Eso me hizo reír, pero entonces me di cuenta de que hablaba en serio, e intenté responder con sinceridad:

—Lo que estoy diciendo es que de pronto, al final de un trabajo largo y difícil, no entendía por qué no podíamos estar unos cerca de otros, cuando antes estábamos tan unidos, tú y yo, e incluso Charlie.

No pareció darle muchas vueltas a mi respuesta; o quizá no me creyó. Como para cambiar de tema, me preguntó:

—¿Qué tal te has manejado con tu mal humor?

—Alguna que otra vez se me escapa de las manos.

—¿Y qué pasa con el método de relajación?

—Aún uso el método de relajación de vez en cuando.

Asintió y cogió una taza con agua de la mesilla de noche. Bebió y se pasó el cuello del camión por la cara; al hacerlo, la manga se le subió y vi su brazo torcido. Estaba mal pegado al resto del cuerpo y era anómalo, y parecía que le tuviese que molestar; al verlo, sentí un dolor fantasma, o lo que algunos llaman un dolor de lástima en mi propio brazo. Me pilló mirándolo y sonrió. Su sonrisa era hermosa —mi madre había sido una mujer considerada hermosa en su juventud— y me comentó satisfecha:

—No has cambiado nada, ¿sabes?

No soy capaz de explicar el gran alivio que para mí supuso oír estas palabras, y le dije:

—Cuando te veo, tengo la misma sensación. Pero me siento diferente cuando estoy lejos.

—Entonces deberías quedarte aquí.

—Me gustaría quedarme. Te he echado mucho de menos, mamá. Pienso en ti muy a menudo y creo que Charlie también.

—Charlie piensa en sí mismo, en eso es en lo que piensa Charlie.

—Es tan difícil hablar con él, siempre se escabulle. —Noté que un sollozo iba tomando forma en mi pecho, pero logré reprimirlo y extinguirlo. Exhalando, me di un abrazo a mí mismo. Más calmado, añadí—: No sé si debería dejarlo ahí fuera tal como está. ¿Lo entro en casa? —Guardé silencio durante un rato. Esperé a que mi madre dijese algo, pero no lo hizo. Finalmente añadí—: Charlie y yo hemos vivido muchas aventuras juntos, y hemos visto cosas que la mayoría de la gente no verá jamás.

—¿Y eso es tan importante?

—Ahora que todo ha terminado, diría que sí.

—¿Por qué dices que todo ha terminado?

—Yo ya he tenido bastante. Quiero llevar una vida más tranquila, ésa es la verdad.

—Has venido a la casa adecuada para eso. —Señalando en varias direcciones en la habitación, me preguntó—: ¿Has visto todas las mejoras? Todavía estoy esperando a que me felicites por alguna de ellas.

—Todo tiene un aspecto fantástico.

—¿Has visto el jardín?

—Está precioso. Y la casa también. Y tú. ¿Te encuentras bien?

—Sí y no, a medias. —Y, después de reflexionar, añadió—: Verdaderamente a medias.

Se oyó llamar a la puerta y Charlie entró en la habitación. Se quitó el sombrero y se lo colgó en el muñón.

—Hola, mamá.

Ella lo miró un buen rato.

—Hola, Charlie —dijo.

Ella no dejó de mirarle y Charlie se volvió hacia mí y me dijo:

—Al principio no sabía dónde estábamos. La casa me resultaba familiar, pero no lograba ubicarla. —Y, susurrando, añadió—: ¿Has visto el espantapájaros?

Mamá nos contemplaba con algo parecido a una sonrisa en la cara. Pero era una sonrisa triste y distante.

—¿Alguno de vosotros tiene hambre? —preguntó.

—No, mamá —respondí.

—Yo tampoco —dijo Charlie—. Pero me gustaría darme un baño, por favor.

Mamá le dijo que por supuesto y él le dio las gracias y se dispuso a salir de la habitación. Cuando se detuvo en la puerta y me miró, su expresión era cándida y directa, y pensé: No queda en él ni el menor rastro de combatividad. Después de que se fuera, mamá comentó:

—Él sí parece diferente.

—Necesita descansar.

—No. —Se palmeó el pecho y negó con la cabeza. Cuando le expliqué que había perdido la mano con la que disparaba, me dijo—: Espero que ninguno de vosotros dos espere que lo lamente.

—No esperamos nada, mamá.

—¿No? Parece que los dos esperáis que os pague la comida y el alojamiento.

—Encontraremos un trabajo.

—¿Y cuál será exactamente?

—Le he estado dando vueltas a la idea de abrir una tienda.

—¿Quieres decir que invertirás en una tienda? —preguntó—. ¿No quieres decir que vas a trabajar en una? ¿Con todos los clientes y sus preguntas?

—Me he imaginado montándola ya mismo. ¿No te lo figuras?

—Francamente no.

Suspiré, y dije:

—No importa lo que hagamos. El dinero viene y va. —Negué con la cabeza—. Da igual, y sabes que es así.

—De acuerdo —dijo, cediendo—. Tú y tu hermano podéis dormir en vuestra antigua habitación. Si realmente pensáis quedaros, podemos construir otra habitación más adelante. Y cuando digo «podemos», me refiero a Charlie y a ti. —Estiró el brazo para coger un espejo de mano y se contempló en él. Mientras se arreglaba el pelo, añadió—: Supongo que debería estar contenta de que vosotros dos sigáis siendo uña y carne. Lo erais de niños y siempre ha sido así.

—Nuestra alianza se ha roto y retomado muchas veces.

—Vuestro padre os unió. —Bajó el espejo—. Podemos agradecerle al menos eso.

—Creo que me vendría bien dormir un poco —dije.

—¿Te despierto a la hora de comer?

—¿Qué vas a preparar?

—Estofado.

—Estupendo, mamá.

Guardó silencio unos instantes y después preguntó:

—¿Quieres decir: Estupendo, no me despiertes? ¿O: Estupendo, despiértame?

—Despiértame, por favor.

—De acuerdo. Ve a descansar un rato.

Me di la vuelta y miré el pasillo. La puerta delantera estaba abierta y tenía ante mí un bloque de pura luz blanca. Al pasar por debajo del quicio de la puerta de la habitación de mamá me pareció oír su voz.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté—. ¿Me has llamado?

Me hizo señas y yo atravesé la habitación. Me quedé de pie junto a su cama y ella se incorporó y me agarró los dedos. Tiró de mí hacia ella, cogiéndome el brazo con una mano y después con la otra como si estuviese trepando por una cuerda. Me pasó

los brazos por el cuello y me besó debajo de los ojos. Sus labios estaban húmedos y fríos. El cabello, la cara y el cuello le olían a sueño y jabón. Me dirigí a la antigua habitación que compartimos Charlie y yo y me tumbé en un colchón en el suelo. Era una habitación confortable y limpia, aunque pequeña, y sabía que serviría durante algún tiempo, y a su manera era perfecta. No recordaba ningún otro momento en el que hubiese estado exactamente donde quería estar, y era una sensación muy agradable.

Me adormecí, pero me desperté sobresaltado a los pocos minutos. Oía a Charlie en la habitación contigua, metido en la bañera. No decía nada ni lo diría, de eso estaba seguro, pero el sonido del agua era como su voz, por la manera en que se removía y salpicaba, parlotando y de pronto quedándose en completo silencio, excepto por la caída de alguna gota esporádica, como si estuviese en medio de una íntima meditación. Me parecía poder medir por esos sonidos el pesar o la alegría de quien los producía. Escuché atentamente y decidí que mi hermano y yo estábamos, al menos de momento, a resguardo de todos los peligros y horrores del mundo.

Y debo decir que eso me llenó de felicidad.

AGRADECIMIENTOS

Leslie Napoles
Gustavo deWitt
Gary deWitt
Nick deWitt
Mike deWitt
Michael Dagg

Lee Boudreaux
Abigail Holstein
Daniel Halpern
Sara Holloway
Sarah MacLachlan
Melanie Little
Peter McGuigan
Stephanie Abou
Daniel McGillivray
Hannah Brown Gordon
Jerry Kalajian

Philippe Aronson
Emma Aronson
Marie-Catherine Vacher

Azazel Jacobs
Monte Mattson
Maria Semple
George Meyer
Jonathan Evison
Dave Erikson
Dan Stiles
Danny Palmerlee
Alison Dickey
John C. Reilly
Carson Mell
Andy Hunter
El perro Otis



PATRICK DEWITT (isla de Vancouver, Canadá, 1975) ha vivido en California, Washington y Oregon, donde reside actualmente con su mujer y su hijo. Ha publicado *Abluciones: apuntes para una novela* y, en Anagrama, *Los hermanos Sisters*, cuyos derechos de traducción se han vendido a 26 países. Finalista del Premio Man Booker, la novela ha sido galardonada con numerosos premios como el Governor General's Award for English language fiction, el Rogers Writers' Trust Fiction Prize y el Ken Kesey Award. Asimismo fue declarada Libro del año por los editores de Amazon en Canadá y por la revista cultural *New Statesman*, y fue seleccionada en la lista de los Libros favoritos de 2011 del *Irish Times*.

NOTA

[1] El personaje hace un juego de palabras de imposible traducción: *Dam* es «presa» y *Damned* es «malditos». (N. del T.) <<